

OS
68
4

CIÓN GE

EPISODIOS
HISTORICO
DE LA GUERRA
DE
INDEPENDENCIA

TOMO II

F1232

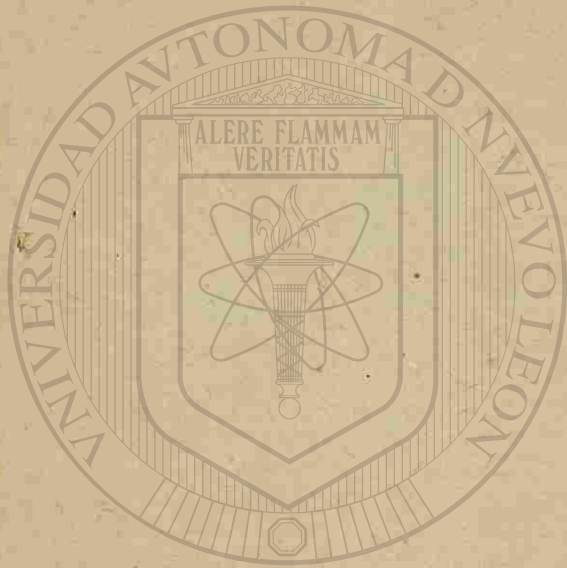
.E64

v.2

c.1



1080012756



Tomo 75
Biblioteca de
Amigos Mexicanos

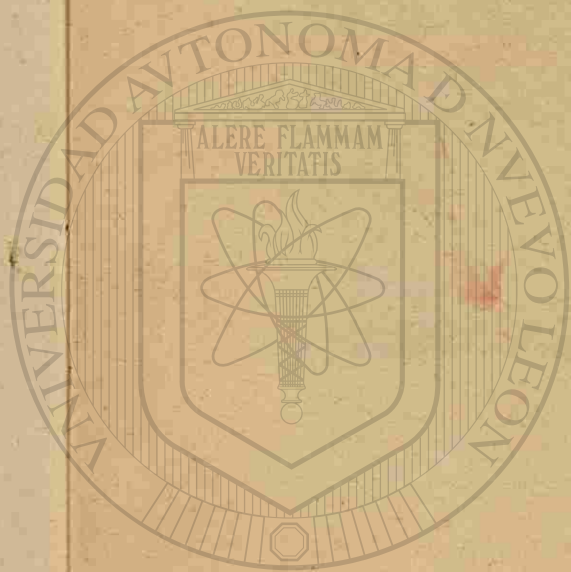
A tiempo
V. Aguirre

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EPISODIOS HISTORICOS

DE LA GUERRA

DE

INDEPENDENCIA

RELATADOS

POR

Luces Alamán, J. M. Lafragua, Manuel Payno,
Guillermo Prieto,
Ignacio Manuel Altamirano, Juan de Dios Peza, Vicente Ri-
va Palacio, Mariano Otero,
Domingo Revilla, Alejandro Villaseñor y Villaseñor,
Victoriano Agüeros, Genaro García,
Luis González Obregón, Ignacio B. del Castillo, Ezequiel A. Chávez,
Antonio de P. Moreno, Demetrio Mejía,
Manuel M. Escobar, Manuel Alvarez del Castillo,
Ignacio Ojeda Verduzco, Fulgencio Vargas, Eduardo E. Zárate,
Luis Pérez Verdía, E. Zariñana,
Adalberto Carriedo, Joaquín Trejo etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO II

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910
IMPRENTA DE "EL TIEMPO,"
DE VICTORIANO AGÜEROS,
EDITOR

1ª de Mesones núm. 18



COPIOSIN DONOR
BIBLIOTECA COPIOSIN

F1232

E6

V.2



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

157120



15 Y 16 DE SEPTIEMBRE DE 1910.

I.

La conspiración de Valladolid, en favor de la Independencia de México, había quedado mal apagada y puede decirse que renació en Querétaro, en donde desde luego contó con el apoyo del Corregidor Domínguez y su mujer, la célebre Doña Josefa Ortiz.

Con el nombre de Academia Literaria, se estableció en esa ciudad una reunión, cuyo verdadero objeto era trabajar por la Independencia. En la casa de un Licenciado Parra se celebraban también juntas secretas con el mismo objeto, tomando en ellas parte el mismo Parra, los Lics. Lazo y Altamirano, Allende, Aldama (que iban desde San Miguel), el Capitán Arias, de Celaya, Lanzagorta, Epigmenio y Emeterio González, y otros de menor importancia.

El Cura de Dolores, Don Miguel Hidalgo, fué alguna vez a Querétaro; pero, poco satisfecho por entonces de los medios con que contaban los conspiradores, no quiso tomar parte en sus trabajos, haciéndolo más tarde, cuando los informes que recibió de Allende fueron más satisfactorios.

Habiendo seguido sus trabajos los conjurados de Querétaro, y por circunstancias que sería largo referir, Garrido en Guanaxuato y Arias en esa última ciudad, denun-

ciaron la conspiración, y se verificaron varias prisiones, de todo lo cual recibió Allende aviso en San Miguel, así como también de que se había librado orden de prisión contra él.

Inmediatamente, y de una manera oculta, se dirigió á Dolores á toda prisa, para comunicar á Hidalgo lo sucedido, permaneciendo con él la noche del 14 de Septiembre y todo el día 15, sin saber qué hacer ni resolverse á nada.

Hidalgo concurría todas las noches á la casa del Subdelegado Rincón, para jugar allí con otros vecinos principales de la población, partidas de mus y otros juegos de cartas. El Cura de Dolores tenía la suya con Doña Encarnación Correa, esposa de Don Ignacio Díez Cortina, español, encargado de los diezmos, y con quien aquella se había casado hacía pocos días, teniendo sólo once de llegados ambos á Dolores.

Hidalgo era antiguo amigo de esta familia, y aun parece que á él debió Cortina el empleo, pues tomó grande empeño en que se lo diera, saliendo á recibirlo y obsequiándolo con una buena comida el día que fué á hacerse cargo de él.

Aquella noche—la del 15—Hidalgo asistió, como de costumbre, á la tertulia, y se estuvo jugando con dicha señora y con otra llamada Doña Teresa Cumplido, hasta que á eso de las diez, le avisaron que lo buscaba una persona que quería hablarle, y que lo esperaba en el zaguán.

Bajó el Cura, habló con el que lo buscaba, y volvió á la sala, continuando su juego hasta las once, que era la hora en que acostumbraba retirarse. Al hacerlo, pidió á su amigo Cortina \$200.00 prestados, los que éste hizo que le entregase su mujer, que lo llevó á tomarlos á la pieza donde estaba guardado el dinero del diezmo.

Marchado Hidalgo, todos se recogieron en aquella casa, muy ajenos de lo que había de sucederles pocas horas después.

II.

Aldama, que como queda dicho, era uno de los principales conjurados, llegó á Dolores á las dos de la mañana del 16 de Sep-

tiembre, y desde luego pasó á la casa del Cura, para tratar de las prisiones de Querétaro.

Hidalgo se había ya recogido; pero Aldama y Allende, por la urgencia del caso, resolvieron despertarlo, dirigiéndose con ese objeto á su recámara. El Cura se incorporó, mandó se sirviese chocolate al recién llegado, y oyendo mientras se vestía, el relato que se le hacía, al calzarse las medias, interrumpió á Aldama, diciéndole:

—Caballeros, somos perdidos. Aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines.

Horrorizado Aldama con tal idea, le replicó:

—¿Señor!, ¿qué va usted á hacer? Por amor de Dios, que vea lo que hace.

Y se lo repitió dos veces.

Pero Hidalgo había tomado ya su resolución, y ejecutarla fué cuestión de pocos minutos.

Acompañado de su hermano Don Mariano, de Don José Santos Villa, á quienes mandó llamar, de Allende y de Aldama, y de diez hombres más que había en su casa, se dirigió á la cárcel é hizo poner en libertad á los reos, amenazando con una pistola al Alcalde que trató de resistir.

Así se reunieron hasta ochenta hombres, que fueron armados con las espadas de un Regimiento, cuyo cuartel se franqueó.

Allende y Aldama, por orden del Cura, marcharon á la casa de Rincón, de donde Hidalgo se había retirado hacía apenas cuatro horas, y haciéndola abrir, lo aprehendieron. No se detuvieron allí, sino que se dirigieron en seguida á la habitación que en la misma casa ocupaban Cortina y su mujer, y entrando en la recámara en que dormían, los despertaron, produciendo esto en ambos esposos el natural sobresalto.

Intimó Allende á Cortina á que se diese preso; mas queriendo éste tomar sus pistolas, Rincón, á quien llevaban maniatado, le dijo que toda resistencia era inútil, y que con ella no haría más que perderse.

Entraron inmediatamente los aprehensores á la pieza de donde Hidalgo había sacado los 200 pesos que pidió prestados á Cortina, y tomaron todo lo que había.

La gente que en aquellos momentos acompañaba á Allende, saqueó de tal manera la habitación de Cortina, que no le dejaron á él y á su esposa más que la ropa que tenían puesta.

III.

Entre tanto, Don Miguel Hidalgo había hecho tocar las campanas de la Parroquia, como llamando á misa, pues era domingo y en ese día se decía á la madrugada.

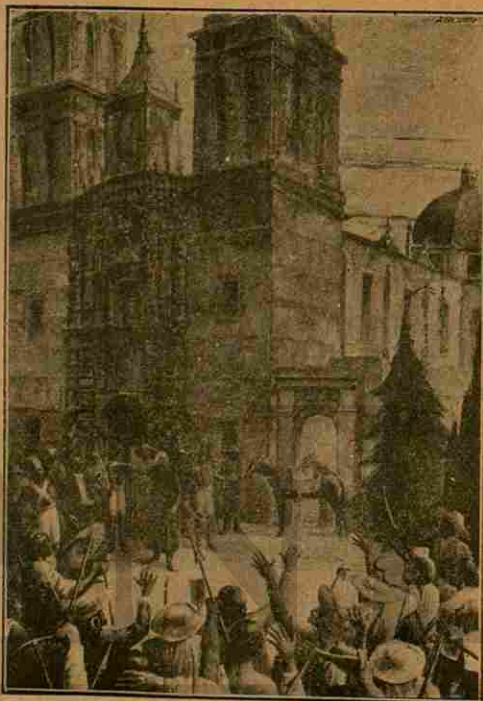
El P. Sacristán mayor de la Parroquia, Don Francisco Bustamante, español, en cumplimiento de su obligación é ignorando lo que pasaba, iba á decir la misa; pero fué aprehendido por el padre Don Mariano Balleza, que era el Vicario, quien le quitó las vestiduras sagradas de que había empezado á revestirse, y lo llevó á la cárcel.

En el pueblo reinaba ya el más espantoso desorden. Puestas en conmoción las masas, corrían á saquear las casas de los españoles, cometiendo los mayores atropellos y encerrando á aquéllos en la cárcel. Entre éstos desgraciados figuraban los que hacía pocas horas habían estado en la misma sala de diversión, con su Cura, á quien trataban con intimidad y con quien muchos tenían las relaciones y el vínculo de compadrazgo, tan comunes en los pueblos entre feligreses y Párroco.

Por orden de éste, y á ciencia y paciencia suya, se vieron aquella noche privados de su libertad, despojados de sus bienes, arrancados del seno de sus familias, y conducidos á la prisión, de donde acababan de salir los criminales.

Hidalgo mandó juntar á los principales vecinos, y estando reunidos en su presencia, les dijo:

“Ya ustedes habrán visto este movimiento; pues sepan que no tiene más objeto que quitar el mando á los europeos, porque éstos, como ustedes sabrán, se han entregado á los franceses, y quieren que corramos la misma suerte, lo cual no hemos de consentir jamás, y ustedes, como buenos patriotas, deben defender este pueblo hasta nuestra vuelta, que no será muy dilatada, para organizar el gobierno.”



La madrugada del 16 de Septiembre de 1810
en Dolores

De la Colección de Postales de Buznego y Cía.

Los vecinos se retiraron sin dar respuesta alguna. (*)

IV.

Todos creían que Hidalgo, con su gente, que montaba ya á unos 300 hombres, reunidos en el mismo pueblo de Dolores, y en las haciendas inmediatas, se dirigiría á Guajuato, ciudad principal, donde residía el Intendente Riaño, y que por su riqueza ofrecía abundante botín á los improvisados revolucionarios.

Mas no fué así, y el mismo día 16 partió para San Miguel.

Antes de marchar, puso en libertad á Rincón, ordenándole que se fuese á Valladolid. A todos los demás españoles, en número de diecisiete, se los llevó consigo, montados en las mulas del diezmo.

La esposa del desventurado Cortina, solicitó con empeño ver al Cura en aquel día, para obtener alguna más comodidad en favor de su marido; pero no consiguió hablarle, y Cortina siguió la suerte de los demás.

Al pasar por el Santuario de Atotonilco, Hidalgo, que, según parece, hasta entonces no tenía plan ni idea fija sobre el modo de conducir la revolución, vió casualmente en la sacristía un cuadro de la Virgen de Guadalupe, y juzgando que le sería útil apoyar su empresa á la devoción tan general á aquella imagen, lo hizo suspender de la asta de una lanza, y así vino á ser desde aquel momento el lábaro ó bandera sagrada de su ejército.

Hidalgo llegó con su gente á San Miguel al anochecer del día 16, entrando á la ciudad sin encontrar ninguna resistencia.

Repitieronse los mismos desórdenes que en Dolores: las casas fueron saqueadas y reducidos á prisión los españoles, á algunos de los cuales de nada les sirvió, para escapar, el ser amigos de Aldama y Allende, y aun el existir motivos de reconocimiento por parte de éstos. Todos fueron á engrosar

(*) Copiado textualmente de la declaración de Abasolo en su causa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

la cuerda de presos que iba en pos del ejército.

El mismo Hidalgo, desde el balcón de la casa donde estaba alojado, tiraba al pueblo las talegas de pesos, gritando:

—“Cojan, hijos, que todo esto es suyo.”
También en San Miguel los presos de la cárcel fueron puestos en libertad.

Tales son los principales sucesos que acaecieron el 15 y 16 de Septiembre de 1810.

LUCAS ALAMAN.



COMIENZO DE LA LUCHA.

I.

En 1809 varias personas habían formado en Valladolid una conspiración que tenía por objeto reunir en México un Congreso para gobernar la Nueva España en nombre de Fernando VII, en el caso de que la Península sucumbiera bajo el poder de los franceses, lo cual, con una ligera desviación, debía conducir á la Independencia del país. La revuelta había de comenzar en Valladolid el 21 de Diciembre, y en la mañana del mismo día fueron presos los conspiradores. Formóseles causa, y ellos tuvieron tan buenas artes para defenderse, que nada serio resultó en su contra; fueron puestos en libertad y no se prosiguió en las actuaciones del proceso. Pero la conjuración solapada de Valladolid se refugió en Querétaro, allí cobró fuerzas; la protegía el Corregidor Don Miguel Domínguez, y reclutaba partidarios en 1810, mientras llegaba el término de mostrarse abiertamente. En qué tiempo se alistó Hidalgo entre los conspiradores y cuáles motivos le impulsaron á ello, se ignora; sin poder adivinar y falto de datos para inferir, habremos de contentarnos con lo que él mismo dice en las declaraciones de su causa. Conforme á ella, trataba con Allende, “con quien había tenido anticipadamente varias conversaciones acerca de la Independencia, sin otro objeto por su parte que el de un puro discurso;

pues sin embargo de que estaba persuadido que sería útil el reino, nunca pensó en entrar en proyecto alguno, á diferencia de Don Ignacio Allende, que estaba pronto á hacerlo, é Hidalgo tampoco lo disuadía; pues lo más que llegó á decirle en una ocasión, fué, que los autores de semejantes empresas no gozaban del fruto de ellas." Hidalgo, pues, sabía la conjuración, mas no se filiaba, y así corrió el tiempo, hasta que á principios de Septiembre de 1810, Allende le envió una carta de Querétaro, rogándole con instancia fuera á aquella ciudad, por ser de mucha importancia; marchó Hidalgo, en efecto; y le fueron presentadas por Don Ignacio algunas personas de poco valor, con tan mezquinos recursos, que aquél lo juzgó todo en poco momento, volviéndose á su Curato, de donde escribió que no contaran con él para nada. Fuese que Allende no quisiera al principio descubrir los elementos de los conspiradores, ó que hubieran adquirido otros nuevos después, tornó á escribir desde San Miguel el Grande, pintando tan bien el buen estado del negocio, que Hidalgo se decidió y comenzó á trabajar en el logro de la empresa, mandando construir como veinticinco lanzas en el pueblo de Dolores y en la hacienda de Santa Bárbara, y poniéndose en comunicación con Juan Garrido, tambor mayor del batallón de Guanajuato, y con dos sargentos del mismo Cuerpo, para ganar aquella tropa. Muchos sucesos parecen éstos para tan corto tiempo; habremos, sin embargo, de admitirlos, sin echarnos á cavilaciones y á cálculos basados sobre ligeros indicios, supuesto que ésta es la relación del mismo interesado.

II.

Entre tanto, la conspiración fué descubierta á las autoridades por algunos traidores, y los conjurados fueron reducidos á prisión. Hidalgo supo vagamente de la denuncia hacia el 12 ó 13 de Septiembre, y mandó llamar de luego á luego á Allende, para conferenciar acerca de lo que había de hacerse; éste llegó á Dolores la noche del 14, y ni en ella ni en todo el día 15, que

permanecieron juntos, resolvieron cosa alguna. Doña Josefa Ortiz, esposa del Corregidor Domínguez, una de las personas más empeñosas para la revolución, mirando descubierta en Querétaro la trama, mandó un expreso á San Miguel el Grande para dar la nueva á Allende, á fin de que los comprometidos se pudiesen en salvo; el correo llegó á su destino al amanecer del día 15, y no encontrando á la persona á quien iba dirigido, entregó su misiva á Aldama. Éste salió apresuradamente de San Miguel, anduvo el camino recatándose, y entró en Dolores á las dos de la mañana del día 16: todos dormían en la casa del Cura; tocó, consiguiendo le abrieran; ya en la casa habló apresurado con Allende, y ambos entraron á la recámara de Hidalgo. Al ruido, el anciano se incorporó en la cama, dió orden para que sirvieran chocolate al recién llegado, y comenzó á vestirse oyendo la relación que le hacía Aldama; al calzarse las medias, interrumpió diciendo:

—“Caballeros, somos perdidos; aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines.”

Aldama repuso:

—“Señor, ¿qué va usted á hacer?... Por amor de Dios que vea lo que hace,” y lo repitió dos veces.

Hidalgo permaneció inflexible y acabó de vestirse. Las horas pasadas en compañía de Allende no fueron de provecho; el peligro era incierto, se consideraba tal vez como remoto, y corrió el tiempo en pláticas inútiles; cuando hubo seguridad del daño y la pérdida fué inminente, no quedó otro recurso que tomar una resolución pronta, propia de las circunstancias. Sin ánimo de exagerar, sin otro intento que el de dar á cada uno lo que le pertenezca, debemos convenir en que Hidalgo se mostró grande en aquel momento: su primer intento no fué recurrir á la fuga; su carácter sacerdotal lo ponía al abrigo de la muerte por una conspiración abortada, y casi ninguna cosa tenía que temer de la violencia; tenía grandes probabilidades de salir á salvo en la tormenta; sin embargo, se decidió á combatir por sus ideas, sabiendo que los conjurados estaban presos, y rotos, por lo mismo, los hilos de la revolución; que los com-

pañeros que le quedaban estaban aterrados; que no tenían fuerzas ni armas que oponer á sus perseguidores; que corría á una muerte segura, pues él mismo había repetido, que los autores de semejantes empresas no gozaban de los frutos que producían. Sin elementos de ninguna clase, sin plan, sin combinación, saltar resueltamente á la arena para combatir, sólo podía ser obra de una alma de buen temple, por más descabellado y loco que el paso se suponga. Mas sea de ello lo que fuere, la resolución de Hidalgo fué de inmenso resultado para los destinos de nuestra patria; fué la pequeña causa de que resultan las grandes consecuencias; una de las acciones que influyen en el adelantamiento y en el progreso de la humanidad.

Hidalgo, ya vestido, hizo llamar á su hermano Don Mariano y á Don José Santos Villa, y con ellos, Aldama, Allende y diez hombres armados, salió de su casa y se dirigió á la cárcel, amenazó al Alcalde con una pistola para que pusiera en libertad á los presos, y logrado el objeto, reunió hasta ochenta hombres, á quienes dió por armas las espadas de las Compañías del Regimiento de la Reina, que estaban en el pueblo, y entregó al sargento Martínez. Era domingo, y más temprano de lo de costumbre, se llamó á misa en la Parroquia; ocurrieron los habitantes y los rancheros de las cercanías, de los cuales muchos tomaron parte en la revuelta, de modo que bien pronto los insurgentes formaron un número de trescientos hombres. Aprehendieron al Subdelegado Rincón y á diez y siete españoles, y quedaron dueños de la población sin la más mínima resistencia. Comenzaba la lucha por la Independencia.

J. M. LAFRAGUA.



GRANADITAS.

I

Los acontecimientos del año de 1808 en España, á causa de la invasión del ejército del Emperador Napoleón, habían llenado de luto á Madrid en el célebre 2 de Mayo de aquel año. El sacrificio heroico de los oficiales de artillería "Daóz" y "Velarde," había exaltado el patriotismo caballeresco de los españoles, y las medidas violentas del gran Duque de Berg, "Murat," los había irritado tanto, que el mismo Napoleón se las desaprobó, previendo las funestas consecuencias que le trastornarían sus planes. El resultado fué que la España se levantó en masa á vindicar los ultrajes inauditos en masa á la buena fe y á la confianza que se había depositado en aquel ilustre guerrero. Dos faltas perdieron á Napoleón: la traición á la lealtad castellana, y la ingratitud con la generosa Polonia. Jamás la alta política, con cuantos recursos pueda ministrar la diplomacia, podrá disculpar á los hombres del poder que se olvidan de los deberes que les prescribe la moral.

La España, reconociendo sus derechos, se lanzó á la guerra y presentó el espectáculo nuevo de salvarse un pueblo en medio de la anarquía. Se erigieron juntas con pretensiones de dominarlo todo en el interior y en ultramar; pero en medio de esas diversas ambiciones se proclamaban dos principios: "la independencia de la patria, y la libertad de Fernando VII."

pañeros que le quedaban estaban aterrados; que no tenían fuerzas ni armas que oponer á sus perseguidores; que corría á una muerte segura, pues él mismo había repetido, que los autores de semejantes empresas no gozaban de los frutos que producían. Sin elementos de ninguna clase, sin plan, sin combinación, saltar resueltamente á la arena para combatir, sólo podía ser obra de una alma de buen temple, por más descabellado y loco que el paso se suponga. Mas sea de ello lo que fuere, la resolución de Hidalgo fué de inmenso resultado para los destinos de nuestra patria; fué la pequeña causa de que resultan las grandes consecuencias; una de las acciones que influyen en el adelantamiento y en el progreso de la humanidad.

Hidalgo, ya vestido, hizo llamar á su hermano Don Mariano y á Don José Santos Villa, y con ellos, Aldama, Allende y diez hombres armados, salió de su casa y se dirigió á la cárcel, amenazó al Alcalde con una pistola para que pusiera en libertad á los presos, y logrado el objeto, reunió hasta ochenta hombres, á quienes dió por armas las espadas de las Compañías del Regimiento de la Reina, que estaban en el pueblo, y entregó al sargento Martínez. Era domingo, y más temprano de lo de costumbre, se llamó á misa en la Parroquia; ocurrieron los habitantes y los rancheros de las cercanías, de los cuales muchos tomaron parte en la revuelta, de modo que bien pronto los insurgentes formaron un número de trescientos hombres. Aprehendieron al Subdelegado Rincón y á diez y siete españoles, y quedaron dueños de la población sin la más mínima resistencia. Comenzaba la lucha por la Independencia.

J. M. LAFRAGUA.



GRANADITAS.

I

Los acontecimientos del año de 1808 en España, á causa de la invasión del ejército del Emperador Napoleón, habían llenado de luto á Madrid en el célebre 2 de Mayo de aquel año. El sacrificio heroico de los oficiales de artillería "Daouz" y "Velarde," había exaltado el patriotismo caballeresco de los españoles, y las medidas violentas del gran Duque de Berg, "Murat," los había irritado tanto, que el mismo Napoleón se las desaprobó, previendo las funestas consecuencias que le trastornarían sus planes. El resultado fué que la España se levantó en masa á vindicar los ultrajes inauditos en masa á la buena fe y á la confianza que se había depositado en aquel ilustre guerrero. Dos faltas perdieron á Napoleón: la traición á la lealtad castellana, y la ingratitud con la generosa Polonia. Jamás la alta política, con cuantos recursos pueda ministrar la diplomacia, podrá disculpar á los hombres del poder que se olvidan de los deberes que les prescribe la moral.

La España, reconociendo sus derechos, se lanzó á la guerra y presentó el espectáculo nuevo de salvarse un pueblo en medio de la anarquía. Se erigieron juntas con pretensiones de dominarlo todo en el interior y en ultramar; pero en medio de esas diversas ambiciones se proclamaban dos principios: "la independencia de la patria, y la libertad de Fernando VII."

Los agentes de Murat se dirigieron á las posesiones españolas de América, á la vez que los de las juntas de España: los de Murat, para que reconociesen al poder francés, y los de éstas para asegurar la adhesión á la metrópoli, y especialmente para sacar recursos con que auxiliara en sus esfuerzos contra Napoleón.

En estas circunstancias era Virrey de Nueva España Don José Iturrigaray, hombre débil é indeciso, y que hacía grande tráfico con los empleos y los honores públicos, acumulando, en unión de la Virreina, gruesas sumas. El fasto y los desórdenes que se vituperaban justamente en la Corte de Madrid á la Reina María Luisa, aquí eran imitados por la Virreina y su séquito; y, ¡cosa sorprendente! la condescendencia de Iturrigaray lo hacía popular.

Los acontecimientos, pues, de la Península, hicieron que los españoles tratasen con alguna familiaridad á los mexicanos: la palabra "hermano" se escuchaba de nuevo, y la de "independencia" y "libertad," pronunciadas en la madre patria, resonaban en el país de Moctezuma, con encanto indefinible.

El Ayuntamiento de México en masa, con su síndico Lic. Don Juan Francisco Azcárate, solicitaron del Virrey la instalación de una junta suprema, á imitación de la de España, y la convocación de unas Cortes del Virreinato, erigiendo un Gobierno supremo. El señor Azcárate logró persuadir al Virrey, quien pasó en consulta la representación del Ayuntamiento al real acuerdo. Este desechó la representación del Ayuntamiento, pues temían los individuos de aquél, entre otras consecuencias, la de perder sus empleos, por la popularidad que se le quería dar al Gobierno del país.

Una segunda representación de parte del mismo Ayuntamiento tuvo igual resultado en el Acuerdo, aunque el Virrey condescendió en que se formase una junta de "notables" para deliberar, formada de todas las clases, siendo la más heterogénea. El Virrey se manifestó indeciso, el Acuerdo triunfó, y el Ayuntamiento se vió desconcertado. La indecisión del primero y algunas condescendencias con los mexicanos, se han repu-

tado después por algunos servicios hechos á nuestra Independencia, y los mexicanos hemos con prodigalidad recompensado un mérito que nos hemos empeñado en crear, cuando lo contrario se halla en la causa y defensa de Iturrigaray.

La indecisión de éste en la junta, la animosidad que los notables manifestaron en contra de los mexicanos, dieron origen á los odios y á los partidos. Desde ese día uno fué el de los "españoles" y otro el de los "criollos." Epítetos odiosos se atribufan unos á otros, y los sentimientos de independencia de Nueva España comenzaron á desarrollarse.

El Virrey, sin capacidad, sin resolución, y sin voluntad propia, caminaba más bien al acaso y con cierta contemplación, que con un sistema fijo. Los despachos de las juntas de Sevilla y de Oviedo, la noticia del progreso favorable de la insurrección de España, vinieron al fin á desconcertar al Virrey, quien nuevamente convocó el 6 de Septiembre de 1808 una junta de notables, en la que los odios se encendieron más, y los partidos se juraron una guerra á muerte.

En esa junta comenzó á acreditarse en contra de los mexicanos un hombre de odiosa memoria. El oidor Bataller fué tan funesto por su rabioso encono con los patriotas, como por su ejemplo: algunos mexicanos en todo lo excedieron, y para vergüenza del país, los que proscribían su independencia han obtenido con ella un cambio social ventajoso...

El oidor Bataller, infatigable en contrarrestar al Ayuntamiento, dijo de este Cuerpo: "Que su autoridad se extendía sobre los léperos." Después de Bataller ¡cuántos ha habido que lo han imitado!

De día en día se aumentan los disgustos; una conspiración se comenzó á organizar por el partido español contra el Virrey, que era un obstáculo á sus miras. El Arzobispo Lizana fué seducido hasta el extremo de que en la noche del 15 de Septiembre bendijo á los conjurados. En esa noche al 16, se efectuó por fin la prisión del Virrey, que allanó la traición del oficial de su guardia, Capitán Don Santiago García.

Los comerciantes del Parián fueron los principales ejecutores de este atentado, y de ahí les quedó el nombre de "parianistas," tan detestados, como los que por otro motivo, aun más ignominioso, recibieron igual epíteto en el escandaloso año de 828.

A la prisión del Virrey siguieron las de los señores Azcárate y otras personas respetables.

Las amenazas de los españoles, sus medidas arbitrarias y sus disposiciones en la organización del nuevo Gobierno, irritaron más á la multitud. Se trató de organizar una conspiración contra lo existente, entre varias personas de Guanajuato y Michoacán, que se sofocó en Diciembre de 809, con algunas prisiones.

Los males del pueblo seguían, y la exasperación de los que discurrían en aquella época se aumentaba. Personas ilustradas y llenas de un sentimiento noble y generoso, no podían transigir con el estado violento que guardaba el país, y más crítico aún por los acontecimientos de la Península.—La combinación del ilustrado Cura de Dolores, Don Miguel Hidalgo, y de los desinteresados Allende, Aldama y Abasolo, fué descubierta, cuyo acontecimiento la precipitó. El 16 de Septiembre de 1808 anunció una conspiración toda española; el 16 de Septiembre de 1810 una revolución toda mexicana. Desde ese día, el mes de Septiembre en los fastos mexicanos representa sus glorias, así como hoy el mes de Diciembre sus convulsiones. ¡Ved dos meses que el fatalismo no puede dejar pasar inadvertidos!

La empresa de Hidalgo fué grande y temeraria: los acontecimientos posteriores no deben, bajo ningún aspecto, ofuscar el mérito de la empresa y de su autor. ¡Qué escenas execrables no se han visto en países civilizados! ¿Cuánto escándalo no ha presenciado la Europa á fines del siglo pasado y en nuestros días? La situación de la Nueva España, la falta de los conocimientos más sencillos de la política en el año de 10, las pasiones de los más, los agravios ciertos ó supuestos, recibidos de los dominadores del país, todo contribuía á una desorganización general; y una vez estallada la revolución,

ni Hidalgo, ni nadie pudieran contener los desórdenes consiguientes.

¡Feliz México si sus dominadores, comprendiendo su posición, hubiesen sido magnánimos y generosos desde el principio; ni ellos, ni los mexicanos, habrían sufrido lo que la historia trazará con caracteres de sangre, y este país habría sido siempre virgen! Pero las faltas de unos y otros, el orgullo de unos y la arrogancia de los otros, y las represalias, rompieron los vínculos sagrados de padres é hijos; y tantos esfuerzos y tanta sangre vertida, ¿qué resultado han dado?....

Repentinamente, el señor Hidalgo se vió al frente de una numerosa é informe reunión. San Miguel el Grande y Celaya, recuerdan lo difícil que es dirigir un conjunto de hombres que no tienen orden. Entre atacar á Querétaro ó Guanajuato, se decidió por el segundo: se dirigió, pues, á aquella ciudad.

En la capital, el nuevo Virrey Venegas, que vió al principio con desprecio el grito de Dolores, reunía diversos Cuerpos de todas armas para contener la rebelión, y anunciaba las medidas de rigor con que creía sofocarla. Todas las clases privilegiadas, la Universidad y la Inquisición, lo apoyaban, invocando la religión y lanzando anatemas y excomuniones; mas nada de esto podía salvar á Guanajuato.

II.

El Intendente de esa provincia, el ilustrado y virtuoso Riaño, comprendió al punto cuánto debería temer. Luego que supo el movimiento mandó tocar "general:" se reunió el Batallón provincial y gran parte del pueblo. Todo era alarma y confusión; los habitantes cerraban sus casas, los comerciantes sus tiendas, y el pueblo corría en todas direcciones. El Intendente convocó una junta, en la que expuso las críticas circunstancias en que se hallaba, y lo que debería temer la población. Predicadores vagaban en las calles con Crucifijo en mano exhortando á contrariar al "hereje Hidalgo;" pero fueron vanas sus exhortaciones,

porque pocos se animaron, y los que llegaron á estarlo se desanimaron después.

Los preparativos de defensa continuaron con la actividad propia de Riaño, lleno de celo infatigable. Patrullas de infantería y caballería recorrían las calles, y no se perdía medio para hacer frente al enemigo.

El 23 de Septiembre en la noche, el señor Riaño dispuso fortificarse en el sólido y vasto edificio de la "Alhóndiga de Granaditas," y allí se acopiaron todos los caudales públicos, que consistían en oro y plata acuñados, barras, azogue, papel sellado, etc. Los particulares, especialmente los europeos, llevaron también sus caudales, alhajas, diamantes y ricas mercancías, y cuanto más de valor tenían. Como treinta salas se ocuparon con estos efectos, en tales términos, que quedaron casi llenas. (*) Lo depositado valía como cinco millones de pesos.

La fortificación se aumentó, construyéndose trincheras en las avenidas del edificio y en la azotea; se hizo un considerable acopio de pertrechos de guerra, preparándose por dentro con pólvora multitud de frascos de azogue para que hicieran veces de bombas ó granadas, y de víveres para mantenerse por mucho tiempo. El 26 se publicó un bando en que se libraba al pueblo del tributo que pagaba cada individuo: esa pensión reconocía un origen odioso; era, pues, un castigo, por el sentimiento que manifestó con la expulsión de los jesuitas. La gracia repentina nada influyó para que aquel se entusiasmase: ¡tan cierto es que los favores concedidos, en los momentos extremos no se consideran, y desprestigian más al que los otorga! Inútil fué, igualmente, para entusiasmar al pueblo, haber presentado los españoles en la plaza mayor las fuerzas con que contaban. Esto fué el 27. Riaño no perdía momento en defenderse y pedir auxilios al Virrey Venegas y á Calleja, que se hallaba en San Luis Potosí. El 28, las cosas se acercaban á su desenlace. El temor, la zozobra, y lo que es peor, el

(*) Cuadro Histórico del señor D. C. M. Bustamante.

desaliento, se dejaban ver en el semblante de los habitantes, y especialmente en los "defensores de Guanajuato:" ya no había aquel entusiasmo que se procuraba aparentar en los días anteriores. Las diversas noticias del aumento de las fuerzas de los patriotas y su aproximación á la ciudad hacían temblar á todos. La mañana de ese día fué anuncio de grandes desastres. El pueblo, con total indiferencia, ocurría á todas partes á juzgar, y de vez en cuando se dejaba decir algunas palabras amenazadoras.

Las fuerzas del General Hidalgo se acamparon desde la tarde anterior en las inmediaciones de la ciudad, tomando muy pocas posiciones militares, y las demás lo hicieron sin ninguna regularidad. Las tropas nacionales se componían de la mayor parte del Regimiento de la Reina, que lo arrastraron á la revolución con su ejemplo y patriotismo los Capitanes del mismo, Alfende y Aldama, un Batallón de Celaya que se hallaba en San Miguel, y una numerosa reunión de gente colecticia, mal armada, sin disciplina, y que propendía al desorden. Con este ejército, que se calculó en cerca de veinte mil hombres, marchó el General Hidalgo á Guanajuato.

El 28, á las once de la mañana, se presentaron dos hombres con unos dragones, en la trinchera avanzada que estaba por el punto de Belén; esos hombres eran el Coronel Don Mariano Abasolo y el Teniente Coronel Don Ignacio Camargo, trayendo un oficio de su General Hidalgo, en el que intimaba al señor Riaño, para que se entregara á discreción con los demás españoles que lo acompañaban, ofreciéndole tratarlos con consideración ó con rigor; mas cualquiera que fuese la respuesta, ofrecía al primero y su familia un salvo-conducto en lo particular, siendo esta distinción una prueba del buen concepto que disfrutaba aquel honrado español.

Se contestó á los parlamentarios que se iba á responder. Abasolo se retiró y Camargo solicitó entrar al fuerte, que lo hizo á estilo de guerra y con los ojos vendados. Conferenció con los individuos comisionados por el señor Riaño. Este mandó se leyese antes en junta el oficio de Hidalgo,

Concluida la lectura, se expresó con la serenidad que inspira el valor y la lealtad, en los términos siguientes:

"Señores: ya han oído vdes. la intimación: el Cura Hidalgo trae mucha gente, é ignoramos si viene con artillería; en este caso, es imposible defendernos. Yo no tengo temor, porque estoy pronto á perder la vida al lado de vdes.; mas no quiero que se crea, sacrifican vdes. la suya por mis ideas particulares: lo que vdes. resuelvan, estoy dispuesto á hacer."

El silencio que anunciaba el temor de grandes desastres, sucedió á las palabras del Intendente. Ese silencio triste fué interrumpido por Don Bernardo del Castillo, que indiscreto más que resuelto, exclamó:

"No, señor; no hay que rendirse... Vencer ó morir."

Estas fatales palabras arrastraron á la multitud, y el señor Riaño fué consecuente á lo que ofreció, sin medir más el número de combatientes ni el peligro. El dolor, sin embargo, lo atormentaba, no tanto por él, pues se le oyó decir: "Ah, pobres de mis hijos los de Guanajuato!"

Respondió al General Hidalgo con dignidad y cortesía, negándose á reconocerlo como Capitán general, y que estaba resuelto á defenderse hasta morir. El señor Riaño fué el único, acaso, entre los jefes españoles, que no desconoció el derecho de gentes.

El Teniente Coronel Camargo partió con la respuesta.

III.

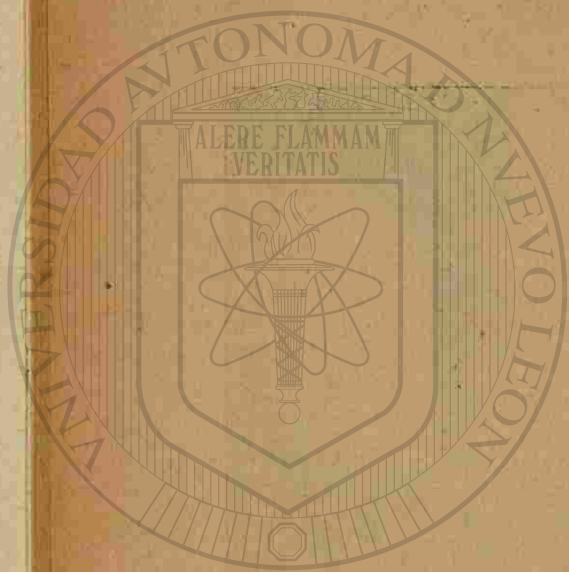
El Intendente se preparó al ataque. luego como se despachó al parlamentario. El General Hidalgo, viendo la resolución del señor Riaño, dispuso la marcha. A la una de la tarde comenzó á entrar el ejército, dividido en dos trozos: uno atacó á Granaditas por el frente, y el otro por la puerta que comunica á la hacienda de Dolores, ocupando las demás fuerzas los cerros inmediatos. Los realistas estaban situados en el fuerte y en esta hacienda: los americanos avanzaron, vitoreando á la "Virgen de Guadalupe," cuya imagen lleva-



Entrada de Hidalgo á Guanajuato.

bay en sus banderas de varios colores, y á la "América." El ataque comenzó: aquella reunión informe se precipitó como un torrente. Todo era confusión; la gritería de los invasores, á los que se había unido el pueblo, el clamor de los heridos, la multitud de piedras lanzadas por éstos, el fuego de las tropas regulares, el de los sitiados, la explosión terrible de los frascos que arrojaban éstos, y que como granadas reventaban, los innumerables muertos que caían por todas partes obstruyendo el paso, todo presentaba el cuadro más triste y horroroso que pueda imaginarse. Un indio se abalanza á uno de esos frascos, y con los dientes pretende quitarle la espoleta: no lo consigue, y desaparece en pedazos. Los agresores en vez de acobardarse, se llenaban de coraje, animados por la venganza de ver á sus compañeros en tierra. El ataque se renovaba tanto como la defensa: las víctimas caían por todas partes, la sangre corría á torrentes: el fuego se redobló, el ataque se había encarnizado ferozmente. Frenéticos los americanos hicieron un esfuerzo para asaltar el fuerte: en esto quedó cortada la caballería realista, y en vano sus jefes intentaron maniobrar con ella, y menos formarla. Un oficial, Valenzuela, aunque americano, hizo grande destrozo con sus pistolas y sable en sus compatriotas: al fin lo hicieron rendir; su último aliento lo exhaló gritando: "¡Viva España!" Este hombre en las banderas de su patria, habría sido un héroe; en las de sus enemigos fué un frenético. Riaño mandó la retirada al interior del fuerte: en esto advirtió que el centinela de la puerta principal había abandonado el puesto: pundonoroso y resuelto el Intendente, toma en la mano el fusil y reemplaza á aquél, haciendo fuego. Un cabo del Regimiento de Celaya, de la infantería de los patriotas, le apunta y lo derriba.... El señor Riaño sucumbió, y los españoles perdieron un héroe.

Como Ney con un fusil en la mano, y como Bayard, se podía decir que era un caballero sin temor ni tacha, "sans peur et sans reproche." Recogido al punto su cadáver, una escena doblemente dolorosa tuvo lugar: el sentimiento de sus subordinados y la



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

desesperación de un hijo suyo completaba aquel espectáculo de dolor.

La muerte de Riaño causó á más del espanto, el desconcierto en los sitiados. Luego se cerró la puerta, sin que el fuego disminuyese por las azoteas y ventanas del fuerte y de la hacienda de Dolores. El General Hidalgo redobló entonces sus esfuerzos para apoderarse de aquél á toda costa: los asaltantes caían por todas partes; mas despreciaban la muerte. Comenzaron á dar barrenos para derribar una esquina del edificio, y penetrar en él. Su presencia de ánimo, su resolución, no podían nacer sino de un patriotismo verdadero.

Mas como poco se avanzaba, se creyó importante apoderarse de la puerta principal incendiándola: hacerlo era una temeridad inaudita, por la lluvia de balas que caían, y por la infernal explosión de los frascos de azogue.

Fastidiado Hidalgo con aquella monotonía de muerte, rodeado de inmensas olas de plebe, se dirigió á un hombre á cuya voz obedecían.

—Pipila, le dijo Hidalgo á ese hombre: la patria necesita de tu valor. . . ¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la Alhóndiga?

—“Sí,” respondió aquel hombre, y sus ojos brillaron con una feroz alegría. Tomó en seguida una tea ardiendo, y cubriéndose con una losa ancha se dirigió gateando hacia la puerta, que incendió. El lépero de Guanajuato abrió el registro de los héroes mexicanos. Un plebeyo se inmortalizó el primero.

Nada les valía á los españoles el desesperado valor con que se defendían, porque sus pérdidas eran irreparables. Cuando notó el sargento mayor Berzabal que toda resistencia era infructuosa, excitó á sus compañeros á rendirse. El más espantoso desorden siguió á esa excitativa: unos pretendían desfigurarse, otros tiraban la cascaca, las armas y dinero por las ventanas, y otros, en fin, querían primero morir que rendirse. En estos momentos una bala derribó á Berzabal, aumentándose el desconcierto: se puso bandera de paz, por el primero que le ocurrió, y el fuego parecía ter-

minado: con esta seguridad, los indios se arrimaron á las puertas. Los realistas que se hallaban en la hacienda de Dolores, ignoraban lo ocurrido en Granaditas, y prolongaban con obstinación la defensa, haciendo estragos en los indios. Sucedió lo que era natural: se supuso una perfidia, y á los gritos de “traición” con que la plebe llenaba el aire, sucedieron las horrosas órdenes de asaltarlo todo, y de no dar cuarteel á nadie. Pocos instantes después, aquel cuadro era espantosamente animado. Las pasiones todas se retrataban en un fondo de humo y ráfagas de fuego. Se imploraba en vano la piedad y la compasión de los vencedores: queriendo vengar éstos los crímenes de la conquista y los agravios de trescientos años, disminuyeron el mérito de su empresa, por no haberle otorgado nada á la humanidad.

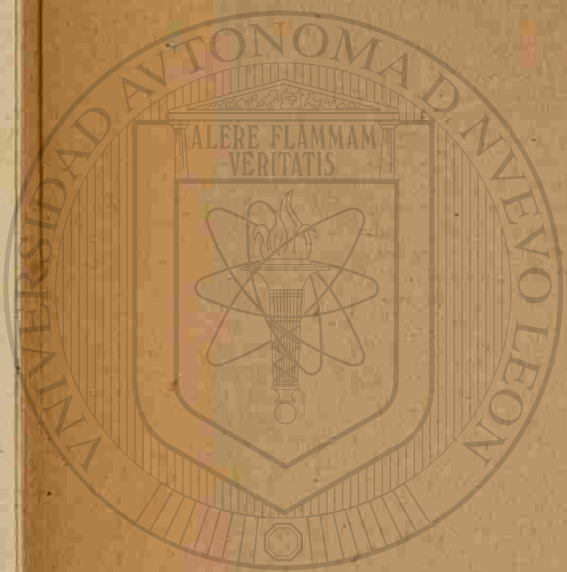
Los defensores de la hacienda de Dolores tuvieron que sucumbir, y aquí las escenas de Granaditas se repitieron: los españoles fueron arrojados á lo profundo de la noria de la hacienda, en donde algunos de sus compañeros se habían ocultado antes.

Cuanto se encontraba en Granaditas y Dolores fué presa del furor de aquellos hombres, que de nada se ocupaban más que de lo presente. Los independientes penetraron por en medio de escombros y de cadáveres: presa de su triunfo fueron todos los caudales y alhajas que allí se habían introducido. El General Hidalgo no pudo contener tantos desórdenes, que á Allende y demás compañeros desagradaron hasta el extremo.

Ese día, dolorosamente memorable, ha dejado profundos recuerdos para Guanajuato. Amigos ó enemigos de la revolución, verán en Granaditas, los unos resignados, los otros “lentos de esperanza aún,” el primer lugar que se enrojeció con la sangre de los defensores de la Independencia de México.

Enero 18 de 1846.

DOMINGO REVILLA.



MORELOS.

I.

El Viajero

Era uno de los primeros días del mes de Octubre de 1810. El sol descendía lentamente en el horizonte, y sus rayos ardientes dañaban el bosque de ciruelos, entre el cual se levantan el humilde templo y las pobres y dispersas casitas que forman el pequeño pueblo de Nucupétaro.

Nucupétaro está situado en el Sur del Estado de Michoacán, en medio de esa inmensa cadena de montañas que no termina sino hasta las costas del Pacífico.

El pueblo está en medio de un bosque de árboles de ciruela; pero allí el calor excesivo hace a la tierra árida y triste, un sol abrasador seca las plantas, y apenas unos cuantos días, cuando las lluvias caen a torrentes, los campos se visten de verdura, y los árboles se cubren de hojas; después los árboles no son sino esqueletos, y las llanuras y los montes presentan un aspecto tristísimo.

En Octubre, pues, la naturaleza no se ostentaba allí con sus encantos, un viento abrasador levantaba en las cañadas nubes de polvo, y el cielo, sin una sola nube, parecía velarse con una gasa que daba a su fondo azulado un tinte melancólico.

Delante de una de las casitas del pueblo, y a la sombra de un cobertizo de palma, se

mecía indolentemente un hombre, sentado en una hamaca.

Aquel hombre parecía estar en todo el vigor de su juventud; era de una estatura menos que mediana, pero lleno de carnes; moreno, sus negras y pobladas cejas tenían un fruncimiento tenaz, como indicando que aquel hombre tenía profundas y continuas meditaciones, y en sus ojos oscuros brillaba el rayo de la inteligencia.

El vestido de aquel hombre, de lienzo blanco, era semejante al que usaban los labradores de aquellos rumbos: un ancho calzón y una "campana," que es una especie de blusa.

Tenía entre las manos un libro, y sin embargo no leía, meditaba, porque su mirada vaga se perdía en el espacio.

De repente le sacó de su distracción el ruido de una cabalgadura; volvió el rostro; y casi al mismo tiempo se detuvo cerca de allí un anciano que llegaba caballero en una magnífica mula prieta.

—Buenas tardes dé Dios á su merced, señor Cura,—dijo el recién llegado.

—Muy buenas tardes,—contestó el de la hamaca levantándose y dirigiéndose al encuentro de su interlocutor.—¿Qué viento nos trae por aquí al señor Don Rafael Guedea?

—Aquí vengo de dar una vuelta por Tacámbaro, y á ver si me da posada esta noche su merced.

—Con todo mi gusto,—contestó el Cura.—Mándese usted apear.

—Vaya, Dios se lo pague al señor Cura Morelos.

Don Rafael entregó su mula á los criados que le acompañaban, se quitó las espuelas y el paño de sol, y abrazando al Cura con grande efusión, se entró á sentar con él debajo del cobertizo.

II.

Grandes noticias

—¿Y qué deja de nuevo mi señor Don Rafael por esos mundos?—preguntó el Cura.

—¡Cómo!—exclamó el otro—¿pues aún no sabe su merced las novedades?

—No. ¿Hay algo nuevo?

—Y mucho, y muy grave.

—Cuénteme usted, cuénteme usted.

—Pues, ¿recuerda su merced al señor Bachiller Don Miguel Hidalgo, que estaba en Valladolid en el colegio de....

—Sí, sí, y mucho; ¿le ha sucedido algo?

—¡Pues no diga nada! está su merced para saber, que se ha levantado.

—¿Levantado?

—Levantado contra el Virrey y contra los gachupines.

—Pero, ¿es cierto? ¿es cosa de importancia?—preguntó Morelos, pudiendo contener apenas su emoción.

—Tan cierto, que toda la gente de tierra fría anda ya revuelta; no se dice más, ni se habla de otra cosa sino del señor Hidalgo, que quiere libertar á la América, y que tan grave es el negocio, que el 16 de Septiembre amaneció ya levantado el señor Cura que era de Dolores, y el día 28 había tomado ya Guanajuato, que dicen que hubo mucha mortandad, y que estará ya muy cerca de Valladolid: cuentan, y es seguro, que trae muchísima tropa, y los gachupines están huyendo y cerrando los comercios y dejando sus haciendas; en fin, no sé cómo vuestra merced no sabe nada, porque la novedad es muy grande, y el señor Hidalgo tiene por todas partes muchos que lo aclaman y lo requieren.

Morelos había seguido la narración de su amigo sin perder una sola palabra; sus ojos se abrían desmesuradamente, su rostro se coloreaba, el sudor inundaba su frente, y su pecho se agitaba como si estuviera fatigado por una lucha.

Por fin, cuando Guedea terminó su relación, Morelos no pudo ya contenerse; levantóse trémulo, dejó caer el libro que tenía en las manos, y alzando los brazos y los ojos al cielo, exclamó con un acento profundamente conmovido, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus tostadas mejillas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡bendito sea tu nombre!

Después, dejándose caer en la hamaca,

apoyó su rostro sobre las palmas de las manos, y parecía que sollozaba en silencio.

Don Rafael Guedea, enternecido también, contemplaba respetuosamente á Morelos, sin atreverse á dirigirle una sola palabra.

Sin duda el viejo hacendado comprendía el choque terrible que debía haber sufrido aquel gran corazón al saber que ya tenía una patria por la que podía sacrificarse.

Morelos se había sentido mexicano por la primera vez; el pária, el esclavo, el colono, escuchaba el grito de Independencia.

Aquel placer era capaz de causar la muerte.

III.

El Guerrillero

Pocos días después de esta conversación, Hidalgo, con el ejército independiente, salía de Charo (inmediaciones de Valladolid) para dar la célebre batalla de las Cruces, y al mismo tiempo, aunque con opuesta dirección, se desprendía de allí Don José María Morelos.

Morelos iba á emprender la campaña por el Sur, y por todo elemento para acometer tan aventurada empresa, el señor Hidalgo había dado al Cura de Carácuaro un papel con la siguiente orden, firmada también por Allende:

"Por el presente comisiono en toda forma á mi Lugarteniente el bachiller Don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en las costas del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado."

En manos de un hombre vulgar, aquella autorización quizá no hubiera servido ni para levantar una guerrilla; pero Morelos era un genio.

Sobre aquellas cuantas líneas trazadas en un papel, Morelos iba á fundar una reputación gigantesca; aquella orden era para él la vara mágica con la que iba á levantar ejércitos, á fundir cañones, á dar batallas, á tomar plazas, á formidarse por fin á los Virreyes y al Monarca español.

Durante el camino hasta llegar á su Curato, Morelos marchó sólo, pero su imaginación le presentaba por donde quiera divisiones en marcha, batallones en movimiento, cargas de caballería, asaltos, combates, escaramuzas, todo el cuadro, en fin, de la terrible campaña que iba á emprender.

Morelos llegó á Carácuaro, y allí reunió 25 hombres mal armados, y comenzó su carrera militar.

Conforme á las instrucciones del señor Hidalgo, se dirigió á las costas del Sur.

Saliendo de Carácuaro, llegó á Churumuco, pasó el gran río de Zacatula por las balsas, llegó á Coahuayutla, tomó el camino de Acapulco, siguiendo desde allí toda la costa.

Por último, dos meses después de haberse puesto en campaña con 25 hombres, Morelos contaba ya con 2,000 infantes, gran número de jinetes, cinco cañones y considerable cantidad de pertrechos de guerra.

Casi todo el armamento y todo el parque habían sido quitados al enemigo.

IV.

El Caudillo

Desde esa época, Morelos fué el caudillo prominente en la guerra de Independencia.

Vencedor unas veces, vencido otras, pero siempre constante, valeroso, inteligente, el humilde Cura de Carácuaro era un héroe.

Por todas partes se hacía sentir su poderoso influjo; por todas partes, á su nombre, se levantaban partidas, y se organizaban tropas, y se daban combates.

Y no se contentaba sólo con defender su causa por medio de las armas, sino que sostenía constantemente difíciles polémicas con los Curas y las principales personas del clero, que valiéndose de la religión, pretendían apartar al señor Morelos del camino que se había trazado.

La historia de las campañas del héroe, es la historia de todas las poblaciones, de todos los bosques, de todas las llanuras del

Sur de nuestra patria, y sus recuerdos viven imperecederos en todos esos lugares.

Pero el apogeo de la gloria de aquel grande hombre está en el sitio de Cuautla.

Reducido Morelos á defenderse en esa ciudad, que hoy lleva con orgullo el nombre del ilustre caudillo, dió pruebas de la grandeza de su genio.

Una ciudad pequeña en una llanura, abierta por todos lados, con unas fortificaciones hechas de prisa y sumamente ligeras: ésta era su posición.

Un ejército bisoño, casi desnudo, con malas armas, con pocas municiones, y constando de un reducido número: éstos eran sus elementos de defensa.

Félix María Calleja, el vencedor de Aculco, de Guanajuato y de Calderón, seguido de un numeroso ejército bien armado, perfectamente disciplinado, orgulloso con sus victorias, provisto de abundantes víveres y municiones y constantemente reforzado: esto representaba el ataque.

Y sin embargo, Morelos resistió sesenta y dos días y aquel sitio mereció con razón el renombre de famoso.

Viéronse allí episodios de valor inauditos para impedir que los sitiadores cortaran el agua; los sitiados hicieron prodigios, y vivieron los que custodiaban la toma, bajo una constante lluvia de proyectiles.

Por fin la situación se hizo desesperada; el hambre obligó á los insurgentes á tomar una resolución extrema, y la noche del 2 de Mayo de 1812, el señor Morelos salió de la plaza, atravesó con su pequeño ejército la línea de circunvalación, abriéndose paso á viva fuerza, y aunque sufriendo grandes pérdidas, y libre ya de aquel peligro, volvió á ser el alma inteligente y guerrera de la lucha de Independencia.

V.

El Mártir

La suerte abandonó por fin á Morelos, y en la acción de Tetsmalaca (5 de Noviembre de 1815) cayó prisionero en manos del Gene-

ral español Concha.—El martirio debía coronar aquella vida llena de gloria, y Morelos marchó al patíbulo lleno de valor.

La Inquisición, el clero, el Virrey, la audiencia, todos quisieron tener parte en el sacrificio, todos quisieron herir á su víctima, todos hicieron gala de su crueldad con aquel hombre que los había hecho temblar, y á cuyo sólo recuerdo palidecían.

Semejantes á una jauría hambrienta que se arroja ladrando y furiosa sobre un león herido, así aquellos hombres "organizaron su justicia" contra el pobre prisionero de Tesimalaca.

La Inquisición le declaró hereje, el clero le degradó del carácter sacerdotal, la audiencia le condenó por traidor al Rey, y el Virrey se encargó de la ejecución.

Y el hereje, el traidor, el mal sacerdote, el ajusticiado, era, sin embargo, un héroe, un caudillo en la más sarta y más noble de las luchas; era, en fin, "el hombre más extraordinario que produjo la guerra de Independencia de México." (Alamán).

Morelos fué fusilado en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de Diciembre de 1815.

Cuando la sangre de aquel noble mártir regó la tierra, cuando su cuerpo acribillado por las balas dejó escapar el grande espíritu que durante cincuenta años le había animado, entonces pasó una cosa extraña que la ciencia aún no explica satisfactoriamente.

Las aguas del lago, tan puras y tan serenas siempre, comenzaron á encreparse y á crecer, y sin que el huracán cruzase sobre ellas, y sin que la tormenta cubriera con sus pardas alas el cielo, aquellas aguas se levantaron y cubrieron las playas por el lado de San Cristóbal y avanzaron y avanzaron hasta llegar al lugar del suplicio.

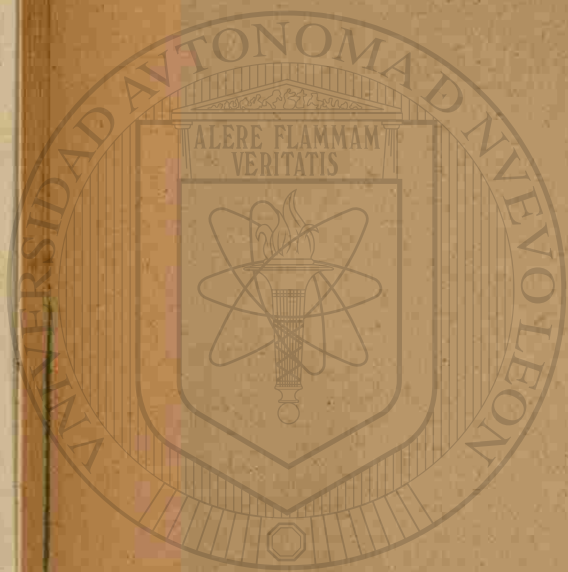
Lavaron la sangre del mártir y volvieron majestuosamente á su antiguo curso.

Ni antes ni después se ha observado semejante fenómeno. ¡Allí estaba la mano de Dios!

VICENTE RIVA PALACIO.



Fusilamiento de Morelos en Ecatepec.



MORELOS ANTE EL OCEANO.

I

Empezaba á anoecer cuando llegué á la casa del maestro Altamirano.

Nos sentamos frente á frente, junto á un balcón alumbrado por la lividez del crepúsculo. Y de esta suerte, en la hora vespertina, el maestro y yo platicábamos en medio de la vida serena, de las cosas crepusculares.

¿Qué misteriosas energías ligán las palabras con las palabras para llevarlas muy lejos de lo actual hasta los campos maravillosos del pasado? Yo no sé cómo empezamos á hablar de Morelos: de su infancia entenebrada por la orfandad, de su juventud errante por entre los caminos y las soledades, cuando era hatajador de mulas, y cuando iba, como Mahoma, visitando pueblos, transportando riquezas, poniendo en contacto ideas. Dijimos que las lágrimas del huérfano y los dolores de la niñez desamparada enseñaron, sin duda, á Morelos, á sentir los dolores ajenos, haciendo brotar, según la teoría de los modernos psicólogos, la mariposa divina del amor hacia los demás desde la crisálida obscura del egoísmo. Dijimos también que la existencia sembrada de sobresaltos, de inquietudes y de sorpresas, la vida del arriero, llena de fisonomías nuevas, enseñaron al mismo Morelos á no sorprenderse nunca, á comprender á los hombres y á comprender el secreto de las cosas.

El maestro hablaba con una voz que tenía entonaciones análogas á las de una lira de bronce; sus manos, en armoniosos movimientos, se agitaban en la sombra, acompañando el ademán á la palabra; yo lo escuchaba sorprendido, y en el seno de la obscuridad creciente nacían y se eslabonaban los recuerdos, los hermosos hijos de la idea.

II.

"Morelos, me dijo entonces el Maestro, llevaba en su alma el sentimiento, engendrado por su niñez dolorosa, y la observación producida por su juventud errante; sus ojos de mago sabían hurtarle sus secretos á la sombra, y sus palabras de tribuno sabían conquistar las voluntades de los hombres. Vió á lo lejos la claridad de la ciencia, y avanzó entonces á buscarla; la encontró en Valladolid, entre las fuertes paredes del Colegio de San Nicolás; oyó cómo hablaba de ella, con acento de inspirado, el Rector Don Miguel Hidalgo; pero, al oír hablar de la ciencia, oyó también hablar de su divina hermana la libertad, y poseído entonces de un doble y repentino amor, se sintió dominado por dos ideales, y fué desde aquel momento el paladín de la verdad y de la Independencia: por eso se ordenó de sacerdote, porque así avanzaba en el sendero de la ciencia, y por eso más tarde en el altar de la patria ofreció su vida en aras de la libertad; pero fué siempre su amor á los otros, conquistado con sus sufrimientos de niño, el que hizo el milagro de su fe republicana inextinguible, y fué siempre su conocimiento de los hombres, principiado en sus viajes de arriero, el que hizo el milagro de su talento organizador para la guerra.

El dolor, la observación y la voz de Hidalgo, fueron los tres factores del genio; se conjuraron con las dotes primordiales; se fundieron con los elementos nuevos, y he aquí que en seguida, durante las guerras de Independencia, tal vez más alto que nadie en la América, el huérfano, el hatajador de mulas, el Cura de Carácuaro, subió al Veladero, á Tixtla, á Cuautla, á Orizaba,

á Oaxaca y al Castillo de Acapulco, para mostrar á los tiranos y á los cobardes, al infinito mar y al infinito cielo, la bandera blanca y azul de nuestra Independencia.

"Es inútil repetir lo que todos saben: el poema épico de Cuautla, que resuena en los aires como un clarinetazo de triunfo; la toma de Oaxaca, que parece una hazaña increíble; la rendición casi inverosímil del fuerte de San Diego; pero si se recuerda cualquiera de los hechos de Morelos, en el más insignificante se revela su grandeza.

"Una noche, el gran luchador se acercó con sus guerreros á la brava costa de la mar del Sur: el intrincamiento inconmensurable de las grandes selvas del Estado de Guerrero, velaba las aguas: una tempestad hacía sentir su aliento enorme á través de los árboles; el viento producía inextinguibles, intermitentes y salvajes clamores; sobre las cabezas de los valientes el crespido de las hojas se estremecía con sacudimientos que parecían cansados por un terror sobrehumano; se diría que las palmas inmensas, cuyos penachos tocaban el cielo, y las grandes lianas, tendidas de árbol en árbol, y hasta las hierbas experimentaban un espanto infinito; á ratos, la luz sulfurosa de los relámpagos ponía gotas de claridad entre los árboles, y de súbito, ronco y profundo, como un quejido ó como un grito de cólera sobrenatural, retumbaba el trueno.

"Los valientes se detenían apoyados contra los árboles, los más osados marchaban hacia lo desconocido y lo inmenso, hacia el mar lleno de rabias y de terrores sin número; pero al frente de todos iba Morelos; su cabeza tranquila lucía ceñida por su pañuelo blanco, cuyas puntas flotaban, y en medio de la conmoción gigantesca que precede á las grandes tempestades, él iba en silencio, altivo y solemne, como si fuera el supremo vidente de lo sublime.

"De pronto, ante él se acabaron los árboles y se mostró el mar; la costa allí terminaba, á pico, insondable, un pedestal sobre el abismo: el formidable culebreo y el convulsivo amontonamiento de las aguas se desenrolló entonces con toda su fuerza sobre el Océano indefinido: el viento, este ti-

tán invisible y obscuro, corría sobre la soledad hirsuta; las nubes, apenas entrevistas, formaban una marejada negra sobre las aguas; la lluvia se desató copiosa en raudales, en torrentes; el bosque centenario cantaba detrás su grande himno; la mar desenvolvía sus mil ruidos, que son estertores, y sollozos, y truenos; el cielo se alumbraba de repente con fulgores lívidos que vertían la claridad sobre el horror; un instante, las tinieblas aullantes del agua, del viento y de la nube, eran sacadas de la sombra á la luz del rayo; pero en seguida, de súbito, retrocedían á lo negro, y entonces vivían en lo obscuro, gigantescamente, las formas prodigiosas de la borrasca, palpitantes é infinitas; pudiera afirmarse que en el cielo, cubriendo todo con sus alas negras, salpicadas de reflejos lívidos, estaba el pájaro infinito de la tormenta; y no obstante, sereno, dichoso en medio del terrible desencadenamiento, teniendo á sus espaldas á sus guerreros, hundidos en la selva, y sintiendo quebrados por los rayos los palmares centenarios, Morelos, cruzando los brazos sobre el pecho, erguido é indomable, veía, guardando en su alma la sonata infinita de los elementos, la tempestad, y su pabuelo blanco, como si estuviera vivo sobre sus sienes, agitaba sus puntas flotantes.

"En frente del estertor de las olas y de los cielos, Morelos creía ver á la América toda, hundida en la sombra como la mar, lejos del cielo como la mar misma, y no obstante, toda ella sacudida por el deseo insaciable de abismarse en la claridad y de conocer el progreso, irguiéndose titánica y soberbia contra los tiranos, como el mar contra los vientos, y poblando el espacio con sus gritos de agonía y de gloria.

"Bajo el acantilado, mientras las olas se estrellaban, levantando, como enormes flores blancas sostenidas por intermitentes tallos líquidos, sus explosiones de espuma; los pájaros del mar, las cenicientas gaviotas, se hundían entre las ráfagas lanzando ásperos gritos; por instantes el agua se iluminaba con fosforescencias extrañas, como si su cólera se hiciera luz; se tornaba de súbito en blanca, y entonces la borrasca

parecía una batalla nunca soñada, que librarán millones de gigantescos gladiadores lívidos.

"Morelos, ante el mar, era semejante al dios de las borrascas: aquella peña volada sobre el abismo y cecidada bajo el otro abismo, el del cielo, era el pedestal digno de él; parecía, sin saberlo, regir la suerte confusa de los ejércitos de las olas; parecía mandarlas; la noche entera estuvo de pie electrizado él mismo ante las fulguraciones blancas de los relámpagos.

"Cuando luego fué calmándose el mar; cuando todo peligro hubo cesado; cuando las olas se aplacaron, y el viento, cansado de luchar, se fué aletargando; cuando la selva cesó de agitarse, entonces en el cielo sin nubes se dilató la luz de la mañana, y Morelos, todavía de pie, contemplaba la iluminación feérica del Océano, la tranquilidad gloriosa de las aguas.

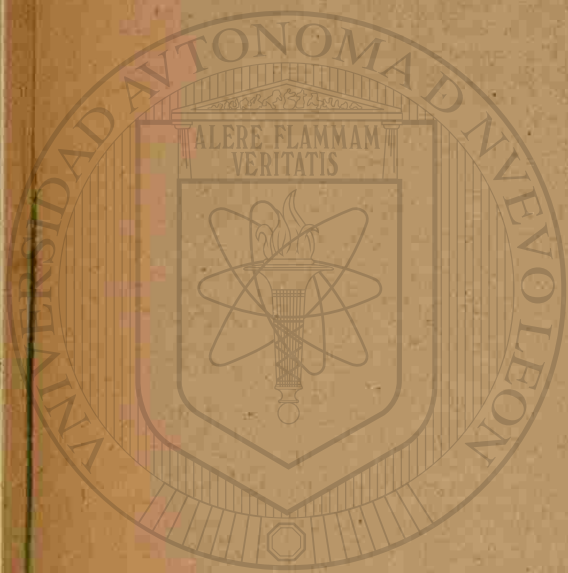
"Aquella borrasca era un símbolo: era lo mismo que la guerra de Independencia, preñada de horrores, llena de catástrofes; pero en ella, á ratos, la misma tormenta se hacía fosforescente, se tornaba luminosa, y por fin, tras ella, debía venir también la aurora divina, la libertad de la América."

III.

El maestro dejó de hablar, y aun veía yo á Morelos, en su pedestal, ante el Océano; la noche había cerrado, y aun me parecía ver el albor de la aurora sobre las aguas, por fin serenas.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.

México, 1893.



EL TESORO DE PEDRO ASENCIO.

I

Si cuidado especial se tuviera en recoger y compilar las tradiciones todas que ya sobre los hombres, ya sobre las cosas, existen por todas las partes de nuestro territorio, se podrían formar muchos volúmenes curiosísimos y llenos de datos interesantes para muchas materias.

Y comprobando la narración de la leyenda en aquello que ofreciera más probabilidades de verdad, no vacilamos en creer que ayudarían poderosamente para comprobar y rectificar ciertos hechos históricos que hoy están envueltos en una atmósfera de incertidumbre.

Cuando menos, ya que no ofrecieran interés inmediato, servirían las tradiciones de poderosa ayuda a nuestra literatura nacional, para dar una ligera idea de la fantasía de nuestros paisanos y de la tendencia de ellos, así como la de todos los habitantes de los países meridionales, a lo extraordinario y lo maravilloso.

Servirían también de agradable distracción en multitud de ocasiones; y muchas de esas leyendas, cuidadosamente examinadas, podrían ponerse en manos de la juventud como ejemplos dignos de imitarse o como modelos de acciones loables, acreedores a eterna memoria.

Si en alguna parte existen tantas tradiciones es en nuestro país, tan extenso, tan accidentado, poblado por una multitud de

pueblos distintos, desde los nahoas y toltecas, cuyo origen es fabuloso y lleno de leyendas, que ha sido teatro de innumerables acontecimientos, de guerras, cataclismos, hechos heroicos y sucesos raros que se han sucedido durante una larga serie no de años, sino de siglos.

En nuestros viajes más de una ocasión hemos tenido oportunidad de escuchar esas narraciones, hechas sencilla y pintorescamente por los rústicos habitantes de nuestros campos y aldeas, que distraen sus tranquilas veladas refiriéndolas á sus hijos ó á los forasteros que la casualidad les da por huéspedes.

La curiosidad también nos ha impulsado á preguntar y á investigar, y hemos sabido otras ó las encontramos consignadas en algún viejo libro que ya nadie lee por su triste aspecto.

Entre ellas unas hay, y no pocas, que se refieren á la época de la gran guerra de nuestra independencia, época fértil en sucesos de todo género, y en episodios innumerables.

Apenas la historia en muy contados casos ha tomado nota de los hechos más notables, relegando á la fábula no sólo los pormenores tal vez más interesantes, sino hasta nombres de héroes que por esa causa permanecen desconocidos y únicamente los recuerda vagamente el humilde pueblecillo donde nació.

Nosotros, que otras veces hemos dado á conocer algunas leyendas curiosas, vamos ahora á referir una de entre las que tenemos en los apuntes de viaje; la que escuchamos de los labios de un burdo ranchero de las montañas del Sur, mientras nos mostraba el magnífico y bravo paisaje donde su narración se desarrollaba.

II

Entre los hombres que desde luego se apresuraron á secundar el grito de independencia lanzado por el inmortal cura Hidalgo, ya porque obedeciesen á los impulsos de su patriotismo, ya por otra causa cualquiera, se cuenta á Pedro Asencio.

Este héroe del Sur, á quien la historia

dedica algunas pocas páginas, es un ente fabuloso por aquellas cálidas comarcas, y sus hechos se transmiten con respetuosa admiración de padres á hijos.

Nació en el pequeño lugarejo de Acutilalpam, en las cercanías de Teloloapam y desde muy niño se dedicó al penoso oficio de arriero, en el que lo vino á encontrar la guerra de Independencia.

Dotado de una energía grande y capaz de resistir los mayores contratiempos, de una naturaleza hercúlea á propósito para la lucha tremenda que se iniciaba, de carácter hurraño y selvático, gran conocedor del terreno donde había pasado su vida, desde luego fué por todo esto un poderoso enemigo del gobierno colonial y auxiliar precioso para la causa insurgente.

Además, cierto prestigio que tenía entre aquellos montañeses contribuyó á que en breve contara con una partida que sembró la alarma y terror en aquellos distritos.

Astuto y amaestrado rápidamente en la guerra de emboscadas, única que le era dado adoptar; jamás llegó á verse abatido por completo, y cuando se le creía, por algún descalabro que había sufrido, incapaz de rehacerse, aparecía por otro lugar más osado y resuelto que antes.

Pero la revolución, que con la pérdida de sus hombres distinguidos, disminuyó y degeneró en algunas partes, dió rienda suelta á muchas ambiciones personales y ocasión de desbordar los más sanguinarios instintos.

Así, cada jefe de partida, con pocas excepciones, se convirtió en un verdadero dueño y señor del terreno en que dominaba, y en el que á menudo ejercía horrorosas é inútiles crueldades.

De esta clase fué Pedro Asencio, á juzgar por los relatos que de sus hazañas hemos oído allí donde hizo la campaña desde 1810 hasta 1821.

Subalterno de todos los héroes del Sur, desde Morelos hasta Guerrero, puede decirse con toda verdad que jamás obró sino conforme á su capricho y á sus instintos, lo mismo que su inseparable compañero, el

famoso Padre Izquierdo, durante ese largo período de tiempo.

Sin embargo, llegó la época en que aquello debía terminar, y Pedro Asencio, después de haber batido con éxito á una sección de las tropas de Iturbide en San Vicente, tuvo que someterse á la fuerza de los acontecimientos que se desarrollaron después de la entrevista memorable de Acatempan.

Entonces fué cuando tomó la determinación que sirvió para formar la tradición que narramos; pero ha sido preciso dar esta ligera idea preliminar ántes de referirla, para que pueda ser mejor apreciada.

III

Organizada la revolución y ya con nuevos alientos, los cabecillas independientes tuvieron por fuerza que irse sometiendo sucesivamente al nuevo orden de cosas establecido en Iguala, y poner coto á su espíritu levantisco é insubordinado.

Pedro Asencio, comprendiéndolo así, reunió en un solo punto cuanto había atesorado durante los diez años de campaña, lo que cuidado perfectamente por una fuerte escolta, determinó guardarlo en lugar seguro y sólo por él conocido.

Según se nos contó y se cuenta, 40 fueron las mulas que se emplearon en trasportar esas riquezas al lugar que había de antemano elegido.

Después de una marcha penosa de varios días á través de la escabrosa sierra del Sur, pernoctó en Los Amates y al siguiente día hizo una corta jornada, hasta llegar al cerro del Limón.

Es esta una eminencia de las cercanías de Tlatlaya, situada en el corazón de las montañas é inaccesible por todos lados, comunicándose con la cordillera, únicamente por un angosto paso situado entre dos profundas barrancas. El resto del cerro no tiene laderas, pues sus lados se hallan cortados á pico y erizados de enormes peñascos que hacen imposible una irrupción á la cima; de manera que se le puede considerar como una fortaleza inexpugnable con sólo

practicar un foso en el paso de comunicación con el cerro inmediato.

Pedro Asencio, obligado á huir en más de una ocasión, y á ocultarse de los que de cerca le perseguían, y también á tener un lugar seguro donde defenderse, había hecho del Limón, como de algunos otros puntos, un sitio de refugio y de defensa.

El manantial, que brota en la pequeña explanada que forma la cima y los cimientos de una vieja fortificación hecha acaso por los antiguos indígenas, le ayudaron para su idea y en breve construyó una terrible fortaleza que se pudiera considerar como un verdadero nido de águilas, desde donde dominaba la comarca y desafiaba impunemente todas las iras del Gobierno Español.

A ese fuerte lugar era donde iba á guardar sus tesoros, mientras podía disfrutarlos cómodamente á la próxima terminación de la guerra.

Cuando las acémilas fueron descargadas y hubieron descansado un corto rato, Pedro Asencio llamó al arriero que las dirigía, llamado Toribio, y le dijo:

—Como recompensa de lo bien que te has portado conmigo y de tu buen manejo, te regalo el hatajo de mulas: con él puedes volverte á tu tierra y trabajar, pues la revolución muy pronto va á terminar y conseguirás hacer una mediana fortuna. Pero te advierto—añadió, dando á su fisonomía el tono resuelto que acostumbraba cuando daba una orden—que no vuelvas por estos rumbos, porque entonces..... —y señaló un elevado cedro á cuyo pie estaba sentado—te ahorcaría en este árbol.

—No señor, no volveré—respondió trémulo Toribio.—Muchas gracias por el regalo que me ha hecho, pues con él ya puedo trabajar por mi cuenta para mi familia. Adiós. Y se inclinó humildemente con ademán de besar la mano que se le tendía.

—Adiós, contestó Pedro Asencio. ¡Ah!—añadió dirigiéndose al arriero, que se ocupaba en organizar su hatajo—tampoco digas á nadie dónde me has dejado.

—Descuide su merced.

Y á poco Toribio se alejó de allí con sus

mulas, con rumbo á Morelia, firmemente dispuesto á no volver jamás al Sur, donde tan mala suerte le esperaba.

Después de este incidente, Pedro Asencio comenzó á repartir su gente en destacamentos, enviándola á diferentes puntos, como á Sultepec, Tetecala, Teloloapan ú otros, de donde sabía que no habían de volver sino pasados cinco ó más días.

Únicamente conservó á su lado su escolta particular compuesta de treinta hombres, y á su segundo en el mando, un individuo apellidado Gordillo.

Toda la fuerza se alejó preocupada y triste, pues sin saber por qué, preveía que su jefe meditaba algún plan siniestro y terrible.

IV

—En esa piedra en que se encuentra vd. sentado—continuó el narrador—se hallaba también sentado Pedro Asencio con la mirada hosca y sangrienta, siete días después de los acontecimientos referidos. Su segundo, Gordillo, se encontraba más allá, de pie, taciturno y grave.

De vez en cuando lanzaba aquél una larga mirada investigadora é inquieta al abismo que se abría cerca de él, volviéndola luego á su subalterno, y entonces tornábase irónica y feroz.

Poco á poco fueron llegando los diversos destacamentos, y aunque los soldados lo primero que extrañaban era la ausencia de las cargas y la de la escolta particular, no se atrevían á hacer ni aun el más leve comentario entre sí, por temor á su tremendo jefe.

Este apenas dignábase oír los partes que sus tenientes le daban, continuando en su tenaz silencio.

Cuando todo el ejército se encontró reunido, Pedro Asencio llamó á un ordenanza y en voz baja le dió una orden.

Al recibirla los diversos jefes, se apresuraron á obedecerla; pero los soldados sintieron helárseles la sangre en las venas al tener una idea vaga de lo que allí había pasado é iba á pasar. Mientras se formaba un cuadro bastante extenso, cuatro hombres

ataban sólidamente al segundo Gordillo y le ponían una mordaza.

El desgraciado apenas tuvo tiempo de pronunciar una palabra que sólo los más cercanos escucharon sin poderla comprender.

—¡Todos!..... murmuró con desesperación, antes de enmudecer para siempre.

Conducido al centro del cuadro, ya maniatado y mudo, Pedro Asencio dijo llamando á un pelotón:

—Fusilen á ese hombre

Dos minutos después, Gordillo yacía sin vida en el suelo, atravesado por diez balas.

Pedro Asencio se acercó y estuvo contemplando un rato el cadáver con cierta cruel satisfacción; luego volviéndose á su gente agregó:

—Tírenlo á la barranca.

La orden se cumplió sin dilación, y Pedro Asencio, recargado en el tronco de un árbol que inclinaba su ramaje sobre el abismo, veía cómo el cuerpo iba saltando de roca en roca hasta llegar al fondo de la barranca, hecho verdaderamente pedazos. Cuando hubo llegado, Pedro Asencio dirigió una última mirada, murmurando con sorda cólera:

—¡Tal vez existe uno que sabe mi secreto!

Y volviéndose á su gente que aterrada enmudecía, le dijo con voz estentórea:

—Ese hombre ha sido ejecutado por traidor. Aquel que cometa la falta que él cometió, sufrirá la misma suerte.

El cuadro se disolvió en silencio, pues nadie se atrevía á murmurar, y dos días después, la división entera abandonó la fortaleza del cerro del Limón para irse á incorporar al grueso del ejército independiente.

A pocos meses, Pedro Asencio murió de una manera horrible en Milpillas, pues quedó su cuerpo acribillado á machetazos, y su cabeza, separada del tronco, fué paseada en la punta de una pica entre el escarnio y la mofa de la soldadesca.

A nadie reveló el sitio exacto donde había escondido su tesoro, y aunque después de la guerra, muchos de sus soldados hicieron excavaciones en diversos puntos del cerro, arruinando casi sus construcciones, ninguno pudo encontrar nada, pues sólo la

escolta que lo enterró lo sabía; pero toda ella y uno á uno de los que la componían murieron á manos de Pedro Asencio y Gordillo, siendo arrojados después sus cuerpos á la barranca.

—Pero ¿quién contó eso, si todos murieron? preguntamos al oír la última palabra y abandonando lentamente la explanada.

El guía sonrió y continuó en estos términos mientras llegábamos á un punto desde donde se veía perfectamente uno de los flancos de la innaccesible montaña.

—Muchos años después de la muerte de Pedro Asencio, llegó á Tlalaya un anciano desconocido que compró un pedazo de tierra lejos del pueblo y edificó un jacal allí, y á quien rarísimas veces se veía llegar á la población, sólo á vender los productos de su cosecha y á proveerse de las cosas más indispensables.

El tal anciano, que cojeaba algo de la pierna derecha, con nadie hablaba, pero las contadas veces que el alcalde ó alguna persona importante del pueblo logró trabar una corta plática con él, dejaba admirados á sus oyentes por la exactitud con que narraba hechos pasados y lo bien que daba razón de individuos de la comarca que habían existido en años anteriores.

En cierta ocasión se le vió llegar á la casa de una pobre vieja que estaba próxima á morir y que dejaba tres niños, de los que el mayor contaba quince años; se instaló en la choza, erogó todos los gastos indispensables, y á la muerte de aquella mujer se hizo cargo de los huérfanos, á quienes llevó á vivir á su lado compartiendo con ellos su escaso caudal.

Llegó, por fin, un día, que fué el último para él, y comprendiéndolo, llamó al mayor de sus hijos adoptivos y tuvo con él una conferencia. El muchacho, después de muerto el desconocido, contó la conversación habida, y por ella se supo el lugar donde existía el tesoro.

—Yo fui soldado de Pedro Asencio—dijo el viejo—y uno de los treinta hombres que componían su escolta. Después de que par-

tieron las tropas, recibimos orden mis compañeros y yo de enterrar el tesoro, para lo cual atamos unos lazos de los dos árboles que se inclinan sobre la barranca y descendimos por ellos como unas cincuenta varas, hasta tropezar con la boca de una gruta escondida entre los peñascos, la cual gruta era bastante espaciosa.

Con grandes dificultades se bajaron los cajones y cajas y se depositaron allí: luego que todas estuvieron ya adentro, un soldado que sabía algo de albañil construyó una pared que cubría la boca de la caverna, y en seguida se colocaron fragmentos de roca, iguales á los del resto de la barranca, con lo cual quedó tan bien disimulada la pequeña abertura, que yo que estuve hace poco tiempo á verla, no la pude encontrar. Cuando terminó la operación, fuimos repartidos unos por la fortaleza y mandados otros como de centinelas avanzados, pues Pedro Asencio hizo correr la voz de que las tropas de Armijo iban á atacarlo sabiendo el reducido número de hombres que guardaban el cerro del Limón.

Yo fui colocado cerca del foso que completaba la fortificación y un compañero mío, á unas cuarenta varas de distancia, pero oculto á mi vista por la espesa arboleda. Cansado de inmovilidad, y no oyendo ningún ruido sospechoso, eché el arma al hombro y comencé á pasearme, aunque no sé por qué extraño presentimiento lo hacía con mucha cautela: pocos pasos había dado cuando oí crujir la hojarasca como si alguien caminase sobre ella; creyendo que podría ser algún espía enemigo, me tendí entre unos espesos matorrales y esperé.

A poco observé que dos hombres caminaban como ocultándose, en la dirección en que se encontraba el otro centinela: la curiosidad me hizo seguirlos arrastrándome, pues no comprendía lo que pasaba, á pesar de haber conocido ya á Pedro Asencio y á Gordillo.

Los ví acercarse al guardia que estaba sentado sobre un tronco, sin apercibirse de nada, y ví á Pedro Asencio sacar su terrible machete suriano y tirar uno de esos tremendos tajos que sólo él sabía dar: la

cabeza del desgraciado soldado rodó por el suelo, y el cuerpo por un momento conservó su posición, cayendo luego como una masa inerte.

—Ahora el otro—dijo Gordillo,—y aquellas palabras me sacaron de mi estupor, pues comprendí que el otro era yo. Pensé huir, pero eso era muy difícil, pues el único punto de salida estaba cortado por el foso y podían alcanzarme antes de llegar á él y atravesarlo; á mis pies se abría el abismo sembrado de peñascos y matorrales; su vista me horrorizó, pero al oír la voz de los que me buscaban, no reflexioné más y me deslicé agarrándome de las matas. Un momento creí poder bajar relativamente bien; más Asencio y Gordillo ya me habían visto y preparaban sus mosquetes; la rama de un débil arbusto cedió con mi peso, perdí el equilibrio y caí á un peñasco en el momento que sonaron dos tiros, acompañados de horribles imprecaciones; sentí un agudo dolor y que volvía á caer; después nada. Al cabo de muchas horas en que recobré los sentidos, me encontré en el fondo de la barranca, rodeado de los cadáveres de todos mis compañeros y lleno de sangre; intenté levantarme, pero en vano, pues sentía por todo el cuerpo agudísimos dolores: tenía una pierna rota, el pecho atravesado por un balazo y muchas contusiones, algunas de gravedad.

Cuando me di cuenta exacta de mi situación, más que de mi estado, me aterrorizaba la idea de que bajara Pedro Asencio á matarme para que no pudiera revelar el sitio del escondite; así es que como pude lavé mis heridas con agua del arroyo, las vendé con girones de mi ropa, y arrastrándome y ayudándome de mi machete, que por una casualidad estaba á mi lado, dejé aquél lugar de mi caída, la que fué amortiguada por unas gruesas matas de zacatón y procuré llegar á Tlatlaya. Pero la empresa era casi imposible, dado mi estado, y algunas veces pensé renunciar á ello y esperar la muerte, que no debía estar lejana.

Tres días llevaba de arrastrarme, manteniéndome con la fruta que á mi paso encontraba caída, cuando tuve un rato de an-

gustia fatal, pues á pocos pasos de mí pasó Pedro Asencio con todo su ejército. Temí que me viera y no me atreví á respirar; más por fortuna el jefe 'ba distraído y pasó rápidamente, así como la tropa.

Por fin, cuando más desesperado estaba, fuí recogido por un antiguo amigo que me llevó á su casa y me curó de mis heridas. Ya restablecido, abandoné la tierra por temor de Pedro Asencio, y hasta que supe de una manera cierta que ese hombre efectivamente había muerto, determiné volver á ella. Después del tiempo que ha pasado, ese tesoro ya no tiene dueño, por lo que es del que lo halle: un terror supersticioso me ha impedido sacarlo, pero á tí te revelo el lugar de su existencia, pues es la única herencia que puedo dejar á los hijos de mi hermana.

Así habló el viejo, que falleció á pocas horas.

Su sobrino se dió á buscar la boca de la cueva, pero sus diligencias fueron vanas y sólo consiguió despeñarse en el abismo.

—¿Y nadie, después de él, ha intentado hallar esas riquezas? preguntamos.

—Esa barranca está maldita, contestó gravemente nuestro guía; cuantos han buscado la gruta han hallado una muerte horrosa en la barranca.

Una vez más, por último, contemplamos el imponente aspecto del cerro del Limón, y de la cañada, de cuyo fondo se elevaba un murmullo confuso y vago, causado por el viento al agitar las hojas de los árboles. La tarde declinaba y aquellos parajes comenzaban á cubrirse de un tinte sombrío.

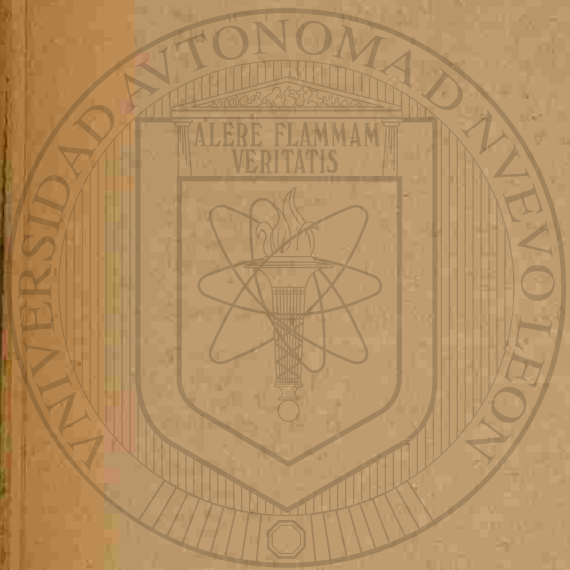
Apresuré el paso en tanto que mi guía se santiguaba lentamente y murmuraba tan quedo que apenas pude oír:

—Los muertos están rezando allá abajo, señor; recemos también nosotros para que nada nos suceda en el camino.

Y se descubrió mientras sus labios se agitaban.

A poco se perdían los últimos perfiles del cerro entre la sombra, y la obscuridad se hizo completa.

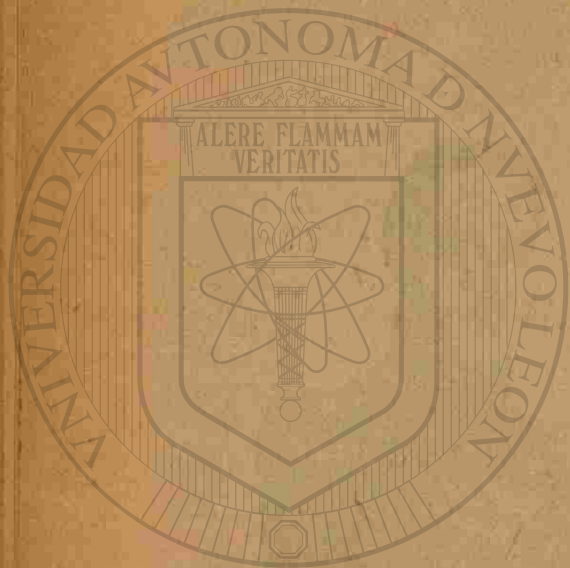
ALEJANDRO VILLASENOR.



General D. Manuel Mier y Terán.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL GENERAL D. MANUEL DE MIER Y
TERAN.

.....
.....
Y hoy, ¿dónde está el jefe? ¿Dónde está el sablo,
El campeón denodado,
Que allá en nuestras fronteras colocado,
El solo al extranjero detenía
Y un ejército entero nos valía?

José María Lacunza.

I.

Mientras más se registra la historia, o se atraen a la mente los sucesos contemporáneos, más se convence uno de lo falsa, peligrosa y trágica que es la carrera de esos seres que se llaman hombres públicos, que aparecen en todas las revoluciones, en todas las batallas, en todos los acontecimientos, y que al fin mueren... y mueren sin gloria, sin ilusión, sin tranquilidad, qué sé yo.... hasta sin esas palabras religiosas que la piedad cristiana arroja sobre el lecho de un moribundo, por más infeliz que sea.

El hacer una anatomía de los sufrimientos morales de un hombre público, deberá ser un objeto demasiado vasto para Mr. Balzac, ese anatomista del alma, que sin fastidiar, ocupa medio tomo con su terrible historia de Luis Lambert.

En efecto, un hombre público que brilla, que se apaga, que vuelve a relucir, que vence, que lo derrotan, que tan pronto está

circundado del aura del pueblo, como de los dictérios de una facción, que ríe en público, que llora en secreto, que estudia toda la vida para ignorarlo todo, que recorre las mil órbitas de una sociedad, que se roza en su paso con los cobardes, con los valientes, con los usureros, con los aduladores, con los avaros, con los aspirantes, y que al fin no tiene más que una tierra fría donde reposar; es un objeto grande, muy grande, para la investigación de un filósofo.

Estas ideas poco más ó menos me ocurrieron, cuando parado junto á una tapia derruida, que llaman cementerio en Padilla, ví una losa sin inscripción, sin adorno, una losa grosera, arrancada solamente del cerro, que pesaba sobre dos cadáveres: Iturbide que fué asesinado y Terán que se suicidó. ¡Qué grandes y hermosos nombres! ¡ITURBIDE Y TERAN!!!

¡Cómo deseaba yo en aquel momento haber conocido y tratado íntimamente á aquellos hombres, saber las particularidades de su vida privada, y los grandes acontecimientos de su carrera pública! ¡Oh!, decía yo, si tuviera datos, si hubiera participado de sus expediciones y peligros, yo escribiría su biografía; pero no como esas biografías descarnadas, insulsas y frías que vemos en los diarios; sino minuciosa, llena de esas interesantes pequeñeces que forman un todo grandioso, que jamás olvidan los hombres de Europa, cuando hablan de sus capitanes, de sus sabios y de sus artistas.

Pero dos verdades desconsoladoras vinieron á mi mente, á saber: Que esos hombres á quienes hemos visto y tratado, á quienes hemos observado, por decirlo así, en sus ruines pasiones y en sus ruines defectos humanos, no pueden tener jamás el atractivo y el entusiasmo que nos causa un Federico, un Pedro el Grande, un Napoleón. —Estos son colosos que se ven aún más grandes de este lado del Océano.—La otra verdad es, la de que muerto un hombre en México, quedan tan pocas trazas de su carrera, que casi es imposible caracterizarlo de una manera verídica é imparcial.

Sea como fuere, yo creo que cuando un

hombre hace cosas que por más sencillas y fáciles que parezcan, no ejecutan los demás, ese hombre es singular, ese hombre merece un recuerdo, una página en la historia, ó un distintivo que lo saque de esa confusión social, en que deben quedar sumergidos los que no han tenido energía para distinguirse en las armas, en las ciencias, en las bellas letras, y que su espíritu y su cerebro son medianos para hacer mal, y nulos para hacer bien.

Luego, como el General cuyo cuerpo reposaba sobre el cuerpo del Emperador, en la lejana sepultura de Padilla, tuvo muchas páginas brillantes en el libro de su vida, es preciso que bien ó mal le consagre unos renglones en esta serie de fríos y mal forjados artículos.

II.

La noche que el Cura Hidalgo se pronunció en Dolores por la Independencia, examinó seriamente su conciencia, y halló que no era ni general, ni coronel, ni aun simple soldado, sino únicamente un anciano cargado de achaques, y cuyo saber se limitaba á las pacíficas ocupaciones de la agricultura y de las artes. Esta reflexión lo llenó de profundo desconsuelo; pero á poco, echó de beber á los doce serenos que lo acompañaron en su atrevido pronunciamiento, y con una calma glacial, dijo: "La suerte está echada y pagaré con mi cabeza; pero he arrojado una semilla que jamás arrancará la España." Desde este momento, como el viejo hablaba con el espíritu y la certeza de un profeta, se llenó de entusiasmo, y mandó repicar las campanas de su Curato.

El vaticinio se cumplió—Cayó la cabeza del Cura y cayeron otras muchas; pero parecía que de cada tumba nacía un héroe, que de cada corazón helado por la muerte brotaba otro corazón lleno de ardor y de entusiasmo por la causa de la libertad. Así es que, aunque plagado el país de uno á otro extremo de bandidos déspotas y de bandidos liberales, é inundado de la sangre de mexicanos y españoles, se veían apare-

cer y lucir cada vez más claros algunos genios que merecerán la veneración, no sólo de sus paisanos, sino aun de sus mismos enemigos.

Todas las cosas del mando comienzan por un orden regular. La encina no nace ya robusta y corpulenta, como tampoco las facultades del hombre se desarrollan totalmente en su principio; así es que debemos comenzar por observar á un teniente coronel de artillería bien apersonado, instruido en la ciencia de su arma, y alegre y risueño con la íntima convicción de que defendía una causa que había de triunfar. Este jefe estaba por el año de 1811 en el rumbo de Oaxaca, unido á las fuerzas independientes que había por aquel país, y como es de suponerse, las escaramuzas se habían sucedido unas á otras; pero sin que se percibiese una ventaja conocida, hasta que Alvarez, que mandaba entonces la provincia de Oaxaca, con mucha artillería, pertrechos y víveres, puso sitio al pueblo de Silacayoápan. Un día dijo Sesma, que mandaba las fuerzas independientes, al teniente coronel de que nos ocupamos:

—¿Sabe usted, compañero, que vamos á ser destrozados por los españoles?

—Bien que lo sé, porque tienen mucha artillería.

—¿Y no discurre usted un medio de librarnos?

—Sólo uno.

—¿Cuál es?

—Quitarles la artillería.

Sesma meneó la cabeza y volvió la espalda diciendo entre dientes: Buena adivinanza la del teniente coronel.

La noche siguiente, con mucho silencio, salió el teniente coronel, con unos cuantos hombres decididos, se dirigió al lugar donde los enemigos tenían su artillería, al cuidado de un capitán llamado Pérez, y cayendo de improviso, comenzó él y su gente á repartir sendas cuchilladas y porrazos á diestra y siniestra. A poco salió la luna, y el teniente coronel vió que no había ya ningún enemigo á quien ofender, pero sí muchos cañones que llevarse, lo que en efecto ejecutó.

Como los enemigos se vieron privados de la única arma útil para el ataque de plazas, levantaron humildemente su campo y dejaron á los sitiados en paz.

Sesma dió un abrazo al teniente coronel, y el Congreso de Apatzingan le envió un escudo de honor.

Esté hecho anunciaba que el teniente coronel entonces, sería después el Excmo. señor General Don MANUEL DE MIER TERAN.

III.

En el instante en que se da el grito de rebelión, aunque tenga por causa la más santa y justa del mundo, los vínculos que ligan al hombre con la ley quedan disueltos. Hé aquí por qué se necesita revolucionar con las conveniencias sociales y no con el entusiasmo de los hombres; con los intereses, y no con el patriotismo; con las pasiones, y no con la virtud. El que dude de esto, tómese la pena de recordar épocas, y no muy remotas, y se convencerá que es cierto lo dicho. Síguese también que los vínculos de la obediencia rotos, el caudillo tiene que lidiar no sólo con sus natos y naturales enemigos, sino con la ambición de sus adictos.

Sucedía esto con frecuencia en tiempo de la insurrección, en que se veían unidos al parecer á los caudillos mexicanos para luchar por una misma causa; pero devorados en lo interior del pensamiento de sobreponerse á los demás, y aun muchas veces querían arrogarse el derecho de mandar despóticamente sobre los otros jefes. Uno de éstos era Rosains, hombre arrebatado, colérico, y hasta sanguinario, según se deduce de la historia de sus hechos.

Terán militaba á las órdenes de Rosains en la provincia de Oaxaca, y aunque puede decirse que no estaba en todo acorde con sus ideas, lo seguía en sus expediciones, y llegó el caso de que arrastrado por su espíritu de obediencia, ó por otras causas que es difícil averiguar, se viese obligado á trabar, el 27 de Julio, una acción en las barrancas de Jamapan con un guerrillero llama-

mado Luna. La lucha fué sangrienta, y los mexicanos, desentendiéndose de su objeto, se mataron unos á otros delante de su común enemigo. Por desgracia, esto se ha repetido con frecuencia, de entonces acá.

Terán no era de esos hombres comunes que obran sin pensar, y que después que obraron no reflexionan; así es que, consideró, naturalmente, que había sido en este lance, un instrumento de los caprichos de un hombre, y no un campeón de su patria. Después de hecha esta reflexión, Terán ni amaba ni obedecía de corazón á Rosains, aunque lo siguió por de pronto á una expedición por el rumbo de Huamantla, en que se trataba también de batir á Osorno, otro cabecilla insurgente, que había negado la obediencia á Rosains.

Llegó, pues, una ocasión, en que por uno de esos cambios infinitos de la guerra, se abocase Terán con el mismo guerrillero Luna, á quien había batido, y llevara á cabo el proyecto que había concebido.

Bastante desgracia fué, amigo Luna, que nos hubiéramos batido en las barrancas de Jamapan, le dijo Terán con una voz compungida.

Eso mismo pensé yo cuando me fueron á atacar; pero usted ve que la defensa es natural.

¿Y cree usted todavía que yo tuve la culpa de que llegáramos á ese extremo?

—Yo....

Vamos, amigo Luna, le interrumpió Terán, dándole afectuosamente una palmada en el hombro, yo he sido amigo de usted y además, reflexionará que una vez que he tomado las armas contra el Gobierno español, no las había de convertir contra mis hermanos.

El señor Rosains, contestó Luna, me ha asegurado que usted tuvo la culpa de todo, y luego como usted mandó la acción y....

¿Rosains?... exclamó Terán, mordiendo los labios.

—Sí señor.

Francamente quiero que me diga usted, continuó Terán, si el hombre que promueve y fomenta la discordia, y hace que se asesinen hermanos con hermanos, es verdaderamente patriota.

—Creo que no, respondió Luna.

—Bien, ¿y usted estaría á las órdenes de un hombre semejante?

—No.

—Pues sepa usted que Rosains es el que ordenó batiera á usted hasta no dejarle un hombre.

—¿Rosains!... exclamó Luna.

—El mismo, dijo Terán, y por mi parte estoy resuelto á separarme de su obediencia.

—¿Es posible?... Pero....

—Si usted no me quiere ayudar en esta empresa, la acometeré yo sólo; y si no puedo, me marcharé á mi casa.

Luna se mordía las uñas, sin responder una sílaba.

—¿Con que no responde usted, Luna? Acuérdesese que el pobre Martínez murió atravesado de balas, por oponerse á la autoridad de Rosains.

Eso mismo pensaba yo, y por lo cual no me parece acertado el plan de usted.

—¿Y cree usted, le interrumpió Terán, que soy un niño que me dejaré matar impunemente? Cuando yo le digo á usted esto, es porque cuento con la tropa, porque podemos sorprenderlo de una manera segura, y en una palabra, porque la empresa no tendrá riesgo.

—En ese caso....

—Cuento con usted, ¿no es verdad?

Luna presentó la mano, que Terán la estrechó, y ambos quedaron citados para la noche.

IV.

La mañana siguiente, que era 20 de Agosto, estaba Rosains en su cama con una gran montera de dormir, y jurando como un cabo, por no sé qué falta de su asistente.

—¡Voto á Dios!, le decía, que te he de machucar la cabeza, pedazo de animal. ¿Por qué no has hecho lo que te ordené?

El pobre soldado, que estaba delante de su jefe temblando de miedo, apenas tartamudeó unas cuantas palabras. Rosains continuó:

—¡Voto á bríos! Todos ustedes son una manada de animales que no andan sino á palos. Te prometo que te he de sacar más de cuatro gotas de sangre. ¡Voto á bríos!, que esta gantualla ha dado en perderme el respeto; pero ya se ve, lo mismo eres tú que ese otro menguado de Osorno, muy ufano con sus hechos, y es más bestia que un cabo de escuadra. ¡Eh! márchate, ¡voto á bríos!, ó te rompo la nuca con....

Diciendo esto, se agachaba á tomar algún trasto con que ejecutar lo que decía; pero el soldado más que de prisa dió la vuelta, abrió la mampara, y se presentaron á ese tiempo Luna y Terán.

—¡Voto á bríos! continuó Rosains, que me ha dado un buen desayuno este bribón asistente.—¿Qué se ofrece que tan de mañana tengo á ustedes por mi casa?

—Hay asuntos, le contestó Terán, que no ofrecen demora.

—Véamos cuales.

—Ciertos hombres de genio violento y arrebatado, sirven más para perjudicar la causa de la patria, que para defenderla.

—Y, ¿dónde están esos hombres? interrumpió Rosains frunciendo el ceño.

—No están muy lejos, continuó Terán, con mucha calma, y, por fortuna, podemos deshacernos de ellos. ¿Le parece á usted?

—Sí, sí, me parece....

—Para no andar con más rodeos, usted es uno de esos hombres, y, por tanto, venimos á aprehenderlo.

Rosains se incorporó á tomar el sable, que creyó estaba en la cabecera; pero Luna sacó un par de pistolas y se las puso al pecho, con lo que Rosains se quedó en la posición en que estaba, y dijo:

—Mal hice en no romperle el alma á ese pícaro asistente que no puso la espada y las pistolas á mi cabecera.

En efecto, el sable no estaba en el lugar acostumbrado, ni había otra arma por allí cerca.

—Es inútil la resistencia, prosiguió Terán, porque toda la tropa está de acuerdo, y no le queda á usted más arbitrio que resignarse con su suerte; con que háganos usted favor de vestirse, ó de lo contrario lo

haremos á usted con todo y colchón, y como un fardo inútil, lo dejaremos olvidado en el calabozo.

Rosains se puso encendido, se mordió los puños, y dijo:

—Muy bien, señor Terán. No creía yo que usted era un traidor.

—Hay muchas creencias que salen erradas: yo creía que usted era un buen patriota, y cuando me desengañé de lo contrario, he venido á quitar á usted de en medio, para que no perjudique al país.

—Sí, sí, fusilarlo es lo mejor, dijo Luna, con una voz bronca.

A estas palabras, Rosains dejó caer de las manos los pantalones, que había tomado, y se puso pálido como la muerte.

—Ruego á usted que se vista, interrumpió Terán con más dulzura, mirando el fatal efecto que habían hecho las palabras de Luna. En cuanto á la suerte de usted, el traidor Terán se encargará de dulcificarla: tranquilícese usted.

Con esto se recuperó un poco, y acabado que hubo de vestirse, salieron los tres de la recámara.

Don Pablo de Mendivil, hablando de Rosains, dice:

“Fué entregado á Luna, conducido después al Departamento de Osorno, y al fin puesto en calidad de arrestado á disposición del Congreso. Logró fugarse, obtuvo el indulto por medio del Secretario del Arzobispado de México, y quedó purificado haciendo los ejercicios espirituales que se le impusieron en penitencia.”

El hecho de quitar la artillería á los sitiadores de Silacayoápan fué propio de un soldado valiente; y el que acabamos de referir anunciaba, que el soldado reunía el valor, la astucia, el talento, tres cualidades que constituyen, á mi modo de ver, un gran militar.

En efecto, este acontecimiento. Hevado á su fin con toda felicidad proporcionó á Terán el quedar sin rival en el mando militar, aunque no exento de algunos temores. respecto á que Rosains era uno de los favoritos de Morelos, de ese grande hombre de la libertad mexicana.

No habían pasado dos meses del suceso que va referido, cuando una mañana muy temprano salió Terán de su habitación, con el rostro encendido, los puños cerrados, y gritando frenético: "que toquen generala; que toquen botasilla; que toquen asamblea; ¡a las armas! corramos"....

Los soldados de guardia creyeron que su jefe se había vuelto loco, y no sabían qué hacer, hasta que el cabo, cuadrándose á su frente y con la mano en el casco le dijo:

—¿Qué ordena mi Coronel?"

Esta interpelación sacó de su éxtasis á Terán; su rostro volvió á su color habitual; sus puños crispados tomaron poco á poco su elasticidad, y recobrando su sangre fría, sonrió con los soldados y le dijo al cabo:

—Tenemos que marchar hoy mismo y cuento con mis buenos y valientes soldados."

—¡Viva nuestro Coronel! ¡viva la patria! interrumpieron los soldados.

El Coronel continuó:

—Cabo, vaya usted en persona á decirle al mayor que venga al momento

El cabo corrió á ejecutar la orden, y el Coronel, arreglando su vestido, echó una mirada de satisfacción á su reducida tropa, y se retiró.

El mayor no se hizo aguardar.

—Buenos días, mayor.

El mayor se inclinó.

Tenemos que marchar en este momento á Teotitlán. Alvarez tiene sitiado en este instante á mi hermano, y es preciso auxiliar á ese joven, que puede hacer alguna locura.

—Está bien, mi coronel.

—Que se dé el primer toque de marcha.

—¿A qué horas se da el segundo?"

—A las once.

—¿Y el tercero?"

—Cuando yo lo mande

—Muy bien. ¿Tiene usted otra cosa que ordenar?"

—Mucha actividad y mucho sigilo, mi valiente mayor.

—Con permiso de usted, mi coronel.

El lacónico y valiente mayor se retiró.

Al día siguiente, la pequeña tropa, que apenas se compondría de doscientos hombres, iba en marcha por unos senderos pendientes y escabrosos, por donde costaría trabajo pasar aun á los mismos leopardos y lobos. Los soldados estaban casi agonizando con la fatiga, y fuertes y acostumbrados á las penas, como eran, se les escapaban las lágrimas, por el dolor que les causaban los guijarros y malezas que herían sus pies descalzos. El coronel iba á caballo y sumergido en una profunda meditación. De repente dió orden de hacer alto á la tropa, y bajándose del caballo se quitó las botas y descalzo comenzó á marchar al frente de sus valientes. En esta vez los soldados lloraron de ternura y de entusiasmo.

—Adelante, adelante, mis bravos muchachos, exclamó, lleno de decisión; cuando se trata de sufrir por la patria, el soldado y el coronel son iguales.

Los soldados, reanimados, gritaron:

—¡Viva el coronel! ¡Viva la nación!, y siguieron caminando por las rocas y precipicios con la agilidad de unos gamos.

¿Qué sublime sería ver este puñado de hombres!

Aunque perdieron en la marcha mucha parte de sus fuerzas corporales, con el ejemplo de su jefe aumentaron las fuerzas de su espíritu, y en este estado acamparon con mucho silencio una noche cerca de las avanzadas del enemigo.

El coronel dió orden que todos se mantuvieran con las armas listas, en espera de la señal de ataque, y tomando él un par de pistolas que se colocó en el cinto, se puso en camino para el campo enemigo, ya arrastrándose por los matorrales como una serpiente, ya deslizándose como un fantasma por los barrancos y desigualdades del terreno. Llegó en efecto á la avanzada, y encontró á los soldados durmiendo, con la tranquilidad de unos canónigos. Bien, dijo él: estos soldados son excelentes para mi plan. Continuó su camino, hasta que se colocó en una eminencia, donde con la claridad de la noche pudo ver sólo á unos

cuantos centinelas, inmóviles como unas estatuas; aplicó el oído y ni un rumor humano se escuchaba; simplemente el graznido de las aves nocturnas turbaba el silencio del campo. Satisfecho con su observación, se deslizó por un arroyo, y describiendo un medio círculo, para no pasar por en medio de las avanzadas, vino á juntarse con sus soldados. Inmediatamente ordenó la marcha en hileras, y con un silencio increíble, y hasta conteniendo la respiración, llegaron al sitio donde estaba la avanzada. Antes de que pudieran dar el grito de alarma, se vieron rodeados de los enemigos, y el subteniente Ezeta, que mandaba el piquete, se vió asido del cuello por una mano robusta, que le hubiera á poco esfuerzo podido apagar para siempre la respiración.

—Oficial: ¿quiere usted conservar la vida?
—Perdón, gracia, gracia, prorrumpió el oficial, despavorido.

—Silencio es lo que quiero, le interrumpió Terán. Si usted está quieto con su tropa, le prometo concederle la vida, y aun le permito que vuelva á roñear como un ganapán, á pesar de que es contra ordenanza.

—Todo lo que usted quiera haré.

—Bien. Cabo, dirigiéndose á un soldado robusto, quédate junto al señor oficial, y si acaso se mueve un soldado ó él chista palabra, lo clavás con la bayoneta.

Terán siguió en silencio su marcha, y luego que estuvo en la pequeña loma, mandó hacer fuego sobre el campo.

La luz de los fogones alumbró una porción de bultos informes. Dada la primera descarga, avanzó con sable en mano, y sus soldados tras él, con bayoneta calada. La confusión y gritaría fué horrenda; pero quince minutos después mandó tocar reunión, porque los seiscientos enemigos habían abandonado el campo á toda prisa. La fortaleza de Teotitlán, que estaba á punto de rendirse, quedó salvada, y los dos Teranes se dieron un doble abrazo, porque el amor fraternal y el amor patrio eran vínculos que los hacían amarse doblemente.

En aquellos tiempos azarosos, de agitación y de guerra, los acontecimientos se sucedían unos á otros, de manera que para el mes de Noviembre ya nuestro coronel, que se hallaba en Tehuacán, tenía noticia de la próxima llegada del Congreso, que convocó en Chilpancingo el señor Morelos, y pensó seriamente que esta reunión, perjudicial en aquellas circunstancias, iba á darle bastante molestia, y á interrumpir el libre y violento curso de sus operaciones militares. En efecto, el 16 del referido Noviembre tuvo que salir á recibir al Congreso, y como nuestro coronel era de maneras finas y afables, no mostró ninguna prevención hostil contra los ambulantes diputados; pero si determinó, para mayor seguridad de tan honorables miembros, el trasladarlos á una hacienda llamada San Francisco.

En cuanto á los gobernantes, mandaban donde quiera que se hallasen, ya fuese en la ciudad ó en la aldea, en el bosque ó en el llano, y cuidaban á pezar de su inestabilidad, de ejercer su poder en todas y cada una de las oportunidades que se ofrecían, á la manera que el digno prevoste Tristan L'Hermite, armado de su garrucha y escalera, administraba en todos los lugares la justicia, en nombre de su augusto amo el señor Luis XI.

Bien que el Congreso no ejerciera actos de crueldad y despotismo, si daba multitud de decretos inoportunos que embarazaban las operaciones militares, y que á creer lo que nos dice un historiador de conocido talento, causaron la ruina de Morelos.

Estas y otras más consideraciones, vinieron á la mente del coronel, y pensó decididamente en hacer con la respetable asamblea lo mismo que había hecho con nuestro buen conocido Rosains. Esta idea vino á ratificarse en su cabeza, cuando el superintendente de hacienda, bien conocido hoy entre nosotros por sus modales bruscos y groseros, trató de exigirle cuentas, y como se presumirá, no de la manera más atenta.

—¡Rayo del cielo! dijo Terán. Es la cosa

más admirable del mundo que estos señores vengan desde el otro extremo de México á pedirme cuentas. Les daré cuentas de las balas que han silbado cerca de mi cabeza; de las lanzas que he visto cerca de mi pecho; de las hambres horribles que he sufrido en las montañas; de los soles ardientes que han tostado mi rostro; de los latidos que por la suerte de los buenos patriotas ha dado este corazón leal, incapaz de mancellarse con la vil codicia.

—Mayor, mayor, continuó con mucha agitación, es menester á toda costa deshacer nos de esta reunión de locos que se llama Congreso. ¿Le cabe á usted en el juicio que mis paisanos, que me han visto exponer mil veces mi cabeza, me traten de ladrón? ¡Vive el cielo, mayor, que podría, á poco que quisiera, tener sus cabezas delante de mi ventana!... Y lo haré, sí señor....

El mayor se estremeció, y el coronel, habiéndolo advertido, prostigió:

—Tiene usted razón, mayor: su silencio me da á entender que no es usted de mi dictamen. Un momento de cólera me ha hecho prorrumpir en mil necedades. Si yo he de vivir en la historia de mi país, no quiero tener una mancha de sangre que oscurezca mis pequeños sacrificios. Por otra parte, esos hombres exponen también su cabeza por la patria, y no debe ser un mexicano el que la separe de su cuello.

El mayor se recobró un poco.

—Será conveniente quitarlos de en medio, es decir, disolverlos de una manera pacífica, ponerlos presos, por ejemplo, unos días, y después dejarlos en libertad de que se marchen á sus casas.... ¿Los muchachos están listos?

—La tropa, respondió el mayor, está á las órdenes del coronel que la ha conducido tantas veces á la victoria.

—Siendo así, mayor, daré á usted mañana mis instrucciones; por ahora, necesito descansar un poco y meditar el plan que debemos seguir.

La mañana siguiente convocó una junta, y resultó de ella la disolución del Congreso, y el nombramiento de un directorio ejecutivo, compuesto de los señores Don An-

tonio Cumplido, Don Ignacio Alas y Don Manuel de Mier y Terán.

Los miembros del Congreso fueron arrestados; pero á los tres días comenzaron á salir en libertad. Fué así como sin crímenes ni traiciones se vió elevado Terán, en poco tiempo, desde la esfera de subalterno despreciado por su jefe, al rango de magnate del Gobierno provisional de la República.

Nuestro respetable historiador y anticuario Don Carlos Bustamante, al hablar de este acontecimiento, no puede menos de indignarse contra Terán, y de considerar este acto como un borrón que empaña su gloriosa carrera militar; pero en esta vez, séame lícito separarme, en uso de mi libre albedrío, de su opinión, y acogerme á la de otro historiador más atrevido y más enérgico para pintar las cosas y á los hombres. Don Lorenzo Zavala, hablando de este acontecimiento, se expresa así:

“Don Manuel Terán se encontró embarazado con muchos mandones, después de haber conseguido libertarse de uno, con el indulto de Rosains. Vió que una junta de clérigos y abogados, que se llamaban diputados de la nación mexicana, pero que en realidad no eran más que unos usurpadores de este título honorífico, nombrados los más por sí mismos, sin siquiera las cualidades de valor y conocimientos, que hacen tolerable la usurpación, venían á poner obstáculos á sus empresas militares, y á causar en la provincia de Oaxaca los males que ya habían hecho en la de México y Valladolid.”

Que Terán tenía ideas liberales, no cabe duda, puesto que sus acciones lo comprueban; pero conocía que en las circunstancias que guardaba la insurrección del país, no convenía aún el establecimiento de un Gobierno democrático, bueno sólo para cuando los países están en tranquilidad, y los hombres con el juicio y las virtudes necesarias para ocuparse con pacífica detención de los intereses domésticos del pueblo; así es que pensó después de la disolución del Congreso, en establecer otra nueva forma de gobierno, que si bien reuniera la opi-

nión de los independientes, no tuviera el poder de embarazar las operaciones de una guerra, en que era necesario oponer una actividad igual á la de los enemigos. Sus ideas, buenas ó malas, no tuvieron acogida, pues los jefes á quien las comunicó las repelieron, y sus dos colegas se separaron del puesto, dirigiéndose al interior, con grandes riesgos y peligros personales.

VII

Este golpe no desanimó á Terán: reflexionó que para ser algo en el mundo se necesita pasar por una serie de peligros y por una cadena de sinsabores y contradicciones, y una vez puesto en este camino áspero que conduce á la inmortalidad, aceptó gustoso la muerte que podían darle los enemigos, y la ingratitud con que preveía le pagarían sus conciudadanos. Con el mismo entusiasmo y ardor con que comenzó sus campañas, salió á otra nueva por el rumbo de Tepeji de las Sedas. Sabiendo que la plaza de Acatlán, donde mandaba el Conde de la Cadena, se hallaba sitiada por las fuerzas de Guerrero, se aproximó y sostuvo con un cañón y alguna infantería, cuatro días, un fuego vivísimo, hasta que supo que Samaniego se encaminaba á atacar Tepeji. Voló, pues, en auxilio de su hermano, que se hallaba allí; pero los enemigos se habían retirado á la hacienda del Rosario, donde marchó á atacarlos, lo que en efecto ejecutó con un valor y denuedo incomparables. La jornada dió por resultado la total dispersión de las tropas españolas, mandadas por un jefe llamado Barradas. Esta escena se había de repetir catorce años después en las riberas del Pánuco.

Terán, después de esta feliz expedición, regresó á Tehuacán, y desde allí dirigía continuamente guerrillas que interceptasen los convóyes enemigos y hostilizasen las fuerzas realistas; pero ya se ha dicho que Terán no era de esos hombres sanguinarios y bárbaros que mezclan sus hazañas con crímenes, y que el furor del partido ciega su vista y embota la sensibilidad de su corazón. Estaba íntimamente convencido de

la justicia de la causa porque peleaba; pero esto no le hacía olvidar el derecho que tienen los hombres de reclamar de sus enemigos la observancia de las leyes divinas y humanas que señalan los derechos de la humanidad en general. Esto en tiempos pacíficos y entre sociedades adelantadas en la civilización, nada tiene de singular; pero sí lo era en la época de la insurrección de México, en que tanto los jefes españoles como los caudillos mexicanos, se dejaban guiar muchas veces por un espíritu infernal, que los arrastraba á cometer crueldades y asesinatos, propios más bien de los remotos tiempos de Calígula y Nerón, que de una sociedad del siglo XIX.

Conocido ya el carácter de Terán, debe creerse que cualquier violencia militar le incomodaba demasiado, y una de ellas fué la de la noticia que tuvo del desenfreno e iniquidades del Capitán Fiallo en el pacífico pueblo de Tepejillo. Mandólo arrestar inmediatamente y formarle causa como era debido. Fiallo se mostró sumiso y resignado; pero aprovechándose de los quejosos y descontentos, que nunca faltan, formó una conspiración dentro del mismo calabozo, que tenía por objeto asesinar á Terán y sus adictos; mas como veremos, sus proyectos se frustraron.

Una mañana entró Terán al calabozo de Fiallo, con el designio de tener una conferencia con él, y encontrar acaso algún medio de que la causa no se pusiera en un mal estado. Fiallo era valiente, y Terán estaba inclinado á salvarlo.

—Me acaban de decir, capitán, que usted solicitaba verme, y como justamente salí con esa intención, el asistente de usted me encontró en la mitad del camino.

—Quería hablar á V. E., respondió el capitán, levantándose de una tarima donde estaba sentado, de los asuntos relativos á mi causa, porque espero que oyéndome usted se convencerá de que muchos de los crímenes que se me imputan son falsos.

—Mucho me alegraría de ello, le confesó Terán, y desearía con toda mi alma que saliese usted purificado, porque me ha merecido el concepto de valiente, y los exce-

esos que se le imputan son propios de un cobarde.

El capitán se puso encendido, y respondió:

—En cuanto al valor que tengo, tal vez pronto lo acreditaré á V. E.

Terán no comprendió el sentido de estas palabras, y le respondió:

—Sí, hará usted muy bien: si sale libre, debe lavar con hechos gloriosos la tacha que echó usted á su carrera.

A este tiempo Terán observó en la pared la sombra de un brazo armado con un puñal, y volviendo la cara se encontró con que un soldado cruzado de brazos estaba detrás de él.

—¡Hola! y, ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo te has introducido sin ser sentido? ¿Qué hace este soldado aquí, señor capitán?

El capitán cayó pálido y casi sin sentido en la tarima. Terán comprendió al momento que había algún enigma en esto, y volviendo con mucha cólera á interpelar al soldado, le tomó del brazo.

—Por Dios, que si no me dices por qué estabas detrás de mí, y á qué has venido, te mando dar cuatro balazos en el acto.

El soldado, trémulo, cayó de rodillas, exclamando: ¡perdón! ¡perdón!

—Vamos, levántate, y como digas la verdad, serás perdonado.

—Señor, yo venía á... matar á usted, y al decir esto tiró por el suelo el puñal que tenía oculto.

—¡Hola! continuó Terán, con calma y levantando el puñal del suelo, ¿con que éste es el valor que quería usted darme á conocer, señor capitán?

El capitán, pálido, con los ojos desencajados y la boca entre abierta, murmuró unas palabras ininteligibles.

Terán entonces dijo con indignación al soldado:

—Olvida para siempre que te has encontrado frente á tu jefe con un puñal en la mano y márchate, que no quiero saber tu nombre, porque en un acto de debilidad podría vengarme.

El soldado salió temblando.

—En cuanto á usted, señor capitán, la

ley lo castigará con el suplicio destinado á los cobardes asesinos.

El capitán fué fusilado á pocos días.

Después de este acontecimiento, Terán tuvo multitud de lances de guerra; pero ya la fortuna se había cansado de protegerlo, sufrió una derrota y experimentó crueles padecimientos en la expedición que intentó á Coatzacoalcos.

Después de reñidas y desastrosas acciones, capituló en 21 de Enero de 1817, con Bracho, y éste entró en posesión de Tehuacán y Cerro Colorado, que eran los puntos más fuertes de los insurgentes. Terán, despreciando con la dignidad de un héroe, las ofertas que por parte del Gobierno español se le hicieron para colocarlo á él y á sus hermanos, se retiró á Puebla, donde vivió algún tiempo en la obscuridad y en la pobreza, convencido de que son humo esas ambiciones y sueños que los hombres apellidan gloria; pero nunca arrepentido de haber luchado con tanta constancia, valor y honradez por la causa de México.

VIII

Como este artículo es solamente un recuerdo de uno de los militares más valientes, sabios y honrados que ha producido México, se me permitirá transportarme hasta la segunda época de su vida, que comienza el año de 1827, en que nombrado Comandante general de Provincias Internas, salió de la capital de la República á llenar la misión impuesta á su talento, ya que había cumplido la que Dios le señaló á su valor en la lucha de la libertad de la porción más hermosa del mundo de Colón.

El General Terán, porque ya entonces era General de Brigada, partió, pues, con el placer de que dejaba tras sí esa multitud de partidos, ese palacio de México, donde como en una caldera hierven los odios y las pasiones políticas, y que iba á substituir á las imágenes sangrientas y horrorosas de la guerra, las dulces contemplaciones de los astros del cielo, y de los prodigios de la tierra. No se equivocó. Las Provincias Internas no habían experimentado muchos vat-

venes en tiempo de la guerra de Independencia, así es que, en el año de 1827, todavía se encontraban con esa rústica moralidad, con ese candor primitivo de las Colonias, con esa paz interior, con esa calma y tranquilidad que tanto simpatizaban con un hombre que buscaba ya sus ilusiones en la ciencia, y que cansado de combatir á tantos enemigos, de destruir tantas intrigas y de lidiar con todo género de caprichos y pasiones, sólo quería la sincera amistad de los libros y el silencio de las aldeas.

Matamoros entonces no se hallaba como hoy, con un primoroso edificio en la plaza (*), con una calle elegante (**), y con una multitud de mejoras y reformas; pero en cambio, el comercio era más activo, la usura no se conocía, y las muchachas bellas, frescas, lozanas, que pueblan las orillas del Río Bravo, bailaban candorosas, risueñas, alegres, casi todas las noches, en la puerta de sus felices jacales, al son de una tambora y un violín. Esto era precisamente lo que quería el General Terán, una población nueva, sencilla, pacífica, á quien crear, proteger y engrandecer. Las tierras fronterizas del Norte tienen siempre encima la horrible plaga de los salvajes; así es que la felicidad y calma de aquellas vastas soledades, venía de vez en cuando á ser turbada por el silbido de un pito, por los ladridos de los perros, ó por la fuga de la caballada, todo lo cual era seguro anuncio de la proximidad de aquellos hombres del desierto que eternamente se vengan de los ultrajes que reciben, y del menosprecio con que nosotros, hombres de frac y levita, los miramos. Pero el General Terán procuró en el acto reorganizar las Compañías presidiales, animar á los vecinos, y poner cuantos medios estaban á su alcance para restablecer la confianza y asegurar la existencia de las familias, apartadas en los bosques y desiertos de la frontera. Esto era obrar como un padre, y no como un Comandante militar.

(*) La casa de la señora Doña Juan Garza de Perea.

(**) La llamada del Comercio.

Por lo demás, fué una éra de felicidad que recuerdan con ternura los habitantes de Matamoros. La tropa que tenía á sus órdenes del General Terán, no era altanera ni viciosa; no se mezclaba jamás en los asuntos y querellas del pueblo, no robaba ni el oro, ni la castidad de las mujeres, y cumplía del todo con el objeto de su institución. No es exageración lo que voy á decir, porque hay todavía muchos testigos que pudieran desmentirme: En Matamoros y en las Villas se dormía con las puertas abiertas, y ni un solo pañuelo se perdía.

En cuanto á Texas, ¡oh!, Texas era la adoración del General Terán. Aquellas vastas y verdes llanuras, aquellos bosques de nogal y roble, aquellos ríos, anchos, majestuosos, á la vez que risueños, eran su encanto y embeleso. No hubo río que no sondeara, bosque que no reconociera, floresta ni playa que no hubiera visitado. Lo acompañaban en sus expediciones el Coronel Noriega, que era su Secretario, y los individuos que componían la Comisión de límites, que era Don Constantino Tarnava, Teniente Coronel de ingenieros y excelente matemático; Don Rafael Chowell, hermano de aquel héroe joven que fué mandado decapitar en Granaditas, y Don Luis Berlandier, conservador del museo de Ginebra, y que por amor al General Terán y á esos fértiles campos de Texas, renunció su carrera y sus derechos de ciudadano suizo, por tomar los de ciudadano mexicano.

Quien hubiera visto á esta reunión de hombres civilizados, vagando por los desiertos y entre las tribus bárbaras, les habría tenido compasión. Pero no, estos hombres con sus telescopios, con sus teodolitos, con sus sextantes, con sus libros y cálculos, eran felices, y muy felices, descubriendo nuevas familias de plantas, nuevas clases de peces, y encontrando en la hora de la salida del sol, en el medio día, en la tarde, en la noche, nuevos atractivos y nuevas ilusiones en la naturaleza y en los cielos.

Todas las veces que yo he platicado con estos señores, los he visto casi llorar con el recuerdo del General Terán y de esas Academias literarias y científicas en medio

de los bosques y desiertos de Texas; y en las diferentes posiciones que hoy guardan en la sociedad, he conocido que cambiarían gustosos su tiempo presente por el pasado, y volverían á errar por esas vastas y hermosas soledades. En efecto, llegar á un país virgen, ser el primero que comprende y que ve los encantos de una naturaleza hermosa é ignorada, plantar los cimientos de una choza, sembrar los pequeños arbolitos al derredor, criar, educar, por decirlo así, á la tierra salvaje, es una clase de ocupación tierna, interesante, y que no se puede comprender más que por aquellos que ejecutan estas empresas.

Y no se diga que el General Terán vagó sin utilidad ni objeto por las Provincias Internas. Cada paso que daba era una observación. Levantó planos, formó itinerarios, marcó exactamente el curso de los ríos, sondeó las barras y bahías, indagó las costumbres y usos de las numerosas tribus bárbaras que viven en Texas; fundó poblaciones, dictó ciertas reglas para el manejo de los colonos que existían; concilió los intereses de éstos con los de los mexicanos, y proveyó cuanto era posible en un país nuevo, á las necesidades y seguridad de los que lo habitaban. El General Terán fué, en la extensión de la palabra, un sabio como Arago, y un político como Guillermo Penn. —No me atrevo á decir cuál sea la época más gloriosa del General Terán, si la de sus trabajos militares en Oaxaca, ó la de sus trabajos científicos en Texas.

En Septiembre de 1829, luego que supo el desembarco de los españoles en Cabo-Rojo, voló á su encuentro, sin que tuviese aún orden para ello, pues comprendió que un soldado no necesita de órdenes cuando el enemigo exterior invade el suelo de su patria.

Bien que como es generalmente sabido, la fuerza del genio y el valor de la fortuna dió al General Santa-Anna el completo triunfo, Terán tuvo mucha parte en tan honrosa y completa victoria. Sus medidas prudentes y enérgicas, su oportuna situación en el paso de Doña Cecilia, su denu-

do y sangre fría, contribuyeron á dar á conocer al enemigo, que por más desorganizado y dividido que estuviera el país, había soldados valientes, aleccionados ya en la guerra, y jefes que con entusiasmo estaban decididos á recoger los verdes laureles de una victoria, ó á exhalar por su patria el postrer aliento en las solitarias playas del Golfo. Fué sin duda Dios quien se apiadó de la suerte de México, el que preparó que se reuniesen en Tampico dos generales que con opuestos elementos y disposiciones para la guerra, afianzaron para siempre la Independencia de la República.

En cuanto al General Terán, grabó en esta jornada el penúltimo y más glorioso capítulo de su vida. Su espada no había de desenvainarse ya, sino para herir su propio corazón.

IX

Después de firmada la capitulación y tranquilizada perfectamente aquella parte del país, regresó á Matamoros, y siguió, según entiendo, en sus expediciones á Texas y en sus indagaciones y progresos científicos. Juzgo que los dos años que transcurrieron desde la acción de Tampico hasta su regreso á Padilla, fué feliz, si es posible que el hombre sea feliz luchando con esta mísera y caprichosa naturaleza humana. Si juzgamos aparentemente, un hombre que lidió como un valiente por la libertad de su patria, que mantuvo constantemente su dignidad y energía, que se conservó limpio y puro en medio de la corrupción política, que siguió á la Independencia, y que había empleado el último tercio de su carrera en las sabrosas ocupaciones de la ciencia, parece que debía encontrar grandes motivos de satisfacción y de tranquilidad. Pero no era así, como veremos.

A fines del año de 1831, se hallaba por las haciendas de los señores Quinteros, en Tamaulipas, y sostenía una correspondencia con algunas de las personas más notables de México. Un trozo de una carta que

dirigió al Dr. Don José María Luis Mora, da á conocer sus ideas. (*)

“Yo no soy político, ni me gusta esta carrera, que no trae sino cuidados y enemistades: mi profesión es la de soldado. “y mis gustos son por las ciencias, que proporcionan una vida pacífica, instructiva y agradable. El tiempo que ha transcurrido desde el año de 1828, que me separé definitivamente del torbellino político, ha sido para mí el más útil y agradable, porque he aprendido mucho y porque nadie puede quejarse de mí: mis enemigos han olvidado sus pretendidos agravios, y mis amigos me han conservado su estimación...”

Es imposible dejarse de estremecer al copiar estas líneas y reproducir estos pensamientos. ¿Cómo un hombre que tenía tan íntima conciencia de su honrado manejo político, se suicidó en un desierto, sin querer escuchar en sus últimos momentos ni la voz de sus amigos, ni las oraciones consoladoras de la religión? Esto no prueba más sino lo incomprensible que es la naturaleza del hombre, y que ya sea político, ya literato, ya científico, debe dejar en su corazón cierta dosis de ese bálsamo consolador de la religión cristiana, que lo sostiene y alivia de los dolores que causa en su alma la maldad é inconsecuencia del mundo.

Ya que es preciso llegar al fin de mi capítulo, lo haré antes que la paciencia abandone á los lectores. Si fuera un romance, sin duda alguna no mataría á mi héroe: pero como escribo con la historia en la mano, y delante de testigos, fuerza es ajustarme á la verdad.

X

Amaneció en Padilla el día 2 de Julio de 1832, diáfano, radiante, hermoso. El cielo estaba azul; los árboles verdes, los pájaros bulliciosos alegres en demasía, el río cristalino, las flores amarillas, hacían brillar

(*) Véase la página LXI del tomo primero de las obras sueltas de Don José María Luis Mora.

en su cáliz las gotas de rocío, las cañas balanceándose suavemente al impulso de una brisa fresca. Todo respiraba vida, todo daba evidentes señales de que el aliento de Dios había llegado á la naturaleza. Sólo dos cosas formaban contraste con esta escena, y eran, el pueblo de Padilla, solitario y apático, con sus casuchas destruidas y sus cenicientos paredones de adobe, y el alma del General Terán, agobiada por el fastidio, y devorada por una idea fatal, diabólica.

Salió de la casa donde estaba alojado, que era la misma donde había pasado Iturbide sus últimos instantes, y se dirigió á las orillas del río. Allí vió aquella calma de la naturaleza, aquella dulce melancolía de la soledad, y agitado con su funesta idea, se quedó inmóvil como una estatua. A poco salió de su meditación y exclamó:

—Soy un hombre desgraciado, y los desgraciados no deben vivir sobre la tierra. Sonrió amargamente, y se alejó á pasos lentos de las frescas orillas del río.

¿Por qué era el General desgraciado? Quién sabe. Por la misma razón que es desgraciado el magnate sentado en su silla de terciopelo y oro, recibiendo los incienso y las lisonjas de los cortesanos; el rico lleno de lujo y de esplendor, y el joven que gasta su vida entre el vino y las orgías. En cuanto al General Terán, podremos ver algunas de las causas que lo tenían disgustado.

Al retirarse del río, se encontró con su Secretario, el Coronel Noriega, y con un semblante risueño lo saludó.

—Juzgúe, mi General, que pudiera usted haber venido por aquí, y me dirigí á encontrarlo.

—En efecto, la mañana está hermosa, y las orillas del río bastante frescas. ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

—Nada, absolutamente.

—Bien, iremos á almorzar, aunque no tengo mucho apetito.

Los dos se dirigieron á la casa, y el General almorzó con tranquilidad.

Guardó un rato de silencio, y á poco dijo en un tono melancólico:

—Estamos muy mal: el horizonte político se oscurece cada vez más, y el resul-

tado va á ser la pérdida de Texas; de Texas, coronel, donde tanto hemos trabajado, donde nuestra cabeza se ha encanecido recorriendo sus bosques y florestas. ¡Oh! Daría yo mi vida entera porque en México conocieran cuán hermosa y fértil es esta tierra. Pero nadie se acordará de ello, porque, con verdad, los hombres por allá tienen bastante en que entretenerse con sus intrigas y su ambición.

—Pero usted, señor General, contestó el secretario, tendrá, probablemente, la mayoría de sufragios para la Presidencia, y entonces podrá remediar los males que se temen.

—Es una locura, replicó el General: ¿cree usted, por ventura, que en ese Palacio se puede pensar con la libertad que lo hemos hecho en nuestros desietros? ¿Cree usted que esa turba de hombres que cerca al Gobierno, deja penetrar un rayo de verdad al salón del Presidente? ¿Cree usted que la honradez y la buena intención son bastantes para acallar ese torrente de ambición y aspirantismo? ¿Juzga usted que la moderación y lenidad serían bastantes para destruir el odio de los partidos y formar de esos bandos que se chocan y se asesinan, una nación de afectuosos hermanos y de sinceros republicanos?—Créame usted, coronel, he pasado por bastantes alternativas en el curso de mi vida militar y política, y he adquirido una sola ciencia cierta é infalible, y es, la de que un hombre que gobierna una nación, sin educación y sin virtudes, no puede descender del puesto más que con el oprobio y el desprecio de sus conciudadanos. Si cumple exactamente con la ley, lo llaman tirano; si adopta el partido de la lenidad, lo tachan de imbécil. Cada partido quiere su triunfo exclusivo: cada hombre sus conveniencias é intereses, y el que gobierna no puede saciar tantas ambiciones. En cuanto á esas pobres gentes, que los modernos publicistas han bautizado con el nombre de "masas," sufren con paciencia cuantas extorsiones les infiere desde el primer magistrado hasta el grotesco alcahalero; pero esas "masas" arrojan maldiciones sobre el que manda, y esas mal-

diciones, como un veneno, corroen el corazón y llenan de hiel todos los instantes de la vida.... Este es un presidente: esta suerte se me esperaba á mí, y vería, sin poderlo remediar, perderse á Texas, á Texas que me ha costado tantos desvelos y tantas fatigas....

Hubo un momento de silencio en el que ni las moscas se atrevieron á volar.

....—En cuanto á estos libros y á estos instrumentos, continuó, desviando con desdén unos mapas que estaban sobre la mesa, digo á usted con mi corazón, que no sólo nada valen, sino que crían en el alma una ambición y un orgullo, comparable sólo al de Lucifer. Cinco años me ha visto usted estudiar día y noche.... y hoy.... nada sé, nada, porque el hombre es muy miserable y muy pequeño; y..... demos punto á estas reflexiones, que me ponen casi fuera de juicio.... Arreglemos estos papeles, porque esta mesa está llena de estorbos, y además, nada se pierde con que todo esté en su lugar, porque no sabemos la suerte que correremos en la revolución: no lo dude usted, la revolución está al estallar, y Texas se pierde.

Al concluir esta frase suspiró profundamente, y ambos se pusieron á arreglar los papeles, mapas y libros que había esparcidos por la mesa.

XI

Por la tarde, el General Terán salió á dar un paseo, no quiso ir á la orilla del río, y así, después de vagar un rato, vino á encontrarse involuntariamente delante del sepulcro de Iturbide. Se paró, y como una estatua, estuvo clavado con los ojos fijos en la piedra que cubría el cadáver del caudillo de la Independencia. Al fin prorrumpió en mil exclamaciones:—¡La inmortalidad! ¡Dios! ¡El alma! ¿Qué quiere decir todo esto?... Pero, bien, todo lo creo, ¿mas por qué el hombre no ha de tener derecho de salir de su miseria y de sus dolores? ¿Por qué ha de estar encadenado eternamente con una existencia llena de fastidio? Y este espíritu que me anima, que mueve

mís miembros, que llena mi cerebro de ideas, ¿dónde irá?... Veremos, el espíritu está incómodo, él me manda que lo liberte, y es menester hacerlo. De repente se contuvo horrorizado, los cabellos se erizaron en su cabeza, un horrible calosfrío se apoderó de su cuerpo, y un vértigo fatal le acometió, de suerte, que la pequeña iglesia que tenía delante le pareció que crecía como un fantasma; que el mezquite que estaba cerca, giraba en su derredor, y que un espectro lívido, ensangrentado, crugiendo sus huesos, le decía con una voz espantosa: "Hé aquí el fin de las grandezas humanas y el término de la ambición."

Cuando Terán entró en su casa, estaba pálido, y algunas gotas de sudor helado caían por su frente.

El Coronel Noriega le dijo:

—Señor General, parece que está usted enfermo.

—Es poca cosa, amigo mío. Un ligero desvanecimiento me acometió, pero va calmándose. El asistente le trajo un vaso de agua y bebió unos trágos.

Cerca de las nueve se acostaron todos. A la media hora, un ligero quejido se escuchó; el coronel Noriega dijo desde el catre en que estaba acostado:

—¿Sigue usted enfermo, señor?

—No es nada, me siento bueno. Sin duda estaría soñando. El General se había metido entre las costillas media pulgada de un estoque; pero temiendo comprometer á los que dormían en su cuarto, desistió por entonces de su idea.

A la mañana siguiente salió á las siete, muy en silencio, dió una vuelta por la plaza, y encontrando en la puerta del cuartel á un cabo de la Compañía presidial de Aguaverde, le dijo:

—Si tu General muriera, ¿qué harían ustedes?

—Otro reemplazaría á V. E. le contestó el cabo, con una rústica sencillez.

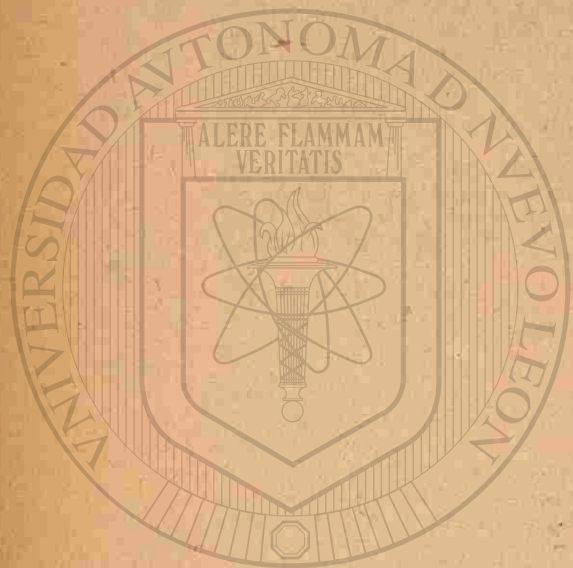
Esta respuesta lo confirmó en su propósito, y dando algunas vueltas y revueltas para no ser visto, se dirigió detrás de una pared arruinada que estaba frente á la iglesia; allí apoyó el puño de su espada con-

tra una piedra y la punta contra el corazón. Hizo un esfuerzo, sus ojos se cubrieron de una nube sangrienta, vaciló un momento, exhaló el último y doloroso quejido, implorando sin duda la misericordia Divina, y cayó sin vida, traspasado de parte á parte con la espada.

Por la noche, cuando la única y triste campana de Padilla daba el toque de ánimas, un cadáver lívido, cubierto con un lienzo blanco, estaba tendido en medio de cuatro velas en el salón donde el Congreso de Tamaulipas decretó la muerte de Iturbide.

Era el valiente patriota, el hábil político, el profundo matemático, el Excmo. señor General de División del ejército mexicano, DON MANUEL DE MIER Y TERÁN.

M. PAYNO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES



TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS.

I

Era el 7 de Junio de 1821, y la ciudad de Querétaro estaba conmovida por el espíritu y los acontecimientos de la época; hacía dos horas que á sus inmediaciones había pasado, para la villa de San Juan del Río, una gruesa división de aquel ejército tri-garante, tan valiente, tan nacional, y tan atractivo, de generosas simpatías, como ningún otro del mundo. Flameaba ya en sus banderas y estandartes ese arco-iris que por vez primera se formó en Iguala por una idea sublime de su autor, y de cuya memoria es símbolo exclusivo.

Acontecimientos tan abundantes en felices resultados, efecto de una combinación atrevida y gloriosa, tenían sobresaltados á los habitantes de la ciudad, á los unos de júbilo ó bien de esperanzas; á los otros de ansiedad y terror. Un sudamericano esforzado y pundonoroso, Luaces, aquel enemigo y admirador á un mismo tiempo del malogrado y débilmente sentido Mina, quien respetó en él tan temerario denuedo de llegar y tocar con el puño de su espada, una puerta del fuerte de San Gregorio, después de haber perdido en el ataque tres cuartas partes de su columna, era el Comandante general de la plaza de Querétaro: instruido y sereno dictaba sus disposiciones de defensa. Estaba en la Alameda cuando se dejó ver por la falda de un cerro, bien inmediato, un grupo de hombres

armados que llevaban el mismo camino de la división expresada. Viéronse unos cuantos infantes y dragones, y en seguida se distinguían entre cuatro ó cinco oficiales, dos hombres de un continente marcial y caballeroso, montando unos hermosos caballos prietos: el jinete que iba á la derecha era de color blanco, un poco pálido; sus escasos y rubios cabellos dejaban ver una espaciosa frente, en la que lucía la señal de la inteligencia y del genio; llevaba un ligero y sencillo atavío militar, y manifestaba en sus maneras tanta tranquilidad como si fuese de paseo. Este hombre era Iturbide. El que lo acompañaba á la izquierda era más robusto, de color triguero. Su mirar, sin ser inquieto, era vigilante de la menor circunstancia; vestía un lujoso "dolman," que con el resto de su traje y el arnés de su caballo brillaba singularmente. Este se llamaba Eпитacio Sánchez, antiguo patriota y émulo de aquellos valientes guerrilleros del año de 10. A haber nacido Moscovita, habría sido competidor del hettman Platow ó de Miloradowich, y si Varsovia lo hubiera contado por hijo, habría figurado al lado de Poniatowsky.

Este mismo Eпитacio Sánchez, después de haber pasado por la dura ley del indulto, al que circunstancias aciagas obligaron á acogerse á otros patriotas de mejor talento y posición, con solo la llustre excepción del General Guerrero; es el que en San Luis de la Paz, en el año de 19, atacó cuerpo á cuerpo al famoso insurgente Sebastián González, compañero del bien conocido General Gabriel Durán. Habiendo venido á las manos González y Sánchez, éste le metió la lanza por un costado á aquél, quien desdenoso de quejarse y menos de implorar alguna compasión, se corrió la lanza para así lograr alcanzar y herir, como hirió, á su adversario, aunque después cayera mutilado por la espada del realista Villaseñor, del Regimiento de Sierra Gorda. Aun Eпитacio, que había sido auxiliado, no aprobó que así se atacase á un valiente. ¡Cuántas veces los cobardes encuentran una ocasión de celebridad, que están bien lejos de merecer, si no es por lo odioso de ella!

Iturbide, justo apreciador de Eпитacio, lo había colocado desde un principio á su lado, nombrándolo Comandante de su escolta: suma era la afabilidad con que lo trataba, y ciega la confianza que en él depositaba. La conversación de ambos era animada é interesante, pasando á la vista de la Alameda de Querétaro.

II

Cuando Luaces se cercioró con el anteojo, de que en aquel pequeño grupo iba Iturbide, y conjeturó que la división estaría distante de él más de tres leguas, se leyó en su semblante un pensamiento audaz, infernal, de "lesa-independencia:" por sus facciones y la diversidad de sus movimientos, se tradujo lo que su alma meditaba y su corazón sentía. Atacar á Iturbide y á su pequeña comitiva, hacer prisionero al Coronel rebelde y traidor, sofocar en su persona la más combinada de las empresas, grangearse por esto el concepto universal, y el amor reconocido del Rey; en fin, ser el rescatador para la España, del mundo que le había adquirido Cortés, y que se escapaba de las manos de Apodaca; hé aquí á cuánto aspiraba Luaces. ¡Cálculense la empresa; calcúlense sus consecuencias!

Apoyando Luaces la ilusión de su pensamiento, presentía que en un segundo todo él sería realidad, y ordenó al Teniente Coronel Don Froylán Bochnos, que saliese en el momento con 280 infantes del 2o. Batallón de Zaragoza, y 120 dragones del Príncipe y Sierra-gorda, á atacar á Iturbide en Arroyo-hondo, el punto más á propósito para un buen resultado. Secundando Bochnos á su General, no se dilató en encontrarse con Iturbide.

Al verlo éste y á su tropa, dijo á Eпитacio Sánchez:

—Parece que se nos trata de impedir el paso por los de Querétaro, y esto puede ser algo serio.

—Señor, respondió Eпитacio, pues que se nos provoca, el honor nos manda hacer frente y escarmentar á los realistas.

—Quisiera evitar, replicó Iturbide, un en-

cuentro, no porque desespere de su éxito, sino porque mi intención ha sido en esta empresa, economizar la sangre mexicana, y entre esos soldados que nos vienen á ofender, hay mexicanos alucinados, á quienes se debe convencer de otro modo.

Cuando esto acababa de decir el Generalísimo, ya la tropa del Rey estaba á corta distancia. Iturbide, viendo que debía batirse, exclamó:

—Compañeros: el enemigo intenta sorprendernos, confiado en que su fuerza es mucho mayor que la nuestra: esperémoslo á pie firme, ó vamos á su encuentro. Lo justo de nuestra causa, unido al entusiasmo con que la defendemos, suplirá al número: á este puñado de valientes corresponde, pues, representar hoy con todo su brío al ejército trigarante, cuyo honor debe quedar intacto; y mereceremos bien de la patria. ¡Viva la Independencia!

—¡Viva! ¡Viva nuestro General!, respondieron todos.

Epitacio en seguida se dirigió á Iturbide y le dijo:

—Señor, vamos á batirnos, dénos sus órdenes; pero usted no debe exponerse; perezcamos todos, y sálvese su persona, que debe siempre estar á cubierto de cualquier accidente; y á nombre de la patria que nos lo ha dado, y con quien está identificada, se lo pedimos.

—No, yo correré la misma suerte que todos, pues siempre he acostumbrado dar las órdenes con el ejemplo, replicó el Generalísimo.

Unánimes dijeron todos:

—Señor, lo conjuramos á nombre de la amistad que nos tiene, y de toda la nación y del ejército, que no se exponga: dénos sus órdenes, repetimos, y esto es cuanto apetecemos.

—Pues bien, será así, dijo Iturbide, algo violento; ustedes me instan por la primera vez para que sea simple espectador en esta clase de escenas.

En seguida dictó sus disposiciones. El impávido Epitacio se puso al frente de quince dragones: en este número iban un gallardo y joven alférez, y dos antiguos in-

surgentes que venían presos por algunos desórdenes que habían cometido cuando se pronunciaron por el plan de Iguala en el Bajío: pidieron á Sánchez con un ardor lleno de enternecimiento que los llevase consigo; temía y con razón, que por resentimiento se viese comprometida su existencia; pero Epitacio disimuló, y sus prisioneros todo lo olvidaron en aquel solemne momento, lanzándose con él á la refriega.

III

Quince cazadores del Regimiento fijo de México, al mando de un denodado Capitán, era toda la infantería; ambos trozos se desplegaron á derecha é izquierda, con aquél desprecio á la muerte y ambición á la gloria que forman el tipo de los héroes.

A pocos pasos quedó la reserva, compuesta de unos asistentes: reserva terrible en que estaba el genio con todas sus concepciones: allí estaba Iturbide.

Diríase que éste había lanzado un rayo á su enemigo; tal fué la exaltación con que se batieron sus soldados, que hicieron prodigios, con que dieron un nuevo realce al valor: estos hombres acreditaron todo lo que les había hecho sentir y comprender su General y cuanto daba de sí la emoción que experimentaban en ser ellos el centro de las miradas de su jefe, del ejército entero, de la nación toda. Peleábase por ambas partes con encarnizamiento, la infantería y su Comandante se excedían á sí mismos: la caballería se multiplicaba con su jefe tan inagotable de firmeza y actividad. En una carga á la lanza, Epitacio iba á traspasar á un Mayor del Regimiento del Príncipe: de repente el joven alférez, cubierto de sangre enemiga, le grita:

—Señor, es mi padre, no le quite usted la vida.

El Mayor era D. Juan José Miñón: el alférez es hoy el General Don José Vicente Miñón, prisionero actualmente en Ulúa: por grande que sea su fatalidad, se envanecerá en medio de su infortunio, viendo cuánto brilla su brazo izquierdo....

Después de una lucha tan desigual por

parte de los independentes, y obstinada por la de los realistas, éstos se retiraron velozmente á Querétaro, hasta cuyas trincheras fué perseguido Bocinos, dejando en poder de los vencedores, 45 muertos y heridos, siendo de estos últimos el Teniente Coronel Soria, el Ayudante mayor de Zaragoza Laforre, y el Capitán Vélez; y prisioneros, Miñón (*) y el alférez Don Miguel Azcárate. La victoria voló al campo donde estaban la temeridad y el patriotismo. Luaces quedó estupefacto, y el rubor lo martirizó....

Iturbide, durante la acción, estaba atormentado de impaciencia y sus ojos centellaban de desesperación, viéndose privado de tomar parte por no faltar á su promesa. De cerca seguía por todas partes á sus valientes, y hubo momento en que olvidándose de sí, llevado de su genial fogosidad, iba á dejar consignado en la historia el haber combatido como simple soldado. En esto el enemigo se retraba; el triunfo ya no era indeciso. El júbilo de Iturbide no conoció límites, colmando de elogios á todos los suyos y de consuelos á los heridos y prisioneros.

IV

Existe un General que en el último tercio del año de 41 fué objeto de las conjeturas y sentimientos contradictorios de los partidos; que en Agosto de ese año sus compañeros de clase y mando apellidaron desleal y sedicioso, y en Octubre siguiente, los mismos lo saludaron héroe, por haber impulsado el primero, la regeneración. Este General á quien la fortuna colmó de favor, dividió ó dejó entero á otros el presente de la veleidosa deidad; ella lo ha hecho descender á la vez de tres puestos elevados, colocándolo en una olvidada posición.

(*) El Mayor Miñón, aunque independiente de corazón y deseoso de una honrosa oportunidad para unirse á sus compatriotas, tuvo la delicadeza de no desertarse ó pasarse en medio del peligro. Iturbide después lo consideró.

La posteridad sabrá si es para siempre. Como quiera que sea, lo pasado no participa de la incertidumbre del porvenir; por esto es que en los fastos de 821 constantemente se leerá, que el Capitán de cazadores del Fijo de México, que con rara impetuosidad hizo deponer con su guerrilla el orgullo militar al segundo Batallón de Zaragoza, es á la presente el Excmo. señor General de División Don Mariano Paredes y Arrillaga.

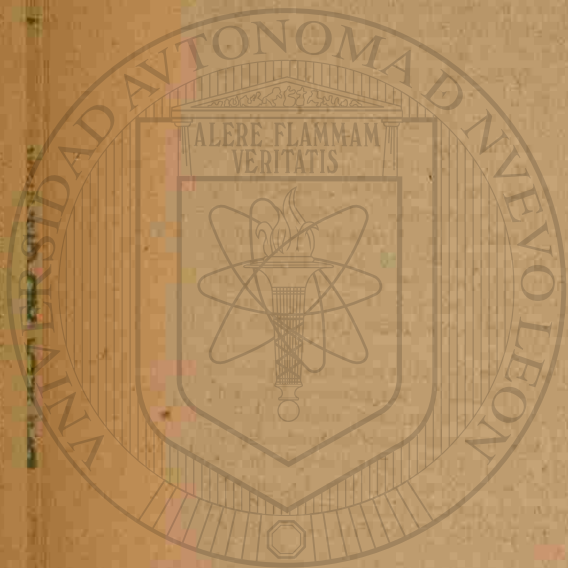
Los dos insurgentes prisioneros que iban al lado de Epitacio, rescataron su fortuna, mereciendo la confianza y el aprecio de éste, y recibiendo del General su libertad y una espada cada uno. Ambos prisioneros eran hermanos de Sebastián González.

La alta resolución de Iturbide se había ya nacionalizado: la libertad y la gloria fecundizadas por el jefe de las tres garantías, lo presentaron en Arroyo-hondo á la patria como una de sus más brillantes adquisiciones.

Las inspiraciones de Iturbide confiadas á la ejecución de Epitacio Sánchez y de Paredes, hacían que los hombres valiesen uno por quince. Una de esas inspiraciones en el mismo campo de batalla, arrebató á la fama un escudo sin rival, y que la nación aplaudió hasta el delirio. Ese escudo tiene por lema: "TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS."

D. REVILLA.

México, Julio 7 de 1843.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE B



LA BATALLA DE ATZCAPOTZALCO.

I

Comenzaban los hermosos días del mes de Junio de 1821, y los veía pasar con la indiferencia de la niñez, con el sobresalto de la infancia, cuyos goces, aunque los más puros, tan pronto se experimentan con agitación, tan pronto son acibarados por el dolor que desde la cuna comienza á conmovér el corazón del hombre. Vagaba incierto por los risueños senderos de una hacienda situada entre las provincias, entonces, de México y Querétaro, y mi alma no aspiraba más que á perseguir una mariposa, ó á recoger algunas flores con que la primavera matizaba los campos, para formar un ramo que después abandonaba con la inconstancia del niño.

Una tarde á la relación de un correo que acababa de llegar, mi familia toda se demudó al oír el nombre terrible del coronel Concha: yo me estremecí también, porque mil veces había oído decir que era un enemigo jurado de mi padre, á quien había querido juzgar como á otros, en Tulancingo por una conspiración que debía haber estallado en 819, y que fué descubierta; Concha quiso varias veces que se le entregase á mi padre, y á no haber sido por la bondad de Apodaca, y por el generoso comportamiento del coronel Antonelli, del mayor Terrés, hoy general, y del fiscal Iglesias, actualmente coronel, que fuertemente se opusieron, ha-

bría ido á Tulancingo á sufrir los tormentos que Concha hacía pasar á los demás prisioneros. Vino la constitución del año de 20 y á ésto debió mi padre, como otros, que no hubiese terminado su vida en un patíbulo. Aún no se había borrado en mi familia la idea del riesgo que había corrido mi padre. La relación del correo que anunciaba la pronta llegada de Concha, con una fuerte división en auxilio de San Juan del Río y Querétaro, vino á producir en nosotros un terror mortal, que se aumentaba por haber tomado mi padre partido en la causa nacional. (*)

II

En la siguiente mañana se preparaba mi familia para huir, cuando se dijo que por el camino de San Juan del Río venía tropa, y esto hizo temer que la hacienda fuese el teatro de alguna acción entre los independientes y los realistas de Concha: resultó, pues, en mi familia la incertidumbre que acontece en semejantes ocasiones, en las que se ve encima un inminente peligro, y más cuando no estaba presente el jefe de la casa. Mientras se tomaba algún partido llegaron algunos oficiales aposentadores. Súpose por ellos que venía el batallón expedicionario de Murcia; nada dijeron que pudiese revelar la causa de su llegada; pero de sus maneras y semblante agitado, se infería que algún acontecimiento desfavorable les había sucedido. Se consideró prudente no huir ya; á poco más de una hora

(*) No se crea en mi vanidad descender á estas particularidades domésticas: si me ocupo en ellas, es puramente para que se forme alguna idea de los sentimientos de aquella época, por los que el grito de Iguala, fué, como ninguno otro, tan espontánea como generalmente aplaudido y secundado: además, estos detalles comprenden parte de las primeras impresiones de aquella transición tan repentina en que la reflexión se subalternó á los resultados más sorprendentes, y que cada uno llevaba en sí la novedad.

llegó el regimiento que venía marchando con el orden y con la disciplina propia de las tropas españolas. Volví humillado y lleno de vergüenza, pues se había desertado del ejército trigarante, después de haber jurado en Iguala el plan de independencia, lo que manifiesta la difícil posición en que se vió al principio el jefe trigarante; pero su alma abundante de felices inspiraciones en momentos críticos, supo sobreponerse á la fortuna, que todo le concedió ese año bautizado justamente con el nombre de independencia. El batallón que se dirigía á marchas dobles á la capital, descansó hora y media y se marchó con aire silencioso, y el de la desesperación comprimida, dejando á los habitantes de la hacienda no sin alguna zozobra: tal era la sensación que aún producían aquellos soldados.

Serían las cinco de la tarde del mismo día, cuando una gran polvareda por el camino de Tierradentro indicó la aproximación de nuevas tropas, lo que volvió á los ánimos á su antigua tortura: la paciencia y el sufrimiento se habían agotado en tan corto intervalo. La aficción más aguda se apoderó de todos, y no se podía ni aún respirar viendo sobrevenir nuevos riesgos. En breves momentos llegó á galope una descubierta de caballería: la confusión en mi familia y demás personas de la hacienda no tuvo igual, temiendo de un momento á otro algún accidente: se percibió en algunas voces el nombre de Concha, y con esto aumentóse el sobresalto: entró luego un criado con semblante alegre y dijo que las tropas que llegaban eran "independientes." Una exclamación general de regocijo estalló, y todos fueron á ver á los independientes; yo salí también lleno de gozo. Se supo que venían á encontrar á Concha, á quien creían inmediato y deseaban batir.

La vanguardia ó descubierta la formaba el antiguo insurgente Encarnación Ortiz con sus valientes soldados de la Sierra de Guajuato: asido de la mano de una persona fué adonde estaba la tropa. Ví por la primera vez á los libertadores de mi patria, y sin comprender nada mi corazón, aunque tierno, palpitaba de alegría. Consideré de

cerca á éstos soldados y á su jefe, que tenían un continente guerrero exclusivamente nacional. La mayor parte llevaba sus cue-ras ó cotones largos de charro; y calzone-ras de venado, botas de campana y sombre-ros jaranos, componían su uniforme; cara-bina, lanza, machete y reata, era su arma-mento y montaban unos fogosos caballos, á los que manejaban con destreza sin igual; y en donde este escuadrón caía, dejaba tras sí una huella de sangre y de desolación. Ortiz, conocido por el Pachón, era una ce-lebridad de la época: su patriotismo de un tiempo que ahora volvía con mayor brío á desarrollar, y su valor de siempre, lo hacía notable entre los héroes; y su singularidad infatigable en el servicio y en el peligro le valía el honor de marchar á la vanguardia. Yo lo contemplé con una mezcla de temor y simpatía, con aquel sentimiento interior de los primeros años que tan pronto nos aconseja permanecer, tan pronto huir de lo que hiera nuestra alma de curiosidad ó de des-confianza. Si mis recuerdos de aquella épo-ca muy vagos por sí, no fuesen débiles, con las relaciones de personas fidedignas que han podido conservar una idea hasta el día de aquel hombre, tipo de nuestros prime-ros guerrilleros, yo diría que era de una estatura alta, de color trigueño, ojos rasga-dos, y llenos de vivacidad, barba escasa, franco en sus maneras, lenguaje y expre-sión que participaban del candor, jovialidad y respeto de nuestros hombres del campo, con un tanto de lo brusco del soldado, se-gún era la persona con quien se comunica-ba; un carácter suave y condescendiente con sus subordinados, interin no faltasen á la disciplina y al honor militar, pues enton-ces era inexorable en el castigo; sagaz y emprendedor, con un valor y serenidad pro-bados en los momentos en que el éxito se dejaba íntegro á la temeridad; una constan-cia sin igual para sufrir todo género de privaciones; un sentimiento de pundonor, que le aumentaba la confianza de sus jefes; y por último, poseía suma destreza en el manejo del caballo, y uso de sus armas. Pues bien, este hombre y sus soldados fue-ron los primeros independientes que ví ha-

biendo llegado antes que otros: formáronse luego y esperaron á los demás cuerpos: si-guieron después dos escuadrones del cuerpo de caballería de San Carlos, otros del Prín-cipe y Sierra Gorda; á continuación el flo-rido regimiento de infantería de Celaya, el de la Corona, Nueva-España, y otros de in-fantería. El sonido de las músicas milita-res de ésta y el de las bandas de clarines de la caballería, enagenaban los espíritus. Fué entonces cuando mi alma recibió la primera impresión de entusiasmo y patrio-tismo; impresión difícil hoy de sentirse en estos tiempos positivos: hoy en que esas sensaciones, aun para los que tenían enton-ces desarrollada su sensibilidad de desinte-rés y de gloria, están amortiguadas, extin-guidas, y no queda más que un recuerdo como en sueños de una época que no volve-rá, porque no volverán el genio que la im-pulsó, y el que la apoyó; únicos fundadores de la emancipación más sorprendente del orbe; pero sin querer me distraía de mi objeto para decir que el jefe de la divisi-ón que había llegado, era el coronel don Anas-tasio Bustamante: presentóse en medio de un escogido estado mayor, y rebotaba su alma la ansiedad de ver realizada la combi-nación que se le había encomendado por el primer jefe del ejército.

Este le había dicho en San Juan del Río:

—Compañero Bustamante, el coronel Concha viene de México con una fuerte divi-sión para proteger este punto, que cree el virrey que todavía está de su parte, y llama-mos la atención para la toma de Queré-taro: irá Ud. á encontrar á aquél, y en don-de quiera que se presente, hágale conocer con la acostumbrada bizarría que distingue á Ud., que no es fácil atacar á los soldados de la independencía. Descanso en la acti-vidad y constancia con que Ud. siempre se conduce, para hacer que Concha no vuelva á salir de México, y entre tanto quedare-mos expeditos para la más pronta conclusi-ón de nuestros planes. En este momento debe Ud. marchar.

—Señor, respondió Bustamante, me esfor-zaré en llenar los deseos de Ud., que en ello cumpliré con mi deber hacia la patria, y

con la gratitud que debo á Ud. por su empeño en distinguirme.

—Batido ó replegado Concha, agregó Iturbide, será conveniente recoja Ud. á su regreso los caudales públicos que existen en las cajas reales de Zimapan. Además, servirá la expedición de Ud. para organizar todos los pueblos, cuya opinión está manifestada á nuestro favor.

—Señor, dijo Bustamante, me lisongeo de que podrá corresponder á las esperanzas de la Nación y de Ud.: nada me detendrá para alcanzar este objeto, pues con los valientes que me acompañan todo se puede emprender.

Bustamante anhelaba por un encuentro, deseando que la fortuna le proporcionase los momentos de venir á las manos con Concha: los soldados de aquél, tenían unos mismos sentimientos, y los instantes que se interponían se prolongaban como siglos.

III

El mayor orden reinaba en la división patriota, y las disposiciones eran tomadas con violencia y exactitud. A otro día de la llegada de la división se puso en marcha muy de mañana, dejando los más gratos recuerdos de admiración y de entusiasmo, y avanzando hasta Huehuetoca, Concha se replegó á México; emprendiendo en seguida su retirada sobre Querétaro el coronel Bustamante, después de haber recogido algunas barras de plata de Zimapan y cumplido con todas las instrucciones que había recibido.

El primer jefe manifestó su satisfacción á la décimasegunda división y á su digno jefe con las más vivas demostraciones que aumentaban en éste y en aquella su decisión.

El siguiente día le dijo Iturbide á Bustamante:

—Compañero, importa que hoy mismo salga Ud. con un batallón y cuatrocientos caballos, á auxiliar al señor Echávarri que debe atacar al convoy que viene de San Luis Potosí, custodiado con el primer batallón de Zaragoza, otro de Zamora y cuatrocientos caballos.

—Señor, nada tengo que decir á Ud. sobre el celo con que deseo cumplir sus órdenes: así es que partiré en el momento.

—Lo sé, y por esto confío en mi amigo y compañero Bustamante: mi gratitud es poca cosa; pero es muy grande el reconocimiento y admiración nacional. Llevará Ud. amigo, un batallón y cuatrocientos caballos que Ud. escoja del ejército, pues debe descansar la división de Ud.

—Es que mis soldados están listos para ir á donde Ud. lo disponga.

—No: por ahora llevará Ud. un sólo batallón de refresco y la caballería que le he dicho.

—Está muy bien, señor.

El infatigable Bustamante marchó con el primer batallón de la Unión á las órdenes del teniente coronel don Juan Domínguez, hoy general, y con cuatrocientos caballos. El 21 de Junio á la una de la tarde se unió Bustamante á Echávarri (*): después de que hablaron ambos de los negocios, le dijo éste á aquél:

—Compañero, voy á hacer que se reconozca á Ud. por jefe de todas las fuerzas, tanto porque le corresponde en virtud de su antigüedad, como porque sus conocimientos políticos y militares son superiores á mis escasas luces.

—Bustamante le replicó: Compañero, los talentos, el denuedo y el patriotismo que ha desplegado Ud., lo hacen acreedor á conservar el mando: mis deseos se dirigen exclusivamente á la más pronta conclusión de esta empresa y á las demás que se presenten hasta obtener la felicidad de la patria.

—Conozco demasiado la generosidad de Ud., repuso Echávarri, mas ella aumenta en mí el empeño de contar con el honor de recibir sus órdenes, que las estimo por más acertadas y eficaces para llevar al cabo el plan del primer jefe.

—No cederé en mi resolución, manifestó Bustamante, y Ud., que ha comenzado la obra debe concluirla: disponga Ud. las cosas, y su compañero formará en el lugar

(*) Cuadro histórico del señor don C. M. Bustamante.—tom. V.

que le toque como el primero de los que están á las órdenes de Ud. No hay que perder tiempo, pues los momentos son preciosos. Tome Ud., pues, sus disposiciones.

—Cedo no sin grande violencia; pero con la condición de que modifique Ud., según su parecer, aquellas, pues así tendremos un buen éxito.

El 22 á las ocho de la mañana llegaron los despachos del cuartel general, en los que se prevenía á los jefes independientes que rindiesen á Bracho y San Julián á discreción, sin concederles ninguna otra cosa.

Las divisiones de Echávarri y Bustamante marcharon unidas para reducir á los realistas y abreviar las operaciones del plan combinado. El teniente coronel don Luis Cortazar se dirigió con doscientos caballos hacia la hacienda de San Isidro, donde estaba el enemigo: las demás divisiones siguieron de frente y por los costados. Resultó de estas disposiciones que el 23 por la mañana los batallones de Zaragoza y Zamora en San Luis de la Paz hicieron pabellones con sus fusiles, colgaron su corraje y desfilaron á sus cuarteles, recibiendo los independientes el armamento como el día antes habían recibido cuatro piezas de artillería, un carro con parque, vestuarios, algunos fusiles y 56,000 pesos de moneda provisional.

Conseguido el objeto que se propuso Iturbide, regresó á su lado Bustamante para rendir á Querétaro, en cuya capitulación fué uno de los parlamentarios. La ciudad sucumbió el 28 de Junio. A los ocho días emprendió el ejército por divisiones su marcha para la capital del imperio. Los lugares y pueblos del tránsito fueron testigos del entusiasmo con que marchaban los batallones y regimientos que dieron el ejemplo de todas las virtudes guerreras y que recibían de los ciudadanos, al pasar, las aclamaciones y veneración de libertadores de la patria.

"Independencia" é "Iturbide" eran voces sinónimas en aquellos venturosos días que los mexicanos por una fatalidad no han vuelto á ver. ¡Oh! entonces la unión y la fusión de los partidos comprendía una reali-

dad que después ha sustituidose con frases pomposas.....

El gallardo Epitacio Sánchez iba á la vanguardia del ejército, y seguíale por escalones las demás tropas: la división de Bustamante y Quintanar se unieron en Huehuetoca: Iturbide dispuso marchar á Toluca, Cuernavaca y Puebla con una división de caballería á las órdenes de Sánchez. Bustamante, siempre deseoso de lograr la ocasión de batirse con Concha, lo provocó el 22 de Julio á una acción en las lomas de San Miguel, inmediatas á Tepotzotlán. Vendrá día en que se revelará por quién y por qué Bustamante no fué secundado en esta vez en que pudo haber destrozado á Concha: no es la única en que se le negó la cooperación necesaria por quien debiera facilitársela. Concha se retiró á Cuautitlán con algunas pérdidas que fueron cortas por ambas partes: una tempestad y la entrada de la noche también se opusieron á los designios de Bustamante y de sus esforzados soldados.

IV

Otro día bien temprano los realistas marcharon para Tlalnepantla y una avanzada de Bustamante los siguió hasta cerca de este punto. Casi un mes pasó Concha vagando con su división en distintas direcciones sin alejarse de la capital y con intención á veces de dirigirse á Puebla, de cuyo camino se volvía cuando menos se esperaba. Antes de partir Iturbide para verse con D'Donojú en Córdoba, nombró desde Texcoco á Quintanar comandante interinamente de la décima y duodécima divisiones del ejército trigarante, y encargaba que se evitase un encuentro con el enemigo, á no ser que fuese indispensable. Bustamante había quedado, pues, á las órdenes de Quintanar y no sin algún disgusto interior por tener que moderarse, pues era ya para él, días ha, punto de honor batir á Concha.

El 18, en cumplimiento de lo prevenido por Iturbide con objeto de comenzar el sitio de la capital, las divisiones expresadas se movieron de Tepotzotlán y Cuautitlán hacia Santa Mónica y Tlalnepantla: de aquí

salió Concha con tanta precipitación, que no pudo acompañarlo su tesorero, quien había escondido, de acuerdo con el cura, seis mil pesos en un cuartito de la torre de la iglesia y que fueron descubiertos por denuncia que se hizo al capitán don Miguel Barreiro, hoy general y entonces ayudante de Bustamante. Los independientes se situaron el 18 en Tlalnepantla y Santa Mónica. El 19, temprano, se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanar y dijo á éste:

—Compañero, es preciso que avancemos y que replegando á los realistas se comience á estrechar el sitio de México: si le parece á Ud., iré con una sección para reconocer algunos puntos en que apoyemos las operaciones.

—Compañero, respondió Quintanar, nuestras fuerzas no son bastantes para hacer replegar á las tropas del gobierno, y temo que se comprometa alguna acción y faltemos á las órdenes del primer jefe.

—Pero también sus órdenes tienen por objeto reducir á los realistas á la capital, y sin que nos adelantemos hacia ellos, no creo que pueda cumplirse con el plan del señor Iturbide.

—Está bien que avancemos; pero encargo á Ud. que evite cuanto pueda un encuentro, porque de cualquiera manera serían sensibles las pérdidas que tuviésemos, aunque cortas.

—Concha está en Tacuba, y para que nos acampemos en Atzacapotzalco, haciendas de Careaga, el Cristo y Echagaray, es necesario llamarle la atención por un punto y reconocer su campo.

—Supuesto que apruebo el plan de Ud., pediré en este momento las órdenes para que se disponga la tropa que lleve Ud.

Después de una hora, el coronel Bustamante se dirigió á los puntos expresados. Concha estaba en Tacuba con la vanguardia del ejército español, su infantería constaba (*) de los regimientos expedicionarios, Infante don Carlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y granaderos de

(*) Torrente, "Historia de la Revolución Hispano-Americana," tom. 3o., pág. 291.

Barcelona, y la caballería de diferentes trozos de regimientos y escuadrones mandados en parte por don Julián Juvera.

El primer cuerpo de este ejército que formaba su vanguardia, estaba á las órdenes del sargento mayor de Castilla, don Francisco Bucelli: Concha mandaba el resto de las tropas, habiéndole llegado otras de Tacubaya. El ejército español, lleno aún de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia, con su opinión inflexible para en nada ceder y contrariar todo lo que indicase una idea siquiera sobre la emancipación del país: con su peculiar tenacidad, alentado á la voz de sus obcecados jefes; y su disciplina, su buen equipo, sus abundantes municiones, su bien servida artillería, todo le hacía presagiar la victoria, y esperar de la fortuna un favor señalado que hiciese inclinar los sucesos á su favor. Ronca, pero terrible era todavía la voz del coloso que se había enseñoreado del vasto imperio de Moctezuma por trescientos años. ¿Cómo terminar sin esfuerzos el reinado que le dió nuevo ser á la España de Carlos V, y nuevo giro al Viejo Continente? La justicia no aprobaría esos esfuerzos, la humanidad los condenaba; pero el honor castellano los dictó, así como al patriotismo mexicano tocaba reprimirlos.

El coronel Bustamante, en la misma mañana del 19, para emprender su movimiento, mandó una descubierta de ochenta caballos á las órdenes de un capitán, que como se ha dicho antes, tenía por objeto llamarle al enemigo la atención y reconocer sus posiciones: la descubierta se encontró con cien infantes y caballos realistas entre Atzacapotzalco y Tacuba, y después de haberlos replegado á este pueblo, se retiró á la hacienda del Cristo. Bustamante entre tanto marchaba con su tropa, y á las once de la mañana, cuando se ocupaba en reconocer las haciendas de Careaga, Cristo y Echagaray, para alojar la caballería, el capitán D. Nicolás Acosta officiosamente, y guiado de sus ardientes sentimientos por batirse, se dirigió á Tacuba con cien granaderos y cazadores de Celaya, Guadalajara y Santo Domingo, y veinte dragones de San Luis, trabando una

pequeña acción que obligó al enemigo á abandonar un puente en el que se había hecho fuerte. El tiroteo fué muy vivo y sostenido por ambas partes, especialmente por los realistas que tenían más fuerzas que los independientes. Al oír Bustamante el fuego, y al saber lo ocurrido, se le vió violento é incómodo.

—Barreiro, dijo á uno de sus ayudantes que estaban á su lado, diga Ud. al mayor general que disponga luego que salga toda la caballería con el resto de la Infantería y un cañón, para reforzar á Acosta, pues voy á proteger la retirada de este, por no ser el punto en que se halla á propósito para dar la acción.

Volvió á poco el ayudante, y ya Bustamante montaba á caballo con grande violencia; él mismo pasó adonde estaba el resto de su tropa é hizo que se formasen y saliesen á proteger la partida comprometida.

Quando marchaban, dijo á Ortiz y al teniente coronel don Estéban Moctezucoma:

—Es necesario que Udes. moderen su exaltado valor, el terreno está bien malo, los dragones no podrán maniobrar, y tal vez nos exponemos á perder algunos soldados.

Apenas acababa de decir esto Bustamante, cuando metió espuelas á su caballo y se dirigió violentamente hacia donde se hallaba comprometido Acosta; cuando llegó, ya éste había sido herido y lo mismo un soldado de Celaya. Bustamante con su presencia y sus rápidas disposiciones, logró salvar á los suyos nuevamente comprometidos por los refuerzos que le llegaban al enemigo, el que sin embargo, en vez de avanzar, retrocedió. En seguida los americanos se retiraron á Atzacapotzalco, permaneciendo allí bastante tiempo sin que aparecieran los realistas. Serían las cinco de la tarde, cuando Bustamante emprendió su retirada para Santa Mónica, queriendo aprovecharse de mejor coyuntura para dar la acción que deseaba, cuando su retaguardia fué atacada á las inmediaciones de Careaga por las tropas del

gobierno, al mando de Bucelli, que eran en número de mil infantes y trescientos caballos con una pieza.

Un rayo de esperanza iluminó á Bustamante con este acontecimiento, pues creyó que se le presentaba la ocasión de satisfacer sus deseos. Comenzó el fuego entre su retaguardia y la vanguardia de Concha: aquél tocó alto, y sin pérdida de tiempo dió sus disposiciones para una evolución que dió por resultado el que se formasen unas guerrillas de caballería é infantería: sonaron los clarines indicando un toque de exterminio, púsose al frente de ellas Bustamante con espada en mano, y con su voz y con su ejemplo las condujo á la refriega: jamás se le había visto más decidido y esforzado como en esta ocasión, en que con aquella valentía que le es común, buscaba la gloria en donde la muerte aparecía por todas partes: lleno de noble ambición, respirando por cada uno de sus poros el patriotismo más puro; pero como lleno de despecho y prodigando su vida como obscuro soldado, arrastró tras sí á los bravos dragones de la Sierra de Guanajuato, Príncipe y granaderos de la Corona y primero Americano, dando una terrible carga á la espada y bayoneta. Vino á participar del honor de batirse una guerrilla del regimiento de San Luis con una pieza de artillería, y enardeciéndose más el combate, los enemigos sucumbían por todas partes, sin que pudiesen salvarlos su buena formación y el denuedo con que hacían frente. Contribuyó á la gloria de los mexicanos la feliz casualidad de que la pieza de á ocho de éstos, embalara una del mismo calibre de las que tenían los españoles, influyendo esta circunstancia para que Bustamante los hiciese replegar á Atzacapotzalco (*) en donde se parapetaron pa-

(*) El Sr. Torrente, sin embargo de que con su imaginación y elocuencia admirables intenta desfigurar los hechos, hablando de este encuentro junto á "Careaga," se ve en la precisión de confesar en el tomo 3o. páginas 291 y 292, lo siguiente: "Y aunque los realistas se empeñaron en darles (á los independientes) repetidas cargas con el ma-

a no ser destrozados completamente; y habiendo sido reforzados con tropas de refresco, se hicieron firmes en el convento y casas principales del pueblo.

Los independientes sobreponiéndose á todos los obstáculos que se les presentaban, ora por lo impracticable del terreno cortado con diversas zanias y milpas ó por lo fangoso de él, ora porque no podía maniobrar toda su fuerza, y ora en fin, porque la noche se avanzaba, tuvieron que apelar á su heroicidad y entusiasmo para no detenerse en perseguir á sus contrarios hasta el pie de sus mismos parapetos. La historia no olvidará, y la posteridad perpetuamente recordará el brillante comportamiento del soldado mexicano, en una noche en que el heroísmo compitió á porfía por ambos bandos.

Serían las siete de la noche cuando llegaron las demás fuerzas de la vanguardia del ejército trigarante hasta el número de trescientos infantes y doscientos caballos, lo que aumentó el brío de los mexicanos que se estaban batiendo desde el principio; pues habiéndose llenado de celo, su honor militar se afectó en cierta manera. El terreno no permitió que se batiesen todas las tropas que habían llegado.

Sabido es que el capitán don Encarnación Ortiz había peleado diferentes veces en el Bajío y en la primera época de la independencia contra los dragones fieles del Potosí, y contra los de otros cuerpos que veían ahora con el ejército trigarante, y que con satisfacción recíproca tenían el orgullo de ser compañeros. Esto sin embargo no impedía que hubiese nacido en las guerrillas de los dragones de la Sierra de Guajuato, y fieles del Potosí, una emulación tan alta de honor, toda de gloria.

VI

Eran las ocho de la noche, y la obscuridad impedía distinguir los objetos más cercanos.

Por entusiasmo, "hubieron de retirarse á Atzacapotzalco," por habérseles inutilizado un cañón de á 8, sobre el que apoyaban sus operaciones."

canos: el fuego continuaba sostenido por ambas partes: mortífero era el que hacían los españoles desde sus posiciones ventajosas, mientras que los mexicanos no tenían más parapeto que sus pechos que latían á los nombres sagrados de "independencia y libertad," y pronunciando con entusiasmo éstas palabras, ó al grito de ¡viva México! ¡viva Iturbide! bajaban á la tumba de los héroes. En medio de la más terrible carnicería, cuando por todas partes reinaba el espanto y la muerte, y cuando se escuchaban los repetidos ayes de los heridos ó moribundos, y á los frecuentes toques de las cajas y de los clarines, cansado ya Ortiz de intentar hasta lo imposible, dijo en voz alta á unos dragones que estaban cerca de él:

—Ahora se verá si los fieles, van hasta donde lleguen los de la Sierra de Guajuato.

—Los fieles, dijo un oficial joven y bien parecido, van hasta donde entran los hombres; vamos adentro, compañero.

—Vamos, dijo el Pachón (*) y dieron una carga ambos oficiales con sus soldados á los realistas, de los que acuchillaron varios en la plaza, en la que penetraron perdiendo algunos de los suyos. El joven oficial era el capitán de los Fieles don Manuel Arana.

—Erdozain, dijo Bustamante montado en funón á uno de sus ayudantes, busque Ud. á Endérica, y que cuando se dé el toque general de alto, avance con su tropa el cañón hasta la entrada de la plaza. Barreiro, diga Ud. al teniente coronel don Francisco Cortazar, que al toque expresado avance también por el costado derecho de la iglesia, y á Montoya que lo verifique igualmente con su batallón y el piquete de Tres villas, al mismo tiempo que se dé el toque, dirigiéndose por el otro costado. Moctezuma, divida Ud. en dos trozos su caballería y que auxilien á las dos secciones de infantería, buscando ántes las entradas más fáciles para llegar á los puntos del enemigo; yo me dirigiré con las guerrillas del Príncipe y San Luis al centro, en apoyo de Ortiz y Endérica.

(*) Así lo nombraban desde el principio de la primera revolución en el Bajío.

rica. Valiente y Castillo, ya pronto se quitará á Udes. su impaciencia.

Habían pasado pocos instantes, cuando mandó Bustamante tocar á las bandas de clarines, "alto," que era el toque combinado de dar el ataque con mayor vigor. Las órdenes de cuando en cuando se multiplicaban, el valor iba aumentándose cuanto mayor era el peligro, la acción se había hecho más general por todas partes. El denodado Endérica desplegó toda su intrepidez con tanta constancia, que obtuvo nuevo renombre en el ejército. Dos tenientes del bizarro regimiento de Celaya, don Manuel Arroyo y un joven como de 26 años, lo secundaron á porfía, colocando la pieza en la entrada á la plaza y á tiro de pistola del enemigo y de su artillería, á pesar de la lluvia de balas y metralla que disparaba incesantemente. Ese joven teniente, es hoy el presidente interino de la república, general de división don Valentín Canalizo.

Los españoles con todo y sus posiciones y la desesperación con que batían, sufrían pérdidas considerables: no obstante esto se iba aumentando su fuerza con nuevas tropas y municiones que les llegaban. Mucho tuvo que agradecer Concha á la fortuna, pues la noche le había protegido y más que todo el que los independientes hubiesen entrado en detall á la acción sin poder presentar todas sus fuerzas: á las once de la noche las circunstancias para éstos eran muy aciagas: reforzado el enemigo y sin querer salir de sus parapetos que tenían en las principales alturas del pueblo, al paso que á sus contrarios se había casi agotado el parque; estériles eran ya la constancia y el heroísmo con que desafiaban tan de cerca la muerte: Bustamante se decidió á emprender la retirada muy satisfecho de sus soldados, á quienes con ternura sin igual, y en lo más comprometido de la batalla llamaba "sus hijos," y ciertamente que así los veía, porque la pérdida de cualquiera de sus soldados le comprimía su corazón guerrero.

—Antes de retirarnos, dijo, es preciso traerse la pieza que llevó Endérica á la entrada de la plaza.

—Señor, le respondieron, han muerto las mulas, no hay carreteros, se ha descompuerto la cureña, y la pieza está atascada en un fango.

—El cañón no debe abandonarse, sin abandonar antes la vida, replicó Ortiz. Vámes, muchachos, vamos á traerlo, y se dirigió á donde estaba aquél con sus intrépidos soldados.

—También nosotros iremos, dijo el capitán Arana á sus dragones, y siguieron á Ortiz y á los suyos. La mayor parte de estos valerosos soldados hacía frente al enemigo interin que el resto se esforzaba en sacar la pieza con sus reatas á cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban en la terrible competencia de salvar el cañón y de batirse á la vez. La empresa se había hecho de las más temerarias: el mayor número de los denodados dragones de la sierra de Guanajuato y Fieles del Potosí habían caído muertos ó heridos, haciendo esfuerzos sobrehumanos, "distinguiéndose heroicamente el nunca bien ponderado don Encarnación Ortiz, modelo de valor y patriotismo" (*). Al pie del cañón sucumbió al fin Ortiz, cayó cubierto de heridas y de honor, saliendo gravemente herido Arana y contuso Canalizo. La victoria se cubrió de luto y la fortuna fué infiel al heroísmo, no habiendo respetado en esa noche aquella vida tan ilustre en nuestros fastos. En vano Endérica, Arroyo y Canalizo se habían multiplicado para arrebatar de la muerte á sus dignos compañeros.

—Señor, le dijo Barreiro á Bustamante, que lo había mandado con órdenes para que se retiraran las tropas; Ortiz, el valiente Ortiz, ha muerto, Arana también ha sido mortalmente herido y los soldados de ambos, pocos sobreviven.....

—¡Ortiz ha muerto! ¡Qué fatalidad....! exclamó Bustamante. Quedóse un rato pensativo como si dudase lo que acababa de oír, y aunque no podía articular palabra, su semblante indicaba que su alma era destrozada de pesar: hizo un gesto y sacudió la

(*) Palabras de Bustamante en el parte que dió de la acción.

cabeza, después anduvo un poco hacia adelante y dijo:

—Erdozain, marche Ud. y dígame á Endérica que se retire dejando el cañón, que bien puede abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado el enemigo: que se conduzcan luego los heridos y que el cuerpo de mi querido Ortiz no se deje allí, y terminó dando tristemente sus órdenes.

VII

Los mexicanos se retiraron de Santa Mónica: frondosos eran los laureles que habían cortado en esta memorable noche: el enemigo perdió más de quinientos hombres; pero esta victoria se había comprado con la sangre de muchos intrépidos soldados, cuya pérdida era una página de luto en este glorioso día para las armas mexicanas.

Iturbide, digno apreciador de sus compañeros, aplaudió debidamente el relevante mérito que contrajeron en esa acción Bustamante y sus soldados; les manifestó desde Puebla á nombre de la patria su reconocimiento, así como su pesar por las sensibles pérdidas, especialmente por la del incomparable Ortiz, á quien concedió el póstumo honor de "que pasase revista de presente." En los anales mexicanos se leen éstos tres escudos: "Se distinguió en la brillante acción del 19 de Agosto de 1821." Este escudo lo llevaron ó llevan, el teniente coronel de la Corona don Francisco Cortazar, mayor del mismo regimiento don Tomás Castro, comandante del escuadrón de Fieles don Esteban Moctezuma, teniente del Príncipe don Manuel Valiente, teniente de San Luis don José María Castillo, sargento mayor del ligero de Querétaro don Cayetano Montoya, ayudante del mismo don Antonio Chávez, capitanes don Pablo Erdozain y don Miguel Barreiro, y el subteniente de artillería don José María Sandoval. El segundo, que pertenecía con envidia á los heridos, tenía esta leyenda: "Vertió su sangre por la libertad de México en 19 de Agosto de 1821." Para los demás que concurrieron á la acción se decretó el siguien-



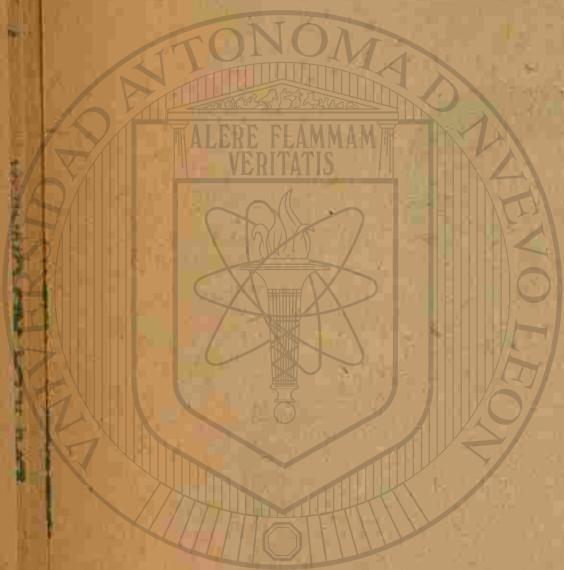
General D. Anastasio Bustamante. ®

te: "Acción victoriosa por la felicidad de México: 19 de Agosto de 1821." Los impávidos Endérica, Arana, Canalizo y Arroyo fueron, además, ascendidos al grado inmediato. En fin, Bustamante fué saludado héroe.

Por más que el infortunio y la ingratitude lo hayan ajado, con todo y el juicio de la opinión al juzgarlo por sus errores políticos, en los que ningún hombre público puede dejar de incurrir, el fallo de los contemporáneos, por severo que sea, es ineficaz para evitar el reconocimiento nacional; y aun más todavía para que la posteridad admire con emociones de entusiasmo y orgullo una data que la inmortalidad ha inscrito ya con dorados caracteres: Anastasio Bustamante vencedor en Atzacotalco: 19 de Agosto de 1821.

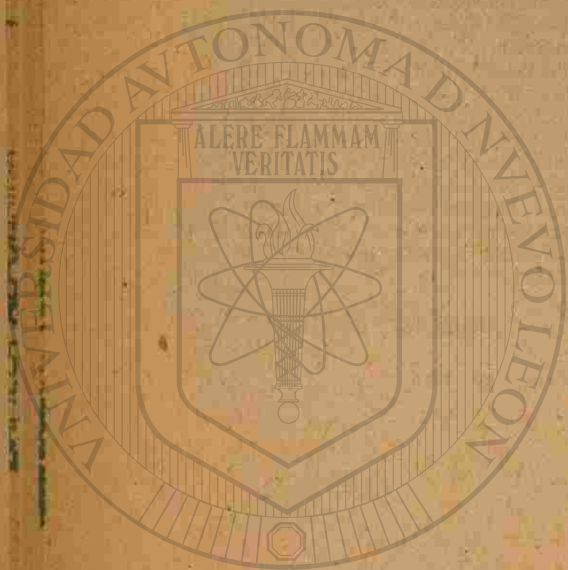
DOMINGO REVILLA.

México, Enero 15 de 1844.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



EL 27 DE SEPTIEMBRE DE 1821.

I.

En los últimos días del mes de Septiembre de 1821, México, la más bella ciudad del Nuevo Mundo, la capital del Imperio de Anáhuac, contrastaba con sus alrededores.

En su recinto se dejaba oír con toda su fuerza un ronco gemido de venganza; eran los terribles acentos del poder colonial acusado por todas partes: era la grito de la desesperación del absolutismo que presentía su próximo fin; pero que quería exhalar su postrimer aliento ahogando en su propia sangre a la "virgen del mundo." Aquellos Regimientos expedicionarios de Cuatro Ordenes, Castilla, Murcia, Lobera, Barcelona, Zaragoza, y Saboya; y los negros y mulatos de Yermo, en los que estaba reconcentrado el odio de la Independencia, caminaban acá y allá, para imponer y sofocar los conatos del espíritu público. Véanse formar y marchar esas masas compactas llenas de vigor y lealtad al león de España, á las órdenes de Novella, Liñán, Llano, Bucelli, Concha y Armijo, enemigos implacables de los americanos. Esfuerzos inauditos se hacían para conservar la "integridad" de las Españas; esfuerzos impulsados por la tenacidad castellana. A la vista de todo esto: al ver desfilar silenciosos á esos "regimientos en que cada soldado" era un opresor: al leer en su semblante su mal comprimido resentimiento, pronto á caer sobre sus contrarios: al aspecto de su

marcha insultante; más aún al brillo de sus armas y de sus ricos uniformes, y al eco de sus dorados tambores, que sostenía ó aumentaba la resignación que les sugería su amor propio ofendido y la fuerza de sus juramentos á sus jefes, á su patria, y á su Rey, los habitantes de la capital temblaban y se hallaban sumergidos en la más dolorosa consternación.

II.

No así el campo en donde se hallaba situado el ejército trigarante, estrechando cada vez más el sitio. La Piedad, la Ladriera, el Peñol, Zacoalco, Villa de Guadalupe, haciendas de la Patera y Ahuehuetes, Atzacapotzalco, Tacuba, los Morales y Tacubaya, comprenden una área de diez leguas: pues bien, en toda esa circunvalación se oían las dianas al romper la aurora y los demás toques del ejército. De todos aquellos puntos, se veían las altas torres de la Catedral, y á su aspecto renacía en cada soldado mexicano una idea, un sentimiento que terminaban en el deseo de combatir y morir, colocando en esas poéticas torres el pabellón tricolor.

Con tan noble ambición, el campo era una escuela práctica de virtudes-guerreras: las fatigas de una campaña tan corta, pero por lo mismo más esforzada y llena de penalidades, no se sentían, y antes excitaban en cada combatiente el más bien desarrollado entusiasmo que haya caracterizado al patriotismo.

Un gran número de personas había concurrido de todas partes á presenciar tanta decisión y á participar del júbilo que producía la espléndida escena del ejército sitiador.

El cuartel general era el centro de donde partían mil órdenes con que el genio de Iguala reformaba y criaba los diversos ramos de la guerra y administración para todos los puntos del imperio. El alma ardiente de Iturbide impulsaba á la vez sentimientos, opiniones é intereses los más contradictorios, "fundiéndolos" entre sí para producir un solo efecto, la INDEPENDEN-

CIA. Acaso ningún hombre público jamás se ha visto en una posición que fuese más complicada, más extensa, ni que necesitase de un tacto más delicado para concebir y ejecutar, para prescribir y consumir grandes planes sin ningún síntoma de murmuración, llevando todas sus concepciones al sello nacional de la aprobación pública. A la satisfacción de ser en todo aplaudido, reunía la de ser secundado, y en el cuartel general de Tacubaya se veían multitud de jefes y personas notables por sus diversas posiciones, esperando que una boca se abriese para recibir una orden, y contar con orgullo el honor de cumplirla. Es un hombre que imprime sus ideas á miles de almas; es una voluntad á la que un gran número de voluntades se sujetan.

III.

Un día, (el 23) á causa de un despacho del cuartel general, el jefe de una división se hallaba á presencia del primer jefe del ejército en una pieza del Palacio Arzobispal de Tacubaya, que acababa de ser desocupada por otras personas, según el desorden en que habían quedado diversos asientos al derredor de una mesa. Iturbide estaba en pie, dando la espalda á ésta y teniendo en las manos un papel que acababa de escribir; se notaba en su semblante la agitación que produce la larga discusión de los áridos negocios y las disposiciones dictadas sin intermisión; luego se dirigió al jefe que acababa de llegar y le dijo:

—Y bien, amigo Filisola, ¿cómo se halla la 13a. división?

—En el más brillante estado, señor.

—¿Y los jefes y oficiales?

—Animados del mejor espíritu.

—¿Y la tropa?

—Llena de entusiasmo y disciplina.

—Bueno, amigo: no podía esperarse otra cosa de los vencedores de la Huerta. En prueba de mi distinción á la 13a., os confío el honor de que ocupéis mañana, á su cabeza, la capital del reino: recomiendo á vuestra prudencia esa ciudad y á sus habitantes: que no se escuche ni una voz ofen-

siva: que se respeten las opiniones y las propiedades; y que los soldados del ejército no desmientan con su conducta, ni su heroísmo, ni los principios que han proclamado.

—Señor: la 13a. división y su jefe, sabrán corresponder á la confianza de la patria y de V. E.: sus órdenes serán cumplidas leal y honrosamente.

Se despidieron ambos jefes, satisfechos uno del otro, y Filisola pasó á ejecutar las disposiciones que se le habían encomendado.

IV.

En la tarde del día 24, casi á la misma hora de la procesión de la Merced, se advirtió una universal conmoción por el rumbo de este templo. Se oyeron en seguida las fuertes exclamaciones de: "los independentes."

A poco se presentó la florida división del héroe de la Huerta, de tan recientes recuerdos. Todos los cuerpos que allí se habían batido, venían marchando en medio de la armonía de sus músicas, y de los vivas á la Independencia. Entre la artillería de la división venían dos piezas conquistadas en aquella reñida acción.

Grande era el placer que animaba á cada uno de los habitantes de México; pero podría decirse que no era completo. Faltaba ver á Iturbide y á todo el ejército para que se acabasen de borrar las impresiones que habían hecho los frecuentes juramentos del obcecado expedicionario al partir fuera de la capital.

Un día después, se oyó un toque en todo el campo independiente, que indicaba una orden para el ejército. Era la Orden general del Estado Mayor, que se pasó á las divisiones: hé aquí tal cual se dictó:

"Estado Mayor del ejército.—Orden general del 25 al 26 de Septiembre de 1821 (*).—

(*) Este documento lo debo á la amistad del modesto Coronel Don Manuel Reyes Veramendi, uno de los amigos más sinceros de la víctima ilustre de Padilla.

El jueves 27 del corriente deberá entrar á la capital el ejército imperial, llevando la vanguardia la división del centro al mando del segundo, el señor Coronel Don Anastasio Bustamante, con su correspondiente artillería, formando á su vanguardia una compañía de cazadores formada en guerrilla; á ésta, las piezas de artillería con su parque; luego toda la columna de infantería, dividida por mitades ó frentes iguales; seguirá la caballería con su frente proporcionado al que deban ocupar en las calles: este ejército formará su cabeza apoyándola por el camino que llaman de la Verónica, ó la puerta del fuerte de Chapultepec, y deberá estar en formación y en punto de las siete de la mañana.

"A esta división seguirá la de retaguardia en los mismos términos y orden de formación, apoyando su derecha á la izquierda de la que le precede, tomando parte del camino de los Hospicios que se dirige hacia Tacuba.

"Seguirá, á la izquierda de esta división, la de vanguardia, ocupando el terreno que necesite hasta Tacuba, en el de Atzacotalco, para no retardar el movimiento general en todo el ejército. El señor jefe de la vanguardia procurará dar sus órdenes y emprender su marcha con la anticipación que sea necesaria.

"Las tropas de este cuartel general emprenderán su marcha á las cinco de la mañana, con el objeto de ir á ocupar sus puestos en las respectivas divisiones á que pertenecen en la línea que á cada una le está señalada.

"La tropa del mando del señor Coronel Filisola saldrá de México antes del amanecer, dejando en dicha capital sólo la fuerza muy precisa con los rancheros, y pasará á ocupar el puesto que la compete en la división á que pertenece.

"Las cargas de los batallones y escuadrones, con los equipajes de los señores oficiales, quedarán al cargo de un oficial con una pequeña escolta á retaguardia del todo del ejército, y no entrarán por pretexto alguno, ninguna en la ciudad, hasta tanto se avise, que siempre será una hora después

de haber entrado el ejército; para lo cual se detendrán sin distinción, todas, en la garita de Belén, única por donde se permite la entrada.

"Desde que empiecen á marchar las columnas, irán todos los señores oficiales de infantería pie á tierra, y sólo podrán ir á caballo los señores jefes y ayudantes, para lo cual dispondrán que los caballos de los que deben ir á pie se queden con las cargas.

"Los ayudantes del Estado Mayor, destinados en las divisiones, irán al lado de los señores jefes que las manden, como igualmente los ayudantes de orden de dichos jefes, y todos éstos irán á caballo.

"El Estado Mayor general irá al lado del señor primer jefe, para cuando se le ofrezca mandar.

"El señor primer jefe encarga muy particularmente á los señores jefes de los ejércitos, y á los de los respectivos cuerpos que lo componen, procuren que la tropa se presente con el mayor aseo que sea posible, atendidas las circunstancias de falta de vestuario; con el armamento y correa en el mejor estado de aseo; y por último, encarga el mayor silencio y moderación, tanto en la marcha el día de la entrada, como también en los subsecuentes de la permanencia en la capital, haciendo que todos los individuos que componen el ejército trigante, guarden la mejor armonía con los habitantes, dando con eso más pruebas de su disciplina, subordinación y buen comportamiento.

"Los cuarteles serán señalados por el jefe del Estado Mayor, para lo cual acudirán los ayudantes de éste, destinados á los ejércitos, por las respectivas boletas de alojamiento.

"Para no molestar á las otras tropas distantes, se mantendrán en sus puestos, excepto las señaladas en esta Orden, las que deberán marchar como está indicado.—Cuartel general en Tacubaya, Septiembre 25 de 1821.—MELCHOR ALVAREZ, jefe del Estado Mayor."

Aun antes de romper el día 27 ya se escuchaban los toques de marcha en todo el

campo para ocupar sus respectivos puestos las divisiones. Pasemos la vista por las secciones que las formaban: véamos, pues, esos Cuerpos que pertenecían á ese ejército tan eminentemente nacional, y detengámonos un momento en contemplarlos. Todavía habrá valientes que al recorrer este glorioso registro digan con orgullo: "yo era de ese regimiento; yo pertenezco á ese ejército." Ved, pues, el ejército, según un documento inédito y conservado por un ayudante del señor Iturbide. (*)

INFANTERIA.

1a. Sección.

Cuerpos.	Hombres.	Total.
Regimiento de la Corona.	353	
Idem de Celaya.	490	
Granaderos imperiales, columna.	258	1,101
2a.		
Tres Villas.	368	
Guadalajara.	134	
Santo Domingo.	162	664
3a.		
Cazadores de San Luis.	47	
Regimiento de Fernando VII.	382	
Ligero del Imperio.	153	532
4a.		
Ligero de Querétaro.	318	
Segundo de la Libertad.	195	513
5a.		
Batallón de San Fernando.	239	
Ligero de Morelos.	129	
Segundo de la Unión.	176	
Primero de la Libertad.	485	1,029

(*) El señor Coronel Don José María Aréchaga.

114

6a.

Cuerpos. Hombres. Total.

Fijo de Puebla.	265	
Cazadores de la Patria.	62	
Comercio de Puebla.	157	
Tlaxcala.	54	538

7a.

Batallón de la Lealtad, Tulancingo y Huachinango.	205	
Guanajuato.	91	
Zacualtipam.	94	390

8a.

Comercio de México.	339	
Batallón primero Americano.	359	698

9a.

Regimiento Fijo de México.		515
------------------------------------	--	-----

10a.

Constancia.	100	
Valladolid.	95	
Batallón Mixto.	200	395

11a.

Primero de la Unión.	220	
Segundo de México.	270	490

12a.

Infantería del padre Izquierdo.		500
---	--	-----

ARTILLERIA.

68 piezas de todos calibres, con		
763 artilleros.		763

115

CABALLERIA.

1a.

Cuerpos. Hombres. Total.

Escolta del señor Iturbide, al mando del señor Coronel Don Epitacio Sánchez.		300
--	--	-----

2a.

Dragones de México.	305	
Caballería del señor Chávarri.	186	
Dragones de Santander.	190	681

3a.

Fieles del Potosí.	300	
Dragones del Rey.	159	
Sierra-gorda.	155	614

4a.

San Carlos.	310	
Provinciales de México.	80	390

5a.

Dragones de Valladolid.	448	
Moncada.	240	688

6a.

Regimiento de Toluca.	250	
Caballería del padre Izquierdo.	300	550

7a.

Regimiento de Querétaro.	283	
Idem del Príncipe.	241	524

8a.

Dragones de Puebla.	119	
Idem de Tulancingo.	324	
Apam.	132	575

Cuerpos.	Hombres.	Total.
Dragones de la Libertad.		400
10a.		
Dragones de Atlixco.	83	
De la Unión.	389	
Voluntarios del Valle.	130	
Voluntarios nacionales.	247	849
11a.		
Dragones de América.	150	
Idem de Guanajuato.	263	
Idem de la Sierra de id.	37	450
12a.		
Dragones de San Miguel.	126	
Chilpancingo.	124	
Del Sur.	92	342
13a.		
Dragones de los Campeones.	166	
Santa Rita.	130	
Compañías del Sur.	60	
Escoita del General Guerrero.	146	502
14a.		
Flanqueadores.	87	
Compañías de Monte Alto, Te- huacán y Temascaltepec.	189	276
15a.		
Dragones de Atzacapotzalco.	200	
Idem de Xilotepec.	114	314
16a.		
Dragones de San Luis.		500
Total.		16,134

Antes de emprender la marcha el ejército, Iturbide estaba pensativo, como si dudase de lo que su temeridad había emprendido, y su prudencia realizaba, obligando á escribir á la historia en sus anales, una página que comprendía una campaña de siete meses, tan fecunda de heroicidad, y tan grande como el valor con que la abrió. . . . Fijados sus ojos en la hermosa ciudad á donde se dirigía, decía á su Estado Mayor: "Compañeros: allí el orgullo nacional quedará satisfecho: aquellos muros encierran todo nuestro porvenir: allí una gloria inmortal nos aguarda: ella nos pasará á la posteridad para vivir en sus recuerdos. Marchemos á merecerlo."

Aplausos repetidos acogieron esta mágicas palabras.

Desde muy temprano se agitaba y conmovía toda la población de México, y la de los pueblos inmediatos que se dirigían hacia la garita de Belén, por donde el ejército debería hacer su entrada: lo más selecto de la población estaba en las casas y balcones de las calles de la Alameda, San Francisco y Plateros, y el pueblo iba y venía, animado por los sentimientos más nobles.

Un arco de triunfo estaba preparado por donde deberían pasar el ejército y su jefe. A las diez de la mañana creció más la conmoción universal: todo el mundo estaba en expectativa. Reinaba ya una indefinible alegría; pero llena de agitación: la impaciencia en unos, la exaltación en otros, producía aquella confusión que nace en escenas meramente nuevas.

El murmullo de la multitud anuncia que se acerca el ejército: avanza en medio de las aclamaciones universales: el júbilo se pinta en todos los concurrentes, y se oyen los vivas prolongados y repetidos á la Independencia, al ejército y á su jefe; vivas cuyos ecos se pierden entre el sonido belicoso de las músicas de los regimientos que llegan, entre el estruendo de la artillería y entre el estrépito de mil campanas. Cinco batidores abrían la marcha: en se-

guida aparece un grupo de oficiales superiores. Desde luego se percibe sobre un fogoso caballo prieto, adornado de una soberbia montura, al primer jefe: su apostura galana, su espaciosa frente, en la que apenas caían unos rubios cabellos; sus miradas tiernas y penetrantes, lanzadas con unos ojos centellantes y expresivos, poseyendo el secreto de cautivar á la primera vista; su sonrisa á veces apacible, á veces dulce y melancólica, indicaba que era el genio de Iguala: bota fuerte, frac verde, sombrero montado con tres plumas y cucarda tricolor: una banda con los colores que flameaban en las banderas de sus legiones, atravesada del hombro á la cintura, de la que pendía una lujosa espada, (*) eran el traje y atavío militar con que se presentó á la cabeza del ejército. A la vista de este hombre de tanto prestigio, todo fué un torrente de emociones: los más dulces sentimientos excitados por él, inundaban todos los corazones. Los hechos recientes en que los prodigios se multiplicaron á su voz, hicieron olvidar y borrar de la memoria una época pasada y luctuosa. . . . Mas ahora está rodeado de amor y decisión, de lealtad y entusiasmo, y un solo pensamiento ocupa las imaginaciones de todos los que lo siguen y lo ven. Sus ayudantes y el Estado Mayor, cuyo digno jefe era el Brigadier Don Melchor Alvarez, vienen después; y luego aparece con toda su gallardía el bravo Epitacio Sánchez, uno de los vencedores en Arroyo-Hondo, mandando la escolta del primer jefe, en la que no se alista nadie sino después de haber hecho prodigios de valor.

Tiene el honor de marchar como primer Cuerpo del ejército la columna de granaderos, viniendo á su frente el Coronel Don Joaquín de Herrera, cuya memoria está unida á la sangrienta victoria de Tepeaca, ganada sobre el terrible Coronel Hevia. Si-

(*) Una persona apreciable, por sus virtudes y patriotismo, le hizo el obsequio de la banda, espada, sombrero y cucarda, que estaba formada de esmeraldas, rubíes y brillantes.

guele el denodado Coronel Don Anastasio Bustamante con su división, trayendo un laurel y una gasa fúnebre; el primero por la victoria de Atzacapotzalco, y el segundo por la muerte de Encarnación Ortiz, "modelo de valor y patriotismo," á quien estas palabras se tributaron por su jefe con los honores de héroe, y el que pasase revista de presente. Desfilaba en seguida la división del indomable y resuelto General Guerrero, de la que algunos soldados habían vivaqueado con Morelos o con Galeana, con Matamoros ó Pedro Asensio, viniendo á ser más esforzados bajo las órdenes de su nuevo General, con el que habían asombrado al Sur por más de una vez. Es, pues, ésta, la división con que Iturbide afirmó su empresa, proclamando á los oídos del Virrey la Independencia mexicana. Sucedian las divisiones del decidido Coronel Don Luis Cortazar, la del modesto y no menos valiente Don Miguel Barragán, la del impasible y magnánimo Coronel Don Nicolás Bravo, también vencedor en Tepeaca y Puebla, siendo el Comandante de su artillería el antiguo General insurgente, Don Manuel de Mier y Terán; la del fiel y desinteresado Coronel Don Rafael Ramiro, apoyo constante de las esperanzas nacionales, en una época incierta y en que se juzgaba que todo se había aventurado; las de los Coroneles Don Joaquín Parres y Don Pedro Zaragoza, con los Regimientos de Fieles del Potosí y dragones de San Luis, honor de la caballería mexicana; la bien conceptuada del honrado Coronel Filisola; y por último, entraba en formación la del Coronel Chávarri, vencedora de Bracho y San Julián, luciendo en todas á competencia el aire marcial y la táctica militar, trayendo á la memoria un hecho en que cada Regimiento había sobrepujado las esperanzas de sus jefes.

Pues bien, todos estos hombres estaban dispuestos á derramar la última gota de su sangre, cuando el jefe que los reunía é inspiraba lo hubiese querido, porque aquella época era la de los sacrificios, y porque el pundonor de ese tiempo se complacía en solicitarlos ó admitirlos.

No había facciones que luchasen entre sí para ofuscar y degradar un triunfo tan espléndidamente adquirido. Con este espíritu absolutamente patriótico, se abrieron á Iturbide y á su ejército las puertas de México, presentando el espectáculo menos brillante si se quiere; pero más nacional y sublime que la entrada de Bonaparte á Milán, Roma, Alejandría y el Cairo; y de Napoleón á Berlín, Dresde, Viena, Madrid y Moscú, porque no había una sola opinión que contrariase, ni una lágrima derramada de luto que lo entristeciese.

VI.

En frente del convento de San Francisco se detiene el ejército: es, porque Iturbide está pie á tierra para recibir al Ayuntamiento, que viene á su encuentro.

—“Señor, le dice el primer Alcalde, el Ayuntamiento de la capital del Imperio mexicano, por mi conducto, tributa los homenajes de admiración y gratitud al magnánimo caudillo que en el pueblo de Iguala proclamó segunda vez la Independencia de la patria, y que al fin de siete meses ha consumado con tanta gloria. El desgraciado pueblo que por trescientos años gimió en el dolor y en el infortunio, hoy se exalta de júbilo y amor hacia su libertador. El Ayuntamiento á su nombre os presenta esta llave (*) de la ciudad, que ninguno mejor que vos deberá depositar.”

—“Decid al pueblo, señor, respondió Iturbide, que nada he hecho que no fuera un deber mío, pues que su felicidad, objeto constante de mis acciones, ha sido una obligación procurársela: que le estoy reconocido por su distinción, lo mismo que á la ilustre Corporación que presidís, y en la que debe quedar dignamente esa llave que me presentáis.”

Como le impidiese una pierna, que tenía enferma, continuar á pie, montó á caballo

(*) Era una hermosa llave de oro, puesta en una fuente de plata que tenían cuatro maceros; y el Alcalde lo era el señor General Don Ignacio Ormaechea.

y siguió hasta el Palacio: en la travesía se repitieron con mayor esfuerzo los vivas y aplausos del inmenso pueblo que lo seguía, y de todos los habitantes, cuyas simpatías eran tan pronunciadas á su favor: en la plaza se explicaron más ardentemente esas simpatías, y se advirtió luego que los acentos que se elevaban hasta los cielos, eran de hombres libres. Por la primera vez en esa plaza, al frente de ese Palacio colonial y contemporáneo de infaustos acontecimientos, á la vista de esa majestuosa Catedral y cuando reinaba un sol puro y sin que una nube debilitase sus rayos, se oían las voces sagradas de “libertad,” por tanto tiempo comprimidas. Los muros y edificios parecía que participaban de esta alegría, tierna, vehemente, palpitante.

El Palacio retumbó cuando Iturbide pisó sus umbrales: aquellos corredores y salones en que se había promovido su destrucción y votado su muerte, mustios y silenciosos poco há, ahora á su vista, con su voz sonora y eléctrica parecían animarse. El generoso O'Donojú (cuya memoria la más estólida ingratitud ha condenado al olvido) lo esperaba para recibirle. Después en el balcón principal ambos vieron desfilar el ejército trigarante. A su aspecto, ¡qué de recuerdos! ¡qué de sensaciones no experimentaba Iturbide! ¡Cuántas esperanzas satisfechas! ¡Cuántas combinaciones realizadas! A ocho millones de hombres y á sus generaciones borrarles de la frente la ignominia, inscribirles la dignidad y la gloria...

VII.

La gigantesca empresa de Iguala, acometida por la más sublime inspiración, combinada con la más profunda prudencia, y sostenida por la más ardiente impetuosidad, ESTA CONSUMADA. Su autor ha ganado en la historia, los envidiables títulos de sagaz diplomático y profundo político, de soldado arrojado y de heroico General. Ha llegado al apogeo de una gloria que la humanidad ha aplaudido: la fama lo dió á conocer al mundo.

Resonarán, por siempre, en la posteridad,

las elocuentes palabras que un corazón comprimido de gozo y patriotismo le dictó en aquel memorable día.—Ofd. (*)

“¡Mexicanos! decía, ya estáis en el caso de saludar á la patria independiente, como os anuncié en Iguala: ya recorrí el espacio que hay desde la esclavitud á la libertad. Ya me véis en la capital del Imperio más opulento, sin dejar atrás arroyos de sangre; ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de execración al asesino de sus padres; por el contrario, recorridas quedan las principales provincias de este Reino, y todas uniformadas en la celebridad, han dirigido al ejército trigarante vivas expresivos, y al cielo votos de gratitud. Estas demostraciones daban á mi alma un placer inefable, y compensaban con demasía los afanes, las privaciones y la desnudez de los soldados; siempre alegres, constantes y valientes. Ya sabéis el modo de ser libres; á vosotros toca señalar el de ser felices.”

Los frutos de tan grande revolución y una gloria tan incomparable, no fueron bastantes para conceder una garantía, en Padilla, al hombre que en Iguala hizo flamear en la purísima atmósfera de México el más hermoso pabellón que se ha enarbolado en los aires, y es emblema de tres garantías, preciosas para la especie humana: La religión, la independencia, y la unión.

¿Qué ha sido de ese ejército tan valiente, tan florido y tan virtuoso?....

¿Qué ha sido del jefe que lo condujo tantas veces á la victoria?

Un recuerdo en nuestros tristes anales, y una página sangrienta en Padilla, esto es lo único que ha quedado de tanta pompa, de tanto esplendor, de tanta majestad....

DOMINGO REVILLA.

Septiembre de 1843.

(*) Cuadro histórico del señor Bustamante.



EL GIRO.

I.

A trescientos cuarenta y dos kilómetros de la capital de la Repúb^{ca}, por la vía del Ferrocarril Nacional, se encuentra la Estación de Santa Cruz, edificada sobre terrenos de la Congregación de Cuendá, distante siete kilómetros al Sur de la villa de aquei mismo nombre, Cabecera de uno de los Distritos del Centro del Estado de Guanajuato.

Es Santa Cruz, una población de ocho mil habitantes, situada á los 20o, 37', 30" de latitud Norte, y 1o, 50' 56" de longitud W del meridiano de México, con una elevación de mil setecientos veinte metros sobre el nivel del mar. Su clima es templado, por encontrarse al abrigo de los vientos septentrionales, gracias á la sierra de las Codornices, que toma en ese punto las denominaciones de Sauz, Sombretillo, Cimatarío y Corrales. Fué en un principio congregación de otomíes, y se elevó al rango de pueblo, como Vicaría perteneciente al Curato de San Juan de la Vega, el 3 de Mayo de 1721, en virtud de la cédula de fundación expedida por el Marqués de Valero. (*)

(*) Consúltese para mejores detalles la interesante Geografía del Estado de Guanajuato, escrita por el señor Don Pedro González, de la que he tomado las notas relacionadas con la situación, clima, etc., de Santa Cruz.

las elocuentes palabras que un corazón comprimido de gozo y patriotismo le dictó en aquel memorable día.—Ofd. (*)

“¡Mexicanos! decía, ya estáis en el caso de saludar á la patria independiente, como os anuncié en Iguala: ya recorrí el espacio que hay desde la esclavitud á la libertad. Ya me véis en la capital del Imperio más opulento, sin dejar atrás arroyos de sangre; ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de execración al asesino de sus padres; por el contrario, recorridas quedan las principales provincias de este Reino, y todas uniformadas en la celebridad, han dirigido al ejército trigarante vivas expresivos, y al cielo votos de gratitud. Estas demostraciones daban á mi alma un placer inefable, y compensaban con demasía los afanes, las privaciones y la desnudez de los soldados; siempre alegres, constantes y valientes. Ya sabéis el modo de ser libres; á vosotros toca señalar el de ser felices.”

Los frutos de tan grande revolución y una gloria tan incomparable, no fueron bastantes para conceder una garantía, en Padilla, al hombre que en Iguala hizo flamear en la purísima atmósfera de México el más hermoso pabellón que se ha enarbolado en los aires, y es emblema de tres garantías, preciosas para la especie humana: La religión, la independencia, y la unión.

¿Qué ha sido de ese ejército tan valiente, tan florido y tan virtuoso?....

¿Qué ha sido del jefe que lo condujo tantas veces á la victoria?

Un recuerdo en nuestros tristes anales, y una página sangrienta en Padilla, esto es lo único que ha quedado de tanta pompa, de tanto esplendor, de tanta majestad....

DOMINGO REVILLA.

Septiembre de 1843.

(*) Cuadro histórico del señor Bustamante.



EL GIRO.

I.

A trescientos cuarenta y dos kilómetros de la capital de la Repúb^{ca}, por la vía del Ferrocarril Nacional, se encuentra la Estación de Santa Cruz, edificada sobre terrenos de la Congregación de Cuendá, distante siete kilómetros al Sur de la villa de aquei mismo nombre, Cabecera de uno de los Distritos del Centro del Estado de Guanajuato.

Es Santa Cruz, una población de ocho mil habitantes, situada á los 20o, 37', 30" de latitud Norte, y 1o, 50' 56" de longitud W del meridiano de México, con una elevación de mil setecientos veinte metros sobre el nivel del mar. Su clima es templado, por encontrarse al abrigo de los vientos septentrionales, gracias á la sierra de las Codornices, que toma en ese punto las denominaciones de Sauz, Sombretillo, Cimatarío y Corrales. Fué en un principio congregación de otomíes, y se elevó al rango de pueblo, como Vicaría perteneciente al Curato de San Juan de la Vega, el 3 de Mayo de 1721, en virtud de la cédula de fundación expedida por el Marqués de Valero. (*)

(*) Consúltese para mejores detalles la interesante Geografía del Estado de Guanajuato, escrita por el señor Don Pedro González, de la que he tomado las notas relacionadas con la situación, clima, etc., de Santa Cruz.

Hoy es villa de importancia; cuenta con muy buenos edificios, entre los cuales se enumeran: la Parroquia, severa é imponente, así en el interior como en el exterior, con atrio extenso circundado de barandal de fierro, que da al conjunto hermosísimo aspecto; el Curato, la Jefatura, las Escuelas y el Panteón Municipal con magníficos monumentos sepulcrales. Frente á la Iglesia hay un jardín regularmente atendido que lleva el nombre del Iniciador de nuestra Independencia, con una columna conmemorativa en el centro y el águila simbólica de los aztecas sirviendo de remate; en la base de dicha columna pueden leerse los nombres de los ilustres caudillos Hidalgo, Allende, Morelos y Guerrero, que aparecen escritos con grandes letras negras. El monumento data del año de 1873 y se debe á la munificencia del señor Don Martiniano Herrera, en aquel entonces Jefe Político de la localidad.

La instrucción pública en Santa Cruz ha alcanzado notable desarrollo; fué de los primeros lugares del Estado en obtener las indiscutibles ventajas del moderno sistema de enseñanza, y hoy cuenta con dos planteles "Modelo" para niños y niñas, estando al frente de ellos profesores de reconocida aptitud para el desempeño de tan ardua y noble tarea; lo que habla muy alto en favor de la administración actual y del honorable vecindario que ha sabido secundar los benéficos impulsos de las autoridades, encaminados á la educación de la niñez desde los primeros días de su existencia.

Mucho ha tenido que sufrir la población en diversos períodos de su vida, particularmente en los años que precedieron y siguieron al memorable acontecimiento de Dolores; pero también ha sido el teatro de muy grandes hazañas y el asiento y baluarte inamovibles de los abnegados defensores de la autonomía nacional, en la gloriosa y por mil títulos inolvidable lucha que afianzó los derechos de un pueblo soberano y dió á conocer al mundo entero el valor y la pericia de sus mejores adalides, conquistándoles para lo futro la vida de la inmortal-

dad y el laurel inmarcesible del reconocimiento.

Santa Cruz vió en los tiempos de prueba discurrir por sus calles á la flor de los guerrilleros del Bajío; pero entre ellos uno ha dejado memorias imborrables de su permanencia en el lugar; el nombre de Andrés "El Giro" se pronuncia con respeto; sus proezas se recuerdan con entusiasmo; alérgase en los buenos corazones cariño y gratitud profundos para el héroe legendario que, manteniéndose á la altura de la noble causa que con singular desprendimiento defendiera, encúbrase á la altura de los titanes, y da con su sacrificio, ejemplo de sublime fortaleza á las generaciones del porvenir.

Las noticias que siguen, relacionadas con la vida y glorioso fin del célebre guerrillero, débolas en su mayor parte á la benevolencia del ilustrado vecino de Santa Cruz, Don Juan Galván, quien á su vez las obtuvo de un descendiente del indígena Canuto Silva, compañero y amigo de "El Giro" y de su paisano Albino García en diversas y muy importantes expediciones, en las que tuvo oportunidad de conocer y tratar á ambos, cual si perteneciesen á su propia familia.

La ciudad de Salamanca, tan rica en episodios de la Independencia, la Reforma y el Imperio, fué la cuna de Don Andrés Delgado. En el populoso y alegre barrio de Nativitas vió la luz por vez primera el indio de raza pura, que al correr de los años se había de convertir en auxiliar poderosísimo de su patria y en acérrimo defensor de los intereses de sus hermanos en desgracia. De padres humildes, pero trabajadores, acostumbró desde pequeño á ver en su hogar miserias y laboriosidades en íntimo consorcio; la sombra de los dolores y la benéfica luz de la esperanza, que no deja de ser la compañera inseparable del menesteroso en sus horas de tribulación y de amargo desconsuelo; y en compañía de los seres queridos comenzó la batalla por la existencia, dedicándose al rudo trabajo de tejedor de mantas, las que semanariamente vendía en Guanajuato, comprándose con el producto

de la venta nuevos materiales para su diaria labor y una prenda que otra para renovar las que de su vestido de los días de fiesta iban deteriorando; pues asegurase que siempre gustó Don Andrés de la buena ropa, y á esto se debe el apodo con que generalmente se le conoce.

Alguna vez, encontrándose rodeado de sus compañeros que lo felicitaban por los ahorros que había conseguido reunir en fuerza de privaciones y miserias, les dice con semblante satisfecho, enseñándoles su limpia camisa, su flamante sombrero de anchas alas y su calzonera de pana negra:

—¿No les parece á ustedes que ahora sí estoy muy giro?

II.

Permaneció por mucho tiempo el futuro insurgente en su tierra nativa, arbitrando los medios de subsistencia que el oneroso trabajo á que estaba consagrado podía proporcionar; pero casi á raíz del pronunciamiento en Dolores, y á causa de serios disgustos con un español avecinado en Salamanca, separóse de allí "El Giro," sin dar á conocer á persona alguna los motivos de su viaje, ni el punto en que pensaba establecer su nueva residencia.

En 1812, y cuando la revolución había cundido por diferentes lugares del país, Don Andrés Delgado preséntase de nuevo en Salamanca con el carácter de jefe de una poderosa guerrilla, que en combinación con la de Albino García y su hermano "el brigadier Don Panchito," operaba en ese lugar, Valle de Santiago, Santa Cruz, Irapuato y otras plazas de importancia.

Ya no era entonces el humilde tejedor de mantas, el indígena obscuro del alegre barrio de Natávitás, que al fin de cada semana iba á la capital de la intendencia á vender su mercancía. El entrañable amor á su patria y el deseo de ser útil á los suyos, había hecho del indio miserable un guerrero audaz, consumado jinete y habilísimo en el manejo de la lanza.

Y la suerte protegía al temible campeón y la fortuna le tendía sus brazos, cual si

fuese una madre cariñosa; donde quiera que el nombre de "El Giro" resonaba, era segura la victoria; el teatro de sus campañas dilatábase más y más sus horizontes; y Yuriria, Chamacuero, San Felipe y San Miguel el Grande disputábanse sus triunfos y eran otros tantos clarines, proclamadores de su gloria.

Desde 1812 hasta mediados de 1819, Delgado fué luchador invencible en las extensas comarcas del Bajío; tuvo por compañeros á los más adictos del bando independiente; hizo con Don Francisco Javier Mina la mayor parte de las campañas, sirviéndole con lealtad y desempeñando á conciencia las delicadas comisiones que le fueron encomendadas por aquel inolvidable caudillo; recibió por su intachable conducta las calurosas felicitaciones del Congreso Insurgente y el delicado puesto de Comandante de la provincia, que ocupaba al ser sacrificado por Don Anastasio Bustamante, el mismo que dos años después había de proclamar la Independencia en la hacienda de Pantoja.

En sus frecuentes expediciones á Santa Cruz alojábase en la casa de los indígenas de apellido Joya, con los que mantenía estrechas relaciones de años atrás y á quienes dejaba en depósito, fuertes sumas de dinero para las imperiosas necesidades de la guerra. La casa ocupaba una parte de lo que es ahora Panteón Municipal; en la misma, y en uno de los departamentos interiores, habíase descubierto una cueva de la que partía un subterráneo semejante á otros que en el pueblo existen y que el vulgo conoce por "los Campamentos," subterráneo que iba á desembocar, atravesando dicho pueblo en casi toda su extensión, á un bosque inmediato del que no quedan ni vestigios en la actualidad. Muchas veces se sirvió Delgado de este oculto camino para guardar sus tesoros y sus armas ó para libertarse de las persecuciones de sus contrarios.

En los ratos de ocio gustaba mucho de visitar á unos amigos que vivían en la casa, hoy en construcción, al Poniente del jardín; allí pasaba el tiempo jugando á los

naipes, y como tenía apostado en las afueras del lugar un individuo de toda su confianza, con objeto de que le indicase por medio de un cohete la presencia de los realistas, apenas aquél hacía la señal, mandaba Don Andrés alistar su cabalgadura y sus armas, esperaba que los enemigos llegasen hasta la plaza misma del pueblo, y cuando éstos rodeaban la habitación, seguros de apoderarse del guerrillero, se abría la puerta, "El Giro" se presentaba montado á caballo, lanza en ristre, y con estupefacción de sus compañeros, arremetía por en medio de los contrincantes, llegaba al bosque y dejando en libertad á su corcel, encaminábase al boquete del subterráneo y momentos más tarde reposaba tranquilamente en el hogar de los Joya, sin conceder importancia ni mérito alguno á la prueba de valor que podía haberle costado la vida.

III.

Al anocheecer del 2 de Julio de 1819, las fuerzas de Don Anastasio Bustamante habían salido de Salamanca rumbo á Santa Cruz, en la seguridad de sorprender al indomable guerrillero que, según las nuevas recibidas de fuente autorizada, hallábase tranquilo, sin sospechar de nadie, en una choza de las inmediaciones del rancho de San Nicolás, situada en el fondo de la barranca de "La Laborcilla." En la madrugada del 3 de Julio rodean la choza soldados de Bustamante, á las órdenes de Don José María Castillo, alférez del Cuerpo de dragones de San Luis; al ruido que producen los caballos despiértase el valeroso indígena, y sin tiempo de recoger sus armas, deslízase á favor de la semi-obscuridad por el grupo de los acompañantes de Castillo; á un centenar de pasos, y en el fondo mismo de la barranca, lucha cuerpo á cuerpo con el jefe de la expedición, hasta caer moribundo con terrible herida de lanza en el pecho; hace esfuerzos inauditos por levantarse, y al fin lo consigue, apoya sus espaldas sobre unas piedras, arráncase del pecho el arma mortífera y hiere con ella

á Castillo y á tres de los soldados que lo acompañaban. La rendición del héroe se hace imposible, y desde lejos y lapidándolo, es como logran terminar con su existencia.

"El Giro" cae para no levantarse más, vitoreando á la patria y á su independencia: ¡los dos bellos ideales de su vida!

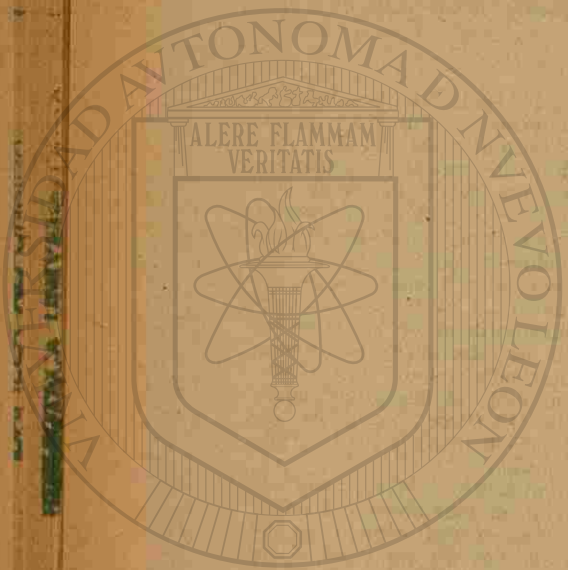
III.

El 3 de Julio de 1819, por la mañana, agolpábanse numerosos vecinos de Santa Cruz frente á "la Capilla de bóveda," vetusta construcción de aspecto imponente que no ha mucho fué derribada desde sus cimientos, y que á la mitad de la cuarta calle de la Victoria erguía sus cenicientas paredes medio cubiertas por un grupo de viejos árboles, semejante á esas tristes reliquias que denuncian al viajero el paso de los siglos y la inestabilidad de las miserias humanas. Allí, en el interior de la ruínosa capilla, como sangriento despojo de los recores de la época, yacía el decapitado cuerpo de Don Andrés "El Giro;" la cabeza había sido llevada en son de triunfo á la tierra natal del insurgente.

No hay un monumento en las áridas rocas del martirio, ni en mármoles y bronce se conserva la imagen del estoico luchador; la Capilla de bóveda no existe; los fúnebres despojos del indígena reposan en ignorado lugar de extinguido cementerio; mas la gratitud guarda memoria del fiel de los hechos prodigiosos del célebre insurgente, y parece que resuenan como rumor de plegarias y desbordamiento de bendiciones los últimos versos del histórico romance de Manuel Acuña:

Mártir, que toda tu sangre
supiste dar por la patria;
tú, de los desconocidos
que murieron por salvarla,
¡gracias por tu fortaleza,
por tu sacrificio, gracias!

FULGENCIO VARGAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CAMARISTA ALVARADO.

I.

Era Don Manuel Roa uno de los más caracterizados vecinos del Valle de Santiago, así por los considerables bienes de fortuna, repartidos en magníficas haciendas ubicadas en los contornos de la población, como por sus ideas altamente patrióticas y progresistas, según lo demostró con actos meritorios de su vida llevados a buen fin, particularmente en los últimos sucesos que precedieron a la consumación de la Independencia.

Su casa, una de las principales de la localidad, se había distinguido siempre por las liberalidades de su dueño y por las frecuentes reuniones que en ella se verificaban entre los jefes de más nota del partido libertador, que se encontraban en puntos inmediatos al Valle, sosteniendo aún, con débiles fuerzas, aunque sobradas energías, la noble causa que por mucho tiempo defendieron en pro de los indiscutibles derechos de su país y ventura de sus afligidos pobladores.

Con la temprana muerte de los caudillos que iniciaron aquella lucha portentosa, el indulto a que varios cabecillas se acogieron por debilidad de carácter, poca firmeza en sus opiniones ó cobarde temor a las represalias del bando contrario, y la escasez de los elementos indispensables al desarrollo y buen éxito de las operaciones de la guerra, determinaron bien pronto la falta de unión y disciplina en los individuos y en las colectividades, decayó en grado sumo el

entusiasmo, la confianza de mejores días, y el genio poderoso de la libertad, que acompañando á Hidalgo y á Morelos, sirviéles de ariete formidable en los combates, plegó las alas é inclinó con tristeza la frente dolorida, como el águila simbólica de los sacerdotes indios del dios Huitzilopochtli al aproximarse á las costas mexicanas Hernán Cortés y sus compañeros de aventura.

Pocos eran los lugares en territorio de Nueva España donde mantenábase sin extinguirse el fuego del patriotismo, recordando los memorables acontecimientos de las Cruces y Cuautla, de Granaditas y el Veladero, y los terribles episodios que tuvieron lugar en Chihuahua y San Cristóbal Ecatepec. Algunos guerrilleros permanecían sin inmutarse, con el heroico valor y la salvadora fe de sus antecesores, en diversos puntos de la provincia de Guanajuato; y allá en las montañas del Sur, como el soberbio condor que desafía imperturbable los rigores de las tormentas, erguido sobre la abrupta roca de la cordillera de los Andes, el General Don Vicente Guerrero velaba por el porvenir de su nación abatida por interminable serie de acerbos padecimientos, como el genuino representante de los paladines de la libertad y de los héroes sin nombre, cuya sangre bienhechora, derramada en aras del más abnegado amor, elevábase á las regiones de la luz en demanda de justicia.

II.

En el mes de Abril de 1817, la presencia de un nuevo campeón en la boca del río de Santander vino á levantar el decaído espíritu de los insurgentes, y á dar impulso á la magna obra, objeto de tantos afanes, cuyos benéficos resultados parecían prolongarse por algún tiempo más, con grave perjuicio para México y sus futuras libérrimas instituciones, que tendían al mejoramiento de las costumbres, á la libertad de los esclavos y á la perenne difusión de las luces redentoras de la ciencia en los cerebros entenebrecidos por larga y oscura noche de ignorancia y de infortunio.

El ilustre campeón, sobrino del héroe de

la Independencia española, Don Francisco Espoz y Mina, había conocido y tratado en Inglaterra al célebre sacerdote y Dr. Servando Teresa de Mier, y debido en gran parte á la buena amistad que con él lo ligaba, no menos que á la marcada simpatía que por nuestro país sintiera, hicieronle aceptar como suya la causa de una nación digna de mejor suerte por lo glorioso de su historia, lo extenso de su territorio, lo exuberante y rico de su suelo y la legendaria nobleza de sus pobladores.

Bajo muy buenos auspicios inició la campaña D. Francisco Javier Mina, manteniéndose en todas partes á la altura de su reputación como soldado valeroso y experto militar. "La buena suerte se manifestó favorable á Mina desde el momento que pisó las playas de la Nueva España—dice Don Niceto de Zamacois.—Bien acogido por los habitantes de Soto lo Marina, vió, con notable satisfacción, engrocadas sus filas con cien individuos que se alistaron voluntariamente, cuyo ejemplo siguieron otros cien que, como los primeros, le fueron siempre fieles y manifestaron su valor en los combates. También se le presentaron el Teniente Coronel de realistas Don Valentín Rubio y su hermano el Teniente Don Antonio que, como nacidos en la provincia, la conocían perfectamente, y proporcionaron excelentes caballos para el ejército. Mina, con este auxilio, formó un Cuerpo de húsares, además del Regimiento de dragones que estaba ya formado, incorporando en uno y en otro los reclutas del país, que tenían la ventaja de ser todos excelentes jinetes."

Una vez efectuadas las brillantes acciones que tuvieron lugar en diversos puntos de San Luis Potosí y Guanajuato, dirigióse Don Francisco Javier Mina al Valle de Santiago, en cuya población, por considerarla centro importante de las operaciones en el Bajío, estableció su Cuartel general, fijando su residencia en la hospitalaria casa de Don Manuel Roa, que, como dijimos antes, era uno de los más caracterizados vecinos de aquella localidad.

entusiasmo, la confianza de mejores días, y el genio poderoso de la libertad, que acompañando á Hidalgo y á Morelos, sirvióles de ariete formidable en los combates, plegó las alas é inclinó con tristeza la frente dolorida, como el águila simbólica de los sacerdotes indios del dios Huitzilopochtli al aproximarse á las costas mexicanas Hernán Cortés y sus compañeros de aventura.

Pocos eran los lugares en territorio de Nueva España donde manteníase sin extinguirse el fuego del patriotismo, recordando los memorables acontecimientos de las Cruces y Cuautla, de Granaditas y el Veladero, y los terribles episodios que tuvieron lugar en Chihuahua y San Cristóbal Ecatepec. Algunos guerrilleros permanecían sin inmutarse, con el heroico valor y la salvadora fe de sus antecesores, en diversos puntos de la provincia de Guanajuato; y allá en las montañas del Sur, como el soberbio condor que desafía imperturbable los rigores de las tormentas, erguido sobre la abrupta roca de la cordillera de los Andes, el General Don Vicente Guerrero velaba por el porvenir de su nación abatida por interminable serie de acerbos padecimientos, como el genuino representante de los paladines de la libertad y de los héroes sin nombre, cuya sangre bienhechora, derramada en aras del más abnegado amor, elevábase á las regiones de la luz en demanda de justicia.

II.

En el mes de Abril de 1817, la presencia de un nuevo campeón en la boca del río de Santander vino á levantar el decaído espíritu de los insurgentes y á dar impulso á la magna obra, objeto de tantos afanes, cuyos benéficos resultados parecían prolongarse por algún tiempo más, con grave perjuicio para México y sus futuras libérrimas instituciones, que tendían al mejoramiento de las costumbres, á la libertad de los esclavos y á la perenne difusión de las luces redentoras de la ciencia en los cerebros entenebrecidos por larga y oscura noche de ignorancia y de infortunio.

El Ilustre campeón, sobrino del héroe de

la Independencia española, Don Francisco Espoz y Mina, había conocido y tratado en Inglaterra al célebre sacerdote y Dr. Servando Teresa de Mier, y debido en gran parte á la buena amistad que con él lo ligaba, no menos que á la marcada simpatía que por nuestro país sintiera, hiciéronle aceptar como suya la causa de una nación digna de mejor suerte por lo glorioso de su historia, lo extenso de su territorio, lo exuberante y rico de su suelo y la legendaria nobleza de sus pobladores.

Bajo muy buenos auspicios inició la campaña D. Francisco Javier Mina, manteniéndose en todas partes á la altura de su reputación como soldado valeroso y experto militar. "La buena suerte se manifestó favorable á Mina desde el momento que pisó las playas de la Nueva España—dice Don Niceto de Zamacois.—Bien acogido por los habitantes de Soto lo Marina, vió, con notable satisfacción, engrocadas sus filas con cien individuos que se alistaron voluntariamente, cuyo ejemplo siguieron otros cien que, como los primeros, le fueron siempre fieles y manifestaron su valor en los combates. También se le presentaron el Teniente Coronel de realistas Don Valentín Rubio y su hermano el Teniente Don Antonio que, como nacidos en la provincia, la conocían perfectamente, y proporcionaron excelentes caballos para el ejército. Mina, con este auxilio, formó un Cuerpo de húsares, además del Regimiento de dragones que estaba ya formado, incorporando en uno y en otro los reclutas del país, que tenían la ventaja de ser todos excelentes jinetes."

Una vez efectuadas las brillantes acciones que tuvieron lugar en diversos puntos de San Luis Potosí y Guanajuato, dirigióse Don Francisco Javier Mina al Valle de Santiago, en cuya población, por considerarla centro importante de las operaciones en el Bajío, estableció su Cuartel general, fijando su residencia en la hospitalaria casa de Don Manuel Roa, que, como dijimos antes, era uno de los más caracterizados vecinos de aquella localidad.

III.

Desde entonces ligaron á Don Manuel los más estrechos vínculos de amistad inquebrantable con el joven caudillo que hoy figura en el puesto de honor reservado á los héroes y á los redentores del suelo mexicano; y el amor, ese culto sublime de las almas, esa pasión avasalladora que atrae un sexo al otro sexo y funde en una la vida de dos corazones, hirió con sus dardos al guerrero y á la hija de Don Manuel, Doña Rita Roa, de tal manera, que el matrimonio hubiérase verificado, si la muerte no sorprende en plena juventud la carrera de triunfos y desvelos del infatigable soldado y meritísimo General.

En la casa de Don Manuel firmó Mina la célebre circular de 14 de Septiembre de 1817 invitando á los Comandantes de los Cuerpos independientes del Bajío para la defensa del fuerte custodiado por el padre Torres, circular que encierra, entre otras, las siguientes bellísimas palabras:

—“Vamos, pues, mis nobles compañeros de armas, vamos á libertar á nuestro General y á enervar los últimos esfuerzos del enemigo. Conseguida esta victoria, se destruyen todos sus planes, se paralizan sus débiles Cuerpos militares, y se aproxima la libertad de toda la América.”

A cuatro kilómetros del pueblo del Jaral se encuentra la hoy Congregación de Santa Rita de la Zanja, donde por algunos años vivieron los Generales Don Pedro y Don Luis de Cortazar, personajes que desempeñaron importante papel en el segundo período de la guerra de Independencia, y más tarde, en el Gobierno de la República. A ese lugar, y una vez que hubo expedido el documento anterior, dirigióse Don Francisco Javier Mina, librando reñido combate con el destacamento de Don Antonio Alvarado, Teniente del Regimiento de Celaya, el 16 de Septiembre, y decidiéndose la acción por los realistas el 17 del propio mes, gracias al oportuno auxilio del Capitán Don Manuel de La Madrid.

En ese ataque murió Don Trinidad Magaña, uno de los jefes más notables del par-

tido insurgente, y se distinguió entre los realistas, por su arrojo y valentía, el indígena anciano conocido con el nombre de “Tío Tarramplán.”

Vuelto al Valle de Santiago, reúne Mina en la casa de Don Manuel Roa á Magaña, los Vargas, Andrés Delgado, Ramírez, Salmerón y otros Comandantes del bando insurgente; les habla con entusiasmo de su venida á México, del futuro glorioso de la patria, de la entereza del soldado en los días de tribulación, de la próxima campaña en favor del padre Torres, que será preludio de felices acontecimientos.

En lo mejor de la plática, óyese á lo lejos el estampido de una arma de fuego, y la conversación se interrumpe como por encanto.

Después de algunos instantes de silencio, el Comandante Magaña se dirige á Mina y le habla en estos términos:

—Señor General, salgamos presto, no hay momento que perder; el camarista Alvarado nos anuncia que el enemigo se presenta por el rumbo de Salamanca.

Abandonan todos el lugar de la reunión y el caudillo alista su gente en los terrenos que ahora ocupa la Alameda, dispuesto á defenderse á todo trance, cualquiera que sea el número de sus adversarios; pero como pasan las horas y nadie viene á turbar la calma de la población, regresa el General Mina á su alojamiento y allí vuelven á reunirse sus compañeros.

—¿Qué ha sucedido?—les pregunta con enojo.—¿A qué hacerme perder el tiempo en ridículas esperas, si al fin ninguna novedad se ha registrado?

—Señor—le responde alguno,—el camarista ha sufrido una equivocación; sin embargo, hay que agradecerle sus buenos servicios.

—¿Quién es ese camarista y qué tiene que ver lo del disparo con la proximidad de nuestros contendientes?

—Señor—le dice Magaña,—el camarista es un pobre indio de raza pura, enemigo acérrimo de los realistas y entregado en cuerpo y alma á nuestros ideales; su nombre es Juan Alvarado; dedícase al obraje, y con

el producto de su labor sostiene humildemente numerosa familia. Desde hace tiempo, acostumbra levantarse temprano; su mujer, Josefa Peña, le prepara el alimento indispensable, mientras él arregla su "camarita" y compra la pólvora suficiente; encaminase después a la Alberca, (*) y allí se esconde durante el día en una pequeña gruta que le permite examinar con detenimiento los alrededores del Valle: si nota que los contrarios se acercan por el rumbo de Salamanca, dispara una sola vez; si lo efectúan por la hacienda de la Zanja, los disparos son dos; tres, si vienen por el camino de la Magdalena, y cuatro si se aproximan por el de Parangueo.

—Ya verá usted—agregó el guerrillero,— que con estas señales, fácilmente podemos distribuir nuestros hombres y preparar la defensa con toda calma y con el mayor sigilo.

Maravillado quedó Mina al oír la relación que de los hechos del indio Juan acababa de hacerle el insurgente; como por encanto desapareció el mal humor de que al principio diera evidentes muestras el joven caudillo, quien pidió mil perdones a sus compañeros, los invitó a cenar en compañía de Don Manuel y les rogó invitasen también en su nombre al camarista, pues deseaba conocer personalmente a un individuo que, no obstante su ignorancia y lo humilde de su cuna, abrigaba en su corazón tan generosos sentimientos reveladores del más puro y desinteresado patriotismo.

IV.

Por la noche, y en el hogar de la familia Roa, efectuóse la presentación del centinela de la Alberca, y Don Francisco Javier Mina tuvo oportunidad de comprender toda la nobleza y todo el talento que las frases del camarista demostraban al hablar con extraordinario júbilo y suma entereza de los heroicos defensores de su país y del triunfo de la buena causa, basado en los auxilios

(*) Depósito permanente de agua, que ocupa el cráter de un volcán apagado.

de la Providencia y en los fueros del valor.

El General Mina abrazó efusivamente al camarista, le prodigó todo género de alabanzas por sus actos meritorios, y cuando le manifestó sus deseos de que aceptase una buena suma de dinero como recompensa a sus labores y para subvenir a sus apremiantes necesidades, Juan rechazó agradecido la oferta, diciéndole:

—No, señor amo. Todo lo que he hecho y seguiré haciendo en bien de mis hermanos, me nace del corazón y lo considero un deber de los más sagrados para mí. ¡Libreme Dios de aceptar por semejantes servicios una remuneración! Yo soy pobre, y con mi trabajo apenas puedo mantener a mi familia; pero sé muy bien que la Providencia nunca desampara a sus hijos; ella se encargará de premiar mis acciones, si premio merecen, y no me dejará morir de hambre.

Tan elocuente contestación no daba lugar a réplica de ninguna especie.

El 11 de Noviembre de 1817, la sangre de Don Francisco Javier Mina derramábase sobre el crestón del cerro del Bellaco.

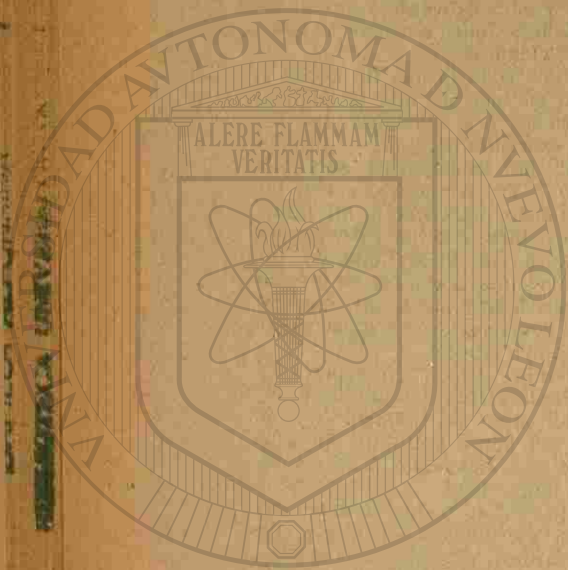
La existencia del héroe tenía un fin glorioso: el fin que está reservado a los benefactores de la humanidad.

La Historia justiciera podía honrar sus mejores páginas, escribiendo en ellas, con caracteres diamantinos, el nombre y los hechos de aquel nuevo mártir de nuestra emancipación política, que bajaba al sepulcro en la primavera de la vida.

El indio Juan sobrevivió por mucho tiempo a la muerte de su protector y amigo; tuvo el inefable gozo de ver a su patria libre y en camino de conquistar un porvenir de calma.

La pobreza no dejó de llamar un solo día a la puerta de su casa, como la inseparable compañera de aquel hogar honrado y lleno de recuerdos de felicidad; pero el camarista no temía a las garras de la miseria; la Providencia nunca desampara a sus hijos; ella premiaría las buenas acciones del amigo de los insurgentes y no dejaría morir de hambre a los suyos.

FULGENCIO VARGAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



RITA PEREZ DE MORENO.

I

La historia de nuestra independencia es fecunda en acontecimientos notables, y el narrador no tiene que hacer grandes esfuerzos para dar colorido á los cuadros que se proponga trazar. El interés está en los mismos acontecimientos, su lectura conmueve, y después de posesionarse de escenas tan variadas como reales, se tiene que convenir en que México, como otras naciones, ha sabido ser grande y engrandecerse á la sombra de sus héroes.

El tipo que vamos á presentar es digno de admiración. La señora Pérez de Moreno fué esposa de uno de los más entusiastas defensores de nuestra Independencia, á quien cupo la gloria de pelear y sucumbir al lado del valiente español Mina.

Hoy que España ya no es para nosotros sino una hermana noble y cariñosa; hoy que ella misma se gloria de que seamos independientes después de deberle lengua, religión y costumbres, justo es que ella también conozca el mérito de los que en tiempos aciagos tenían sobre sí un anatema injusto, debido á intransigencias propias de los que entonces no conocían la grandeza del pensamiento que animaba á los que, sin embargo de sentir correr por sus venas sangre española, comprendían toda la magnitud de la obra de emancipación.

Don Pedro Moreno, rico hacendado y comerciante de Lagos, abrazó con la abnegación y patriotismo dignos de un suliota ó de un hijo de Asturias, la causa de la Inde-

pendencia proclamada en Dolores, el 16 de Septiembre de 1810, y secundada por multitud de caudillos que se consagraron á ella con verdadera fe.

Resuelto á afrontar todos los peligros y azares de una campaña tan dudosa como sangrienta, "escribió á su esposa doña Rita, haciéndole saber su decisión y dejándola en libertad para que optara entre acompañarle ó quedarse con sus hijos." (*)

La disyuntiva era terrible para una esposa amante y una madre tierna, y las luchas que su espíritu debió sostener antes de tomar una resolución conforme á su conciencia, según su mismo esposo le decía, deben haberle parecido superiores á sus fuerzas físicas y á su valor moral. La guerra con todos sus horrores debió presentarse á su imaginación de mujer, más terrible aún, puesto que en ella iba á tomar parte su esposo, el padre de sus hijos, y al hacerlo, apelaba al cariño de la madre y de la esposa, probando al mismo tiempo el temple de alma de la que unida á él por vínculos sagrados, debía participar del gran pensamiento que animaba el corazón del héroe.

Doña Rita leyó conmovida la carta de su esposo, y por toda contestación se trasladó á la hacienda de la Saucedá, propiedad de don Pedro, para conferenciar con él y decirle que ella, sus hijos y criados, estaban resueltos á seguirlo. Arreglada la manera de trasladarse á donde el deber llamaba al guerrero, volvió doña Rita á Lagos, y con el sigilo necesario dispuso la marcha, quedando á los pocos días expedita para irse á reunir con su esposo.

Los terrores estaban vencidos, la abnegación había triunfado de la timidez femenina, y la mujer fuerte se levantaba sobre las preocupaciones de su sexo vislumbrando allá en lontananza el sol de la libertad.

Pudiera creerse que la idea de la inseguridad y persecuciones á que quedaba expues-

(*) Estudios del doctor Rivera, Cap. IV., pág. 19. Véase adelante, en este mismo tomo, el artículo intitulado "Moreno y Mina en el Fuerte del Sombrero."

ta la familia, dado el carácter que la guerra había tomado para los partidarios de la Independencia, fué la que obligó á doña Rita á partir con su esposo los peligros y trabajos de aquella campaña tan dudosa en buen éxito para los independientes; pero esto no es probable, porque la posición de don Pedro le permitía poner á su familia á cubierto de todo, trasladándola fácilmente á lugares que le ofrecieran garantías y toda clase de seguridades en sus personas. Pero no fué así; la mujer quiso participar de la suerte próspera ó adversa del marido; la madre quiso que sus pequeños hijos aprendieran desde entonces á amar y á defender á la patria. ¡Rasgo noble de la esposa, heroico valor de la mujer, abnegación sublime de la madre!

II

El martes de Pascua de 1813, don Pedro Moreno estaba rodeado de su familia y de sus amigos en la hacienda de la Saucedá y el "miércoles á la cabeza de los varones de su familia, de muchos vecinos notables de Lagos, de todos los rancheros de su hacienda y otras inmediatas; declaró que tomaba las armas en favor de la Independencia. Esposo y esposa, padres é hijos, hermanos y hermanas, amos y criados, anduvieron juntos en la campaña, aconsejándose, sirviéndose y consolándose mutuamente en medio de las vicisitudes y grandes trabajos de la guerra y llorando sobre los de la familia que morían." (1)

Si éste no es verdadero patriotismo, debe borrarse tal palabra de las columnas del Diccionario.

El Fuerte del Sombrero, edificado en el cerro del mismo nombre, distante seis leguas de León, y once y media de Lagos, (2) fué el centro de operaciones del valiente Moreno, y allí residía con su familia en los días que sus peligrosas expediciones permitían que estuviese.

(1) Rivera, obra citada.

(2) Rivera, obra citada.

Una mujer y sobre todo una madre, tiene delicadezas propias de su sexo y condiciones, que contrastan notablemente con las fatigas, los azares y las privaciones de una vida aventurera y rodeada todos los días y á todas horas de peligros.

Comprendiendo, como dice el señor Rivera, que la más pequeña de sus hijas (Guadalupe), no podía, por su tierna edad, pues sólo contaba año y cuatro meses, (*) resistir los trabajos de la guerra, resolvieron sus padres dejarla al sacerdote don Ignacio Bravo, violentando su cariño paternal.

Doña Rita inauguró una vida de sacrificios con el de separarse de su hija, dejándola en manos extrañas y sintiendo que con ella dejaba el primer girón de su alma, entre las malezas áridas y punzantes que llenaban el camino del martirio. Pero sus lágrimas se enjugaron y su corazón se sobrepuso á la ternura exteriormente, para dar el primer ejemplo de valor á los que la rodeaban é iban á partir con ella la vida del campamento.

Diffícilmente podría nuestra pluma interpretar con los vivos colores que merece, el cuadro de dos años y medio de activa campaña á que asistió doña Rita y que los historiadores, entre ellos el señor Rivera, han descrito con la elocuencia filosófica que se desprende de la verdad. Asaltos, derrotas, triunfos, esperanzas, desengaños, hambre y penalidades, pusieron á prueba el corazón de aquella matrona que era el ángel de caridad y la mujer valerosa, la dulzura en la desgracia y la fortaleza en el triunfo. Más de una vez se le vieron rasgos de noble clemencia con los vencidos, y un absoluto desprendimiento con sus compañeros. ¡Era esposa y era madre!

III

La posición de los independientes se había hecho muy difícil, porque el fuerte del Sombrero era una terrible amenaza para el gobierno virreinal, y éste resolvió concluir de una vez con ese titán que le disputaba

(*) Rivera, obra citada.

el poder en medio de la salvaje naturaleza de aquél lugar.

Tras un sitio de 18 días en que apuró doña Rita, en unión de sus hijos, todos los horrores del hambre y de la sed, todos los espectáculos más sangrientos y desconsoladores y toda la desventura de su crítica situación, llegó el día 19 de Agosto, día destinado para romper el sitio después de haber rehusado la capitulación aquel puñado de valientes.

Algunas noches antes de este día, habian salido del Fuerte de una manera estratégica, las hermanas de don Pedro y algunas otras personas que se aventuraron á descogarse por entre las peñas, amarradas de la cintura con unas sogas de cáñamo añadidas, para que alcanzaran á lo más plano del cerro. A doña Rita se le propuso igual cosa, para ella y sus hijos, pero rehusó admitirlo, haciendo de esa manera el más completo sacrificio. ¿No estaban allí su esposo y aquellos pedazos de su corazón? ¿No estaba su mundo allí, en la cumbre de aquella montaña escarpada y gigantesca? ¿No habia abandonado las comodidades del hogar por las privaciones del campamento? ¿Había de huir en los momentos de mayor peligro sin saber la suerte que corriera su esposo? Ella, que habia visto muchas veces suspendida la guadaña de la muerte sobre su cabeza, quería esperar también su terrible golpe sin separarse del núcleo familiar de los que le eran tan caros.

Resuelto el rompimiento del sitio, se esperó la noche con esa muda ansiedad que producen las grandes luchas y las grandes decisiones. A favor de la obscuridad emprendieron los sitiados la marcha; pero sea por imprudencia ó sea por descuido, las mujeres y los niños caminaban delante del pequeño ejército, y pronto los gritos de los segundos dieron á los sitiadores la voz de alarma y al mismo tiempo la de confusión, carnicería y desorden para unos y otros. Antes de ésta salida, habia tenido lugar la despedida de don Pedro y su esposa, quienes no volverían á verse más. "La despedida de Moreno no fué entre abrazos y sollozos como la de Coriolano de su venerable madre,

sino con aparente indiferencia, los ojos enjujados y el corazón patriota hecho pedazos, como la despedida de Régulo de su esposa y de sus pequeños hijos." (*) Pero, ¿podremos decir lo mismo de doña Rita? No; ella sabía por su instinto de mujer que pronto quedarían sus hijos sin padre y ella sin esposo; su corazón se lo decía, y al pensarlo las lágrimas anudaban su garganta como un dogal, impidiéndole el uso de la palabra. ¡Ah! pero en aquél mudo y dilatado abrazo, en aquellos sollozos contenidos, en aquellos labios contraídos por el dolor: ¡Cuánta elocuencia, cuánta protesta de amor, cuánta dicha sacrificada en el altar de la patria!

IV

Pasados los terribles momentos de estupor por la sorpresa, cada uno pensó en salvarse aun á costa de la vida, y en efecto, unos lograron hacerlo, y otros perecieron en medio de la matanza. Don Pedro fué uno de los primeros, y doña Rita que no pudo seguirlo, se retiró al Fuerte con los que quedaron á su lado. "En la mañana del 20 de Agosto, dice el historiador, cuando el ejército sitiador comenzó á subir á la cumbre del cerro del Sombrero, precedido por las trompetas, la matrona, sentada en su casa, rodeada de sus hijos, dos criadas y dos criados, esperaba con ánimo varonil el destino que le deparaba la Providencia."

Doña Rita fué conducida á León con todos los demás prisioneros, y una vez en esa ciudad, después de sufrir algunas vejaciones de personas que antes se habían inclinado ante ella, y á las cuales había tratado con el caritativo y noble desinterés que acostumbraba, fué conducida á la cárcel pública con sus hijos y sirvientes. Algún tiempo después, personas influyentes lograron del virrey Apodaca, que fuese doña Rita trasladada á Silão, dándole la ciudad por cárcel; entonces con alguna libertad, pudo recibir de su esposo cinco cartas que le escribió desde su separación hasta su muerte, cartas que

(*) Rivera, obra citada.

siempre llevaba dentro de una "bolsita de raso en forma de corazón y atada al cuello." Por la última puede comprenderse toda la ternura del amor de los dos esposos; amor lleno de esa paz matrimonial tan pura y santa, pero combatido por terribles luchas de las que debía resultar alguna víctima. Hé aquí esta carta copiada de la obra del señor Rivera:

"Te escribo para que sepas que estoy bueno, y con la vista de mis letras depongas toda idea funesta, que sólo podrá originarte alguna enfermedad. Da mil abrazos á L. y otros tantos á M.—Tu C. P."

Puede decirse que ésta carta fué el último adiós de don Pedro, á la noble y valerosa mujer que no pudiendo ya seguirlo, se conformó con vivir para sus hijos y amar con más vehemencia al que pocos días después de haberle escrito, caía atravesado por las balas enemigas, víctima de la traición de un soldado cobarde.

Doña Rita lloró la muerte de su esposo y perdonó á los matadores; su interesante vida se prolongó hasta los 82 años, y en su viudez tuvo consuelos y satisfacciones que, si nó borraron de su alma la memoria querida de su esposo, sí atenuaron el dolor, prestándole vida para dedicarse exclusivamente al cuidado de sus hijos, entre los cuales murió, dejando el recuerdo imperecedero de su valor y de sus virtudes y un nombre grande y sin mancha en las páginas de nuestra historia contemporánea.

ANTONIO DE P. MORENO.

México, Marzo de 1886.



Mariano Abasolo.



MANUELA ROJAS DE TABOADA,
ESPOSA DE ABASOLO.

I

Preciso es estudiar á la mujer en las distintas fases que presenta su interesante vida; juzgarla con el sentimiento y analizarla con la filosofía.

El heroísmo de la mujer no está sólo en las escenas públicas de este gran teatro que se llama mundo; no deben buscarse para sublimarlos, los hechos en que haya sido heroína de alguna asonada, alma de un partido, propagadora de una idea ó defensora de una causa justa ó injusta. Hay un lugar más íntimo, más oculto á las miradas de todos, y más grande que las publicidades gloriosas: el hogar.

Hé aquí el verdadero centro de la mujer, el trono de esa reina que avasalla al hombre con una mirada, y lo rinde con un suspiro.

La que no es grande en el hogar, la que no se hace respetable en ese trono, la que no hace de la vida íntima un centro de virtudes, en vano aspirará á merecer los honores de la admiración, el juicio imparcial de la historia, las bendiciones de un pueblo, de una generación ó de una familia.

Sucedé generalmente en el mundo, que aquello que no deslumbra se ve con indiferencia; lo que no llama la atención se relee al olvido. La humanidad, que fácilmente se deja seducir por un acto heroico, con tal de que éste sea público, desconoce por comple-

to otros muchos que pasan en el interior de los hogares, y para los cuales no ha inventado todavía la fama una trompeta.

La mujer á quien hoy consagramos éste pequeño estudio, pertenece al género de las celebradas modestas. Su historia es sencilla: su heroísmo consiste en haber sido buena esposa y buena madre.

Para un pueblo como el espartano sería esto muy poco: para nuestras sociedades civilizadas es lo que debe ser; un tipo de virtud que imitar, un ser superior y bueno á quien bendecir.

II

Doña Manuela de Rojas y Taboada fué la esposa de don Mariano Abasolo, uno de los primeros caudillos que secundaron la idea de la Independencia, iniciada por don Ignacio de Allende y proclamada por Hidalgo en el pueblo de Dolores.

A Abasolo es á quien menos debe la causa de la emancipación mexicana, y quien menos pruebas dió de ese valor heroico que hace á los hombres dignos de la gratitud de los pueblos. Esta conducta, que ha sido justamente censurada, la debió en gran parte á la influencia moral que en él ejercía su esposa, á las reiteradas instancias de ella para que abandonase una causa que reprobaba, no precisamente porque le fuera antipática, sino por los excesos que á su sombra se cometieron. La mujer siente y no razona. Para ella el corazón es el todo y las más veces es una mártir de sus propios sentimientos sin que por esto deje de conmoverse y de entusiasmarse ante las grandezas del patriotismo y de todos los hechos que hacen del hombre el apóstol de una doctrina ó el héroe de una cruzada.

Doña Manuela Rojas de Abasolo era joven, bella, rica, y amaba á su esposo con toda la ternura de su alma. A estas cualidades reunía una educación esmerada, un excelente corazón, y una elevación de sentimientos que no desmintió nunca, y que la hicieron llenar dignamente su tarea de esposa, así en los días felices del hogar como en los tristes del destierro á que su marido fué con-

denado. Pero si estas virtudes la hacen acreedora al respeto y á las consideraciones sociales, la caridad, que era el distintivo de su carácter, la coloca entre las mujeres de quienes habla Salomón, diciendo: "Donde no está la mujer, gime el enfermo."

Aquella magnánima señora era madre de los pobres: invertía una parte de su capital en socorrer con desprendimiento á los necesitados, y su noble corazón jamás estuvo cerrado para ejercitar el bien entre sus semejantes.

En 1811, cuando la guerra de represalias entre independientes y realistas era verdaderamente sanguiñaria y cruel, varios pueblos, entre ellos Dolores y San Felipe, fueron ocupados por partidas insurrectas que fusilaron á Montemayor y á otros realistas. En los momentos en que algunos de estos desgraciados eran arrastrados al suplicio, la señora de Abasolo, sin temor á los desórdenes, sin miedo, y sin más escudo que su caridad, acudió al jefe insurrecto, y dándole cantidades crecidas de dinero, logró salvar la vida á don José Mariaro Ferrer y á otros inocentes vecinos que iban á hacer sacrificados, no á la noble idea de la Independencia, sino al encono de media docena de cabecillas sin prestigio y sin corazón.

Este hecho se lee en la "Gaceta" de 30 de Enero de 1812, parte dado al Gobierno por Guizarnótegui.

Cuando don Mariano Abasolo abrazó la causa de la Independencia y siguió las huestes acaudilladas por Hidalgo y Allende, acababa de ser padre de un hermoso niño que era el encanto de su hogar dichoso, pero al que tuvo que abandonar sin atender á las lágrimas de su tierna consorte, que pedía para su hijo la vida del que le había dado el sér.

El amor de aquéllos dos ángeles no detuvo al joven capitán, y partió, dejando á su esposa en el más hondo desconsuelo. Sin embargo, se sobrepuso á él; fué lo que todas las mujeres de corazón: una heroína del cañío.

Las tempestades políticas son casi siempre para los que toman parte en ellas directa ó indirectamente, un crisol, un Calvario

á donde los conduce el patriotismo ó la injusticia. Las grandes situaciones, al amontonar sus devastadores "nimbus" sobre los pueblos, y deshacerse después en terribles huracanes, arrastran en pos de sí lo mismo al culpable que al inocente, lo mismo al grande que al pequeño. La señora de Abasolo no aprobó en un principio el que su esposo tomara parte en la revolución de la Independencia, sino porque era esposa y era madre.

Y porque con su instinto de mujer comprendía las penalidades que se le esperaban, no sólo á su familia sino á la nación entera. Ella no desaprobaba la idea sino la forma, y algunos fragmentos de sus cartas, que copiaremos en su lugar, se desprende la justa opinión que en vista de los hechos había formado de la campaña.

III

El tiempo había transcurrido lento, triste y lleno de inquietudes para la tierna esposa que contaba los instantes por los latidos de su corazón, sin encontrar la manera de acercarse á su esposo, ó al menos de escribirle, pues en aquella época en que el servicio postal adolecía de muchos defectos, los cuales agravaban el estado de desorden en que había puesto toda la revolución, tenía que conformarse con las vagas noticias que circulaban acerca de los insurrectos, y darlas por ciertas fuesen buenas ó malas.

Resuelta la buena señora á arrostrarlo todo por su esposo, y habiendo palpado todas las crueldades que á la sombra de la Independencia se cometían, se trasladó á San Luis Potosí después de asegurarse de que las poblaciones principales del interior estaban por los caudillos independientes.

La señora de Abasolo emprendió, pues, su marcha, acompañada de algunos fieles servidores, y una vez en San Luis, trató, por cuantos medios estuvieron á su alcance, de hacer que su esposo se retirase de las fuerzas independientes, yéndose al Extranjero, á donde ella iría á reunirse con él; y para decidirlo empleó la elocuencia que la mujer tiene y á la cual pocos pueden resistir. Las

cartas escritas á Abasolo demuestran patriotismo, amor y caridad. En la causa formada al caudillo, figurar dos, de las que trascribimos en seguida los párrafos más interesantes:

"San Luis Potosí.—Queridísimo hijo mío: con grandísimos trabajos he llegado hasta aquí en busca tuya y de mi hermano, con el destino de que se retiren del ejército; y si pueden, váyanse, por Dios, á los Estados Unidos: yo veré después cómo los sigo porque esto anda muy malo con las cosas que han hecho, que á no ser por esto, ya se hubieran salido con la empresa, (1) pero en semejantes iniquidades de degollar á sangre fría á muchos inocentes, ¿cómo Dios ha de proteger? Esto es imposible; vergüenza es oír el valor de los de ese ejército, que en viendo gente armada echan á correr, y á los rendidos que se vienen á entregar, sácanlos á degollar con tanta lástima; qué vileza! y lo peor es que uno lo hace y todos lo pagan. (2) Por Dios te pido y por lo que más ames que será tu hijo, que no sigas en esto, ni Pedrillo (alude á su hermano) aunque veas las cosas muy placenteras; por María Santísima y por vida mía te pido (si es que me quieres) que te vayas á los Estados Unidos, y no vengas á estas cosas."

Hablando más adelante acerca de los excesos cometidos por algunas tropas de Hidalgo, decía:

"Dí tú si habrá quien quiera seguir su partido, que se ha hecho afrentoso y á todos nos ha hecho infelices, y tú me harás mucho más si no haces lo que te digo; te retirarás ó te vas, pues es el único consuelo que le queda en tanta pena á tu infeliz esposa.—Manuela."

Los anteriores fragmentos ponen de relieve los sentimientos nobles que animaban

(1) Las últimas palabras demuestran su amor á la Independencia, pero su reprobación á los medios empleados para conseguirla.

(2) Doloroso es confesarlo, pero es la verdad: sin embargo las convulsiones políticas hacen cometer mil desaciertos y hay que atender las causas y épocas.

el corazón de la señora de Abasolo, y son á la vez que un grito del alma, una censura, hija del carácter conciliador de la mujer sensata, para quien la sangre justa ó injustamente vertida, es un crimen ó un motivo de horror. La mujer no cree que sea preciso que los hombres se destrocen entre sí para hacerse grandes; y si muchas veces tienen que conformarse con que así sea, lo hacen violentando sus sentimientos. Es verdad que ha habido mujeres que han tomado parte activa en las guerras y han sido verdaderas heroínas en los campos de batalla y en la defensa de sus hogares; pero también lo es que en ellas es raro lo que en los hombres es común, el valor físico.

En medio de la angustia á que estaba sujeta la señora de Abasolo, y no obstante su repugnancia hacia las violencias empleadas en la guerra, revelaba la alta estima en que tenía la noble causa de la Independencia, y el propio honor de sus defensores. En la otra carta de ella, que tenemos á la vista, decía á su esposo:

"Lo mejor es que si se puede, se vayan á otro reino hasta ver allí el fin de esto, y no te vuelvas á meter en nada, pues con las iniquidades que ha hecho el Cura, (1) á todos nos ha perdido y es cosa espantosa el seguirlo, y más bien elegí el morir cuando no hubiera otro recurso, que no seguir un partido que han hecho tan afrentoso. (2) Esta es la felicidad tan decantada de América, y hubiera sido tal vez, (3) cuando no hubieran cometido tantos excesos, que siquiera por buena política debían haberlos evitado, para no haberse atraído el odio de los mismos criollos, pues al fin no todos tienen corazones inhumanos. Entrégale esa esquila al hijo de Allende, de doña Micaela. Pásale bien, hijito, y haz lo que te digo, pues

(1) Así llamaban á Hidalgo.

(2) No es éste lugar de discutir si la señora de Abasolo tenía razón; sólo diremos que llegó un tiempo en que los mismos independientes culpaban á Hidalgo de muchas cosas.

(3) Estas frases revelan el verdadero patriotismo.

antes no me hubiera hecho el que hubieras muerto en la acción, pero no con afrenta.
(*). adiós, hijito, tu Manuela."

IV

A pesar de todas éstas instancias, no logró la señora de Abasolo sus deseos, y su esposo siguió la marcha hasta Acatita de Baján, á donde en unión de los demás caudillos que seguían á Hidalgo, fué capturado por las tropas realistas. Esta nueva situación fué un golpe mortal para aquella esposa amante que creía ya en medio de sus terrores ver levantarse un patíbulo, y en él perecer al padre de su hijo.

Hay que convenir en que Abasolo, fue egoísta, y no supo colocarse á la altura de su carácter. La historia lo ha juzgado ya, y sólo nos queda el derecho de narrar y no de condenar ó absolver, pues á la luz de la filosofía que analiza, los hombres no han nacido todos para héroes, ni para pensar de la misma manera unos que otros. Sin embargo, expió su imprudencia y su demasado amor á la vida, pues fué procesado y desterrado de su patria, confinándolo al Castillo de Santa Catalina de Cádiz, en donde murió.

Su noble esposa, después de todos los tormentos á que durante el proceso estuvo sujeta por la más cruel incertidumbre, se creyó feliz con verlo salvado de la muerte, y gustosa se dispuso á seguirlo á España. Allí, bajo los sombríos muros de un Castillo, cuyas puertas no debían abrirse jamás para uno de los cuatro primeros caudillos que proclamaron la Independencia Mexicana, la esposa se convirtió también en prisionera, en ángel de consuelo para humedecer con miel los labios descoloridos del desterrado y fortalecer su corazón con el ejemplo de la virtud. Entre los dos estaba su hijo; si no respiraban el libre y perfumado ambiente de la patria, respiraban auras de amor, que convertían el reducido cuarto de una prisión en santuario de esas mil ternezas que no pueden explicarse sino cuando se han sentido.

(*). Noble rasgo de la mujer que estima el honor de su marido.

El mundo para ellos estaba allí, como lo estaba Dios, á quien bendecían por haberles permitido siquiera la felicidad de estar reunidos.

Abasolo murió, como hemos dicho, en el destierro, y su noble esposa regresó á su patria después de cumplir los últimos deberes que demandaba su posición. Una vez en México, se retiró á sus fincas, y allí, dedicada con más ardor que nunca á la caridad, siguió siendo modelo de madres, como lo había sido de esposas. Ella misma educó á su hijo único, don Rafael, cuya infancia fue tan azarosa, y no le permitió que se mezclase en la política, cuando estuvo en edad de poder hacerlo. Para aquella virtuosa mujer el todo de la vida era la paz del hogar y la satisfacción grata de ser útil á sus semejantes.

ANTONIO DE P. MORENO.



TOMASA ESTEVES Y SALAS.

I.

Cabe la margen derecha del caudaloso Lerma se asienta apacible la antigua Villa de Salamanca, hoy ciudad floreciente del Estado de Guanajuato. La tradicional quietud de sus pacíficos moradores se había trocado, de improviso, en esa mezcla indefinible de regocijo y de temor que sobrecoge al espíritu cuando se presenta á nuestra vista una nueva é inesperada perspectiva, nuncio de felicidad, pero presagio también de tormentos y de sacrificios, á cuya costa sólo nos es dado obtener el bienestar.

El sacudimiento que conmovió al país, pero con especialidad á estas regiones, al esparcirse en ondas sonoras la voz del valeroso Hidalgo, proclamando la Independencia de México, tenía suspensos los ánimos é inquieto el corazón, y había despertado en todos el sentimiento de la dignidad, ese noble impulso del alma que coloca á cada quien en su puesto, enderezándolo al cumplimiento de su deber, sin previos preceptos ni reglas concretas y sean cuales fuesen las consecuencias.

A los transportes de júbilo que producía cada nueva por los triunfos que alcanzaban las huestes insurgentes, se sucedía el sobresalto por los vejámenes que esperaban todos de la barbarie realista, convencidos, como se hallaban los mexicanos, de que por el terror pretendía imponerse la opinión

virreinal; y ese cambio brusco de perspectiva, y esas emociones violentas al despertar á una nueva vida, y esos justos anhelos de independencia innatos en el sér humano, que, roto el dique que los contenía, se manifestaban ya sin embozo, produjeron en el pueblo, como fuerza resultante, el vivo sentimiento del propio valer.

Transformado así el carácter del esclavo, á la sola mágica voz del Cura-caudillo que le abrió ante su vista el ancho horizonte de la libertad, ¿qué mucho que cada mexicano se sintiera un héroe, cuando sabía que era necesario el sacrificio para reconquistar ese don natural que le arrebatara la tiranía?

Por eso en aquel entonces el heroísmo era vulgar, y ningún esfuerzo, por supremo que se le suponga, se consideraba entre los demás como un acto extraordinario; y esa convicción, infiltrada en las masas, desde el anciano hasta el niño, y tanto en el hombre como en la mujer, fué el semillero de héroes ignorados que, por múltiples y humildes, aún la Historia no acaba de recogerlos en sus fastos gloriosos.

II.

Un día, un día aciago para la apacible Salamanca, corre de boca en boca la fatal noticia de la aproximación de fuerzas realistas; sobrecogidos de terror los pacíficos moradores de la Villa, se reducen á sus habitaciones, y plazas y calles quedaron desiertas. A poco, el redoblar de los tambores, y después el monótono y sordo marchar acompasado de los soldados, fué el único ruido que se dejó oír en aquellos contornos, apercibiéndose bien pronto el Jefe de la fuerza de que no era, por cierto, afable y cordial la recepción que les hiciera el pueblo. En esto, dos soldados que ven abierta una puerta se desprenden furtivamente de las filas y penetran á la habitación cuya entrada les franqueaba, sin obstáculo, aquella puerta; se encuentran sólo á la señora de la casa, que esperaba el regreso de su esposo ausente, y le suplicaron, con el mayor encarecimiento, los ocultase y no los

delatara. Ella asintió, gozosa de prestar un buen servicio á hombres forzados á pelear contra sus convicciones y contra sus propios hermanos, y los dos desertores quedaron ocultos bajo su salvaguardia.

La tropa se acuarteló, y rendidos los partes respectivos al Coronel Flon, que mandaba en jefe, se le dió conocimiento de la deserción de los dos soldados, habiendo averiguado después que éstos se ocultaron en la casa humilde, pero honrada de Tomasita Esteves y Salas, dama virtuosa perteneciente á la clase media y muy estimada en la población por sus relevantes prendas. Fueron aprehendidos los tres y llevados á la presencia del sanguinario Flon: éste los increpa con la dureza propia de un cobarde, y sin detener su osada lengua ante la actitud humilde, pero imponente, de la honrada joven, por demás hermosa, después de insultarlos con burdos improperios, condenó á los tres ¡á ser pasados por las armas!

Inmediatamente fueron puestos en capilla, dando principio, desde luego, á los preparativos de regla en aquella época para la verificación de los fusilamientos, preparativos que duraban tres largos y angustiosos días de penoso sufrir. Entretanto, la sociedad entera de Salamanca, intensamente conmovida por la condena infame y ardentemente interesada por la vida de una dama que consideraba como su mejor ornato, puso en juego todas las influencias que estimó más eficaces y movió cuantos resortes tuvo á su alcance, sin que bastara al crue y despiadado Flon ni aun la espontánea presentación del esposo de la víctima, ofreciéndose en lugar de ésta para que fuera ejecutado, pues la orden feroz quedó en pie.

Por fin, salen de la capilla, conducidos entre filas hacia la plaza principal del lugar, sitio público designado para la ejecución, los dos desertores y la joven inocente. Aquellos necesitaron del apoyo de dos hombres que los levantaban en brazos, y ésta, á pie firme y con los ojos enjutos, marchó serena al cadalso. Puestos en frente de los respectivos pelotones y colocada Tomasita en medio de sus compañeros de in-

fortunio, observó ésta que soplaba el viento haciendo que ondulase su vestido; entonces pidió, por favor, que le facilitaran unos alfileres, con los cuales se prendió la falda; en seguida se arrodilló con humildad; suplicó que no se le hiriese la cara, y levantando radiosa su frente purísima hacia el cielo, recibió la descarga que tronchó la vida de una heroína!

III.

Pero para Flon no fué suficiente la injusticia ni bastante la crueldad; faltaba aún el escarnio: las tres cabezas de los fusilados fueron separadas de sus troncos y, colocadas en las puntas de unas vigas, se exhibieron al público, llamando entonces la atención, por su hermosura, la flotante cabellera de aquella heroína del valor y de la virtud.

A la víctima le sobrevivió su madre, y ésta, con el mismo temple de las almas grandes, cuya grandeza engendrara en su hija, acompañada, como se hallaba en su casa, de todas sus numerosas amistades, oyó las detonaciones que cortaron la vida de la inocente y de sus compañeros, y, sin derramar una lágrima, dijo:

—“Ahora sí, ya es tiempo de elevar á Dios nuestras oraciones.”

Todos se arrodillaron reverentes y ella entonó la primera plegaria.



LA MAGNANIMIDAD DE BRAVO.

I.

Las fuerzas independientes acaudilladas por Don José María Morelos, contaban entre sus jefes hombres de gran valor, de notable actividad y de ideas enteramente conformes con el espíritu de los que iniciaron la obra de la Independencia mexicana.

Los nombres de Morelos, Matamoros, Rayón, Galeana, Bravo y otros no menos ilustres, eran repetidos con entusiasmo, con veneración y con cariño, por todos los que comprendían cuánto valen los sacrificios de un patriota que sin grandes elementos, sin medir el peligro, y con la fe de una noble causa, conquistan en los combates un nombre imperecedero, una gloria legítima y los sublimes cantos de la epopeya. Pero sin rebajar en lo más mínimo el abnegado valor de los caudillos que militaban á las órdenes de Morelos, preciso es enaltecer como merecen el nombre y los generosos hechos de Don Nicolás Bravo.

¿Quién de la presente generación no ha oído pronunciar con respeto aquel nombre ilustre?

¿Quién no ha escuchado dentro del hogar mismo las interesantes narraciones de su vida militar, su apostura, su juventud, su valor; pero, más que todo, sus generosos sentimientos?

En la cruenta lucha de 11 años, tan llena de interesantes episodios, no hay en noble-

fortunio, observó ésta que soplaba el viento haciendo que ondulase su vestido; entonces pidió, por favor, que le facilitaran unos alfileres, con los cuales se prendió la falda; en seguida se arrodilló con humildad; suplicó que no se le hiriese la cara, y levantando radiosa su frente purísima hacia el cielo, recibió la descarga que tronchó la vida de una heroína!

III.

Pero para Flon no fué suficiente la injusticia ni bastante la crueldad; faltaba aún el escarnio: las tres cabezas de los fusilados fueron separadas de sus troncos y, colocadas en las puntas de unas vigas, se exhibieron al público, llamando entonces la atención, por su hermosura, la flotante cabellera de aquella heroína del valor y de la virtud.

A la víctima le sobrevivió su madre, y ésta, con el mismo temple de las almas grandes, cuya grandeza engendrara en su hija, acompañada, como se hallaba en su casa, de todas sus numerosas amistades, oyó las detonaciones que cortaron la vida de la inocente y de sus compañeros, y, sin derramar una lágrima, dijo:

—“Ahora sí, ya es tiempo de elevar á Dios nuestras oraciones.”

Todos se arrodillaron reverentes y ella entonó la primera plegaria.



LA MAGNANIMIDAD DE BRAVO.

I.

Las fuerzas independientes acaudilladas por Don José María Morelos, contaban entre sus jefes hombres de gran valor, de notable actividad y de ideas enteramente conformes con el espíritu de los que iniciaron la obra de la Independencia mexicana.

Los nombres de Morelos, Matamoros, Rayón, Galeana, Bravo y otros no menos ilustres, eran repetidos con entusiasmo, con veneración y con cariño, por todos los que comprendían cuánto valen los sacrificios de un patriota que sin grandes elementos, sin medir el peligro, y con la fe de una noble causa, conquistan en los combates un nombre imperecedero, una gloria legítima y los sublimes cantos de la epopeya. Pero sin rebajar en lo más mínimo el abnegado valor de los caudillos que militaban á las órdenes de Morelos, preciso es enaltecer como merecen el nombre y los generosos hechos de Don Nicolás Bravo.

¿Quién de la presente generación no ha oído pronunciar con respeto aquel nombre ilustre?

¿Quién no ha escuchado dentro del hogar mismo las interesantes narraciones de su vida militar, su apostura, su juventud, su valor; pero, más que todo, sus generosos sentimientos?

En la cruenta lucha de 11 años, tan llena de interesantes episodios, no hay en noble-

za de acciones sino un Nicolás Bravo, como en la historia no hay muchos ejemplos que se le asemejen.

Plumas mejor cortadas que la nuestra se han ocupado y se ocupan ahora mismo en biografiar al ilustre Bravo. Liras armoniosas han hecho vibrar sus cuerdas para entonar himnos al noble y valeroso caudillo; y México todo, puede decirse, se prepara para contribuir al esplendor del Centenario que va á celebrarse en honor de la Independencia y de sus héroes. Por eso nuestra humilde voz se levanta hoy también para consagrar á Bravo un recuerdo, para tributar un homenaje á la memoria del más generoso de nuestros héroes, para enorgullecernos de una de nuestras más brillantes y legítimas glorias.

II.

Preciso es dar hasta donde es posible en las dimensiones de un artículo, algunos detalles acerca del personaje que nos ocupa, y en esto seguiremos los apuntes biográficos que tenemos á la vista: "Corría el año de 1812, Don José María Morelos había hecho su cuartel general en Tehuacán, y nombrado á Don Nicolás Bravo General en jefe de las fuerzas que operaban en la provincia de Veracruz. Era Bravo, joven de gallarda presencia, de nobles y humanitarios sentimientos, y de un valor á toda prueba.

"Hacia poco tiempo que su padre, Don Leonardo, había sido hecho prisionero en la hacienda de San Gabriel, y conducido á México por Calleja.

"Morelos comisionó á Don Nicolás para atacar al jefe realista Don Juan Labatqui, que conducía de Veracruz para Puebla algunos víveres y la correspondencia de España. Bravo batió al enemigo victoriosamente. Tres cañones, trescientos fusiles, algunas municiones que quedaban á los vencidos, toda la correspondencia de España, y doscientos prisioneros, fueron los resultados de la victoria conseguida.

"El jefe vencedor volvió á Tehuacán á

"dar cuenta á Morelos de aquel hecho de armas, por el que le dió la más cumplida enhorabuena, y le prometió que iba á ofrecer al Virrey por la vida de su padre, Don Leonardo, la de 800 prisioneros que en su poder tenía, y de cuyo resultado le daría cuenta oportunamente. Don Nicolás Bravo salió poco después de esta conversación para la provincia de Veracruz, y á los cinco días derrotó cerca del Puente del Rey (hoy Nacional), una fuerza realista que conducía un convoy á Jalapa, haciéndole noventa prisioneros.

"El Virrey Venegas había mandado juzgar por un Consejo de Guerra al padre de Bravo y á dos compañeros suyos. Condenados ya á la pena capital, trató de que se le presentasen tanto Don Nicolás como dos tíos suyos que militaban á las órdenes de Morelos, acogiéndose al indulto, con lo cual perdonaría la vida á Don Leonardo.

"Mucho deseaba Don Nicolás salvar la existencia de su padre, y Morelos mismo lo autorizó para que aceptara la propuesta de Venegas; pero un hecho reciente le hizo temer que fuese un lazo el que se le tendía, y no se presentó, á pesar de que hubiera dado la vida por salvar la del hombre á quien debía la existencia. La causa de este temor nacía de un hecho reprochable cometido por un oficial realista en las personas de Don Juan y Don Rafael Orduña, según lo dice el mismo Bravo en una carta que dirigió á Don Lucas Alamán.

"Viendo el Virrey desechada su proposición, y no habiendo admitido la que le hizo Morelos, Don Leonardo Bravo sufrió la muerte de garrote, el día 13 de Septiembre en el sitio llamado el Egido. "Al saber Morelos la ejecución de Don Leonardo, escribió á Don Nicolás comunicándole la triste noticia y ordenándole al mismo tiempo que pasara á cuchillo á todos los prisioneros españoles que tuviera en su poder, y que él iba á hacer otro tanto con cuatrocientos que tenía en varios puntos. Esta comunicación la recibió Bravo á las 4 de la tarde. Sorprendi-

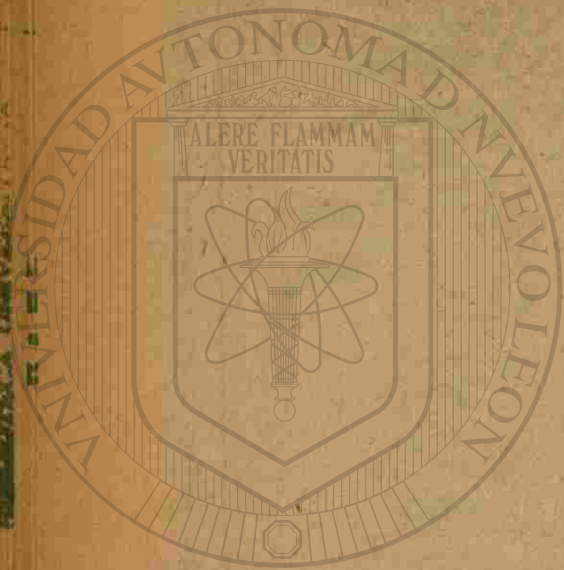
“do por la fatal muerte de su padre, mandó que en el acto se pusieran en capilla á cerca de trescientos españoles que tenía en su poder, dando orden al Capellán Sotomayor, para que los dispusiese cristianamente, pues debían ser fusilados al siguiente día.”

Lo que sigue está tomado á la letra de una carta que Bravo dirigió á Alamán en Febrero de 1850, y á la cual nos referimos antes.

“Esta noticia la recibí á las 4 de la tarde, y me sorprendió tanto, que en el acto mandé poner en capilla á cerca de trescientos que tenía en Medellín, dando orden al Capellán (que lo era un religioso apellidado Sotomayor), para que los auxiliase. Pero en la noche, no pudiendo tomar el sueño en toda ella, me ocupé en reflexionar que las represalias que iba yo á ejecutar, disminuirían mucho el crédito de la causa que defendía, y que observando una conducta contraria á la del Virrey, podría yo conseguir mejores resultados, cosa que me halagaría más que mi primera resolución; pero se me presentaba para llevarla á efecto, la dificultad de no poder cubrir mi responsabilidad de la orden que había recibido, en cuyo asunto me ocupé toda la noche, hasta las 4 de la mañana, que me resolví á perdonarlos, de una manera que se hiciera pública y surtiera todos los efectos en favor de la causa de la Independencia; con este fin me reservé esta disposición hasta las ocho de la mañana, que mandé formar la tropa con todo el aparato que se requerría en estos casos para una ejecución; salieron los presos, que hice colocar en el centro, en donde les manifesté que el Virrey Venegas los había expuesto á perder la vida aquel mismo día, por no haber admitido la propuesta que se le hizo en favor de todos por la existencia de mi padre, á quien había mandado dar garrote en la capital; que yo, no queriendo corresponder á semejante conducta, había dispuesto, no sólo perdonarles la vida en aquel momento, sino darles una entera libertad, para que marchasen á donde les



El Graf. Nicolás Bravo, perdona la vida á 300 prisioneros españoles.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

“conviniere; á esto respondieron llenos de gozo, que nadie se quería ir, que todos quedaban al servicio de mi división. lo que verificaron todos, á excepción de cinco comerciantes de Veracruz, que por las atenciones de sus intereses, se les extendieron pasaportes para aquella ciudad; entre éstos se hallaba un señor Madariaga, que después, en unión de sus compañeros, me manifestó su reconocimiento con la remesa de paños suficientes par el vestuario de un batallón.”

III.

En la historia de nuestra guerra de Independencia, no se registra un solo hecho que se asemeje al que acabamos de narrar, ni un solo caudillo que haya igualado á Bravo en generosidad de acciones.

El hombre que teniendo en su mano la ejecución de una venganza ruidosa contra los mismos que acababan de sacrificar la vida de su padre, no la lleva á cabo porque su conciencia rechaza toda acción que desvirtúe la causa á que se ha consagrado; el subalterno que arrostrando el enojo de su jefe perdona la vida á los que se le ordena ejecutar y pospone su noble patriotismo á todos los demás sentimientos, no es un hombre, no es un héroe, es la verdadera semejanza moral de quien lo creó, es el verdadero apóstol del que decía: “Amad á los que os aborrecen.”

Don Nicolás Bravo se levanta por cima de todos sus contemporáneos, resume su vida militar en este solo hecho, y proclama en voz muy elocuente á la faz del mundo entero, que la clemencia y el patriotismo son hermanos, que el valor y la generosidad son los únicos sentimientos dignos del hombre y del héroe.

La palabra expira en nuestros labios para encomiar dignamente al caudillo sin rival. La pluma se detiene, porque se detiene también el pensamiento ante tanta grandeza. ¿Qué podemos decir que no hayan dicho otros con una elocuencia digna del “Guzmán Mexicano?” Pero debemos con-

cluir, y vamos á hacerlo con las magníficas frases de uno de sus mejores biógrafos:

"Valiente en el campo de batalla, fué siempre generoso y noble con los vencidos; dispuesto á derramar su sangre en el combate y á sacrificar su vida por la causa que había abrazado, nunca vertió la sangre de los prisioneros. En medio de aquella prolongada y sangrienta lucha, no cometió un solo acto de crueldad y de injusticia, y al través de las vicisitudes de la guerra sin cuartel que se hacían los partidos contendientes, él logró sostener su reputación de valiente y generoso, alcanzando el respeto de sus contrarios y de sus amigos durante la revolución, y hecha la Independencia, las distinciones de sus compatriotas, el aprecio de los europeos, los elogios de la prensa de diversos países y un lugar en la historia que perpetúe su memoria en el mundo entero, presentándole como modelo de caballeros valientes, nobles y generosos."

Hé aquí la figura más culminante de la epopeya que los mexicanos llamamos guerra de Independencia; por esto hoy, al consagrar un recuerdo á su memoria, exclamamos:

¡Honor al mérito!
¡Gloria al inmortal caudillo Nicolás Bravo!

ANTONIO DE P. MORENO.



¡FILICIDA!

El hecho á que se refiere este episodio tuvo lugar en el sitio de Apam, en Diciembre de 1815; lo refiere Don Lucas Alamán en su Historia, y lo confirma Zamacois en el tomo X, pág. 47 de la suya.

I.

En el horizonte lejano, más allá de la niebla formada por el humo de la pólvora, rasgada por los zigzags sanguinolentos que producían los disparos, se hundía el sol en un lecho de púrpura, sañudo y fiero, como si le disgustara la carnicería en que se empeñaban los hombres.

Era el séptimo día de una lucha tremenda sostenida entre sitiados y sitiadores: la victoria, indecisa, no parecía inclinarse ni por los soldados disciplinados que defendían la plaza en nombre de su Rey, ni por los reclutas que al mando de Osorno sacrificaban sus vidas en aras de la Independencia Nacional.

En la árida llanura, triste y sola, se estremecían los insectos con el fragor lejano del combate; la quietud que precede á la noche tenía algo de siniestro, y los magueyes, en apretadas filas, semejaban seres arrodillados que elevaban sus manos al cielo implorando piedad.

Las posiciones de los realistas, si bien defendidas por número relativamente escaso, eran formidables; en tanto que los insurgentes sostenían el sitio á cubierto de imperfectas obras de zapa y resguardándose con las ruinas de las chozas que habían sido derribadas por el cañón, en los primeros asaltos.

La lucha estaba en todo su vigor: los sitiadores reducían cada vez más el círculo de hierro, y los combatientes llegaron á estar á tan pequeña distancia, que se distinguían los rostros enfurecidos de los que peleaban por las distintas causas.

II.

De pronto un anciano realista, soldado de un pelotón que resistía el ataque rodilla en tierra, se irguió en toda la extensión de su aventajada estatura: sus ojos fulminaron un rayo de cólera suprema; sus manos convulsas sujetaron vigorosamente el fusil, que se tiró á la cara, y haciendo blanco en un punto cubierto por paredones ruinosos, disparó una vez, otra y otra más.

Su actitud apocalíptica, sus ademanes sombríos, la fiera de su expresión y el estupor que causó en uno y otro bando que un hombre despreciara la vida, exponiéndose á ser acribillado por las balas insurgentes, suspendieron el combate por breves instantes.

Y el anciano, avanzando resueltamente con el arma al brazo, como el cazador en acecho, se detuvo á diez pasos del paredón:

—¡¡Maldito seas, hijo de mis pecados!! —barbotaron sus labios, ennegrecidos por la pólvora.—¡¡Tú, que te rebelas á tu padre y á tu Rey, maldito seas!!!...

El hijo, un mancebo insurgente, mudo de espanto y de terror ante la tremenda visión del padre que le maldecía, recibió el proyectil en mitad del pecho, abrió los brazos, y cayó para siempre...

El sol se hundía en un lecho de púrpura; la noche comenzaba á extender su tachonada clámide por el azul sombrío del firmamento; los magueyes de la llanura, en apretadas filas, semejaban religiosas en oración, levantando al cielo sus piadosas manos, y cuando la esquila de un templo invisible y lejano tocaba el "Angelus," el alma del Anáhuac, conmovida, recibió en su seno al humilde patriota que había muerto á manos del mismo á quien debiera el sér.



ALEGRIA HEROICA.

(Sitio de Cuautla. 1812.)

"Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de sus desgracias ó de su rendición."

(Carta de Calleja al Virrey Venegas, 24 de Abril de 1812).

I.

En la mañana del 17 de Febrero de 1812 Morelós, de pie, rodeado de Leonardo Bravo, Galeana, Matamoros y unos cuantos costños de su escolta, hablaba así al anciano parafítico que le acababa de recibir en su huerta de Cuautla:

—Sí, mi señor Don Pablo, gracias: sus hijos Anselmo y Dionisio nos han sido muy útiles en Izúcar y en Chilapa; con hombres como ellos, haremos cumplir la voluntad de Dios, humillando á los orgullosos europeos en nuestra América independiente.

Súbito esplendor iluminó los grandes ojos del caudillo. Habíase quitado el sombrero de anchas alas, y su cabeza, envuelta en blanco pañuelo, bañada en un rayo de sol que se filtraba por entre las anchas hojas

La lucha estaba en todo su vigor: los sitiadores reducían cada vez más el círculo de hierro, y los combatientes llegaron á estar á tan pequeña distancia, que se distinguían los rostros enfurecidos de los que peleaban por las distintas causas.

II.

De pronto un anciano realista, soldado de un pelotón que resistía el ataque rodilla en tierra, se irguió en toda la extensión de su aventajada estatura: sus ojos fulminaron un rayo de cólera suprema; sus manos convulsas sujetaron vigorosamente el fusil, que se tiró á la cara, y haciendo blanco en un punto cubierto por paredones ruinosos, disparó una vez, otra y otra más.

Su actitud apocalíptica, sus ademanes sombríos, la fiera de su expresión y el estupor que causó en uno y otro bando que un hombre despreciara la vida, exponiéndose á ser acribillado por las balas insurgentes, suspendieron el combate por breves instantes.

Y el anciano, avanzando resueltamente con el arma al brazo, como el cazador en acecho, se detuvo á diez pasos del paredón:

—¡¡Maldito seas, hijo de mis pecados!!
—barbotaron sus labios, ennegrecidos por la pólvora.—¡¡Tú, que te rebelas á tu padre y á tu Rey, maldito seas!!!...

El hijo, un mancebo insurgente, mudo de espanto y de terror ante la tremenda visión del padre que le maldecía, recibió el proyectil en mitad del pecho, abrió los brazos, y cayó para siempre...

El sol se hundía en un lecho de púrpura; la noche comenzaba á extender su tachonada clámide por el azul sombrío del firmamento; los magueyes de la llanura, en apretadas filas, semejaban religiosas en oración, levantando al cielo sus piadosas manos, y cuando la esquila de un templo invisible y lejano tocaba el "Angelus," el alma del Anáhuac, conmovida, recibió en su seno al humilde patriota que había muerto á manos del mismo á quien debiera el sér.



ALEGRIA HEROICA.

(Sitio de Cuautla. 1812.)

"Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de sus desgracias ó de su rendición."

(Carta de Calleja al Virrey Venegas, 24 de Abril de 1812).

I.

En la mañana del 17 de Febrero de 1812 Morelós, de pie, rodeado de Leonardo Bravo, Galeana, Matamoros y unos cuantos costños de su escolta, hablaba así al anciano parafítico que le acababa de recibir en su huerta de Cuautla:

—Sí, mi señor Don Pablo, gracias: sus hijos Anselmo y Dionisio nos han sido muy útiles en Izúcar y en Chilapa; con hombres como ellos, haremos cumplir la voluntad de Dios, humillando á los orgullosos europeos en nuestra América independiente.

Súbito esplendor iluminó los grandes ojos del caudillo. Habíase quitado el sombrero de anchas alas, y su cabeza, envuelta en blanco pañuelo, bañada en un rayo de sol que se filtraba por entre las anchas hojas

de los plátanos, aparecía nívea sobre la negra barra de sus cejas unidas y espesas.... Y el albo lienzo empapado en sol, bajo el follaje de la huerta, le creaba un espléndido nimbo.

El anciano, clavado en su "equipal," oía extático....

—¡Señor, he dado á "su mercé" lo que más adoro en el mundo: mi hijo y mi nieto; no me queda nada que valga que pueda ofrecerle....

En aquel instante una ráfaga llevó por entre el ramaje los ecos de lejano cantar y rumores de femeninas risas juveniles.

—Parece que hay aquí quien canta y se ríe—observó Morelos.

—¡Ah!.... sí.... ¡esas muchachas!.... Vea "su mercé" si no es triste que se pongan á cantar en estos momentos, la víspera de una batalla.... Son mis nietas, hermanas de Dionisio.... ¡Siempre contentas, siempre riendo, siempre cantando!.... Por eso ni las cuento.... ¿De qué pueden servir en la guerra las mujeres?

—¡Bendito sea Dios! ¿Con que tiene mi señor Don Pablo tres nietas que saben cantar y reír constantemente, aun en los peores trances?.... Y se lamenta, teniendo en casa tanta alegría, cuando por algo creó la Providencia, además de los pájaros y de las flores, á las mujeres que saben reír y que saben amar. ¿No es verdad, Galeana?

El duro rostro del surlano se iluminó orgulosamente, halagado en su gusto por la guerra y por el amor. El viejo Don Leonardo sonreía bondadoso, mostrando su blanca y fuerte dentadura; Matamoros inclinaba sobre el hombro izquierdo la rubla cabeza, descubierta también, los ojos bajos, pero sonriente, contagiado por la generosa alegría del héroe.

El paralítico gritó:

—¡Marí, Lucha, Tere!

Al punto, por entre la verde espesura, se presentaron tres lindas muchachas. Llegaban sudorosas, descalzas, arriba del tobillo el borde de los zagalejos, en camisa, desnudas las gargantas y los morenos brazos, sonrientes y curiosas.

—Aquí las tiene "su mercé." Marfa, la

menos alegre, se pasa el día rezando: le llamo Marí la india; Teresa, ora y canta: y le digo Tere la criolla; y ésta, la "xocoyota," la menorcita, la peor y la mejor, se llama Luz: no hace más que reír y cantar.... Y por su risa, por su tez más obscura, por sus ojos endiablados, por su cabello corto y crespo, por su amor por el canto y el baile, la he nombrado Lucha, la "mulata."

Matamoros había levantado al fin sus azules ojos; Galeana chasqueó la lengua; Don Leonardo asintió con ademán de perito que aprueba, y Morelos, encantado, puso la mano izquierda sobre la crespa cabecita de Luz y con la derecha le acarició la barba, levantándola dulcemente, mirando con los suyos, serenos y nobles, los ojos de lumbre de la gentil "mulata."

—¡Conque te llamas Luz y tu señor abuelo te ha puesto Lucha?.... ¡doble símbolo divino!.... Como Luz, darás alegría á los hombres; como Lucha, les darás ánimo para combatir.... Señores: el Virrey Venegas acaba de nombrar Mariscal á Calleja; pues yo, con mejor derecho, nombro á esta muchacha "Mariscala de la Alegría" en Cuautla de Amilpas....

—Ya sabes.... tu oficio será estar siempre contenta, siempre riendo, cantando siempre!....

Y aquel hombre extraordinario, que tenía recursos para todo, que todo lo utilizaba y todo lo preveía; aquel hombre jovial y terrible, agregó solamente:

—Feliz tú, Marfa, que sabes dar el alma á la oración; tú vivirás y rezarás por nuestros muertos, por nuestros muertos que nos bendecirán desde el cielo, mientras los vivos nos batimos alegremente. A tí, Tere, que cantas tanto como rezas, te encomendaré nuestros heridos, los curarás, los consolarás con el canto y con la oración. Y tú, Mariscala, acuérdate de que eres Luz, Luz de Cuautla, que nunca está triste.... ¡Con esta luz iluminaré mi ejército!

Y ella contestó, franca y zalamera:

—¡Por alegría no ha de quedar; reiré y cantaré hasta morir!

II.

El sitio de Cuautla fué una génesis de relámpagos, un inaudito centellear de chispas épicas cuyo fulgor perduraría en el alma insurgente con un presagio de final victoria.

Desde luego el primer choque, la mañana del 19 de Febrero, fué un estupendo duelo de bravura á bravura. El asalto de Calleja asumió fiera solemnidad antigua, grave relieve de actitud hispana frente á un adversario igual y digno. . . . La "carga" de las cuatro columnas realistas contra las trincheras de San Diego, fué clásica y gentil, como de viejos hidalgos. "Al paso redoblado" y los fusiles "embrizados," los batallones de "Granaderos," de "La Corona," "Guanajuato" y "Patriotas de San Luis," avanzaron, llevando á su frente, en alto, las espadas, fulgurantes las pupilas bajo los tricornos, caballeros en corceles de lujo, regalos del Virrey á los Coroneles Don Juan Nepomuceno Oviedo y el Conde de Casa Rul.

A retaguardia, dentro de su carruaje, altivo y desdenoso como un príncipe con sus pomposos oficiales de Estado Mayor á caballo ante la portezuela, Don Félix María Calleja del Rey esperaba el parte de la toma de Cuautla de Amilpas.

Al frente de las "columnas," entre los intervalos de las "secciones," adelanta una batería, en tanto que á los "flancos," á lo largo de las cercas de la Calle Real, van á "paso veloz" los indios "gastadores," cargados con hachas, sacos de tierra, bolsines de pólvora, barretas y tablones, fácil carnaza que horadará los muros, colmará los fosos y volará las puertas, allanando á las columnas el camino del asalto.

La batería de vanguardia "hace alto" á medio tiro de cañón; los artilleros "desatajan" las piezas, y correctamente, como en una "parada" ante el monarca, ejecutan á compás los "tiempos de la carga," y con salva de honor rómpese el fuego contra Cuautla.

Y entre la nube azufrosa relampaguean las espadas de los jefes señalando las trincheras, y repercute en el valle perfumado

y florido el grito de guerra de los realistas: "¡Viva el Rey!"

La "sección" de granaderos de la descubierta hace sus primeras descargas y, "armando la bayoneta," avanza á tramos al "paso veloz," mientras los cañones empujados á mano, ruedan hacia la Plaza, con fragoroso estruendo entre el humo y el polvo.

Allá, dentro de Cuautla, un grave silencio de espera; y tras los parapetos, los fusileros de Galeana, el arma tendida, listo el pedernal para "dar chispa," atentos á la avalancha que se precipita. Y una brisa fresca, bajada de las cumbres blancas del Popocatepetl, pasa como una caricia generosa sobre ellos con el plomo de la muerte.

El impetuoso Galeana, que la víspera salvó á Morelos, arrancándolo á filo de machete y punta de lanza de los dragones de Calleja, esgrimiendo ahora su vieja carabina, corre de un sitio á otro del recinto, reproduciéndose y multiplicándose, hasta rugir la orden de fuego.

Y entonces es cuando principia la refriega entre el aullar de los asaltantes, el desgranamiento de la fusilería y los estamidos del cañón.

Los granaderos que han llegado al pie de la trinchera, ahí quedan cadáveres; de las torres de San Diego y Santo Domingo truenan certeros escopetazos, y el "Niño" y las demás piezas insurgentes enfilan las columnas de asalto y á su vez ensordecen la atmósfera entenebrecida.

En las huertas próximas á los flancos de la Calle Real, el plomo rasga las hojas de los plátanos, acribilla los abanicos de las palmas, sacude las hojas de los naranjales y limoneros y destroza las frondas de los tamarindos.

—¡Viva el Rey! ¡Viva Nuestra Señora de los Remedios!

—¡Viva la América! ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!

El Capitán Segarra, jefe de la batería realista, frenético, adelántase, clamando injurias homéricas contra los caudillas independientes, desafiándolos, paladín antiguo, á singular combate. Y hé aquí á Galeana, que

al oírlo, responde al reto con un alarido, y subiendo la trinchera, la carabina en la diestra, abierta por delante la chaqueta de cuero, levantada el ala del "chilapeño," el ancho machete sujeto en la izquierda, salta al encuentro del Capitán cuyo uniforme rojo y oro lo atrae cual nueva provocación. Lid cuerpo á cuerpo en lo alto de la trinchera, y ambos disparan sus armas á quemarropa; y Segarra rueda ensangrentado. Y Galeana se precipita sobre el cadáver, evitando la racha de plomo realista, y agarrándolo de un pie lo arrastra y lo arroja al fin dentro del recinto.

Y muerde el polvo, á su vez, al frente de las columnas estrelladas y diezmadas, en plena furia, desesperado, el bravo Conde de Casa Rul, y expira también en la refriega fragorosa el generoso Don Juan Nepomuceno Oviedo, cuyo Regimiento le adora, pero que no podrá vengar su muerte....

Abatiendo cercas y escalando muros el Batallón de Granaderos, disperso y audaz, intenta flanquear y caer dentro de la Plaza, en tanto que el Regimiento de la Corona queda en reserva á retaguardia, á las órdenes directas del propio Calleja, quien, abandonando su coche, recorre á caballo las filas, blanco de rabia, estupefacto.

Y cuando al fin los asaltantes rompen el círculo que cierra el flanco de San Diego, colmando los fosos, desmoronados los primeros parapetos; cuando al fin, á bayoneta calada, van á entrar á la brecha, seguidos por los dragones de la reserva, en alto los grandes sables, á los gritos de ¡Viva el Rey! al mismo tiempo que dentro el pánico aúlla: ¡han matado á Galeana! cuando al más desesperado empuje la Plaza va á caer, á rodar, moribundo, el último artillero de la pieza que guarda aquella calle, cuando el tropel realista se avalanza en masa con clamor de júbilo, el niño Narciso Mendoza da fuego al cañón, y un relámpago-estampido barre súbitamente con la tromba....

En aquel momento Hermenegildo Galeana, jadeante, salpicado el rostro de sangre, blandiendo la "moruna," grita ronco sobre los escombros, envuelto en humo:

—En el nombre de Dios, ¡viva la América!

III.

Al comprender Morelos días después, que Calleja sitiaba duramente á Cuautla, reforzado con las tropas del Brigadier Llano, que no pudieron tomar á Izúcar, expidió su más breve, fúlgida y heroica proclama: ¡alegría!

¡Alegría! Y esto fué todo. Esta sola palabra es el secreto de la inaudita epopeya.... Aquel Capitán, jovial y terrible, excluyó de su ejército toda idea y todo sentimiento de tristeza, aun ante la muerte.

La primera fiesta en Cuautla fué un entierro, el entierro de los que cayeron en los combates de 18 y 19 de Febrero.

Espléndidos funerales. Al levantarse el sol sobre las lomas de Zacatepec, las campanas de Santo Domingo y San Diego poblaron los ámbitos del valle con gloriosos repiques entre el brusco estallar de los cohetes y los ecos prolongados y tenaces de las guitarras serranas.

—¡Paz y gloria á las almas de los valientes que murieron en la guerra santa para resucitar en el Señor, y alegría nosotros mientras llega la hora del último sueño! Alegría, muchachos, que Calleja nos ha puesto salón mejor que el del Virrey para bailar á gusto!....

Ante esta elocuencia magnánima, sonreían los costños de Hermenegildo Galeana, tan prontos á la risa estrepitosa en el baile, como al alarido de la guerra en el combate, diestros en la esgrima de sus toscas lanzas; y sonreían también los serranos que acudían al rubio Cura Matamoros y el buen Don Leonardo Bravo, listos en el manejo de sus anchos y filosos machetes y hábiles cazadores, que amaban tanto á su trabuco ó escopeta, como á las hembras de "su querer."

—Aquí tienen ustedes á Lucha: este primer ha merecido la honra de que le nombremos Mariscal de la Alegría, en atención á su alto mérito de no saber otra cosa en la vida sino reír, cantar y bailar!—ha-

bía dicho el héroe aquella mañana á la flor de sus valientes, en la plaza de Santo Domingo, después de dejar dormir, bajo el atrio de la Parroquia, los cuerpos de las primeras víctimas.—¿Verdad que sabrás merecer este título delante de esos muchachos, llenándoles el alma de alegría con la lumbré de tus ojos y la música de tus canciones y tus risas?....

—Ya se lo dije á "su mercé"—contestó Lucha, sonriendo y cimbreado coquetuella su cuerpecito adolescente—¡le juro que he de cantar y bailar hasta morir!

IV.

Fiestas y combates. Mientras la mitad de la gente cavaba fosos, levantaba trincheras y edificaba reductos avanzados ó reparaba las brechas, trabajando y batiéndose, la otra mitad descansaba, festejando la gloria de la muerte.

La Mariscala de la Alegría cumplía á conciencia con su misión: era el alma regocijada, musical y luminosa del pequeño ejército insurgente.

En las "jamaicas de flores," en la exuberancia tropical de las huertas, cerca de los plantíos de caña de azúcar, entre los naranjales y tamarindos; á las sombras de los plátanos, las palmas y los limoneros; en pleno esplendor primaveral de Marzo en Cuautla, la gentil rapaza danzaba y reía al son vibrante de las guitarras y de las canciones de quejumbroso y persistente ritornelo.

Criolla del Sur, biznietita de anónimo capataz español y de una mulata veracruzana, adunaba la bravía y recia elasticidad felina de su cuerpo á la ternura inagotable de una almita sencilla, de un corazoncito de pájaro....

Ella era, entre todas las muchachas que alegraban las fiestas, la más incansable en cantar y bailar y la que con mayor dicha celebraba la frecuente caída de las bombas en plena gresca.

—¡A rezar por el alma de Calleja!—gritaba y se tendía en el suelo, cómicamente,

lo mismo que los demás, en espera de que estallase el sombrío proyectil.

Su hermana Tere, tan guapa como ella, les acompañaba, y á veces Mari, la devota, dejaba la Parroquia en que velaba algún cadáver, para atreverse á zapatear al son de los "bajos" y de los "requintos" en un claro de la huerta.

El paralítico se hacía entonces conducir, con la esperanza de que Morelos llegase también y lo invitara, cual solía, á jugar una "malilla," mientras los muchachos se divertían, y allá, al Oriente, rumbo al río, se escuchaban los lejanos escopetazos de los tiradores de Galeana ó el estampido de los cañones del Brigadier Llano.

A medida que los realistas apretaban más duro y más silbaba el plomo de los fusiles de los Batallones de Asturias y de Lovera, y más copiosamente llovían las bombas que enviaban los morteros del Cuartel general de Calleja, más contenta iba Lucha á los puestos avanzados á ofrecer á los bravos costeros que se batían, una sonrisa, una mirada y un trago de aguardiente.

—¡Bendito sea Dios que ha creado hombres como nuestro General y muchachos como tú!—decían, limpiándose los ásperos labios con el revés de la manga de su camisa.

Morelos había dicho:

—Hay algo peor que el hambre, y es el sueño; pero existe un mal más atroz que el sueño: ¡la sed!....

Y Galeana contestó:

—Gracias á Dios, la sed se quita con el agua, y por allá corre mucha—y señaló al Oriente:—¡qué vergüenza que muriéramos de sed habiendo tanta agua!

Los Batallones españoles del Brigadier Llano, sostenidos por una batería y por el reducto de Zacatepec, custodiaban la preciosa cuenca del río y el manantial de Juchitengo.

Pero Galeana sabía caer como tigre sobre tan florida guardia, seguido por escolta alharaquenta y audaz, armada de machetes, lanzas, trabucos, carabinas y fusiles con bayoneta, y mientras se peleaban, los indios de Cuautla rompían las bardas de la presa

y cavaban los "apantles" por donde el agua corría con triunfal murmurio hacia la Villa del Aguila, donde era bebida con algazara épica, ¡como que á veces, turbia y rojiza, sabía á pólvora y á sangre!

Por fin, Galeana hizo edificar, con estupenda bravura, bajo el fuego obstinado y repeliendo las cargas de la infantería española, un alto bastión, al borde mismo del manantial, para defenderlo, heroico centinela avanzado en son de reto constante hacia el campamento enemigo.

La fiesta en celebración de tan culminante hazaña fué, naturalmente, digna de quienes la llevaron á glorioso coronamiento.

Mcirelos, satisfecho, se presentó en la huerta, donde bajo la pompa del follaje, entre guías de rosas y floridos festones opulentos en plena gloria de Abril, los "muchachos" y las mozas bailaban y cantaban, alternándose, incansables, en un fragor de júbilo vertiginoso que el viento llevaba en ondas musicales por el Valle hasta el Cuartel general de Calleja, cuyo Estado Mayor, atónito, no pudo comprender jamás el prodigio de la locura épica en la Villa del Aguila.

V.

Una tibia noche de fines de Abril, impregnada de silencio y melancolía—el silencio de Cuantla dormido á la luz benigna de la luna—el viejo Don Leonardo Bravo, sin escolta, la carabina al hombro, recorría los puestos avanzados hacia el río.

Penetró en la espesura del platanar, y al punto detúvose escuchando un eco triste y lejano como de una canción ó de una queja.

—¡Ave María Purísima! ¿Quién canta ó reza por ahí?—gritó preparando su carabina.

El fino oído del héroe serrano distinguió la voz; y entonces, atravesando rápidamente el negro bosque, se encontró ante el yaciente cuerpo de Luz.

—Pero ¿qué haces aquí, muchacha?.... ¿qué tienes?....

—Ya lo mira "su mercé".... Me vine á morir aquí, solita, para no entristecer á la gente por allá....

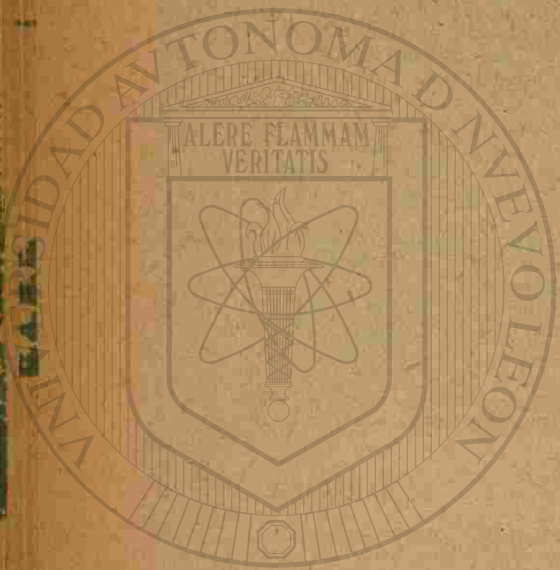
Bravo, inclinado sobre la moribunda, había enmudecido de asombro y de dolor; y al tomar una de sus manos, la sintió ardiendo.

—.... Me dijo que riera, ballara y cantara hasta morir.... y como me miraba tan hondo, y yo sentí tanto gusto como si estuviera en la gloria, le juré cantar hasta morir.... y esta tardecida en Juchitengó me tocó una bala.... no oyeron mi grito.... ¡mejor!.... me escondí para que no se afligieran.... y me vine á morir por acá.... ya no puedo cantar, ni reír.... que me entierren con la Virgen de Guadalupe que me dió la otra mañana.... ¡Ay!.... ahora sí estoy triste, pero no se lo diga "su mercé," no se lo diga....

Un suspiro largo y doliente como un estertor.... Y nada más: la Mariscala de la Alegría había muerto.

Y, ambas rodilla en tierra, los brazos cruzados, Bravo oró ante el cadáver, bajo la bóveda del platanar, como en una capilla, mientras, á lo lejos, en la breve tregua de la paz nocturna, se dilataba, sobre el gran silencio del Valle, la piadosa melancolía de la luna....

F. ZARINANA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NIVEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



EL INDIO DE NOYOO (*)

I.

Corría el año de 1812. El ingente deseo de emancipación transformaba al quieto y atargado país; los seculares quejidos de toda una raza aherrojada estallaban por último en gritos formidables de rebelión; los bur-lados anhelos no se condensaban ya en lá-grimas silenciosas y austeras, sino en rugi-dos potentes de bestias heridas; la impasi-bilidad característica del indio se tornaba en un furor irresistible; y el ilota, el des-venturado de otras épocas, nacido para ca-llar y obedecer, ya ni obedecía ni callaba, sino que, como los paladines de sus anales, recogía la piedra del arroyo para lanzarla al rostro de los tiranos. Era la revolución sin tregua y sin cuartel, la nacionalidad que irradiaba en el horizonte, tras de un cúmulo de nubes muy grandes y muy ne-gras.

Y así corría el año de 1812, entre el bé-lico ardor de los opuestos bandos, hacien-do desaparecer las poéticas aldeas de las montañas, incendiadas por la tea implaca-ble y salvadora de la revolución. En uno de estos pueblecitos, asentado en fértil y extensa cañada de la región de las Mixte-cas, en el pueblo de Noyóó, que encuadra el rubio matiz de los trigales, siempre lo-

(*) Véase la Historia de Oaxaca por el P. Gay.

zanos, allí vivía, por aquel entonces, fabricando finas esteras, con la palma de sus bosques, un indio como de veinticinco á treinta años, cuyo nombre ha perdido la tradición y á quien la Historia, admirada, señala con el mote de "El indio de Noyóo." Alto, fornido, con la anémica color y la mirada vaga de esa raza que parece que siente no sé qué nostalgias tristísimas, era nuestro hombre el tipo genuino de aquellos formidables guerreros que asolaron á Teozapotlán y elevaron á lo más alto la preza y fama del famoso Achiutla. Sagaz y astuto como la zorra, y ágil y nervioso como el ciervo de sus campos, no había vericueto, cantil, desfiladero ó madriguera por donde no pasara, rastrear y escurríñara; unas veces con ondulaciones de serpiente, otras á saltos de felino, las más en ascensiones ó descensos peligrosísimos, de cualquier modo, pero el indio de Noyóo conocía, palmo á palmo, los abruptos contrafuertes de la cordillera y su voluntad inflexible de títán triunfaba de todos los obstáculos y barreras que le oponía la naturaleza.

No en balde había visto la luz allí, en aquel lindo pueblecillo que encuadran los trigales siempre Tozanos, al pie de aquella cordillera siempre verde, donde crece el pájaro-bobo, dando flores de pétalos gruesos, frescos y aterciopelados; donde el zenzontle deja oír sus trinos paradisiacos, y donde surgió y creció una raza viril, brava, dominadora.

Ya en la caída de la tarde, cuando el sol trasponía la última sierra y los trigales semejaban extenso mar color de oro viejo, las águilas que volaban á sus guaridas contemplaban al indio—inmóvil, triste, con no sé qué nostalgias en el alma—ora sobre la copa de un árbol, ora afianzado á una roca, muellemente reclinado en el césped; pero siempre triste, siempre huraño, siempre sólo, clavada la vista en el pintoresco pueblecillo donde naciera, cuna de sus alegrías y sus cariños, sentimientos no apagados en su alma soñadora y nostálgica.

¿Qué soñaba el indio de Noyóo? ¿qué sufriría aquél desventurado, desventurado como su raza? ¿Por qué sólo veía, con mirada pe-

netrante, la cúpula semitorcida y ridícula de la iglesia de su aldea? ¡Ah! El indio había amado. En la salvaje beatitud de su vida, una vez sintió el estremecimiento irresistible de la pasión..... y amó con furor, con frenesí, como ama el ser atávico, el que no entiende de mentiras y negruras mundanas, como ama el bueno, el que todavía lleva en el alma las alburas del sentimiento. Así amó el indio, y por eso ve con mirada penetrante la cúpula semitorcida y ridícula de la iglesia de su aldea. Es que allí reside el que le arrebató la felicidad y la fe, el seductor de la hembra torpe, el dominador de entonces, el superhombre de la época. El indio amó á la india de mirada nostálgica y soñadora, y la india pervertida ó torpe, cayó en la red, en la red tendida por un individuo llamado P. Soto, quien con la honra de una mujer le arrebató la felicidad y la vida. Y por eso nuestro hombre, solo, grave y triste, mira con insistencia el campanario de su aldea. Así lo hace desde el día fatal en que comprendiera su eterna desgracia. No protesta, no hiere, no asesina. ¿Qué espera? Calla, medita y ve..... Y así continúa el indio, hasta que llegan á él los rumores de la lucha encarnizada. Hasta las montañas de Noyóo se aperciben las hazañas de Morelos..... entonces, grave, y triste, y solo; una tarde gris, llorosa, sin matices; una tarde de dolor, vuelve la espalda á su aldea, y parte, y se va, con la mirada ceñuda y la color pálida, rastreando entre los picachos de la montaña, como rastrean los reptiles en los vericuetos del camino.

II

El ilustre y excelentísimo señor doctor y maestro don Antonio Bergosa y Jordán, Obispo de Antequera el año 12 y después Arzobispo de México, había fulminado tremendas excomuniones sobre las cabezas de los primeros independientes, á los que llamaba en sus escritos y en las terribles requisitorias del púlpito: "foragidos, exhombres, excristianos, exprójimos, ultramalditos" y demás.

Era un obispo militante de las buenas épocas del Cardenal Cisneros, nacido, más para

ceñir una tizona descomunal, que para cargar el báculo de humilde pastor de almas. Realista fanático y laborante celoso, no se detuvo en las simples pastorales de execración, sino que, á guisa de buen soldado de Dios y del Rey, levantó un cuerpo de sacristanes y curas, artesanos creyentes y miembros de las cofradías, para ponerlo frente á frente de las huestes enemigas. No sé si la necesidad ó el origen, ó por amor á la indumentaria del obispo, pero el caso verídico es que aquél batallón churrigueresco vistió de morado vivo, color no ideado aún en las ordenanzas militares de todos los ejércitos del planeta. Y entonces el pueblo, con ese buen sentido que Dios le ha dado, tomó la nota chusca, bautizando á los desfacedores del señor Bergosa con el despectivo nombre de "batallón de la mermelada."

Con ese batallón y otros cuerpos de indios y negros de la costa chica, salió don Juan José Caldeas para Yanhuítlán, á aumentar el ejército realista que comandaba el testarudo vecino del lugar y español de buena cepa. Don José Régules y Villasante. El Obispo Bergosa hizo jefe del "batallón de la mermelada" á cierto sacerdote apellidado Marín, Canónigo de la Catedral de Oaxaca. A aquella chusma se fueron agregando muchos moradores de la región de la Mixteca, y no sé si como sargento ú otra cosa, pero á ellas se agregó el "amo Soto," que vivía en el pueblecito donde hemos comenzado nuestro relato. Este "amo Soto" había sido en la península, y en sus mocedades, galopín de una fundición, y tenía ciertos tintes de artillero; de modo y manera que el P. Marín, General de la "mermelada," destinó á Soto para el servicio del único cañón que llevaban.

En el convento de Yanhuítlán, que es una verdadera fortaleza, se habían atrincherado con todo éxito las tropas realistas del famoso Régules Villasante. Allí las batieron, sin descanso, las huestes independientes de don Miguel Bravo y don Valerio Trujano, comisionados por Morelos para tomar Silacayoapan y destrozár á Régules.

Trujano aumentó sus fuerzas con centenares de bravos mixtecas que de todos los

pueblos marchaban para defender las nuevas ideas de libertad, y, precisamente frente á los muros de Yanhuítlán, se agregó á las filas independientes el que después sería héroe famoso, el indio de Noyóo. Bravo y Trujano tuvieron que levantar el sitio de Yanhuítlán, porque Morelos solicitaba auxilio, viéndose encerrado ya en la grande, hasta la heroicidad, histórica villa de Cuautla. Pero si Bravo caminó con mejor suerte, don Valerio Trujano vióse precisado á encerrarse en Huajuapán, la única plaza que se le ofrecía para resistir medianamente por aquellos rumbos. Y allí fué con su ejército mal disciplinado y casi desnudo.

Es admirable cuanto hizo el bravo Trujano para defender Huajuapán, plaza que no guardaba ningunas condiciones ventajosas de defensa. Tomó toda la carne y grasa del ganado cabrío que en esos días se mataba en abundancia para surtir á Puebla, y él mismo repartía las raciones diarias, á fin de que sus soldados no se diesen cuenta del amínoramiento de víveres; mandó fabricar cañones con unas campanas viejas, y los cañones resultaron verdaderos canales de desagile, casi inútiles; por allí se lanzaban proyectiles, cuando los había, ó cohetes y cámaras que fabricaban dos ó tres pirotécnicos de la villa; levantó frágiles trincheras y aparentaba tener enormes recursos.

No así los iracundos Régules y Caldeas, que tenían abundantes provisiones y algunas buenas culebrinas, con las que hacían mucho daño.

Una compañía de soldados independientes abría brechas en las casas y mantenía por subterráneos las comunicaciones, cuando era necesario. A esa compañía se la llamó de "los tuseros," pues, como las tusas, ahondaba el suelo por donde convenía. "Tusero" era nuestro indio de Noyóo. Incansable, tenaz, decidido, de la mañana á la noche escarbaba la tierra, con pies y manos, para oponer la contramina á la mina, para salvar una distancia en lo profundo, para hacer una salida y combatir cuerpo á cuerpo con el enemigo.

Trujano necesitaba conocer los planes de Régules, porque sólo así creía posible la resistencia cuando todo se le acababa: municiones, rancho, ánimo. Pero ¿qué hacer? ¿Cómo podría llegar al campo de los sitiadores un espía? ¿Dónde encontrar éste, si la empresa era por demás arriesgada, tal vez temeraria? Quiso probar y comunicó sus planes a los jefes inferiores. Estos vacilaban, como él, y buscaban todos los días; pero en vano. Al fin se fijaron en aquél indio taciturno y decidido, en aquél "tusero" que subía y bajaba por las bréchas con la rapidez de un mono. Este no vaciló; al contrario: dijo que la empresa era fácil. ¡Fácil! ¿Qué montaña, qué altura, qué corte de sus Mixtecas le había vencido? ¿A qué punto no llegó su vista que no llegaran sus pies? Y el temerario indio salió una noche, y todos creyeron que no volvería. Los últimos centinelas lo vieron resbalar como ardilla por un muro de las afueras. No volvería. El esfuerzo sobrehumano de aquél desdichado no era otra cosa que la desesperación de la impotencia. Pero el indio volvió, volvió todavía cuando manchaban las sombras de la noche las humildes casuchas de la población; y volvió con su cara taciturna y triste, con su dejo de amargura en la pupila, pero trayendo nuevas importantes. Sin ser sentido, con su habilidad de cuadrumano, pasó por todas partes y llegó hasta el alojamiento de Régules Villasante. Régules hablaba con Caldelas y disponía atacar por el barrio bajo de la villa. Como prueba de su dicho, llevaba el indio unos pimientos que sustrajo de la cocina de Régules.

Nadie lo creía. El mismo Trujano vaciló en mandar defender con mayores refuerzos el barrio bajo. Pero al día siguiente este punto fué atacado con brío por las tropas de Caldelas y los sitiados obtuvieron una victoria. La fama del indio brilló con espléndidez en el campamento y el "tata" Trujano lo colmó de atenciones.

Y así salía todas las noches y siempre los ataques de los realistas eran rechazados, creyendo Régules que había mayor número de

fuerzas en la plaza y que todos los puntos estaban convenientemente fortificados. Prosperaba la buena causa.

Una noche volvió el indio más tarde y con el rostro más alegre. Régules había ordenado atacar la trinchera con el grueso del batallón de la "mermelada," inclusive la culebrina que manejaba P. Soto. Por eso brillaban de purísima alegría los ojos soñadores del indio de Noyóo. Por fin, á su cerebro agitado, llegaban, en tropel, las ilusiones de una juventud vivida en sus colinas, absorto en sus picachos y en sus matorrales, convencido de que era siervo y de que siervo había de ser, resignado, como sus hermanos, con el yugo en el testuz, como los bueyes de Noyóo. Recordaba los días felices en que tejía los sombreros y los petates al son de una tonada melancólica. Allí estaban sus primeras impresiones de amor, la pasión por aquella india de ojos nostálgicos como los suyos, la hembra ignorante que le arrebató el superior, el casi divino, el amo. Y aquel amo atrabiliario estaba allí, por coincidencia infernal. Estaba allí y estaría al otro día manejando su culebrina. Y por eso sonreía el pobre indio, que nunca había sonreído. Al cabo que él había visto caer por las balas de los otros, al cura Calderón, en aquel mismo sitio. Sí, los curas podían morir en la pelea. ¿Para qué combatían? Había buenos y había malos; los malos estaban con los dominadores, no con ellos. Y la obsesión persistía, acabando con aquél fanatismo de tantos siglos, las preocupaciones morían en el cerebro, ante la visión de la hembra pervertida que, para él, simbolizaba la patria.

Así esperó la mañana, sin dormir, calenturiento, siempre sonriendo; junto á la endeble trinchera, oprimía con frenesí la culata de su fusil de chispa.

Y así transcurrieron las largas é interminables horas de aquella noche de recuerdos, hasta que al fin lo sacó de su aturdimiento el ruido espantoso de la pelea. Eran ellos. El indio se endereza, sube ágilmente por las piedras amontonadas y sin el menor esfuerzo llega á la cima. Nadie le sigue. Sólo él desafia, desde lo alto, los disparos de los

realistas. Pero no tira. Su mirada de águila escudriña el campo enemigo y busca. Y está serio, muy serio. De pronto sonríe, lleva el fusil al hombro y dispara. El amo Soto muere junto á su culebrina, y el indio de Noyóo baja la trinchera siempre sonriendo.....

IV.

Trujano, ya sin esperanza de socorro, envió un propio á Morelos. Este fué el indio de Noyóo. Dos cohetes, lanzados al espacio, fueron la señal convenida de haber atravesado el mensajero las filas enemigas. Morelos llegó á tiempo para salvar á Trujano. El indio no volvió. Nadie sabe su tumba, nadie sabe su nombre. He registrado los papeles amarillentos de las bibliotecas; pero en vano. Quizá no tenía nombre, como no tenía mujer, como no tenía patria.....

Y el pájaro-bobo sigue deshojando sus pétalos gruesos, blancos y aterciopelados, como un holocausto, sobre el riñe pueblito de Noyóo.

ADALBERTO CARRIEDO.



EL BARRIGÓN

Durante la épica guerra de la Independencia, el señor Morelos recibió una carta suscrita por un amigo suyo residente en esta capital y concebida, poco más ó menos, en estos términos:

"Sé, de buena fuente, que el Virrey ha pagado á un asesino para que lo mate á usted; no puedo darle más señas de ese hombre, sino que es muy "barrigón"....

Estaba almorzando el héroe cuando recibió esa carta, leyóla atentamente, plegó sus espesas cejas, y en esos momentos se le presentó un individuo de abultado abdómen solicitando que lo admitiese á su lado para prestar sus servicios en pro de la causa nacional; sonriente el señor Morelos, hizo que el huésped se colocara á su diestra, compartió con él su frugal almuerzo; salió, concluido éste, á recorrer el campamento; volvió á la hora de la cena; hizo llamar al forastero, tornó á colocarlo á su derecha, y, levantados los manteles, fuése á acostar, habiendo hecho colocar antes otra cama junto á la suya y ofrecidosela al forastero: en seguida apagó tranquilamente la luz, se volvió del lado de la pared y echóse á roncar con la tranquilidad del justo. Espantado ante tanta serenidad el asesino, que, realmente iba á serlo, no se atrevió á perpetrar su crimen y, furtivamente, se fugó.... Al clarear el día, incorporóse en su lecho el señor Morelos, volvió su vista al que cercano estaba y, no viéndolo ocupado, preguntó á su asistente:

—“Qué es del señor que anoche durmió aquí?...”

—“Señor, le contestó el soldado, dicen que esta madrugada, muy temprano, ensilló su caballo, montó y se fué.”

El Generalísimo pidió recado de escribir y, con su letra gorda, clara y firme, contestó á su amigo:

“Le doy mil gracias por su aviso; pero puedo asegurarle que á esta hora no hay en este campamento más barrigón que yo”....

EDUARDO E. ZARATE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIHUAHUA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡TODO UN AMOR!

I.

Jóvenes, nobles, ricos, bellos. Don Mariano Abasolo y Doña Manuela Taboada, se conocieron y se amaron; sus respectivas familias concertaron su enlace; pero estaba á punto de estallar la revolución de 1810.... Abasolo era de los comprometidos á tomar parte en ella; súpolo Doña Manuela; las tradiciones de abolengo, las sugerencias del confesonario, los temores de la mujer enamorada, la indujeron á suplicar á su novio que desistiera de su empresa; pero él alegó su palabra empeñada, sus compromisos contraídos, sus ideales largo tiempo acariciados, y se mantuvo firme en sus designios. Entonces ella, renunciando á las preocupaciones de la época, á los dijes del tocador, á las comodidades de una plácida existencia, convino en unirse con el elegido de su corazón, con la condición de seguirlo á todas partes; aceptada esa condición, efectuóse el enlace y juntos siguieron las peripecias de aquella portentosa lucha, hasta sucumbir juntos también en aquella triste rota de Acatita de Baján; llevados ambos á Chihuahua, en unión de los demás héroes de la Independencia, echóse la joven á los pies de los mandatarios españoles, y, á fuerza de sollozos y de lágrimas, obtuvo de ellos que se suspendiera la ejecución de la sentencia de muerte pronunciada en contra de su marido, mientras ella venía á México

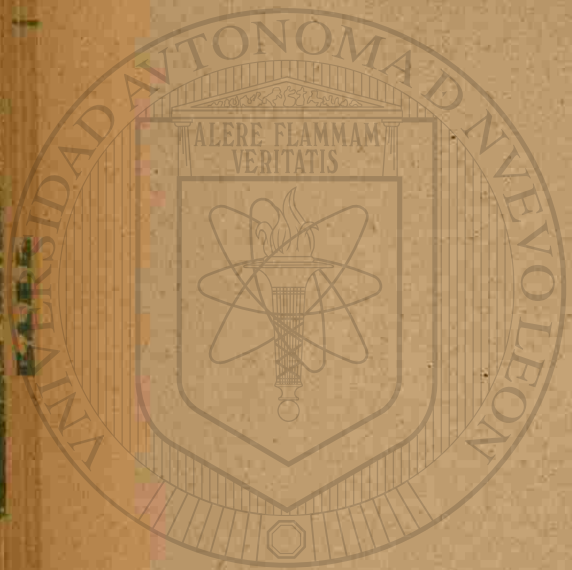
á solicitar la gracia de indulto. Obtenida esa concesión, emprendió su dilatado viaje: á caballo, á pie, en carro, como le fué posible; arrojóse, al pasar por Guadalajara, ante las plantas del feroz Calleja; llegó, por fin, al Palacio Virreinal y, atropellando guardias y menospreciando lacayos, se prosternó ante el estúpido Venegas, y obtuvo, al fin, el perdón de la vida de Abasolo á cambio.... ¡triste concesión!.... de su destierro y prisión perpetua, de la confiscación de todos sus bienes y de la "ignominia" para él y sus hijos.... Regresó á Chihuahua, portadora de la infamante nueva y con penalidades mayores por haberse extinguido sus recursos, volvió á recorrer el larguísimo trayecto que media entre esa ciudad y la de México, y luego el que separa á ésta de la de Veracruz, llegando hasta implorar la caridad pública en los caminos.

II.

Destinado Abasolo á una fortaleza de Cádiz, Doña Manuela se dirigió al Capitán de buque que debía llevarlo hasta ese puerto y logró de él, mediante un cofrecito en que guardaba las alhajas que había salvado como único resto del naufragio de su pasada opulencia, que la admitiera á bordo. Al llegar á Cádiz, fué encerrado Abasolo en una fortaleza; su esposa, desfallecida, cayó sobre los muros de la prisión, pegó á las húmedas losas sus brazos extendidos, y con sus lamentos logró conmover.... ¡conmoviéranse las piedras!.... á los carceleros, que al fin consintieron en que compartiera con su amado el oscuro calabozo que le había de servir de habitación.... Cuatro años vivió ahí, privada de luz, de aire, de todo bienestar, ella, acostumbrada á vivir entre sedas y encajes! Y al cabo de ese tiempo, cuando una penosa enfermedad puso fin á la vida de Abasolo, acompañó su cadáver hasta el cementerio, regó su losa de flores y de lágrimas, y regresó al país, sin tener siquiera, como la viuda de Germánico, el triste consuelo de traer apretadas contra su corazón las cenizas del bien amado de su alma, y llegada que fué, se

hundió en el olvido y en la sombra, sin pedir nada para sí ni para sus hijos, identificada con sus recuerdos, abrazada como á una cruz, á sus sufrimientos, y envuelta, como en manto de luz, en la estela de su único y constante é intensísimo amor.

EDUARDO E. ZARATE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



EL CUASIMODO DE MORELOS.

(ANTONIO LARGOS).

I.

Era muy joven cuando visité, con el General Régules, el pueblo de Carácuaro, que la historia ha glorificado porque es el lugar del Estado de Michoacán de donde salió el Cura Morelos para unirse con Hidalgo y luchar por la Independencia de México.

Avidos de saberlo todo, de beber en la fuente caudalosa de la epopeya de insurrección, supimos, con gran regocijo, que allí alentaba todavía un herrero octogenario que había servido á las órdenes de Morelos, del Generalísimo, que le llamaban para aquilatar sus méritos de militar y de patriotismo. No nos hicimos esperar, y aquel mismo día nos hallamos bajo el techo pajizo de un "canchire," modesta choza de la tierra caliente, y frente por frente de un hombre que revelaba gran entereza, no obstante lo avanzado de su edad y una honradez patriarcal.

Cansámosle á preguntas, y después de satisfacer cuanto pudo nuestro interés, al par que nuestra intensa curiosidad, díjonos con voz firme y seguro de lo que decía:

—"Pero de lo que no se ha hablado en los libros que á mis manos han llegado, y que me han traído mis hijos de las ciudades, es del heroísmo de un hombrecillo gigante por su gran corazón: lo recuerdo todavía."

Inútil es agregar que suplicamos al veterano que nos contara aquella historia.

El viejo soldado tomó la palabra y absorbió nuestra atención durante su interesante relato.

II.

"He querido referirme, dijo, al "cuento del jorobado," que la gente vulgar así le llama, aunque es una historia tan cierta como las hazañas del invicto Morelos.

"Era un hombrecillo jiboso, bajo de cuerpo, nervioso hasta en las extremidades de sus largas manos y que revelaba en sus movimientos la agilidad y la viveza de la zorra. Sus ojos parpadados, sombreados por largas pestañas y arqueados por espesas cejas, dejando su apacibilidad, como si despertaran de un hermoso sueño, lanzaban rayos de coraje cuando se hablaba en el pueblo del viaje de Morelos para ir á guerrear por la patria.

"El jorobado era huérfano, hijo de español y de madre mexicana y lo había traído á su lado el señor Morelos, de edad de quince años, de un viaje que hizo al Estado de Guerrero. Llamábase Antonio y apellidábase Largos, lo que le había valido entre la gente del pueblo el apodo de "El Largo," por vía de abreviatura.

"El Largo," de aprendiz de carpintero, había acabado por adueñarse á la perfección del oficio de su maestro, harto entendido en achaques de crugías y colaterales. Empleaba el jorobado, cuando ya fué hombre hecho y derecho, digo mal, cuando la edad de sus pasiones dominó su espíritu, empleaba su tiempo en las faenas de su oficio, las labores de sacristán en la Párrroquia de este pueblo, y en algo más. ¡Ay! en algo que tenía que influir en el fin trágico de su existencia.

"Aquel hombre amaba. Habíase prendado de los ojos y de las virtudes de Ana, una de las bellas lugareñas, y, desde los primeros momentos en que se sintió poseído por aquel sentimiento que en toda su grandeza ennoblece y eleva las acciones de sus tributarios, el jorobado no perdió ocasión

de hacerse digno del objeto de su cariño, aunque lo hizo con tal discreción, que la joven tomó al principio aquel afecto como adhesión de un hombre vulgar á la que era llamada por la adulación y la lisonja la más bella de las mujeres, confirmando esta fama la ronda de adoradores que la asediaban por todas partes.

"El infeliz jorobado había dado entrada en su generoso corazón á una pasión que, como venenosa sierpe, tenía que causarle la muerte. Su figura, si bien defectuosa, tomaba para sus adentros tales caracteres de monstruosidad, que disculpaba los desdenes de Ana y hasta lo absolvía de todos los cargos que hace el amor, egoísta de suyo y exclusivista siempre.

"¿Cómo ha de quererme á mí? exclamaba en sus arrebatos, mezcla de despecho y de profunda tristeza. Y, sin embargo, tan resignado convencimiento no había podido impedir que la lava de los celos descendiera del cerebro hasta calcinar aquel corazón de gigante!....

"Antonio Largos no tenía más afectos en el mundo que el amor de aquella joven y el que profesaba al señor Cura Morelos y á una venerable anciana, cuyo cuidado le había encomendado al partir el Generalísimo para ir á luchar por la patria.

"Siguiendo costumbre invariable, el jorobado se encaramaba todas las tardes en la parte más culminante de la torre de la iglesia parroquial, y allí se entregaba á volar por esos mundos de los enamorados, contemplando con infinita melancolía la morada de la orgullosa Ana, que era como un búcaro circuido de ciruelos, hasta que se esfumaba en las espesas sombras de la noche.

"¡Cuántas palabras tiernas, cuántos besos y cuántos suspiros confió al viento cálido de las tardes estivales! Y, también, cuántas lágrimas rodaron por su semblante demacrado por el insomnio, hasta humedecer el muro por donde subía al cielo de sus ideales!....

"Una noche, en que había permanecido en su observatorio de piedra más tiempo del de costumbre, y en que algo más gra-

ve que de ordinario le preocupaba, maduro una resolución inquebrantable, y bajó resuelto á ponerla en obra.

"Como un rayo de consuelo había venido á su espíritu, atribulado por un amor que él, en su humildad y excepcionales condiciones, juzgaba insensato, un sentimiento nuevo que conmovió todo su ser: el amor á la patria!

"A ejemplo del heroico Cura, el contrahecho sacristán se sintió capaz de luchar por ella y soñó con el laurel de la gloria para ofrecerlo á la que, ingenuamente, creía digna de tan cara prenda.

"Dos días solamente anduvo de trajín el valeroso muchacho para equipar una jaca y alistar un corvo machete de mi arsenal —pues yo era proveedor en aquel entonces de armas para los insurgentes,— y cuando estuvo listo, pareció conveniente escribir á su novia, ya que el valor le faltaba para darla personalmente la despedida.

"Toda la reserva que había mostrado hasta aquel día se tornó en expansión franca, y la misiva fué preñada de todas las ternzas, de todas las locuras imaginables, encerrando en el fondo esta notabilísima idea: hacerse digno de su divina Ana, como la llamaba de manera monda y lironda.

"No sabré decir á ustedes la impresión que causara la despedida del sacristán en el ánimo de la joven; pero un hecho, sostenido por la historia, es bien significativo.

"Desde que se supo en el pueblo la desaparición del jorobado, á Ana se la vió asistir al templo diariamente, lo que no hacía sino los domingos y fiestas de guardar, y se convirtió desde aquellos días en la cuidadora más asidua de la anciana que tenía á su cuidado el sacristán de la Parroquia. Y hay que añadir, con datos fehacientes, que Ana fué otra de la noche á la mañana, y que la ronda de sus adoradores desapareció como por magia. La pobre niña vistió de luto y se la veía vagar en su huerto como una mariposa negra.

"Así transcurrieron algunos meses. La insurrección había estallado como un volcán y los relatos de las heroicidades de Hidal-

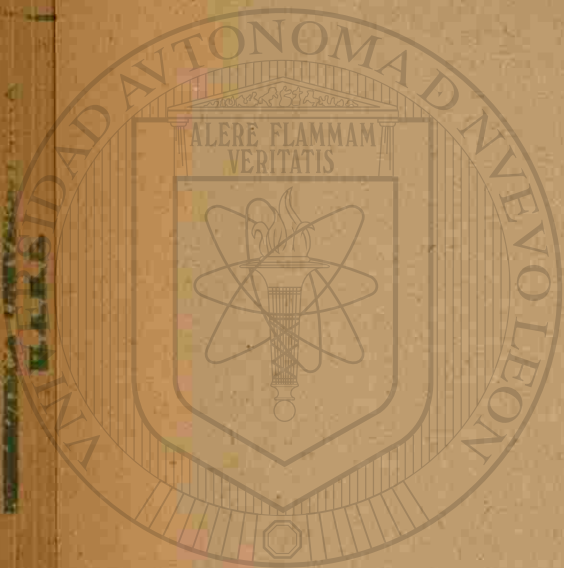
go y de Morelos corrían de boca en boca. Del jorobado se sabía que había organizado una guerrilla y que á toda hora buscaba la ocasión de batir á los realistas. El Cura Morelos le había perdonado su desobediencia, pues le tenía prevenido que permaneciese en Carácuaro, suponiéndolo inválido para la brega, cuando el mismo Cura tampoco podía sospechar en sus condiciones sacerdotales que sería el genio asombroso de la guerra.

"Larga sería la narración de los hechos de armas que llevó á cabo "El Largo," como le llamaban también sus compañeros, casi olvidando su nombre patronímico; pero, sea dicho en su honor para lo verdadero, en el parte que rindió Calleja del sitio de Cuautla, dijo textualmente que: "un jorobado de los facciosos de Morelos peleó con tal bravura como pudiera hacerlo el mejor de sus soldados." Y testigos presenciales de aquella gloriosa jornada añaden que aquel héroe quedó allí acribillado por las balas y que antes de expirar pronunció un nombre...."

—¡Ana! interrumpimos á un tiempo el General y yo, suspensos de los labios del veterano.

—¡Patria! objetó el viejo herrero con entonación homérica, y se enjugó dos lágrimas que mojaron los surcos de sus mejillas.

JOAQUIN TREJO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



DOS EPISODIOS DEL SITIO DE CUAU- TLA.

I

EL CORONEL SAGARRA

Serían las cinco de la mañana. Escasa luz hacía percibir como en la bruma la torre de San Diego y las más elevadas de Santo Domingo y Santa Bárbara, desprendiéndose de un ramillete de verdes palmas.

La población despertaba insensiblemente. Vagas inquietudes y la ansiedad de hallarse el enemigo al frente, llevaban grupos de curiosos a las alturas de los edificios y aún a las copas de los árboles.

El General Morelos apareció en la plazuela de San Diego, a caballo y seguido de su estado mayor. Apeóse en la puerta del atrio y penetró al convento. El Coronel don Hermenegildo Galeana salió a recibirle, abrazándole cordialmente. Morelos le dijo:

—Parece que hoy tendremos función de armas. Es preciso observar con atención al enemigo.

—Sí, mi General: yo también lo creo; subamos a la bóveda de la iglesia.

Ambos ascendieron, provisto el General de su antejo de larga-vista. (*)

(*) Este instrumento utilísimo en aquellas circunstancias, había sido quitado al enemigo en un combate. (Cuadro histórico por don C. M. Bustamante.)

Era indudable que el enemigo proyectaba algún ataque. Gran movimiento podía observarse en su campo. Intensa ya la luz de la mañana, veían desplegarse imponente una ala dilatadísima de soldados. Morelos dijo á Galeana:

—Observe usted..... se disponen para organizar en el Calvario las columnas de ataque.

Galeana tomó el anteojo para observar con atención. Después de cortos momentos, hizo notar:

—Ya avanzan!..... traen, además, algunas baterías.

—Bien,—contestó Morelos,—cuyos ojos vivos siempre, se animaron más. Dirigiéndose de nuevo á Galeana, le dijo:

—Confío en usted el mando de este fuerte, que es el punto más importante y donde debe principiarse el asalto. Tome inmediatamente sus disposiciones mientras recorro las otras líneas.

Ambos descendieron velozmente. Al despedirse Morelos, agregó:

—No hay que olvidar nuestra escasez de parque; que no se desperdicie un sólo cartucho. Deje usted avanzar al enemigo, y dé órdenes estrictas para que nuestros soldados no respondan á sus fuegos sino en el momento que puedan hacer ciertos sus disparos.

—Así se hará,—contestó Galeana.

Morelos montó de nuevo su caballo y á paso largo se alejó rumbo al centro de la población. Iba á visitar los otros fuertes.

Repitió á sus jefes Matamoros y Bravo las mismas órdenes, volviendo á Santo Domingo donde se hallaba la proveeduría para vigilar personalmente la delicada operación del reparto del parque.

Entretanto, Galeana, con increíble actividad, cubrió los puestos, renovando ó modificando las guardias de la noche. Condujo á Torres con su compañía á la trinchera del Norte que cerraba la calle real en dirección al Calvario. A su sobrino, don Pablo Galeana, casi niño aún, le colocó en la trinchera de Oriente y Norte.

El Capitán Larios con un piquete y una pieza de artillería, quedó situado en la ca-

llejuela Sur de la misma plaza. Boyás, jefe de la maestranza y el Coronel Salas, en el costado Sur de San Diego con otra pieza de artillería.

La torre y principales alturas de la iglesia, se cubrieron igualmente. Una gruesa partida de indios honderos tras de la tapia Oriente de San Diego, resguardados por ella, y auxiliados por algunos soldados al mando de José de la Cruz, debían esperar el momento preciso para lanzar sus silenciosos y atrevidos proyectiles.

Gran número de mujeres del pueblo llenaban el atrio de la iglesia.

Galeana dió orden de mantener abiertas las puertas del templo para que se refugiasen en ese punto las familias que no tuvieran otro asilo. Discurrían entre la multitud una jóven llamada Marta y otra á quien le decían la Cardoso. Era ésta una hermosa mujer; (*) ausente por entonces de su marido que fabricaba pólvora para los independientes en otras poblaciones; ella había seguido al General Morelos y su ejército, siempre retozona y contenta, luciendo sus gracias y aun su fuerza física: de cuerpo esbelto, talla elevada, la Cardoso traía descompuestos de cascós á más de cuatro oficiales.

Minutos antes de las siete y á paso veloz, destacáronse del Calvario dos gruesas columnas. Los vigías de la torre dieron el aviso. Galeana asestó el anteojo, y aun le fué dable apreciar cómo reforzaban á la columna del centro otras dos más, desprendidas á derecha é izquierda, ocultándose en su marcha tras de los arbolados de las huertas laterales. La artillería marchaba diagonalmente al fuerte, en los campos de Guadalupe. En aquellos momentos supremos, Galeana descendió á la trinchera principal, tomando su carabina.

A cada oficial que hallaba al paso, á cada uno de sus valientes negros del Sur, les dirigía alguna palabra de animación y

(*) Cuadro Histórico por D. C. M. Bustamante.

carriño. En todos los semblantes brillaba el entusiasmo á la vez que el más estudiado silencio. Ni un disparo, ni un grito: á los ojos del enemigo, bastante cercano ya, aquel fuerte se creería desierto.

A cien varas de la trinchera Norte, el enemigo hizo alto, y una ruidosa descarga de fusilería anunció á los guerreros de Cuautla que se había roto el fuego por los asaltantes.

Continuó el silencio en la línea de los independientes. Los realistas avanzaron aún más, volando el polvo de la trinchera con las incontables balas que la herían. Abrieron su línea al N. E. dejando paso á la artillería. Pusieron las piezas en batería de frente á la esquina de San Diego. (*) Armada allí la batería y dirigiendo sus fuegos el arrogante Coronel "Sagarra," las fortificaciones sufrían con semejantes proyectiles llegando á ellas segundo tras de segundo.

—¡Fuego!—exclamó Galeana,—y en un momento aquella muda trinchera vomitó el exterminio y la muerte!... El frente de la columna cejó levemente: algunos muertos y varios heridos, estorbaban el paso á sus compañeros. El fuego siguió sin intermisión: cada tiro de los independientes, era contestado por diez de los realistas; pero con algún lamento de rabia ó dolor lanzado por los heridos.

La batería del campo de Guadalupe perjudicaba extraordinariamente á los valientes soldados de Galeana, abriendo brecha en su trinchera é impidiendo la repetición de los

(*) En la célebre y justamente afamada obra "México á través de los Siglos," se asienta que las baterías españolas fueron colocadas en la plazuela de San Diego. No aceptamos semejante versión, porque sería tanto como admitir que se les había dejado entrar al interior mismo de San Diego. La plazuela de ese nombre era el "centro del recinto fortificado." Pugna esa idea con el estudio del lugar ó teatro de los acontecimientos.

disparos en sus defensores. Indiferente á la lluvia de balas enemigas, Galeana ascendió á lo alto del parapeto, desoyendo á sus soldados y aun á Torres que le instaban bajase. Cuando el humo de la pólvora se lo permitía y ograbá divisar á uno de los artilleros, haciendo puntería, le dejaba fuera de combate. Logró con su arrojo sofocar la repetición del fuego de la batería. El coronel español de artilleros Sagarra, avanzó como Galeana á "pecho descubierto" y con pistola en mano. Acercándose á don Hermenegildo, que había descendido fuera del parapeto, le dijo:

—Ah, pícaro! á tí te buscaba. (1)

Tronó la pistola á quema-ropa y Galeana quedó en pie, ileso. Sagarra pretendió retroceder algunos pasos: Galeana tendió su carabina, disparó, y el arrogante coronel, clareado del pecho, cayó al suelo, mudo ya, arrojando sangre por la boca.

Galeana le tomó de un pie, y violentamente le llevó arrastrando tras del parapeto.

Atónito el enemigo, asombrado ante prueba semejante de valor, suspendió sus fuegos. El coronel independiente despojó á Sagarra de sus armas. Otro oficial le tomó las charréteras. (2) Galeana notó que aún vivía, é inclinándose al oído de un soldado, le dijo:

—En la iglesia está el presbítero Díaz, llámale y que auxilie á este jefe. (3)

Corrió el soldado, y pocos momentos después, don Joaquín Díaz, inclinado sobre Sagarra, le daba su bendición y el perdón del cielo, recibiendo su último aliento.

Al estupor y sorpresa causada en el ene-

(1) Versión de don Carlos M. Bustamante.

(2) Tradición de Cuautla.

(3) Referido por el Historiador tantas veces citado y muy de acuerdo con el carácter de Galeana, que era león en el combate: dulce y tierno en sociedad. Afable en extremo, hacíase querer de cuantos le trataban.

migo por el arroyo de Galeana, sucedió el furor del despecho, y como leones se abalanzaron á la trinchera. ¡Imposible asaltarla! Los primeros que llegaban, perdían la vida por su temeridad. Aquel campo estaba sembrado de cadáveres!.....

II

EL NIÑO NARCISO MENDOZA

Entretanto la columna española, que oculta había marchado á la derecha, alcanzó la tapia del convento, del lado Poniente. Rompiéronla penetrando á la huerta, (*) á la sazón que los indios pedreros descargaban con furia sus proyectiles, sobre los asaltantes de la calle principal.

En esos mismos momentos producíase en el atrio de San Diego un desorden espantoso. Una granada, venida de la batería de Guadalupe, estalló entre el grupo de mujeres, sin darles tiempo á tenderse en el suelo, cayendo unas heridas; muertas otras.

Narciso atravesó el pequeño atrio, y avanzando entre la lluvia de balas, alcanzó á don Luis en la trinchera, diciéndole:

—Una granada acaba de matar á la Cardoso y á mi hermana.

Algunas lágrimas rodaban por sus mejillas. Don Luis le habló al oído brevemente; el muchacho regresó al atrio seguido de un soldado.

En la huerta el tiroteo era espantoso. Los asaltantes avanzaban con denuedo y sin gran resistencia. José de la Cruz, gritando con toda su fuerza:

—Adelante, mis soldados; contra ellos, — se abalanzaba frente á los españoles.

Un soldado dió rápido el aviso á Galeana, y éste, por lo pronto, despachó á don Pablo, su sobrino, para que auxiliase á José de la Cruz.

(*) Tradición de Cuautla, que explica perfectamente el abandono de la trinchera de la plazuela al Norte y Oriente encomendada al sobrino de don Hermenegildo.



El Niño Artillero.

Don Pablo arrastró consigo á su gente, quedando por entonces desierta la trinchera de Oriente en la plazuela de San Diego.

Narciso volvió al lado de don Luis que pugnaba por contener á los asaltantes luchando cuerpo á cuerpo.

En el primer momento que pudo, dijo á don Luis:

—Herida está Marta; pero de un hombro no más, ya la llevé á su cuarto.

—Retírate, muchacho,—contestó don Luis con violencia.

Narciso, ocultándose tras de las casuchas del costado Norte de la plazuela, se dirigió á la trinchera de Oriente "absolutamente desierta." Hallábase á algunos pasos de distancia de ella, cuando vió desembocar por la bocacalle y venir de frente al parapeto una gruesa columna de dragones con un coronel á la cabeza. El niño, sin darse cuenta, alzó el bota fuego, que ardiendo se hallaba en el suelo. Abalanzóse un dragón: alzó su sable que dejó caer sobre el cuerpo del niño. (1) En ese instante precioso, disparó la pieza, casualmente cargada con metralla, envolviendo á toda la columna.

El elegante coronel, conde de Casa Rul, cayó de los primeros, soltando las bridas de su brioso caballo, herido también. (2) El desorden y el terror más profundos se apoderaron de los dragones, que llevando consigo á su coronel, retrocedieron espantados.

¡Narciso había salvado á Cuautla del asalto!..... Ni aún sabía darse cuenta de ello. Una mancha de sangre en su brazo derecho, indicaba el punto en que le alcan-

(1) La Historia cita el hecho heroico de Narciso Mendoza, sin mencionar que hubiese sido herido. Entre las tradiciones que se cuentan en Cuautla, recuérdase que el niño quedó lastimado del hombro derecho por uno de los dragones que pretendió impedirle disparar la pieza.

(2) La calle donde ocurrió semejante suceso, recibió el nombre que conserva hasta la fecha de calle del Fin de Rul.

zara el sable del dragón. En cuanto á éste, su mutilado cadáver yacía en tierra.

No llegaba á perderse de vista la destrozada columna de dragones, cuando apareció don Hermenegildo en la plazuela, de regreso de la huerta. Como un rayo se puso al lado de Narciso, y comprendiendo la situación, el peligro que habían corrido, y lo inmenso del servicio prestado por el niño, le alzó en brazos, estrechándole con efusión.

DEMETRIO MEJIA.



POR SU PATRIA Y POR SU DAMA.

I.

DON MANUEL VILLALONGIN.

Por los años de 1775 á 1780, nació este célebre insurgente, en la antigua Valladolid, Cabecera de la provincia de Michoacán, en el seno de una familia que disfrutaba buen concepto á la vez que algunas comodidades, y cuyo respetable jefe era Don Lino Villalongín, hombre de probidad y acendrado patriotismo.

La niñez y primera juventud de nuestro héroe están envueltas en la noche de los tiempos, y sólo se sabe que, ya en el vigor de la edad, y gozando fama de atrevido y diestro jinete, Villalongín se unió al señor Hidalgo cuando, á virtud de la desgraciada batalla de Aculco, volvió el egregio caudillo á Valladolid, en Noviembre de 1810. Acompañólo en su marcha á Guadalajara, donde, al ser reorganizado el Ejército independiente, fué distinguido con el empleo de Mariscal de campo por el Generalísimo, quien conocía ya el valor temerario y la decisión incondicional que por la causa de la Independencia tenía Villalongín.

Este patriota, después de la catástrofe del Puente de Calderón, se internó á su provincia natal con una guerrilla formada de hombres activos y resueltos; y recorriendo con ella constantemente el territorio michoacano, distrajo de continuo la atención de las tropas realistas, que en vano le per-

segúan; habiendo sido innumerables las veces que el esforzado guerrillero, con golpes de audacia, derrotara al enemigo.

II.

UN HECHO HEROICO.

En Valladolid (hoy Morelia) se hizo memorable un hecho heroico, que ha pasado de padres á hijos con todos sus detalles, y el cual deseamos que, por ser verdadero, lo perpetúe la historia, y no lo lleven al libro de la leyenda sus mismas asombrosas proporciones.

Fungía de Comandante Militar de la ciudad el despótico y cruel Don Torcuato Trujillo, de tristísima recordación, y queriendo tomar venganza de los frecuentes descabros que los insurgentes causaban á las tropas realistas, mandó aprehender y poner en rigurosa prisión á las cónyuges de algunos de ellos, que vivían en este lugar, como sospechosas de conspiración.

Por supuesto que entre éstas se hallaba la esposa de Villalongín, Doña Josefa Huerta, contra quien, por ser su marido el jefe más odiado, se dictaron las medidas más severas respecto de su reclusión, y aun se le llegó á condenar á muerte á raíz de uno de los brillantes triunfos alcanzados por el valiente guerrillero sobre las fuerzas del Gobierno colonial.

Era el segundo día de capilla de la infeliz esposa, cuando, á los albores de la mañana, tras un ligero tiroteo habido en la Garita del Zapote, al Oriente de la ciudad, se escuchó el tropel de caballos que á galope tendido y persiguiendo al retén que había en dicha garita, penetraban por la calle Real de la ciudad hasta la Plaza de Armas. A ese retén se unieron algunos soldados de los de la guardia de la Casa de Recogidas, que estaba entonces en un sólido edificio de dos pisos, que existió contiguo á la Capilla de las Animas, y en el cual se encontraba presa la esposa de Villalongín.

Motivaba aquel alboroto el hecho de que el denodado insurgente, sabiendo el peligro

que á su cara consorte amenazaba, con treinta hombres de los más valientes de su guerrilla había sorprendido á la fuerza que guarnecía la Garita, y dejando en ese punto la mitad de su gente, y haciendo que la otra mitad penetrase con estrépito hasta el centro de la ciudad, él y su asistente, se detuvieron en la puerta de la Casa de reclusión, y, acometiendo á los soldados que aún quedaban allí, les hizo rendir las armas. Y mientras el bravo asistente guardaba la entrada, el audaz jefe, prendiendo con las espuelas á su arrogante caballo, subió con ligereza las escaleras de mampostería, hasta llegar al piso principal, donde se hallaba la reo de muerte.

Ella, al escuchar el tumulto, sale de la capilla y encuéntrase con los brazos de su esposo que la estrechan y suben á la silla; descendiendo luego Villalongín las escaleras con aquella preciosa carga que había arrancado á la parca inexorable.

Paso á paso, y radiante de satisfacción, recorrió Villalongín la calzada que conduce á la Garita, seguido de su fiel asistente y de la escolta que, después de llegar á la plaza y sembrar el pánico en la población, regresaba también al punto de partida. Allí, confiando á su asistente el cuidado de la prófuga, tendió su gente sobre las lomas del Zapote, esperando, como era natural, la salida de la fuerza realista á perseguirlo.

III.

EL ATAQUE DEL ENEMIGO.

Así fué: cuando la sorpresa calmó, Trujillo hizo salir violentamente un escuadrón á batir al osado enemigo; pero éste, que se hallaba preparado y tenía un jefe en la extensión de la palabra temerario, tan luego como los realistas hicieron la primera y única descarga, se les echaron encima con tal brío, que les obligaron á voltear grupas y regresar á la ciudad, seguidos largo rato por los jinetes de Villalongín, quien les había ordenado que no usasen los machetes si no era para azotar las ancas de

los caballos del enemigo, pues, como todo valiente, era generoso y humanitario.

De esta manera concluyó aquella hazaña heroica, que hizo popular en toda la provincia de Michoacán al denodado guerrillero.

Muchos fueron todavía los rasgos de arrojo con que siguió ilustrando su breve, si bien gloriosa vida de soldado, aquel infatigable insurgente, al defender la noble y sagrada causa de la Patria. Pero en aquella época de prueba para los dignos hijos del generoso Hidalgo, estaba escrito que lloverían sobre ellos nuevas y tremendas desgracias.

A fines de 1814, hallábase ocupando á Puruándiro Villalongín, con un regular número de fuerza. Don Agustín de Iturbide, que había intentado varias veces sorprender —siempre sin éxito— al famoso guerrillero, combinó con el Teniente Coronel Castañón caer sobre aquella plaza en el momento en que fueran menos esperados.

IV.

TRAGICO FIN DEL HEROE.

En efecto, el primero de Noviembre de dicho año, fiesta de Todos Santos, que antiguamente con más pompa que hoy era solemnizada en todas partes, la fuerza insurgente se diseminó por la población, entregándose al paseo y á la alegría, después de que su jefe hubo recibido aviso de los exploradores, de que el enemigo se encontraba en Irapuato.

Serían como las cuatro de la tarde, cuando de improviso llegaron hasta el centro del pueblo dos columnas de dragones y atacaron el cuartel donde tenía su alojamiento aquella fuerza. La guardia resistió inútilmente el empuje de los asaltantes, quienes penetraron al edificio, que era la casa del Diezmo, y á pie y desarmado sorprendieron á Villalongín al salir de una peiza, y en la puerta del mismo cuartel, sin pérdida de tiempo, lo arcabucearon.

Tal fué el trágico fin del hombre que en

pocos años conquistó la fama de temerario y la gloria de patriota.

Su cadáver fué sepultado al siguiente día en el último tramo de la iglesia parroquial del lugar, en donde acaso todavía existan los restos, que el Gobierno debería apresurarse á recoger, para que reposen junto á los de los otros héroes de la Independencia.

Puruándiro ha dado á la calle en que se consumó la ejecución del mártir, el nombre de Villalongín, y la capital de Michoacán ha honrado también la memoria del mismo héroe, haciendo que lleve su apellido uno de los más hermosos jardines de la ciudad, construido precisamente en el sitio que ocupó la cárcel de donde aquél extrajo con audacia inverosímil á su aprisionada esposa, para librarla del cadalso.



Doña Leona Vicario.



LEONA VICARIO.

I.

Fué hija de padres ricos, y era ya una joven de diez y ocho años, cuando éstos fallecieron. Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, su tío materno, como curador, se hizo cargo de su persona y de sus bienes hereditarios, y para cuidar mejor de ella, pensó que debía vivir á su lado. Al efecto, tomó en arrendamiento la casa número 19 de la calle de Don Juan Manuel, en la cual formó dos viviendas separadas, una que destinó á Leona, y otra que reservó para sí y su familia.

Habituada la joven á toda clase de comodidades domésticas, cuidó de conservarlas; y al efecto, en su nueva casa, convirtió una bodega en cochera para guardar sus dos carruajes. Compró y mandó construir muebles nuevos, como canapés con cojines forrados en seda; mesas grandes, rinconeras, sillas, cómodas y aguamaniles de madera de bálsamo y embutidos; espejos grandes con otros ovalados en los copetes; baúles de linaloé pintados, candelabros de cristal azul turquí dorado, bombas de cristal blanco con sus cadenillas para colgar y pinturas de valor. El mismo buen gusto aparecía en su vajilla de Sajonia, en sus vasos de cristal dorado, en sus cucharas, cucharones, tenedores, cuchillo, braserito, candeleros, saleros y vinagrera, todos de plata, y principalmente en los útiles y enseres que sólo ella usaba, como su rosario de perlas

y oro, de siete misterios; sus escobetas con guarnición de seda y plata, para peinarse; su partidor de plata y sus peines de carey; sus fundas de almohada hechas de cambray y entretejidas con lazos de listón; su almohadilla de madera de bálsamo con chapita y llave de plata; su dedal de oro; sus devanadores de carey con seda y su caja de pinturas muy finas, maqueada.

Leona, además de abrigar un intenso misticismo, era muy caritativa: socorría á los pobres, á veces con gruesas sumas de dinero, los curaba con su propia mano en sus enfermedades, los mantenía en su vejez desvalida, y perdonaba cuando le hacían algún mal.

La piedad religiosa que le infundieron sus padres, no decayó en ella después de que murieron. Profesaba igual devoción á Nuestra Señora de los Remedios y á Nuestra Señora de Guadalupe. Cultivaba las bellas artes, las ciencias y la literatura.

Leona era de estatura regular, robusta y bien formada; movimientos graciosos; rostro lleno, afable y sonrosado; frente ancha, alta y vertical; cejas muy delgadas; ojos grandes, negros, de mirar luminoso, firme y enérgico; nariz fina y correcta, y boca pequeña y sonriente; Don Carlos María de Bustamante nos dice que "la naturaleza no le había negado un personal airoso y distinguido."

Leona vestía con elegante distinción. Tenemos una noticia muy incompleta de su guardarropa, pero que, sin embargo nos hace saber que Leona usaba gorras de raso blanco y listones morados; sobretúnicos de gasa azul de Italia, guarnecidos de fleco y lentejuela de plata; bandas de tafetán color de rosa con fleco de plata; guantes grandes y chicos de taflete; medias con botín bordado, y zapatos de raso, bordados también.

Como, además de hermosa y elegante, Leona era, según dejamos dicho, naturalmente, inteligente; de una virtud acendrada; de una perfecta religiosidad; hábil en el arte de la pintura; instruida en historia, política, ciencias naturales y literatura; conocía el idioma francés; descendía de padres honorables, y poseía un buen capital,

debió sobresalir entre las demás señoritas de la alta sociedad de la Nueva España, por lo común extremadamente ignorantes, y despertar amor en no pocos de los jóvenes que tuvieron la fortuna de tratarla.

Fué el preferido de Leona Don Octaviano Obregón, notable miembro de una de las familias más opulentas de la provincia de Guanajuato; pero emigró á España, en donde á poco fué electo Diputado á Cortes, y no volvió á México.

II.

Entretanto, entró como pasante al bufete del tío de Leona, el joven yucateco Andrés Quintana Roo, quien á la sazón tenía veinte años. Era de rostro ovalado, lampiño y de color moreno, y un tanto encendido; pelo fino y lacio; frente pálida, amplia, eminente y majestuosa; ojos cafés oscuros, muy expresivos y, a decir de nuestro poeta más popular, "húmedos de pasión;" nariz sólida y ligeramente agulleña; labios delgados, cortos y de gesto amable; barba ancha y bien delineada.

Andrés vestía elegantemente; usaba, ora camisa de irlanda, levita negra de paño de primera con alamares de seda, pantalón azul ó blanco, de casimir ó de cotonía lisa y chaleco blanco de cotonía lisa ó con rayas moradas; ora camisa de estopilla lisa, cascaca negra ó azul, de paño de primera ó de casimir con botones de seda ó de metal amarillo, calzón negro ó café de paño de primera ó de casimir, chaleco de seda negra, liso, y medias inglesas de hilo ó francesas de seda rayada. Usaba, además, pañuelos ingleses blancos, con orillas de varios colores; rosario de corales engastados en oro y de cruz del propio metal; pesada cadena, también de oro, hecha en China; gruesas hebillas, asimismo de oro, en el calzado, y bolsillos para los duros ó pesos de plata y para las onzas y escuditos de oro.

Caracterizaban á Andrés un patriotismo acendrado, viril y capaz de la mayor abnegación; una honradez severa; excelentes sentimientos humanitarios, que lo mante-

nían dispuesto á todo instante para hacer el bien; una gran inteligencia; una inspiración muy levantada; copiosos conocimientos, y una palabra fácil y graciosa, que se volvía fascinadora cuando hablaba de la patria. Pronto figuraría Andrés en la Nueva España como uno de sus mejores poetas, por sus bellos y valientes versos, y como uno de sus escritores más notables, por su estilo clásico y de noble elocuencia.

En la casa de Don Agustín Pomposo, Leona y Andrés tuvieron ocasión de tratarse frecuentemente. Hermosa ella, apuesto él, y ambos jóvenes, buenos, inteligentes, instruidos é igualmente apasionados de su patria, era completamente natural que llegaran á amarse. Y sucedió, en efecto, que acabaron por amarse.

Andrés se hallaba en el bufete de Don Agustín Pomposo cuando estalló la guerra de Independencia; y desde luego se afilió entre los mexicanos que pusieron toda su alma al servicio de ella. Si no se presentó desde luego en los campos del combate, se debió quizá á que esperaba casarse antes con Leona. Solicitó para ello el correspondiente permiso de Don Agustín Pomposo, pero éste se lo negó; y parece que aquella repulsa lo decidió á abandonar la capital para ir á unirse á los insurgentes que combatían en Oaxaca bajo las órdenes de Morelos. Quintana Roo redactaba allá, á mediados de Julio de 1812, el "Semanario Patriótico Americano."

III.

Leona abrazó también la causa de la Independencia, sin vacilaciones ningunas, con todo el entusiasmo de su corazón ardiente, con toda la clarividencia de su gran talento, con todo el poder de su extraordinario carácter, plenamente convencida de que al fin triunfaría aquella causa.

Lanzado ya el grito de Dolores, Leona solía recibir en su casa á diversos amigos, partidarios de la emancipación de México, y á veces al tratar con ellos de ésta, se exaltaban tanto sus sentimientos patrióti-

cos, que la obligaban irresistiblemente á salir al balcón de su casa para gritar allí, enardecida y resuelta: "Vivan mis hermanos los insurgentes." Con frecuencia sus amigos tenían necesidad de reprimir su ardoroso patriotismo, que ella no podía ocultar, por ser de un carácter naturalmente franco é impetuoso. No olvidaba un momento á los insurgentes, ni dejaba de rezar diariamente "por el progreso de su causa." Sentía no ser hombre para lanzarse á guerrear al lado de ellos.

No obstante, en la capital, prestó á la Independencia valiosísimos servicios, tan meritorios, indudablemente, como los que le prestaron los guerreros insurgentes sobre los campos del combate.

Hizo ver á muchas personas partidarias de la Independencia, pero cohibidas por los tremendos edictos de las autoridades eclesiásticas, que aquéllos eran absurdos, y no merecían fe.

Escribía constantemente á los jefes de la revolución para alentarlos en su empresa con frases de fogosa simpatía; para remitirles impresos contrarios al Gobierno virreinal, que, según el Oidor Berazueta, encerraban más veneno que letras tenían, y para ponerlos al tanto de cuantas disposiciones dictaban en su contra las autoridades supremas realistas: con varias de las noticias que adquirió "á costa de muchos riesgos y dinero," y que muy oportunamente envió á los campos de Tenango, Zitácuaro y Tlalpujahua, evitó "muchos golpes á la insurrección," que pudieron haberla "sofocado en su cuna." Escribía también á Andrés, pero no para hablarle de amores, sino para tratar de la Independencia, que era su única ambición; así, en el archivo de Leona, "ninguna carta amorosa" de Andrés se encontraba. Leona puso siempre á la Patria sobre todas las cosas, aun sobre su mismo amor: por esto exigió á Andrés, para corresponderle, que luchara en favor de la Independencia, aunque seguramente no necesitaba exigirselo, pues Andrés demostró muy pronto un patriotismo sincero y profundo.

Mantenía correspondencia, asimismo, con

algunas de las esposas de los insurgentes, á fin de comunicarles noticias tranquilizadoras acerca de sus deudos.

En verdad, Leona "era el conducto por donde se comunicaban los patriotas de México:" á causa de esto recibía de los insurgentes paquetes de cartas muy gruesos, que le traían "varios correos," que ella misma estableció.

Aunque las personas adictas á la Independencia acostumbraban romper ó quemar los papeles de los insurgentes, para evitar, en caso de que fueran procesadas, una segura condenación de parte de las autoridades realistas, Leona conservaba cuidadosamente todos los que recibía, si bien tomando la precaución de contestarlos con cifra cuando se referían á asuntos delicados; trabajaba, así, pacientemente, en formar claves que fueran de las menos usadas; pero no porque pensara en su propia suerte, sino para salvar á sus amigos insurgentes, á quienes designaba prudentemente con los pseudónimos de Telémaco, Robinsón, Nemoroso, Lavoisier, etc., etc., tomados de las mejores obras literarias é históricas que leía.

Atenta de continuo á los demás, se preocupaba mucho de los correos insurgentes, que tanto se exponían á ser aprehendidos por las fuerzas realistas, y los recomendaba del modo más eficaz á los jefes de la revolución, haciéndoles ver que esos hombres humildes prestaban verdaderos "servicios á la patria," y merecían, por lo mismo, algún premio.

Leona hacía algo más aún. Conquistaba con palabras de elocuente patriotismo á jóvenes animosos para que fuesen á engrosar las filas insurgentes; les daba armas y municiones, que no abundaban en los campos de la Independencia, y muy cuidadosa por los mismos jóvenes, escribía para saber si habían llegado allá felizmente.

Ella concibió y llevó á cabo el atrevidísimo proyecto de seducir á los mejores armeros vizcaínos que servían en la Maestranza del Virreinato, y de enviarlos al Campo del Gallo, de Tlalpujahua, á fin de que fabricaran fusiles en él, los que construyeron

efectivamente, y resultaron "tan perfectos como los de la Torre de Londres;" no han de haber sido pocos los armeros que mandó, pues pudieron fabricar "diez cañones de fusil por día," y proveer, así, muy pronto, á los soldados insurgentes, con el armamento necesario. Ese proyecto era tal vez el que Leona calificaba de "muy benéfico á la nación," en una carta que escribió á Doña Gertrudis del Castillo, el 10 de Diciembre de 1813. De tal suerte, Leona remedió la principal dificultad que impedía á los insurgentes hacer la guerra eficazmente.

Probablemente Leona persuadió también á su primo Don Manuel, hijo de Don Agustín Pomposo, y al escribiente de éste, Don Ignacio Aguado, á que salieran de la capital á combatir en favor de la Independencia, pues ambos jóvenes se fueron con Andrés á Oaxaca, sentaron allí plaza de soldados insurgentes y mantuvieron desde entonces una correspondencia muy activa con Leona. El "Ilustrador Americano" del sábado 21 de Noviembre de 1812, llamaba á Don Manuel "joven á todas luces, benemérito de la patria, y daba la noticia de que se le había conferido plaza de Alférez de la 3a. Compañía del Regimiento número 1 de Infantería, lo que demuestra que el comportamiento militar de Don Manuel fué completamente satisfactorio.

De su propio peculio Leona socorría "á los presos por causa de la insurrección;" cubría el valor de las armas, municiones y gastos de viaje de los jóvenes que mandaba á los campos de la guerra, y sostenía en la capital á las familias de los armeros vizcaínos que asimismo había enviado allá.

Leona, para hacer todo esto, y distraer cualesquiera cantidades de estas sumas tan reducidas, tenía que prescindir de muchas cosas á que siempre estuvo acostumbrada; verbigracia: dejó entonces de usar coche, vendió las mulas en Enero de 1812, y poco después el único carruaje que había conservado.

IV.

En Febrero de 1813 fueron sorprendidas sus relaciones con los insurgentes, y comprendiendo Leona el inminente riesgo que corría, de que las autoridades realistas la procesaran y condenaran, se resolvió á huir al Sur, donde aquéllos se encontraban. Así lo hizo, dirigiéndose con dos de sus criadas al pueblo de San Juanico. Al buscar allí hospedaje, sólo pudo encontrarlo en estrechos jacales de indígenas, sin camas ni muebles y mal abrigados, dentro de los cuales permaneció oculta dos días seguidos, teniendo que mudarse continuamente de unos á otros, pues no bien conocían sus dueños que andaba fugitiva, la despedían, por temor á las autoridades realistas, que acostumbraban hacer crueles escarmientos en los indios.

A fin de aproximarse á los insurgentes, Leona abandonó á San Juanico, y guiada por un indio, caminó á pie cuatro leguas, sobre ásperas lomas y bajo un sol ardiente, hasta llegar al pueblo de San Antonio Huisquílucan, de la repetida jurisdicción y alcaldía mayor de Tacuba, el cual tenía una población como de ochocientas familias indígenas. Leona debió llegar muy tarde y sumamente rendida de fatiga, porque no estaba acostumbrada á tan largas y penosas caminatas como aquélla.

También allá tuvo que alojarse en miserables jacalitos y que cambiarse de unos á otros repetidas veces.

Por todo lo cual, quedó al fin hinchada de los pies y enteramente lastimada. Recrudesció su enfermedad con la falta de alimentos suficientes y sanos; sólo podía conseguir "huevos en mole" para almorzar, y "frijoles mal gulsados" para cenar, no obstante que cuanto pedía pagaba "con bastante amplitud;" parece que su ama de llaves le llevó algún dinero. De allí que, enferma, mal alimentada y sin disfrutar reposo, su situación llegase á ser extremadamente angustiosa.

A la sazón, pasó por Huisquílucan el insurgente Trejo, á quien Leona se apresuró á pedir "socorros y auxilio para pasar á

Tlalpujahua;" pero Trejo, que sin duda carecía de buena educación y muy probablemente ignoraba los importantes servicios que Leona había prestado á la causa de la Independencia, le respondió groseramente "que allí no querían gente inútil ni semejantes muebles, que lo que necesitaban era gente útil para las armas." ¡Con cuánta amargura oíría Leona esta respuesta, que la condenaba casi indefectiblemente á caer en manos de las autoridades realistas!

Averiguado por Don Agustín Pomposo el lugar donde se encontraba, mandó buscarla, y fué hallada enferma y en la mayor miseria. Conducida á México, fué encerrada dos días después en el Colegio de Belén, hoy cárcel del mismo nombre. (Marzo de 1813). Se le siguió el correspondiente proceso, y en él manifestó la mayor entereza, siendo digno de llamar la atención que al contestar los interrogatorios, jamás delató á nadie; se olvidaba de su propia suerte, y sólo cuidaba de salvar á los demás.

V.

Como los insurgentes no podían abandonar á Leona, que tantos servicios les había prestado antes, y que todavía ahora, estando presa, no vacilaba en ir al patíbulo por salvar á algunos de ellos, resolvieron extraerla á toda costa del colegio de Belén y ponerla fuera del alcance de las autoridades realistas. Encargáronse de llevar á cabo esta empresa temeraria, los Coroneles Don Francisco Arróyabe, que había sido Teniente Coronel de Dragones de España; Don Antonio Vázquez Aldana, antiguo Sargento Mayor de las milicias de Campeche, y Don Luis Alconedo, perseguido desde 1808 por el Gobierno español, á causa del movimiento de Independencia de aquel año; funcionaba de jefe el Coronel Arróyabe. Probablemente no consiguieron comunicarse con Leona, porque debió impedirsele la estricta vigilancia á que estaba sujeta; corrobora esto la circunstancia de que no se llegó á notar en ella inquietud ó indicio alguno que hiciera pensar que maquinaba evadirse.

Como quiera que haya sido, diversos hombres comenzaron á rondar el Colegio de Belén, desde el 20 de Abril, y á tomar informes de "por dónde se entraba para el torno de arriba;" de esos individuos, uno andaba á caballo, con "manta de xerga," y otro á pie, con capa, ora obscura, ora de color, y en la copa del sombrero, "dos galoncitos de plata y en el medio uno de oro, con su escarapela." Se sabe que el día 22, eran seis, los hombres que rondaban el Colegio, montados todos á caballo: uno llevaba capote; tres, mantas moradas, y dos, mantas de jerga. Al siguiente día, éstos mismos, armados y bajo las órdenes del Coronel Arróyabe, se estacionaron frente al costado Norte del edificio, y "junto á los Arcos de la Cañería," como á las cinco de la tarde. María Ventura Medina, que los vió allí, todavía á la hora de oraciones, se acercó á ellos, en compañía de su cuñada, pensando que pertenecían á la Acordada; pero al verlas, uno desenvainó el sable, "y, con ademán de darles, les dijo que se fueran para su casa, antes que las volaran de un balazo," amenaza que obligó á las dos mujeres á alejarse á toda prisa.

Al anochecer, tres de aquellos hombres se dirigieron hacia las rejas del Colegio, y los otros tres permanecieron junto á los arcos, cuidando de los caballos. De los tres primeros, uno, alto, traía capote ó "caplín" y sombrero negro y paño de sol, y dos, chaparros, usaban mantas de jerga ó rayadillo obscuro, paños de sol y botas camperas. Uno de éstos se apostó en la puerta para dar á sus compañeros la voz de alarma en caso necesario. Los otros dos penetraron en la portería, á las siete menos cuarto, precisamente cuando vieron que iban á cerrarla; pusieron á las porteras las pistolas sobre el pecho, y les dijeron que matarían á la que se moviese; uno se quedó allí vigilándolas, mientras el otro, que era sin duda el jefe, siguió para el patio y se introdujo en la pieza que habitaba Leona. Una vez dentro, cogió de un brazo á una de las señoras Salvatierras, y le preguntó: ¿U. es?: ella contestó: no, señor, no soy yo; él volvió á decirle, porque sin duda no conocía á

Leona: sí, U. es; entonces aquella señora cubrió á Leona con su cuerpo para que no la viese, pero él, asomándose por encima del hombro de la señora, preguntó á Leona: ¿U. es?, y como seguramente Leona respondió que sí, la tomó de un brazo y la sacó de la pieza, sin que bastara á impedirlo la señora, que se esforzaba por detener á Leona del otro brazo, y decía á su raptor con suma congoja: por amor de Dios que no se la lleve U. Al llegar á la portería, el hombre que allí estaba se unió á su jefe. En medio de ellos, Leona salió á la calle "con bastante risa." Su extracción no había dilatado "ni dos minutos."

Leona tuvo que sentir un placer inmenso cuando se vió libertada así, después de cuarenta y dos días de rigurosa prisión, por un pequeño grupo de insurgentes que, como ella, luchaban por su patria, y á quienes desde un principio había llamado sus hermanos.

Sus salvadores la condujeron hasta los arcos; montáronla allí "en un caballo que llevaban á prevención;" montaron á su vez ellos y sus compañeros en sus propios caballos; la pusieron en el centro, y violentamente partieron hacia uno de los barrios de la ciudad, donde ocultaron á Leona: era imposible extraerla luego por alguna de las garitas, ya cerradas.

Tampoco pudieron sacarla de la capital durante los días siguientes, porque desde la misma noche de la evasión se dictaron órdenes severas para que se detuviera en las garitas á toda persona que no fuese "notoriamente conocida y de confianza;" y para que los cabos de policía practicaran "las más activas y eficaces diligencias," á fin de averiguar el paradero de Leona.

Leona se vió obligada á permanecer oculta "mucho tiempo" en la capital: hubiera sido una temeridad loca tratar de burlar "la vigilancia multiplicada" que las autoridades realistas desplegaron por reaprehenderla.

Pero cuando al fin esa vigilancia disminuyó un tanto, Leona salió para el Sur, custodiada por los mismos insurgentes que la habían extraído del Colegio de Belén, quie-

nes caminaban disfrazados de arrieros y conducían un atajo de burros, cargados unos con huacales de frutas y legumbres ó con cueros de pulque, montados otros por varias mujeres, entre ellas una negra "hara-rosa," sentada sobre "dos huacales," que era Leona. Antes de salir así, Don Luis Alconedo le dijo, al darle la pintura para que se ennegreciera: "Señorita, va U. á quedar horrible." Y ella contestó al punto: "No importa, aunque parezca una furia infernal, como logre contribuir á la felicidad de mi patria."

Ciertamente, Leona jamás tuvo en cuenta su propia salvación; hoy, no la aseguraba aún, y ya se exponía á nuevos peligros por la emancipación de México, pues dentro de aquellos cueros y legumbres llevaba á las huestes insurgentes tinta de imprenta y letra de molde, en pequeños botes y paquetes, respectivamente.

No de otra manera caminó Leona hasta llegar á Oaxaca, teniendo frecuentemente que pasar á través de los destacamentos realistas.

VI.

Su permanencia allá fué tan penosa como su dilatado viaje. Desde su evasión, Leona no pudo disponer de ningunos recursos pecuniarios; diez y seis pesos que guardaba en el Colegio de Belén, quedaron allí porque no tuvo tiempo para recogerlos.

A pesar de todo, su natural delicadeza y "su destinterés, que era igual á su patriotismo," no le permitieron pedir nada á los jefes insurgentes. Así que, se resignó á hospedarse "en una casa que habia servido de caballeriza," y á vivir con la mayor miseria: durante su dilatada caminata, ya habia tenido que dormir sobre "un petate."

No hay que dudar de que se apresuraron á auxiliarla su prometido Quintana Roo, su primo Don Manuel Fernández de San Salvador y los varios amigos que tenia allá, como Don José Ignacio Aguado, Don Miguel Gallardo y Don Carlos María de Bustamante, nombrado por Morelos Inspector General de Caballería del Ejército de su

mando con fecha 3 de Marzo de 1813; sabemos de una manera positiva que Don Carlos habló á aquel caudillo acerca de la difícilísima situación de Leona, y que Morelos no sólo le contestó: "Ya está bajo las alas del águila mexicana, muy justo es protegerla, sino que desde Chilpancingo escribió á Leona, el 21 de Octubre, preguntándole dónde pensaba radicarse y cuáles eran sus urgencias "en lo pronto" para ocurrir á ellas, según lo exigiese; no obstante, Leona se abstuvo de pedirle alguna cosa.

Poco tiempo después, Leona contrajo matrimonio con Quintana Roo, en Tlalpujahua, según lo dice uno de sus biógrafos. Formaba parte del Congreso instalado en Chilpancingo, el prometido de Leona, Don Andrés Quintana Roo; y obligado aquél á andar de aquí para allí, á causa de las persecuciones de las fuerzas realistas, á todas partes lo siguió nuestra heroína. Los diputados y personas que los acompañaban se habian visto expuestos continuamente, durante toda su peregrinación, á ser muertos ó aprehendidos por los numerosos soldados realistas que los perseguían. Además, habian tenido que sufrir penosísimos trabajos y privaciones inauditas; caminaban á ple largas jornadas; casi nunca recibían dinero, y, si alguno alcanzaban, era en cantidad irrisoria; comían "los alimentos más groseros," á veces sin sal: el pan muy negro, el maíz tostado y el piloncillo, se distribuían "como pan bendito;" alojábanse en común dentro de las miserables chozas que encontraban, y solía suceder que durmieran "al raso enteramente, como en el llano de Atunes;" el mismo Supremo Congreso llegó á celebrar sus sesiones á la intemperie. "bajo de unos naranjos," en la hacienda de la Zanja; por último, su escolta se reducía á ochenta soldados "desnudos" y armados solamente de garrotes, excepto cinco, que tenían fusiles.

Leona sufrió aquellas desdichas sin cuento, estóicamente, con ánimo imperturbable, sin arrepentirse un solo instante de haber abrazado la causa de la Independencia, ni manifestar tampoco la debilidad propia de su sexo. Por lo contrario, día á día andaba

entre los soldados inmutablemente serena, afable y sonriente, saludándolos con cariño; repartiéndoles sus alimentos, animándolos cada vez que salían á combatir, alabándolos si volvían victoriosos, ó confortándolos si regresaban derrotados, y curando por su mano á los heridos: era para ellos un genio tutelar. Alguna vez que el Supremo Congreso mostró flaqueza, Leona se presentó ante él para "alentarlo con decisión varonil y exhortarlo á concluir la empresa, despreciando la muerte y los cafalzos."

VII.

Los jefes realistas Concha y Llano, ofrecieron á Quintana Roo y á su esposa el indulto; pero ambos lo rechazaron indignados, habiendo la segunda contestado á Concha "que si volvía á querer seducirla, haría que fusilaran á sus enviados." Esto hizo que fuesen perseguidos más y más estrechamente por las fuerzas realistas, viéndose obligados, para escapar, á huir de continuo por desiertos, montes y cerros. Huyendo así, Leona dió á luz su primera hija, dentro de una áspera cueva, el 3 de Enero de 1817, en un lugar llamado Achipixtla, que tal vez hoy nadie conoce. Leona debió sentir mucho no poder envolverla entre ricos pañales, ni acostarla sobre un lecho delicado, ni arrullarla con tranquilo sosiego, como ella lo había sido al nacer. Llevada la niña en un "huacal" hasta algún pueblo cercano, recibió allí el nombre de Genoveva, apadrinando su bautismo el General Rayón.

Como ahora las tropas del Rey entraban en todas partes, y la niña Genoveva hacía muy difícil la fuga constante, Leona y Quintana Roo escogieron, en la Sierra de Tlatlaya, una barranca escondida, donde no existía sino un pequeñísimo rancho, llamado de Tlacocuspa, sujeto á la jurisdicción y Alcaldía Mayor de Sultepec, y allí se escondieron, refugiándose bajo algún techo mísero, sin tratar á los hombres, comiendo escasísimos alimentos, vistiendo ropas groseras y faltos de lo más necesario, mas satisfechas sus almas con su amor recípro-

co, con su pequeña Genoveva y con sus esperanzas, siempre vivas, de ver al fin libre á la patria.

Empero, hasta en aquel lugar solitario penetraron las tropas realistas, el 14 de Marzo de 1818, bajo las órdenes de Don Vicente Vargas y Don Ignacio Martínez, dos antiguos jefes insurgentes indultados, dos antiguos hermanos de Leona, que hoy servían al Gobierno español. Martínez había dado parte de que por aquellos rumbos se encontraba oculto Quintana Roo, y á causa de esto le ordenó su jefe que, acompañado de Vargas y veinte dragones, procediera á la aprehensión.

Al verlos inesperadamente de lejos, debió comprender Quintana Roo que era imposible cualquiera resistencia, y que no le quedaba otra salvación que la huida, porque, si lo aprehendían sin haber solicitado antes la gracia de indulto, sería condenado á muerte de una manera irremisible, á causa de la gran participación que había tenido hasta entonces en los Gobiernos insurgentes; pero estando ya las fuerzas realistas en la barranca, tenía necesidad de huir con la mayor rapidez, y, si llevaba consigo á Leona y á su hija, ni ellas ni él lograrían escapar, y los tres serían muertos seguramente por las balas de los realistas. Quintana Roo confió sin duda en que las autoridades españolas tratarían á Leona con indulgencia y nunca osarían condenarla á muerte, y, sin tiempo para hacer otras consideraciones, extendió violentamente, á nombre propio y de Leona, una brevísima solicitud de indulto, á la cual puso fecha 12 de aquel mes, y escapó sólo, obligado quizás por la misma Leona. Momentos después, llegó Martínez con Vargas y los dragones, y la aprehendió. Leona, grave y digna, se limitó á entregar la solicitud de indulto firmada por su esposo. No obstante, quedó presa y fué conducida al pueblo de San Pedro Tejupilco, de la susodicha jurisdicción de Sultepec, juntamente con "su equipaje," que ya no contenía las gorras de raso, ni los sobretúnicos de gasa de Italia, ni las bandas de tafetán, ni las medias bordadas, ni tantas otras prendas exquisitas á

que antes Leona estuvo acostumbrada; ella misma debió llevar en brazos á su hija desde Tlacocospa hasta San Pedro Tejupilco.

Comunicóse luego la aprehensión al Comandante de Temascaltepec, Teniente Coronel Don Miguel Torres, y se le remitió la solicitud de indulto presentada por Leona; Torres lo concedió inmediatamente y, además, hizo que llamaran á Quintana Roo.

VIII.

Entre tanto, éste supo, el 15 de Marzo, que Leona estaba presa y que había sido "estropeada y escarnecida." Arrepintiéndose entonces de haberla dejado; temió tal vez que fuese fusilada, y, poseído de una desesperación sin límites, quiso salvarla á cualquier precio, aun cuando para ello tuviera que servir al Gobierno español contra la causa de la Independencia, por la que había sacrificado todo con suma abnegación: el amor suele enloquecer, y evidentemente Quintana Roo idolatraba á Leona. Escribió, pues, una carta al Comandante Torres, en la cual le decía que, por haber sido "miembro de todos los Gobiernos revolucionarios," durante siete años, había "podido adquirir suficiente conocimiento de la empresa (de Independencia) y de los perjuicios que resultarian á la América de que se llevase al Cabo, quando su verdadero interés es inseparable de su unión con España;" que en fuerza de este desengaño, se habría presentado, desde hacía días, á recibir "la real gracia del Yndulto," si no se lo hubiesen estorbado dificultades insuperables; pero que hoy, aprehendida, maltratada y vejada su esposa Doña Leona Vicario, él no podía menos que estar en ánimo de indultarse "y hacer quantos servicios" pudiera al Monarca español, si se le afanzaba "la libertad, buen trato y seguridad" de su citada esposa, se le restituían "todos sus derechos de ciudadana" y se echaba un velo sobre los acontecimientos que habían motivado su proceso en 1813; que para él nada exigía y todo lo dejaba "á la buena fee y clemencia del Gobierno," y que si fuesen necesarios algunos sacrificios, quería sufrirlos en su

persona exclusivamente, con tal de que no se siguiera "el menor perjuicio" á su esposa ni se la incomodara "por ningún motivo."

Escrita la carta anterior, recibió Quintana Roo el llamamiento que le hacía el Comandante Torres, por lo que al momento se trasladó á San Pedro Tejupilco. Reunióse allá con Leona, y ambos quedaron custodiados, mientras que el Virrey resolvía si aprobaba ó no la gracia de indulto que les había otorgado el mismo Comandante Torres. No fué sino hasta el día 27, cuando el Virrey confirmó dicha gracia, y aunque declaró que no la sujetaba á "condición alguna," como á renglón seguido decía que Leona y su esposo debían disfrutarla en España, les imponía paladinamente la terrible restricción del ostracismo.

Leona y su esposo no llegaron á salir para España, porque tampoco el Consulado llegó á pagarles la libranza de ocho mil pesos que habían recibido, y el Virrey no quiso sufragar los gastos de viaje por cuenta del Gobierno. Así que, Leona y Quintana Roo disfrutaron aquí, de hecho, la gracia de indulto.

Entendemos que al fin se les permitió que se establecieran en la capital, pues Quintana Roo se incorporó en el Ilustre y Real Colegio de Abogados, el 22 de Agosto de 1820, y, el 12 de Marzo del año siguiente, resultó electo por la misma capital, Diputado á Cortes para 1822 y 1823, cargo que no desempeñó, á causa, probablemente, de que careció de fondos para ir á España.

Durante aquel año de 1821, Leona tuvo á su segunda y última hija, que fué llamada María Dolores.

IX.

Leona y su esposo se instalaron en la casa número 2 de la 3a. calle de Santo Domingo, ó de los Sepulcros; y allí Leona, sin dejar nunca de cumplir con sus "obligaciones de buena ciudadana" y de sincera creyente, se consagró á su hogar, como "fiel esposa y cuidadosa madre de familia," y á hacer el bien á cuantos lo necesitaban y acudían á ella: mantuvo al "benemérito, pe-

ro pobrísimo" P. Sartorio, durante sus últimos años, y á otros individuos, y convirtió su casa en "asilo de muchos pobres;" de su desprendimiento daban también testimonio las ricas alhajas que lucía la imagen de la Virgen de la Capilla del Rosario de Santo Domingo. Por todo lo cual, su viejo amigo Don Carlos María de Bustamante la llamaba "el ornamento de su secso y la gloria de su patria."

Murió piadosamente, como habla vivido, á las nueve de la noche del 21 de Agosto de 1842 años, á los cincuenta y tres de su edad, en la casa número 2 de la 3a. calle de Santo Domingo, dentro de la recá alta que forma esquina con la calle de Cocheras. Su cadáver fué llevado, primeramente, al templo de Santo Domingo, donde se le hicieron pomposas honras fúnebres, y conducido después al Panteón de Santa Paula, para su inhumación. Presidió los funerales el Presidente de la República, General Don Antonio López de Santa Anna, y concurren á ellos otras incontables personas distinguidas. Los periódicos dieron la noticia del fallecimiento de Leona con sentidas frases de condolencia y de justo elogio á sus excelsos méritos.

GENARO GARCIA.



MORENO Y MINA EN EL FUERTE DEL SOMBRERO.

I.

Aquellos dos héroes immortalizaron con sus hazañas el sitio del Fuerte del Sombrero.

Don Pedro Moreno había nacido en la hacienda de la Daga, perteneciente á Lagos, el día 18 de Enero de 1775, hijo de Don Manuel Moreno Verdín, y de Doña Rosario González, quienes por sus recursos pecuniarios y por su educación, ocupaban en aquella sociedad uno de los primeros puestos.

Pasaron los años, y cuando se proclamó la Independencia, encontraron á Don Pedro Moreno, dueño de las haciendas de La Saucedá, de Matanzas de Abajo y del rancho de Coyotes, y entregado al comercio, después de haber estudiado en el Seminario de Guadalajara, Latinidad, Filosofía y algo de Jurisprudencia, distinguiéndose en su carrera y sustentando actos públicos y lucidos exámenes.

Entró en relaciones con los insurgentes de Apatzingan, en el año de 1812, y amante del engrandecimiento y de la autonomía de su patria, olvidando riquezas y reposo, se arrojó en el torbellino revolucionario á principios del año siguiente.

Estaba casado con Doña Rita Pérez, quien siendo natural de San Juan, vivía en Lagos con sus hijos, de los que el mayor, Don Luis, sólo contaba doce años de edad, mien-

ro pobrísimo" P. Sartorio, durante sus últimos años, y á otros individuos, y convirtió su casa en "asilo de muchos pobres;" de su desprendimiento daban también testimonio las ricas alhajas que lucía la imagen de la Virgen de la Capilla del Rosario de Santo Domingo. Por todo lo cual, su viejo amigo Don Carlos María de Bustamante la llamaba "el ornamento de su seculo y la gloria de su patria."

Murió piadosamente, como habla vivido, á las nueve de la noche del 21 de Agosto de 1842 años, á los cincuenta y tres de su edad, en la casa número 2 de la 3a. calle de Santo Domingo, dentro de la recá alta que forma esquina con la calle de Cocheras. Su cadáver fué llevado, primeramente, al templo de Santo Domingo, donde se le hicieron pomposas honras fúnebres, y conducido después al Panteón de Santa Paula, para su inhumación. Presidió los funerales el Presidente de la República, General Don Antonio López de Santa Anna, y concurrieron á ellos otras incontables personas distinguidas. Los periódicos dieron la noticia del fallecimiento de Leona con sentidas frases de condolencia y de justo elogio á sus excelsos méritos.

GENARO GARCIA.



MORENO Y MINA EN EL FUERTE DEL SOMBRERO.

I.

Aquellos dos héroes immortalizaron con sus hazañas el sitio del Fuerte del Sombrero.

Don Pedro Moreno había nacido en la hacienda de la Daga, perteneciente á Lagos, el día 18 de Enero de 1775, hijo de Don Manuel Moreno Verdín, y de Doña Rosario González, quienes por sus recursos pecuniarios y por su educación, ocupaban en aquella sociedad uno de los primeros puestos.

Pasaron los años, y cuando se proclamó la Independencia, encontraron á Don Pedro Moreno, dueño de las haciendas de La Saucedá, de Matanzas de Abajo y del rancho de Coyotes, y entregado al comercio, después de haber estudiado en el Seminario de Guadalajara, Latinidad, Filosofía y algo de Jurisprudencia, distinguiéndose en su carrera y sustentando actos públicos y lucidos exámenes.

Entró en relaciones con los insurgentes de Apatzingan, en el año de 1812, y amante del engrandecimiento y de la autonomía de su patria, olvidando riquezas y reposo, se arrojó en el torbellino revolucionario á principios del año siguiente.

Estaba casado con Doña Rita Pérez, quien siendo natural de San Juan, vivía en Lagos con sus hijos, de los que el mayor, Don Luis, sólo contaba doce años de edad, mien-

tras la menor, Guadalupe, cumplía año cuatro meses.

Digno de notar es que la distinguida esposa de Moreno no tratara de disuadirlo de sus patrióticos propósitos, ni se arredrara ante la magnitud de los peligros, ni vacilara en presencia de los sacrificios que tenía que imponerse desde luego.

Mujer de corazón, supo correr la suerte de su esposo, á quien siguió siempre en sus campañas y en medio de las penalidades sin cuento que por todas partes vinieron á probar el temple de su alma; jamás se la vió desmayar ni procurar inducirlo á la vida egoísta y retirada.

Tres años y medio duraron las campañas de Moreno, las que dieron principio con la insignificante acción de Piedras Coloradas, en donde, mandando poco más de cien hombres, fué derrotado por el Comandante Don Santiago Galdamez al frente de una Compañía de soldados del interior, llamados "panzas" porque usaban unos grandes chalecos encarnados.

Retiróse el nuevo insurgente á reorganizar sus huestes, y como su vencedor lo persiguiera con afán, volvieron á encontrarse en el rancho llamado de "Las Jaulas," donde Moreno tuvo la satisfacción de ver huir á su enemigo.

El 12 de Julio de 1814 se aproximó á Lagos, y á dos leguas de distancia, en un sitio llamado hacienda de los Ranchos, logró encerrar á Galdamez con ciento cincuenta hombres.

Empezó el año de 1815 bajo buenos auspicios para el defensor de la libertad de su patria, pues aunque el día 10 fué derrotado en La Sauceda por la división de Revuelta, después, perseguido por éste, se hizo fuerte en un punto llamado "El Zapote," logrando hacerlo retroceder y tiroteándolo "por cosa de dos leguas."

II.

Pero ninguno de tan repetidos combates revistió la importancia de la defensa que hizo Moreno el 23 de Enero de 1816 del Fuerte del Sombrero. Atacólo Brilanti en

combinación con Negrete, y á pesar de haber hecho un empuje extraordinario, tuvo que retirarse con mil pérdidas.

Así pasaron los primeros años de lucha en encuentros insignificantes, hasta que el nuevo adalid, comprendiendo la necesidad de formar un centro de operaciones militares, á la vez que un baluarte donde pudiera defender con éxito su causa, hizo fortificar el cerro de "El Sombrero" en la Sierra de Comanja, llamado así por la forma que presenta. Dista once y media leguas al Oriente de Lagos, y seis al Norte de León, y como se encuentra en el centro de la expresada serranía, está rodeado de algunas eminencias que lo dominan, como la mesa de las Tablas, que está situada al Norte, á distancia de un tiro de fusil, y otras, de las cuales lo separan barrancas y arroyos, como la mesa de Los Borregos, que se halla al Este, mediando la profunda barranca de Barbosa; el cerro de Negrete al Sur y el cerrito del Comercio al Oeste, del que está separado por la barranca del Rincón. "Reduciase, dice Robinson en sus "Memorias," á una altura de quinientos pasos de larga, en dirección de N. á S. y elevada cerca de mil pies sobre la llanura de León. Al Norte había un sendero estrecho, al borde de un precipicio, por cuyo medio se unía la altura á una serie de colinas, una de las cuales dominaba el fuerte, á distancia de un tiro de fusil. Esta sola circunstancia bastaba para no poderlo defender contra un serio ataque; pero Moreno se creía muy fuerte, por haber rechazado á los realistas en una tentativa que hicieron para entrar. Al Este, el fuerte estaba separado de los montes por un profundo barranco. Al Sur el declive de la altura era muy rápido, y al Oeste, ya bajada al llano áspera y difícil. Por la parte del Sur salían al llano dos estrechas veredas: al fin de la que se unía al fuerte, en un espacio de cincuenta pies de ancho, había un muro mal construido. Flanqueábanlo dos baterías no muy bien planteadas, en cada una de las cuales sólo había un cañón, que dominaba la mayor parte de la vereda y el declive, pero no podía enfilarse el barranco. Esta era la

única entrada regular del fuerte. En el lado opuesto había una elevación cónica, coronada por una obra de un cañón que dominaba también la vereda. El fuerte se hallaba también defendido hasta cierta distancia, por rocas perpendiculares y precipicios, y por un muro bajo construido más allá; pero la verdadera defensa era el violento declive de los montes. La artillería consistía en diecisiete piezas, viejas, malas y casi echadas á perder, de calibre de dos á ocho. La casa del Comandante, los almacenes, hospital y la mayor parte de las habitaciones de los soldados, estaban á la parte del Sur, de la elevación cónica. Había, además, algunas chozas, entre las rocas del fuerte. El mayor de todos sus defectos era la falta de agua, pues la Guarnición tenía que proveerse de un arroyo, que estaba á la extremidad del barranco, á cerca de ochocientos pasos de los muros."

Por espacio de cerca de dos años se mantuvo Moreno en aquella posición, que le servía de punto céntrico y cuartel general de sus operaciones, motivo por el cual el Gobierno mostró tanto empeño en apoderarse de ella.

Apenas habían comenzado las campañas del patriota lagüeño, y ya los pesares habían acibarado su corazón. A fin de estar expedito con su esposa para expedicionar á toda hora, habían tenido necesidad de abandonar á su pequeña hija, la niña Guadalupe, que sólo contaba año y medio de edad, confiándola en la hacienda de Cañada Grande al cuidado del padre Don Ignacio Bravo, que á sus buenos sentimientos reunía las circunstancias de ser amigo de Moreno y adicto á la causa independiente. En Abril de 1815 trataron de sorprender al caudillo los realistas Brilanti y Alvarez, quienes aunque no lograron su intento, sí se apoderaron de la pequeña niña, la cual tomó Brilanti en sus brazos, salvándola del furor de su compañero, que empeñosamente quiso que se la matara, estrellándose su furor y su venganza ante la energía de aquél, que tuvo que decirle: "Ni un grano de maíz he tomado de esta hacienda; nada más que esta niña. Ella es mi

prisionera, y usted no tiene ningún derecho sobre ella."

El que trataba de matarla era el mismo Cura Alvarez, que había merecido el apodo de "Chicharronero," por la bárbara costumbre que tenía, de quemar á sus prisioneros, costumbre que bien se adunaba con el no menos bárbaro deseo de matar niños!

Aquel jefe realista, que supo salvar de una muerte segura á la desventurada niña, encariñóse con ella y la hizo su cautiva, tratándola después como si fuese hija suya.

Un año después, cuando el General Cruz le propuso á Moreno el indulto, lleváronle el pliego al Fuerte del Sombrero, el padre Don Pedro Vega y Don José María Gómez; y como se rehusara á aceptar aquel humillante perdón, le instaron recordándole que en ello se interesaba su amor paternal hacia la niña Guadalupe, á quien por ese medio podía recobrar. Entónces el héroe respondió con entereza, que aún tenía cuatro hijos de quienes podían apoderarse, pues estaba dispuesto á sacrificarlos todos en aras de la patria.

Al poco tiempo, su hijo Luis, que sólo contaba quince años, moría, peleando como un héroe, en unión de Don Juan de Dios, hermano de Don Pedro, combatiendo en la Mesa de los Caballos, al lado de Encarnación Ortiz!

Con todo esto, llegó día en que á pesar de sacrificios y esfuerzos, de ilusiones y esperanzas, la causa revolucionaria se vió en completa decadencia.

III.

Mas vino entonces un nuevo episodio á renovar la lucha, siquiera fuese para que á la hora de la victoria se contaran mayores merecimientos, ya que no se obtuvo el triunfo desde luego, por más que se contara con él en un principio. Don Javier Mina, con el valor propio de los descendientes de Megara, el invicto de Numancia, y de los defensores de Gerona, con el entusiasmo por la libertad propia de Caton, y con la actividad de César, apareció en la historia

como un redentor, para tornarse al día siguiente en víctima.

Aquel joven guerrero, que contaba sólo 27 años de edad, y había prestado ya grandes servicios á España, contra los franceses, desde que la invadieron en 1808, hasta que fueron arrojados por el valor de sus hijos y la victoria de los Arapiles, sufría en Londres las amarguras del destierro á que lo condenara su amor á la Constitución de 1812 y la ingratitud y el despotismo de Fernando VII. Trabajó allí relaciones con el padre Mier, que á fuer de buen mexicano, estimuló á aquel fogoso liberal para que viniese á México á ayudar á los independientes á sacudir el yugo borbónico, y Mina, que acostumbrado estaba á pelear por la independencia y por la libertad, se prestó gustoso á defender en América la misma causa que tanto le debió en España.

A los tres días de llegado á Sombrero recibió Mina aviso de Don Encarnación Ortiz, de que iban sobre él dos brigadas mandadas por el Coronel Don Cristóbal Ordóñez y el Comandante general del Bajío Don Felipe Castañón, por lo que al punto salió á su encuentro, acompañado de Don Pedro Moreno, que llevaba un destacamento de cincuenta infantes y ochenta lanceros mandados por Ortiz, con el cual destacamento, llegaba la fuerza total á trescientos ochenta soldados. Pernoctaron en Aldabalda, y el día 28, cerca de San Felipe, en un punto llamado San Juan de los Llanos, Los Arrastres, ó rancho del Terrero, como le llama Moreno, se encontraron con la brigada realista, fuerte de seiscientos cincuenta hombres. Unos cuantos minutos duró la carga dada por los insurgentes con tal brío, que los hizo dueños del campo, en el que quedaron tendidos Ordóñez, Castañón y Calderón, con trescientos soldados, habiendo ocurrido la notable circunstancia de que los artilleros realistas cargaron los cañones con pesos duros por no tener á la mano la metralla. Mina, generoso y justiciero, llenó de elogios á Moreno y á sus patriotas compañeros, por su brillante comportamiento.

Ufanos y llenos de gloria regresaron am-

bos caudillos al Fuerte del Sombrero, de donde dió aquél su parte á la Junta de Gobierno con fecha primero de Julio, volviendo á salir á los pocos días, porque supo que los ciento y tantos soldados que acababan de escaparse en el último combate, se habían fortificado en la Hacienda del Jaral, con los milicianos y criados que mandaba el Marqués del mismo nombre.

Era éste Don Juan Moncada, riquísimo propietario, descendiente de españoles, pero mexicano de nacimiento, que llevado de su aborrecimiento á la causa de Hidalgo, había procurado su exterminio por cuantos medios estaban á su alcance, ora levantando tropas á sus expensas, ora haciendo cuantiosos donativos á los realistas, ora, en fin, tomando él mismo las armas y haciendo de su propia hacienda un baluarte fortificado de la tiranía.

A la aproximación de las tropas de Comanja, huyó Moncada con sus soldados, encargando á su Capellán que recibiese á Mina y le suplicase que no hiciese daño á sus propiedades. Cumplió el padre con su encargo; mas habiéndole denunciado el joven Navarro, que en una pequeña pieza contigua á la cocina, se había enterrado una gran cantidad de dinero, mandó hacer una excavación, y cuando ya llevaba una profundidad considerable, una palada de tierra arrojada por los excavadores hacía arriba, en la cual iban muchos pesos sueltos, anunció que habían encontrado lo que buscaban.

La noticia del hallazgo se difundió al punto entre la tropa; así es que luego se aglomeró un inmenso gentío que quería ver aquella aventura con sus propios ojos, siendo tal el tumulto, que hubo que colocar dobles guardias en la pieza, en la que sólo permanecieron Moreno, Ortiz, tres oficiales del Estado Mayor del General en jefe y los operarios.

Sacóse hasta la suma de \$140,000, la cual fué transportada inmediatamente á Sombrero, cargándola en cuatro carretas tiradas cada una por catorce bueyes, hasta un punto llamado San Bartolo, en donde se cambió á un atajo de burros que la condujeron

hasta el Fuerte. Iba el valioso convoy escoltado por lanceros; pero como caminaban de noche y por entre la sierra, fácilmente se escaparon algunos de los infieles y codiciosos guardianes, llevándose burros cargados, y teniendo por eso frecuentes riñas, de las que resultaron tres muertos, habiéndose con tal motivo extraviado \$33,000, pues cuando llegaron al Fuerte sólo se contaron \$107,000.

IV.

Concluida con tanta fortuna la expedición al Jaral, Mina regresó á Sombrero, sabiendo por un aviso que Borja le llevara, que allí lo esperaban los señores Dr. San Martín y Lic. Cumplido, miembros de la Junta de Jaujilla, con lo cual apresuró su marcha. Celebróse entonces una importante conferencia en la cual se discutió el plan de operaciones, hallándose reunidos los referidos miembros del Gobierno y los principales jefes de la insurrección en el Bajío.

Se dió el mando superior al denodado Mina, lo cual fué del agrado de Moreno, que lo veía acreedor á tal distinción por sus relevantes méritos, así como lo fué también del incansable Encarnación Ortiz, de Borja y otros.

Mientras Mina y Moreno cubrían sus sienes de inmarcesibles laureles, el partido realista en todo el país se hallaba atónito y atemorizado ante tanta audacia y tan gran valor como había desplegado el insurgente español. Por todas partes llovían proclamas de fidelidad á Fernando VII, se levantaban tropas, se recogían fondos, se divulgaban falsas noticias y se hacía alarde de entusiasmo realista.

El Gobierno virreinal viendo el incremento que tomaba el partido insurgente al soplo de Mina, dedicó todas sus fuerzas y sus mejores jefes á su persecución. Acababa de llegar de la península Don Pascual de Liñán, Mariscal de campo, quien por el cuidado que ponía en el aseo de su persona y la elegancia con que vestía, llamó la atención en México, siendo objeto de burlas y chanzas, mas como viniera precedido de en-

vidiable reputación militar, recibió el encargo de mandar las numerosas tropas que de todas partes se destinaron á sofocar el renaciente incendio revolucionario que amenazaba abrasar á la Nueva España.

En tal virtud, Liñán se fortificó en Querétaro, mientras se aproximaban las tropas con que debía operar, y una vez que el brigadier Don Pedro C. Negrete se situó en León con una división de Nueva Galicia, y que llegó el batallón de Zaragoza, mandado por el Coronel Don Estanislao Loaces, se aproximó hacia el foco insurgente de la Sierra de Comanja, en combinación con Orrantía, que bajaba de Dolores, y con el Coronel Ruiz, que venía de San Luis Potosí, formando en su alrededor un círculo de hierro y estableciéndose en Silao el 26 de Julio.

Al día siguiente salió Negrete de León para Silao á encontrar al General en jefe, llevando 250 caballos y dos cañones ligeros, y como Mina supiera luego tal movimiento, la tarde del mismo 27 salió del Fuerte acompañado de Moreno al frente de quinientos dragones y por la noche atacó aquella villa.

Desgraciadamente, un destacamento avanzado luego que vió la tropa insurgente se replegó dando la voz de alarma, y como la víspera había sido reforzada la población, circunstancia que ignoraba Mina, fué recibido con un vivo fuego de fusilería, de suerte que aunque llegó hasta la plaza, se apoderó de un cuartel é hizo varios prisioneros, tuvo que retirarse con bastantes pérdidas, pues se contaron 79 muertos y 25 prisioneros, si bien los defensores de León tuvieron que lamentar más de cien muertos.

Fué éste el primer revés que sufrió aquel valeroso caudillo que coronó su atrevido esfuerzo con un acto de generosidad de los que le eran comunes, poniendo en libertad á sus prisioneros, mientras el jefe realista, que era el Coronel Andrade, fusiló al punto todos los que él hizo.

Aquel ligero desastre y la proximidad del enemigo, que redoblaba cada día su vigilancia, obligaron á aquel puñado de patriotas á reducirse á la defensa del Fuerte del Sombrero, en que se hallaban, y que por tanto tiempo había servido de refugio al Mariscal Moreno con el carácter de Jefe de la provincia de San Luis Potosí, que le había dado el Gobierno independiente.

Los elementos con que se contaba en el Fuerte, consistían en seiscientos cincuenta hombres de las partidas de Mina, Moreno, Ortiz, Santiago González y Borja, que llegó dos días antes con 60 jinetes, contándose por todos habitantes como 1,000 personas, con las mujeres, ancianos y niños. Había diecisiete cañones, todos viejos y mal montados, de calibre de dos á ocho, algunas reses, cerdos, borregos, cecina, arroz, maíz, azufre, salitre, etc., etc. Mas la fortificación carecía absolutamente de agua, la cual tenían que ir á tomar de un arroyo, que aunque corría á corta distancia, estaba fuera de las murallas. Sólo en la casa de Moreno había un pozo ó algibe, pero estaba seco.

Por parte de los realistas, según sus propios datos, se contaban 617 españoles del Regimiento de Zaragoza; 462 del de Navarra; 250 criollos del de Toluca; 1,205 de caballería de los Regimientos Fieles de San Luis, San Carlos, Querétaro, Nueva Galicia, Colima, Sierra Gorda, y Realistas de Apam y 1,000 de la brigada del Coronel Don Juan Rafols, ó sea un total de 3,541, con doce piezas de artillería y cuatro obuses.

Mina avisó con fecha 31 de Julio el principio de las operaciones, al padre Torres, que se hallaba en el Fuerte de los Remedios, excitándolo para que atacase á Guanajuato ó á los mismos sitiadores, según le pareciese, llevando la siguiente postdata, que muestra á la vez que su entusiasmo por el ejército el desencanto que abrigaba en el fondo de su alma por la diferencia en la disciplina y equipo de sus subalternos y de sus enemigos: "Se me van los ojos, escribía de su puño, tras del Regimiento enemigo

que está subiendo, por el gusto que me da ver marchar la tropa en tan buen orden."

Desde el primero de Agosto á la madrugada, las baterías de Liñán mantuvieron por muchos días un fuego vivísimo, gastando inútilmente y con profusión las municiones, porque por la posición y las obras de defensa, no originaban gran daño. Pero el día 2 avanzaron algunos cañones, se colocaron otros en el cerro de las Tablas, y se impidió la comunicación del Fuerte con los aguajes.

Mina, en oficio del mismo día 2, rebosando serenidad y buen humor, después de aconsejar al padre Torres mucha actividad para que atacase á Guanajuato y bloqueara al ejército sitiador, le decía: "Por fin la logramos. Figúrese usted qué cara será la mía teniendo por pelendengues á Liñán, Negrete y Orrantía. La cosa sería más divertida que una corrida de toros si tuviésemos víveres: pero gracias á la apatía general que domina tan soberanamente á todos nuestros hermanos, ayunamos sin ser vigilia. En fin, todo se puede remediar; reunan ustedes toda la gente que puedan, y pónganse ustedes cerca de Guanajuato, camino de Sillao, sin arriesgarse á atacar esas plazas á no estar seguro de tomarlas. Al mismo tiempo se debe prohibir toda entrada de víveres en las plazas enemigas, y si se nos puede introducir algo por el camino de Barbosa.

"Si el movimiento de usted obliga al enemigo á retirarse le iremos picando la retaguardia, y no dejará de sufrir en la retirada. Salud y libertad. Sombrero, Agosto 2 de 1817.—JAVIER MINA."

Pero el agua se había agotado y empezaron entonces horribles sufrimientos, que el señor Orozco y Berra pinta con admirable verdad y maestría en las siguientes líneas: "Mina y Moreno habían creído que los fuegos del Fuerte protegerían la toma del agua; fallidos sus cálculos, creyeron que la falta era muy fácil de repararse, supuesto que estando en la época de las mayores lluvias, se haría abundante provisión de las que el cielo les enviara. Pero se pasaron los días, la corta cantidad de líquido reserva-

do en el aljibe común y en poder de los individuos se agotó al cabo, aunque cuidado con esmero, y comenzaron terribles padecimientos. Los niños las mujeres, los hombres más débiles perdieron la fuerza y el sentido: unos lloraban, los otros sin vigor para manejar las armas, corrían á todas partes como insensatos. En balde se distribuía para mitigar los horrores de la sed, una ración de mezcal, y se recurrió á mascar el jugo de algunas plantas; aquellos licores irritaban más las desecadas fauces y producían nuevos espantosos males. Los más arriesgados bajaban á la barranca á ver si burlaban la vigilancia del enemigo, y de común pagaban su temeridad con la vida; se aprovechaban también las noches oscuras, pero sentidos por la larga fila de los centinelas realistas, apenas podían llenar una pequeña vasija, que sólo servía en el Fuerte de avivar el deseo de cuantos no podían alcanzar algunas gotas. La lluvia era el único recurso, el remedio ansiosamente esperado. Las nubes se presentaban en el horizonte, subían, engruesaban, ocultaban el sol y formaban sobre Comanja un negro dosel; llenos los corazones de esperanza y ansiedad, sin hacer caso del incesante fuego del contrario, los habitantes del Fuerte, sin apartar los ojos, seguían obstinadamente el movimiento de los vapores; preparaban cuantos utensilios tenían propios para recoger agua; sacaban las imágenes de los santos y les dirigían fervientes é incesantes oraciones; el chubasco iba á caer; vana esperanza; las nubes, impelidas por el viento dejaban caer avara y desdenosamente algunas gotas en el recinto de la fortaleza, y se desataban á torrentes á pocos pasos, en el campamento español, en las vecinas llanuras de León. Las mujeres recogían tristemente sus vasijas, se dejaba sin rezo á los santos y volvían á los labios las imprecaciones de la desesperación."

El día 3 fué llamado desde el campo realista el vencedor de Peotillos á grandes voces por el oficial Don Pedro Pazos, quien lo invitó á pasar á sus banderas, recordándole que era español. Hallándose los interlo-

cuñores á considerable distancia el uno del otro, hablaron públicamente á gritos, contestando el insurgente que él no combatía á España, sino al tirano Fernando, defendiendo la libertad.

En la madrugada del 5 Liñán dió un terrible asalto sin conseguir llegar siquiera á los parapetos, pues tuvo que retroceder dejando muchísimos muertos, y entre ellos el Comandante del Batallón de Zaragoza, Don Gabriel Rivas. "Mina se condujo con su acostumbrada bizarría, dice Alamán, peleando á cuerpo descubierto con una lanza en la mano y recibió una pequeña herida."

VI.

Durante cuatro días enteros no probaron el agua los habitantes del Sombrero, hasta que por fortuna llovió el 6, con lo cual se mitigó su mayor pena.

El día 8 hizo una salida el héroe español, quitándole á Negrete un reducto que á su vez tuvo también que abandonar por falta de apoyo oportuno, y como el padre Torres no había enviado ningún socorro, Mina se resolvió á salir en esa misma noche, para ir él personalmente á traer refuerzos, y así lo hizo en unión de Ortiz y Borja, con una partida de caballería.

Alejáronse otra vez las nubes y volvió la sed á atormentar á los patriotas, que se vieron también reducidos á pequeñísimas raciones de alimentos, porque todo faltaba ya en el Fuerte. En vano su antiguo jefe quiso tres veces introducir un convoy, pues una fué derrotado por Rafols en los Sauces, á cuatro leguas de Silao y dos ya en las inmediaciones de Sombrero.

Liñán, que conocía la apremiante situación de los sitiados, dió el día 15 un memorable asalto en el cual tuvo que reconocer que por la fuerza no sería nunca dueño de aquellas encumbradas posiciones: 35 oficiales y más de 400 soldados muertos fueron las pérdidas de los asaltantes, mientras los defensores contaron poquísimos muertos, si bien en cambio registraron entre ellos al Coronel Young, á quien una de las últimas balas del cañón le llevó la cabeza,

después de terminada ya la batalla. Era aquel extranjero un militar inteligente y valeroso que había tomado parte en las guerras de su patria, los Estados Unidos, donde había llegado á Teniente Coronel del 29 Regimiento, y que contaba con el respeto y la estimación de todas las tropas. Había querido dos días antes proponer una capitulación, convencido de que era imposible continuar la defensa, y como algunos insurgentes extraviados por su deseo de mantener sus posiciones, le dijeron que los mexicanos se defenderían sólo sin ayuda de extranjeros, él, picado en su amor propio, contestó jurando, que lo verían morir en aquella fortaleza.

Siguió, por tanto, la heroica defensa, pero aquel puñado de valientes, sin alimentos, sin agua desde hacía muchos días, en unas fortificaciones llenas de brechas y dominadas por el cerro de las Tablas, casi sin municiones y perseguido por la peste de los cadáveres insepultos, no podía continuar en aquel punto.

Lograron varias personas y miembros de la familia de Moreno, evadirse, pues refiere el Dr. Rivera en la página 44 de su "Viaje á las Ruinas del Fuerte del Sombrero," escrito con tanta buena fe como sentimiento y patriotismo, que en la barranca del Rincón había un lugar que permitía un descenso en línea recta. A la media noche se ponía una persona en pie sobre una peña, atada de la cintura con la extremidad de una soga, y era descolgada por medio de varias sogas, y recibida abajo por un indio. Este se había subido antes como los gatos, por las peñas, y había recibido la suma correspondiente á las personas que iba á extraer, á razón de veinticinco pesos cada una. Cuando ya habían sido descolgadas dichas personas, el indio se ataba á la cintura un cordel, los fugitivos se asían de éste para no extraviarse, y comenzaban á andar con el menor ruido que podían, por las veredas conocidas bien por el conductor. Cuando el indio sentía algún ruido cerca de él, ó por su caliente imaginación creía sentirlo, se echaba en la tierra y todos se echaban también, hasta que no se veía nada.

Así caminaban hasta que se ponían muy lejos del anillo sitiador, en donde se despedía el indio y cada uno se iba por donde le parecía."

En vano después de tanto martirio, se intentó una capitulación, pues el Mariscal realista se negó enteramente; así es que la noche del 29 de Agosto fué la designada para abandonar el Fuerte, siendo Don Pedro Moreno, el mismo que lo había señalado para defenderse y quien por más de dos años se había servido de aquel asilo.

"Fué preciso resolverse á salir, dice Alaman, y para ello se clavaron los cañones, se inutilizaron las armas y municiones que no se podían sacar, y se enterró el poco dinero que quedaba. A las once de la noche del 19 se dió la orden de marcha: los heridos y enfermos que quedaban abandonados y estaban seguros de la suerte terrible que les esperaba, pedían á gritos á sus compañeros que les quitasen la vida, ó se tapaban el rostro con las manos para no verlos partir. Apenas la columna había comenzado á bajar la barranca, cuando por la indiscreción de haber dejado que se adelantasen las mujeres y los muchachos, fue descubierta por los realistas comunicándose la alarma á todo el campo en un instante, por las señas que dieron los cohetes de luz, como estaba prevenido. El fuego, que se rompió en la obscuridad, los gritos de las mujeres y los niños; los lamentos de los heridos, la confusión que se introdujo tratando unos de volver al fuerte, otros de pasar al otro lado de la barranca, formaban una escena de horror difícil de describir. Los que lograron salir dispersos en un país que no conocían, fueron en la mañana siguiente alcanzados por la caballería de Bustamante y de Villaseñor y perecieron casi todos, no llegando á cincuenta los que escaparon á favor de la espesa niebla que había, y entre ellos Moreno y Bradburn: los que volvieron al fuerte, aunque intentaron defenderse, no encontraron medios con que hacerlo, habiéndolos destruido ellos mismos antes de salir. Luego que la niebla se disipó en la mañana del día 20, Liñán ocupó el Fuerte con las Compañías de cazado-

res de Zaragoza y Navarra: los fugitivos que habían vuelto á él trataron de reunirse y aun dispararon algunos tiros, pero toda oposición era ya inútil: Sebastián González (debe decir Santiago, padre del General Don Refugio I. González), las mujeres é hijos de éste y de Moreno, cayeron en poder del vencedor; los heridos y enfermos que estaban en el hospital fueron inmediatamente pasados por las armas; los demás prisioneros con 150 operarios que Revuelta mandó de Lagos, se emplearon en los días 20, 21 y 22, en destruir las fortificaciones, y cuando hubieron concluido esta operación, fueron también fusilados todos los primeros en número de más de 200, sin perdonar más que á las mujeres y á los muchachos; igual suerte tuvo el que descubrió dónde estaba el dinero, que tomó en su mayor parte el Coronel de Navarra Ruiz."

Ante aquella espantosa carnicería, no puedo menos que repetir las palabras del señor Orozco y Berra, que expresan la más respetable sanción del derecho, el juicio póstumo que premia ó castiga según se debe, y del cual ningún tirano ni poderoso puede librarse. "Dios pedirá cuenta á los guerreros de la sangre que vierten en el calor de las batallas; los hombres que las creen inevitables, olvidan á los muertos y admiten la guerra, sin asombrarse, con todos sus horrores y desastres; pero la muerte, dada á sangre fría, la muerte sin provecho, la sangre que se derrama después de la victoria, de enemigos inermes é inofensivos, repugna á los sentimientos generosos, y mancha la reputación de los soldados."

VII.

Moreno logró salvarse precipitándose á una barranca, donde estuvo tres días sólo, casi sin comer, y habiéndose enfermado gravemente de disentería, cayó en tal debilidad que no pudo ya andar, y auxiliado por un vaquero que acertó á pasar por donde él estaba, fué llevado al rancho de "El Chamuscado," en donde permaneció curándose hasta mediados de Septiembre, en que ya restablecido, volvió á la gloriosa cam-



Fusilamiento de Matamoros en Valladolid.

paña, en unión de su hermano Don Pascual, Don Manuel González, Don Manuel Orozco y Don Mariano Zermeño, y al frente de unos cuantos rancheros, sus antiguos criados y soldados, dirigiéndose otra vez á la Sierra de Comanja.

Entre tanto, su virtuosísima y amante esposa, la señora Doña Rita Pérez, había esperado su suerte en su casa de la fortaleza del Sombrero, en unión de sus cuatro hijos, Josefa, de diez años, Luisa, Severiano, de dos y medio y Pudenciana de uno y un mes, oyendo espantada pero resignada las victoriosas trompetas y las homicidas detonaciones de las tropas enemigas que llegaban. Fué entonces puesta presa en un jacal y de allí conducida á pie y entre filas, con sus hijitos en brazos á León, donde estuvo en la cárcel pública en una horrible mazmorra en que aun de día necesitaba, para poder ver, de la luz artificial. De allí fué llevada por las nobles instancias del Capitán realista Pozos y de otras personas caritativas, á Silao, donde estuvo arrestada con más consideraciones, hasta 1819, en que se la puso libre, y donde al siguiente día de llegada vió morir á su hija Pudenciana y abortó poco después.

Cuando recobró su libertad aquella mártir, regresó á su pueblo natal, donde murió á la edad de 82 años, cargada de recuerdos y de pesares.

El constante Moreno, á los muy pocos días de restablecido, cuando iba á la hacienda de Santa Ana, cerca de Silao, á enviarle á su esposa sus cartas por conducto del Capellán, cartas llenas de fortaleza y de resignación, se encontró el 29 de Septiembre con su antiguo camarada el indomable Mina.

Con razón el señor Rivera alaba la energía de Moreno. "El héroe, dice, se hallaba en unas circunstancias que hubieran producido la desesperación de cualquiera alma de otro temple. Vea el Fuerte del Sombrero por tierra; el Fuerte de los Remedios, en vísperas de correr la misma suerte; el ejército independiente desmoralizado, el país sin remedio, su esposa y sus hijos en la prisión, su larga y trabajosa campaña sin

éxito, y su muerte cierta. ¿Se echará, pues, sobre su espada, como Catón en Utica y como Terán en Soto la Marina? De ninguna manera. Volvamos á escuchar las palabras de su primera carta (á su esposa): "Un fondo de sufrimiento y de conformidad vale un mayorazgo... ármate de tan fuerte escudo y todo será para tí llevadero." Estas palabras indican que el ánimo de Moreno en la adversidad era semejante á las rocas del Sombrero, y que no sólo tenía fortaleza para sí, sino también de sobra para fortalecer á otros.

VIII.

El Mariscal Liñán, entre tanto, se había dirigido con todas sus tropas á atacar el fuerte de los Remedios en el cerro de San Gregorio, á corta distancia de Pénjamo.

Volvió entonces Mina á acercarse al cerro de San Gregorio, uniéndose con el valeroso Moreno. Juntos recorrieron el campamento español, privándolo de víveres y de recursos, hasta el grado de que Liñán llegó á sentir la escasez de ellos, por lo que relevó al Coronel Andrade, que estaba encargado de perseguirlos, dando el mando en jefe al activo Orrantía. El 10 de Octubre los encontró éste en la hacienda de La Caja, á tres leguas de Irapuato, trabándose allí un reñido combate en el cual no pudo prevalecer el valor sobre la indisciplina de los soldados insurgentes, que cuanto tenían de patriotas, contaban de reclutas. Las pocas aptitudes de los rancheros del Bajío para la milicia, y el traje de gamuza, que usaban, llamado "cueras," habían hecho que aquel caudillo, desesperado de que sus esfuerzos se estrellaran ante la rudeza de su gente, escribiese á un amigo diciéndole: "Amigo Horbegozo! A estos de las levitas de cuero, nadie les hará nunca soldados." Disolvió Mina su partida por tal motivo, encargando á Moreno que volviera á reunirlos en la misma hacienda, mientras él iba á Jaujilla á conferenciar con la Junta del Gobierno, como lo hizo, habiendo llegado el día 12 y sido recibido con mil muestras de merecida distinción.

Cumplió el ilustre lagüeño con aquella comisión, y después de reunirse de nuevo los dos compañeros de destino, atacaron la ciudad de Guanajuato el día 26.

Mina, sin embargo, llevado por su buen deseo de librar á los Remedios de un desastre próximo, y en alas de su temeridad, asaltó sin éxito con su mala caballería esa importante ciudad, defendida por el Teniente Coronel Don Apolonio Linares.

Los dos patriotas Mariscales cuando llegaron al Venadito, considerándose seguros, por vez primera en muchos días, mandaron desensillar los caballos, se quitaron sus uniformes militares y se entregaron al sueño, buscando un pasajero descanso de que mucho necesitaban por su fatigosa marcha de tantos días consecutivos, y que bien pronto habría de trocarse para ellos en descanso eterno!

El jefe realista salió de Silao á las diez de la noche, y cuando á la madrugada del Infausto 27 de Octubre de 1817, se encontraba ya en las cercanías del rancho, lanzó á toda brida ciento veinte dragones del Regimiento de Frontera, para que hiciesen imposible la fuga de los perseguidos. Dormían en diferentes trojes Don Javier Mina y Don Pedro Moreno, pues sólo Don Pascual con otros oficiales de menos graduación, se instaló en un bosque inmediato, en donde se hallaban cuando despertaron al estruendo de las armas y de los caballos. Al punto, tomando Don Pedro su espada, huyó en paños menores, acompañado de su asistente, llamado Mauricio, y aunque logró esconderse entre unas peñas, mandó á su criado, á instancias suyas, por los caballos, con la esperanza de más fácilmente ponerse á salvo, y este traidor, que fue aprehendido, denunció á su jefe, apremiado por la amenaza que le hicieron, de darle muerte.

Trataron entonces de aprehenderlo, acometiéndolo en tropel por todas partes; pero él, sin contar el número de sus agresores, esgrimió su espada, tratando más de morir honrosamente que de buscar una salvación imposible. Recibió varias heridas sin deponer por eso su altiva entereza, y

habiendo caído por un balazo que en la cabeza le dieran, se la cortaron al instante llevándola en trofeo al Coronel realista, quien la remitió clavada en una lanza á Don Pedro Celestino Negrete, que á la sazón ocupaba á Silao. De allí la llevaron á Lagos, donde el Coronel Don Hermenegildo Revuelta la hizo clavar en una asta en la orilla donde empieza el camino al pueblo inmediato de Buenavista. Por espacio de cerca de tres meses vió Lagos aquel sanzriente trofeo de la tiranía, hasta que aprovechando Don Pedro Moreno Guerrero el alborozo en que entró la población al pasar de Obispo para Sonora, Don Fr. Bernardo del Espíritu Santo, la quitó ocultamente y la dió sepultura en la iglesia de la Merced, en el crucero del Evangelio.

Así murió aquel denodado guerrero, que con tanto valor supo agregar el sacrificio de su vida al largo catálogo de sus servicios á la patria!

IX.

Mina, menos afortunado que él, sorprendido y sin armas, fué hecho prisionero desde luego por el dragón José Miguel Cervantes, y conducido á presencia de Orrantía para sufrir el ultraje de que lo regañara como á un niño y le diera después dos cintarazos con su espada, porque contestó con dignidad á sus impertinentes amonestaciones. Algo habría dado el villano realista por no ejecutar acción tan pechera, porque recibió de los labios de su víctima represión tan justa y severa, que llegaría á la posteridad, y ha sido, por lo mismo, el mejor castigo que hubiera podido imponerle el tribunal más adicto á la causa insurgente. "Siento haber caído prisionero, contestó Mina con hidalguía, pero este infortunio me es más amargo por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el carácter de soldado."

Después fué conducido preso al campamento de Lilián, quien lo hizo fusilar á las cuatro de la tarde del día 11 de Noviembre del mismo año, en el cerro del Bellaco, en presencia de los defensores del de San Gre-



Gral. D. Pedro Moreno

gorio, fortaleza de que se apoderó al fin en la noche del día primero de Enero del siguiente año, dando rienda suelta á su carácter sangulnario, pues quemó los hospitales con todos los infelices heridos que allí estaban asilados; alanceó á los fugitivos y fusiló á más de doscientos prisioneros.

Don Pascual Moreno y sus compañeros huyeron al ruido de la sorpresa, y cuando después de aquel horrendo desastre, volvieron al Venadito por la noche, dieron humilde sepultura al cuerpo mutilado de Don Pedro, regándolo con las lágrimas silenciosas que brotaban de todos aquellos ojos, que tan acostumbrados estaban á mirarlo con respeto. Aquel mártir de la Independencia mexicana, era de alta estatura, robusto, casi obeso, de color blanco, de ojos grandes y negros, barba espesa y cabello castaño obscuro, de movimientos graves y de finos modales. Se le llamaba por sus amigos "El Toro," apodo de colegio que le convenía por su fuerza, gordura y valentía, mostrando en su conversación, siempre seria y reposada, un talento no vulgar, patriotismo exagerado, si así pudiera haberlo, y un extenso fondo moral.

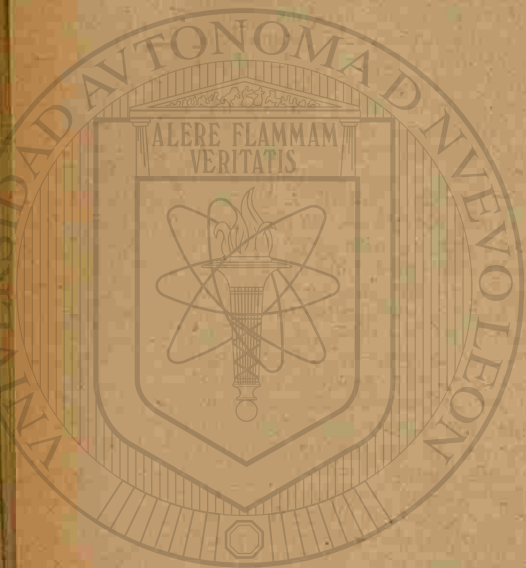
La gloria póstuma ha venido así á reflejarse justamente sobre tan distinguido jalisciense que supo enseñarnos con cuanta verdad asienta Homero que

Es dulce morir por la patria.

"Pulchrum mori."

LUIS PEREZ VERDIA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



LA HEROINA DE PATZCUARO.

I.

Gertrudis Bocanegra era hija de un rico español, vecindado en Pátzcuaro.

Hallándose ya en la pubertad, fué solicitada en matrimonio por un joven de apellido Vega, que era Alférez en los ejércitos del Rey. Para corresponderle, Gertrudis le exigió que abandonara todo servicio del Gobierno virreinal, pues ya desde entonces germinaban en su corazón los sentimientos patrios, que habían de conducirla más tarde hasta el sacrificio. Vega convino en ello, y se dirigió entonces al padre de la joven, á fin de que diera su consentimiento para el enlace.

Trabajo costó que lo otorgara, pues debido á las ideas reinantes, y á que el pretendiente era de color moreno, lo creía de casta inferior á la suya y á la de su hija. Fué preciso que éste empleara algunas influencias no sólo de otros españoles, sino del mismísimo Obispo de Michoacán, y aun del Arzobispo de México.

Vencida al fin la resistencia del padre de Gertrudis, efectuóse el matrimonio, después de renunciar Vega su puesto de Alférez real, en cumplimiento de la palabra que había dado á su prometida.

Como regalo de boda, la hermosa Gertrudis recibió del autor de sus días una casa para habitación, y en ella se estableció con su marido. Gozó de completa dicha en su hogar; tuvo tres hijas y un hijo, y merced

al trabajo del esposo, y á las economías, orden y buen gobierno doméstico de la esposa, aquel feliz matrimonio pudo reunir un regular capital, que le conquistó magnífica posición en el lugar.

II.

Había estallado la guerra de insurrección, proclamada por Hidalgo en Dolores. De un extremo á otro de la antigua Nueva España, se trabajaba por el triunfo de los patriotas. El anhelo de la Independencia era general, y lo mismo palpitaba en el corazón de los campesinos que en el de los ricos, en el de las damas que en el de los niños. ¡Todos querían que México fuera libre!...

En el seno de la familia de Gertrudis Bocanegra, aquel sentimiento había llegado á un grado increíble, pues la animosa matrona, llena de entusiasmo, había comprometido á su esposo y á su hijo, que á la sazón contaba tan sólo diez y siete años, á que abrazaran la causa de la Independencia, tomando las armas y marchando á pelear á las órdenes de algún caudillo insurgente.

En su casa, reuníanse por las noches varias personas de las que simpatizaban con la idea de emancipación, ya para comentar las noticias que se recibían, ya para idear la manera de mandar algunos recursos de gente, dinero y víveres á los jefes que combatían en los campos de batalla. Y á fin de que no se diera á aquellas reuniones, en caso de una sorpresa, el carácter de junta política, se fingía que su objeto no era otro que jugar al tresillo.

Sentábanse todos al rededor de una mesa; pero la señora de la casa tomaba asiento en un canapé de los que entonces se usaban, y desde allí estaba pendiente de lo que pudiera suceder.

Así se fraguaban combinaciones, se tomaban acuerdos y se resolvía lo que debería hacerse, para ayudar á la revolución. Por medio de unos cigarrillos especiales que se torcían por la propia Gertrudis en aquellas fingidas tertulias, se comunicaba lo que allí se acordaba á los que en

lugares próximos ó lejanos luchaban por la patria.

Cierta ocasión, un criado de la señora Bocanegra, que servía de mensajero para llevar á su destino aquellos cigarrillos, fué aprehendido por sospechoso; y aunque nada se le pudo probar, y se mantuvo en una negativa absoluta, fué al fin fusilado, sólo por sospechas. Esto contristó profundamente á la citada dama y sus compañeros; pero no por eso desistieron de sus trabajos, sino que los prosiguieron con el empeño y diligencia acostumbrados.

Sucedió también por aquellos días que un Coronel Gaona, que militaba en las filas insurgentes, se enamoró de la hija mayor de la señora Bocanegra. Excusado es decir que ésta, llena de entusiasmo, consintió gustosa en aquellas relaciones, pues así contaba con un hijo más en el ejército acaudillado por Hidalgo.

Gaona se distinguió de tal manera en la guerra, y fueron tantos los encuentros en que salió victorioso, que según noticia que hemos leído en alguna parte, llegó al grado de General.

Entre tanto, la revolución insurgente había tomado extraordinarias creces. Por todas partes se levantaban guerrillas; en donde quiera se libraban combates.

El hijo de la señora Bocanegra había muerto en uno de ellos, y su esposo, gravemente herido, había sido llevado para su curación al Beaterio de Morelia, en donde estaba, para su seguridad, la hija casada con Gaona. Allí murió Vega á consecuencia de su herida.

III.

El fin de aquellas dos vidas, que le eran tan caras, lejos de abatir á la señora Bocanegra, la llevó á tomar una resolución inaudita, sobre todo, tratándose de una dama acostumbrada á las mayores comodidades. Lanzóse á los campos donde peleaban los independientes, no sólo para compartir con ellos sus trabajos, sino principalmente para exhortarlos á que no desmayaran, así como también para buscarles recursos y

elementos, yendo á los pueblos, haciendas y ranchos en busca de gentes que se agregaran á las filas y tomaran parte activa en los combates.

La ardorosa amazona prestaba así un valioso contingente á la insurrección; pero en cambio, había veces que su presencia en el campamento era embarazosa, especialmente para su hijo político Gaona y sus compañeros, quienes forzosamente tenían que estar pendientes de ella para cuidarla, evitarle molestias y peligros, y ponerla á cubierto de las emboscadas y asechanzas del enemigo. Algunas veces, teniendo que avanzar ó retroceder, según los movimientos de los realistas, no podían hacerlo, sino con grandes dificultades, pues la señora se empeñaba en afrontar las más temidas situaciones. En vano se le suplicaba que se retirara á su casa de Pátzcuaro, para apartarla de los azares de la guerra; ella se negaba á todo, y decía que quería morir al lado de los que defendían á a patria.

Por fin, fué necesario inventar un plan para obligarla á regresar á la ciudad, donde tenía á su familia. Dijéronle que convenía á los intereses de la revolución que fuera ella en persona á preparar un movimiento que debería estallar en Pátzcuaro, y el cual consistiría en que, al acercarse las partidas insurgentes á que pertenecía Gaona, se lanzara un nuevo grito de Independencia por la guarnición de la plaza, que al efecto sería sobornada. Ese grito sería secundado por aquellas partidas, y así quedaría la ciudad toda á favor y en poder de los insurrectos.

Partió la señora Bocanegra para Pátzcuaro, siendo recibida por sus hijas con extraordinaria alegría. Apenas pasados los primeros momentos de expansión, se dedicó á cumplir con el encargo que había recibido. Todo lo preparó con el debido sigilo, prudencia y sagacidad; mas cuando ya creía próximo á lograrse su intento, una delación infame desbarató su obra y causó su desgracia.

IV.

Cuando aún residía en Pátzcuaro, años ó meses atrás, había salvado del patíbulo, á fuerza de dinero, á un sargento de las tropas insurgentes, el cual, fingiendo un profundo agradecimiento, pidió á la señora Bocanegra que lo recibiera en su casa en clase de criado, pues deseaba servirle hasta la muerte, para pagarle su acción noble y generosa. Consintió la señora, y el criado permaneció á su lado durante algún tiempo, encontrándose todavía en la casa cuando aquella regresó del campo insurgente.

Juzgó ella digno de toda su confianza, y desde luego comenzó á utilizarlo en el desarrollo del plan que se proponía realizar; pero sucedió que por aquellos días se perdieron unos cubiertos de plata, y recayendo sospechas en el ex-sargento, la señora Bocanegra le hizo una reconvencción en tono suave y benévolo, que sin embargo lo irritó, siendo esta la causa de que, por despecho y con el deseo de vengarse, denunciara á su ama como conspiradora ante el Comandante de las fuerzas de Pátzcuaro.

Esta infame acción dió el resultado que se proponía el ingrato y malvado delator. Aquel jefe montó en cólera, y lleno de temor de que la conspiración se realizara, inmediatamente se dirigió á la casa de la señora Bocanegra para aprehenderla. Esta se hallaba sentada á la mesa comiendo tranquilamente con sus hijas, y al ser intimada para que se diera presa, contestó con toda calma que estaba á disposición de la autoridad.

Conducida á la cárcel, fué interrogada sobre la conspiración que se le atribuya, excitándola, además, á que dijera los nombres de sus cómplices. Ella contestó con toda entereza que no los tenía, pero que, aunque los tuviera, jamás los denunciaría.

El Comandante la instó repetidas veces, y por varios días, para que confesara, prometiéndole que se interesaría con el Virrey para que la perdonara y le devolviera la libertad á ella y á sus hijas, pues éstas también habían sido detenidas. Ofrecióle, además, la devolución del dinero y alhajas

de que las tropas realistas habían despojado á su familia en una de sus haciendas, estando ella ausente. ¡Todo inútil! La señora Bocanegra, con gran energía, siguió sosteniendo que no tenía cómplices, y agregó que si era culpable, se la castigara con la pena que se quisiera, aun cuando fuera la de muerte.

Despechado el Comandante, apeló á las amenazas y al terror para vencer tan firme resistencia.

Leyó á la prisionera el bando del Virrey, en virtud del cual deberían ser fusilados y colgados los que tomaran parte en la Insurrección, ó de cualquier manera la ayudaran y favorecieran, ó bien conspiraran para procurar su triunfo, advirtiéndole que esa pena se le aplicaría á ella, si continuaba negando los hechos que se le imputaban.

Doña Gertrudis contestó con toda valentía y entereza: "Que estaba resuelta á todo, aun á sufrir la pena de que hablaba el bando realista, y que podía disponerse de su persona, como se juzgara conveniente, siempre que se le probara aquello de que se la acusaba."

No se dió por vencido el jefe realista ante una respuesta tan terminante, pues él quería á todo trance averiguar quiénes eran los comprometidos con aquella heroica mujer, para sublevar las tropas de su mando. Mas la señora Bocanegra, firme como el primer momento, volvió á repetir que no tenía cómplices, y que aunque los tuviera, jamás diría sus nombres.

Ya con esta última contestación, el Comandante no tuvo otra salida que condenar á muerte á la heroína, ordenándole que se dispusiera, para ser fusilada al día siguiente.

V.

Nombróse para que auxiliara en sus últimos momentos á la señora Bocanegra, á un sacerdote franciscano, el cual, lo mismo que toda la comunidad, le tenía gran afecto, por haber recibido de ella incontables beneficios.

La heroína resistió aun las instancias que le hicieron el Ministro de Dios y sus hijas para poner de su parte lo que fuese necesario, á fin de salvar su vida; y resuelta á morir, antes que otros sufrieran por su causa, recibió todos los auxilios de la Religión con ánimo entero y abnegación sublime.

Así marchó al cadalso. Con toda la energía de su gran carácter, arrancóse la venda que cubría sus ojos, y arengó al pueblo para que no desmayara en la lucha y siguiera trabajando para conseguir su Independencia.

Al pasar frente á la puerta del Hospital fundado por su padre, el sacerdote que la acompañaba le preguntó:

—¿Sabe usted dónde vamos?

—¿Cómo he de saberlo—contestó ella,—si han vuelto á ponerme la venda, y no voy por dónde voy?

—Pues estamos frente al Señor de los Bocanegras que está en la puerta del Hospital.

—¿Y podré orar ante El por última vez?....

—Voy á preguntarlo,—le contestó el sacerdote.

Fué, en efecto, á solicitar la licencia necesaria del jefe de la escolta, y concedida que le fué, la señora se arrodilló ante el Crucifijo, orando por breves momentos con gran fervor.

Al levantarse, dijo con gran serenidad:

—Ahora sí, vamos á mi destino, á juntarme con Dios.

La señora Bocanegra siguió con paso firme por su triste y doloroso camino. De trecho en trecho deteníase para exhortar á la multitud á que no se desanimara y á que trabajara por su Independencia, anunciándole que Dios lo premiaría, concediéndole su libertad.

Llegó por fin al lugar del suplicio. Allí la señora se quitó una peineta de oro que sujetaba sus cabellos y la entregó al sacerdote, suplicándole la llevase á su hija mayor, como un recuerdo maternal. Su reloj lo destinó á otra de sus hijas, y por último, recomendó al sacerdote que el chal

de seda que la cubría, le fuese entregado á su hija menor.

—Padre, dígales usted á todas ellas, que su madre, desde el cadalso, y ya próxima á expirar, les envía como un recuerdo estas pobres prendas; que les encarga que jamás se aparten del camino de la virtud, y que yo, desde el cielo, velaré por ellas.

El sacerdote, y los que pudieron oír las anteriores palabras, lloraban conmovidos.

Pocos momentos antes de la descarga que había de acabar con aquella preciosa existencia, la señora Bocanegra volvió á arengar al pueblo, tratando de quitarse la venda por última vez.

No pudo conseguirlo, á causa de tenerla atada con mucha fuerza, y resignada al fin, preparóse á recibir las balas que habían de taladrar su cuerpo.

Estas no tardaron en ser disparadas por los fusiles realistas, cortando en un instante la vida de aquella admirable mujer, que supo sacrificarse por la patria.

¡Así terminó su existencia Doña Gertrudis Bocanegra de Vega, la ilustre heroína de Pátzcuaro!....

VICTORIANO AGÜEROS.



PRECIADO SERRANO.

I

Era éste un joven nacido en Veracruz, de buena familia, buen nombre, y que había disfrutado de alguna riqueza.

A la sazón, es decir, en los últimos tiempos del gobierno Virreynal, época en que se desarrolló el episodio que vamos á relatar, pertenecía al batallón provincial de Tres Villas, que se hallaba en nuestro primer puerto.

Serrano había seguido su carrera desde las primeras clases de la milicia hasta la de teniente, que obtuvo al principio de la guerra de Independencia, sobresaliendo siempre en todo por su reconocido valor y honroso comportamiento. Había, pues, pasado por el crisol de todas las pruebas en aquel tiempo de honor y de abnegación militar.

En Octubre de 1822 quiso el joven general Santa-Anna arrebatarse del poder español el Castillo de San Juan de Ulúa, punto en que se habían refugiado algunos restos de los cuerpos expedicionarios que salían del país capitulados, con la esperanza, sin duda, de que alguna contrarrevolución suscitada por nosotros mismos, devolviese á sus reyes el florón más hermoso de su corona.

El señor don Lucas Alamán, en el tom. 5o., pág. 671 y siguientes de su "Historia de México," se ocupa de este suceso, pero sin mencionar para nada su origen y mucho menos el nombre de Serrano. Cuando el general Santa-Anna, repetimos, tuvo esta pre-

tensión patriótica, no habiendo podido encontrar entre su Estado Mayor un oficial á propósito que quisiese espontáneamente sacrificar su existencia en bien de la causa pública, tuvo la inspiración, por decirlo así, de fijarse en Serrano que pertenecía á otro cuerpo, y á quien habiendo hecho llamar, le dijo:

—Creo ver en Ud., amigo mío, al hombre que busco, porque tengo en ciernes un proyecto, y es el de que nos hagamos del Castillo de Ulúa por medio de una estratagemá. Mis trabajos á este fin los tengo bien adelantados, y el brigadier Lemaure que manda aquél punto enemigo, ha entrado ya en mis desiguos, porque es tal la preocupación que tienen los españoles respecto de la independencia, que la creen obra de unos cuantos, y que la opinión del país está en su favor. En virtud de lo cual, le he hecho comprender mi arrepentimiento en haber contribuido á nuestra emancipación, y el positivo deseo que tengo de entregarle esta plaza, para lo que está convenido vengan fuerzas de Ulúa, que deberán entrar mediante cierta combinación acordada ya, por dos puntos diferentes: por el baluarte de Concepción unas, y por el de Santiago otras, siendo mi plan el siguiente: En determinado punto habrán de apostarse las nuestras, quienes á su debido tiempo harán prisioneras á las españolas; y despojadas que sean éstas de su vestuario y armamento, se disfrazarán con aquél y éste igual número de soldados mexicanos que partirán para Ulúa inmediatamente, alegando desde á bordo de la primera lancha que se acerque al castillo, haber fracasado el proyecto; dejando así confiado al jefe que conduzca nuestros soldados, el hacerse en el acto de Ulúa, matando ó haciendo prisionero el resto de su guarnición, que naturalmente ha de ser inferior en calidad á las tropas españolas que hayan quedado en nuestro poder, para lo cual será español el jefe que vaya mandando nuestras fuerzas disfrazadas, y españoles también muchos de los soldados que las compongan. Pero, amigo mío, me falta un hombre de entereza y de fría resolución que me secunde, porque Lemaure me

exige rehenes competentes que le garanticen nuestro compromiso; y como éste compromiso reclama, francamente hablando, un corazón como el de usted, un hombre que estime en poco su existencia cuando se trata de la gran causa, he creído advertirle que si la misión es peligrosísima por una parte, por otra, si se logra el objeto, usted se hará acreedor á un renombre imperecedero, á que entre usted en el rango de los militares importantes del país, y á que el gobierno no sea indiferente á los adelantos de su carrera, lo que desde luego le garantizo.

Serrano había escuchado atentamente á su general, y creyendo que aún tuviese que agregarle, permaneció callado y esperando.

Este silencio del joven oficial no dejó de alarmar á Santa-Anna, quien acababa de sufrir tres negativas de sus tres ayudantes de campo, á quienes habia hecho igual invitación.

Pero su ojo práctico habia prejuzgado en el oficial de Tres Villas el sentimiento de la gloria, é insistió, diciéndole, con una palmadita en el hombro:

—Y bien, amigo mío, ¿qué me contesta usted; ¿quiere usted hacer este servicio á su país, que consiste en consumir su independencia, deshaciéndonos de esa "madre escucha" que tenemos delante, que en todo interviene, y atiza la discordia?

Serrano entonces, arrastrado por ese vértigo que inspira un gran corazón, y el deseo de hacerse notable por medios tan hermosos, se puso en pie, y sin vacilar, contestó respetuosamente á su general:

—Que desde luego aceptaba tan importante comisión.

Y aquél bizarro joven se apresuró para marchar inmediatamente á Ulúa; mejor dicho, al sacrificio, porque no era otro su cometido.

A la hora, pues, señalada, de la noche del 26 de Octubre de 1822, Lemaure embarcó dos fuertes destacamentos de la mejor tropa que tenía, dirigiendo uno, según lo convenido, sobre el baluarte de Concepción, y otro sobre el de Santiago, quienes eran guiados, con las señales aceptadas, por ayudantes de Santa-Anna. Pero fuese que éste no pudie-

se dividirse y encontrarse en todas partes para dirigir las operaciones con la mesura que el caso exigía, ó porque los españoles caminasen, como era natural, con mucha desconfianza para precipitarse, pues al aproximarse á Concepción, contraviniendo á lo pactado, tomaron casi por asalto el forjín, ó porque los "jarochos" apostados en ambos baluartes, cometiesen la imprudencia de hacer fuego antes de tiempo, el resultado fué que entre mexicanos y españoles hubiese esa noche un combate sangriento en los dos baluartes; en el de Santiago, que tomó á su cargo el general Santa-Anna, y en el de Concepción, que quiso dirigir por sí el general don José Antonio de Echávarri.

Frustrado el designio, los españoles regresaron silenciosamente á Ulúa, para evitar así, mediante la obscuridad de la noche, la certeza de los tiros con que en su retirada se les acribillaba desde la plaza.

II

Serrano había sido aceptado con señaladas pruebas de urbanidad y afecto por parte del brigadier Lemaur, persona grave, pero atenta y complaciente; circunstancia que torturaba, hasta cierto punto, el ánimo del joven prisionero, al ver regresar las fuerzas españolas chasqueadas en su objeto y ofendido y lastimado su orgullo militar, ya por el peligro que corrieran de ser vergonzosamente capturadas, ya por el dolor que sin resultado alguno le causaran sus pérdidas entre muertos, heridos y prisioneros.

Entre tanto, el regreso á Ulúa de las fuerzas españolas, estaba produciendo allí una excitación febril; escasos eran aquellos batallones, y sin embargo, pedían á gritos volver á la plaza, lo que no pasaba más que de un deseo, obra de las circunstancias, pero que, hasta cierto punto, complicaba la situación de Serrano.

El había ido á Ulúa, no á combatir, sino á servir de garantía en un contrato serio; tan serio, que los españoles daban por sentado adquirir la plaza de Veracruz, mientras que él había jugado enteramente su vida en la esencia de aquél contrato, siendo así que

aquella vida era toda entera de los españoles.

¿En qué pensar, pues, teniendo á la vista el fiasco más completo, y tras él, el abismo insondable de la tumba?

En una noble resolución, hija de sus elevados sentimientos; en una de esas resoluciones que divinizan al hombre en el amor sagrado de la patria: en la apoteosis de los héroes.

El brigadier Lemaur, en efecto, después de conferenciar con los jefes de los destacamentos que habían regresado, se dirigió á Serrano, y con una voz ronca y destemplada por la cólera, le ordenó bruscamente se entregase preso.

Y en seguida, una patrulla lo metió entre filas y lo condujo á un pabellón situado en la misma vivienda del comandante del fuerte, que inmediatamente fué cuajado de centinelas.

En la cortina de la fortaleza de Ulúa que mira al Sur, en la que sobre la izquierda se encuentra el Caballero-alto y sobre la derecha la torre de la farola, hay cercanas al citado Caballero-alto, y próximas al departamento del comandante ó gobernador de la plaza, unas piezas que sirven de almacenes y de cuerpo de guardia á la vez; Serrano iba á ser ejecutado en el ángulo izquierdo de la cortina referida, y de capilla iba á servirle una de las piezas ya citadas.

Todo estaba preparado y dispuesto, y mientras que terminaba la operación, que era festinada por instantes, el reo permanecía esperando en la vivienda del gobernador.

Peró poco antes de partir á su postrer destino, en donde le esperaba ya el capellán de la fortaleza, Lemaur, que iba y venía taciturno, dando disposiciones y con el rostro contraído por la impaciencia, se paró repentinamente para decirle:

—Creo deber exhortar á usted para que se sirva decirme, si al venir aquí con la misión que lo trajo, estuvo usted enteramente de acuerdo en que sólo era una ficción la entrega de la plaza de Veracruz.

Y habiendo escuchado Lemaur punto por punto de boca del oficial mexicano la noble participación que había tenido en aquella

estratajema, se quedó como clavado en el sitio en que estaba, ignorando Serrano si admirado de su franqueza, ó de la paciencia que tenía en sufrirlo.

Mas á los pocos instantes, Lemaaur, dando con precipitación algunos pasos por la pieza en que se hallaban, se volvió hacia el prisionero para decirle:

—Y bien, señor Serrano, la persona está ya identificada, y sólo falta que usted se sirva decirme si al presentarse usted, procedente de Veracruz, tenía noticia, ó sospechaba lo que podría sucederle.

—Se comprende, señor general, contestó el joven con dignidad imperturbable.

Toda aquella escena era para el comandante de la fortaleza tan extraordinaria, que no atinaba con lo que habría de hacer. Desde el momento que se le presentó Serrano, le cautivó por la sinceridad de su trato, y le llamaba la atención que habiendo ido allí tan de mala fe para la causa española, tuviese tanta conformidad en sujetarse á la suerte adversa que se le preparaba, porque bien podría objetar cualquiera disculpa como proveniente de la juventud inexperta, ó de haber sido sorprendido maliciosamente....

La franqueza de sus respuestas habian prendado á Lemaaur, el que, sin embargo, clavándole una mirada pasmosa, á la vez que irritable, le tomó por un brazo, y sacudiéndoselo con violencia, le dijo:

—¿Es decir que usted convino con su jefe en que si fracasaba al ardid, quedaría usted sujeto á sus consecuencias? ¿Vino usted advertido con evidencia que tendría la suerte de los espías, como sucederá dentro de breve?

—Sí, señor general, respondió Serrano, inclinándose; fué voto que hice ante las aras de mi patria.

A lo cual el gobernador, llevándose las manos á la cabeza, exclamó:

—¡Basta de proceso!

Y continuó su paseo por la pieza....

El general español, que constituía por sí sólo la justicia en la fortaleza, armado con las leyes de la guerra y excitado por el chasco del sangriento acontecimiento, al interrogar á aquél delincuente que se hallaba

en su presencia sin defensor y abandonado de la tierra, se siente profundamente conmovido en fuerza de sus deberes, de los que, no obstante, no puede excusarse; así que el ruido que haría el sepulturero al estar abriendo aquella tumba anticipada, se confundiría quizá con el eco firme y concentrado de las respuestas del héroe!!

¿Hay por ventura, en nuestra historia, una página más patética?

Serrano en esos momentos, creyó verse conducido á la capilla, miraba al gobernador con impetus de estallar. Y sin embargo, se tocó el corazón y observó que no palpitaba más de lo regular.

Su semblante era alegre, festivo, como el de los antiguos cristianos en presencia de las fieras que iban á devorarlos.

Entre tanto Lemaaur, pensativo, cabizbajo, suspendió de repente su paseo, y acercándose poco á poco á la mesa de su despacho, se sentó para escribir, y concluido lo cual, se paró y dijo á Serrano, abriéndole los brazos para estrecharlo:

—Estáis libre, caballero. tomad esta carta que pondréis en manos del que os mandó aquí. Un bote de esta fortaleza, con bandera blanca, os conducirá mañana temprano hasta ponerlos en las gradas del muelle de Veracruz.

Y Lemaaur, conmovido todavía, le volvió á echar los brazos y lo despidió.

Un mudo apretón de manos fué la única respuesta del joven héroe hacia aquél noble castellano.

Eran las siete de la mañana del siguiente día.

Lemaaur cumplía su palabra de caballero y de soldado.

El bote, con la bandera blanca, zarpaba de Ulúa con su ilustre carga.

Serrano surge del borde del sepulcro para mirar de súbito la silueta conmovedora de la ciudad libre de Veracruz, circundada con sus negras murallas y con sus elevados torreones, en uno de los cuales flamea magestuoso el pendón de Iguala, cuyos vivos colo-

res estremecen de gozo su ardiente corazón.

Vuelve á calentarle el sol de su patria, el que se refleja plateando aquellas olas, mudos testigos de grandes sucesos; aquellas olas que, amigas, le empujan hacia la tierra de la libertad; aquellas olas de cuyo murmurio vuelve á gozar, y cuyo perfume para el hijo de los mares es tan halagüeño; hasta las gotas de agua, que lanzan la punta de los remos, que caen sobre sus vestidos, son otros tantos diamantes que relucen en su rica y feliz imaginación.

Después del sangriento suceso de la noche del 26, aquél bote, banderizado con el signo de la paz, llamó fuertemente la atención de los veracruzanos concurrentes al muelle en aquella hora de la mañana.

Mil conjeturas diversas se acumulaban en los fogosos cerebros de aquél pueblo esencialmente parlero y decidor.

Unos creían que los españoles, convencidos de su impotencia, iban á entrar en pláticas para ajustar una capitulación y marcharse.

Otros, ateniéndose al carácter tenaz de los castellanos, el bote conducía un reto á muerte, recordando que aquellos veteranos eran de los bravos de Baylen.

En suma, y mediante los anteojos que aplicaban sobre el bote, fué reconocido Serrano, y ésta inesperada circunstancia dió más vuelo á las conjeturas, á todas las cuales impuso silencio la presencia del joven teniente, á quien, pasmados de admiración, volvían á ver con vida.

El pueblo veracruzano que pisaba el muelle, ebrio de contento y de placer, prorrumpló al fin en un estrepitoso viva á la independencia. Y tomando entre sus brazos al joven héroe, objeto de aquel regocijo, le condujo en triunfo hasta el salón del palacio municipal de la ciudad, en el que, lleno de sorpresa, lo estrechó también entre los suyos el general Santa-Anna.

La carta que Lemaun escribió á este caudillo, fué, á la vez que concisa, enérgica, con algunas recriminaciones relativamente al suceso de la noche ya referida.

La carta terminaba así:

“Mas sea de esto lo que fuere, cábeme el

“deber de caballero deoiveros con vida á ese recomendable joven; porque mi corazón, como el suyo, es demasiado noble y generoso para destrozarlo en un suplicio; creyendo que en justa retribución me devolveréis al capitán don Domingo Lagru, al teniente don Manuel Zeiden y al sargento y á los ocho ó diez soldados que quedaron allí prisioneros.”

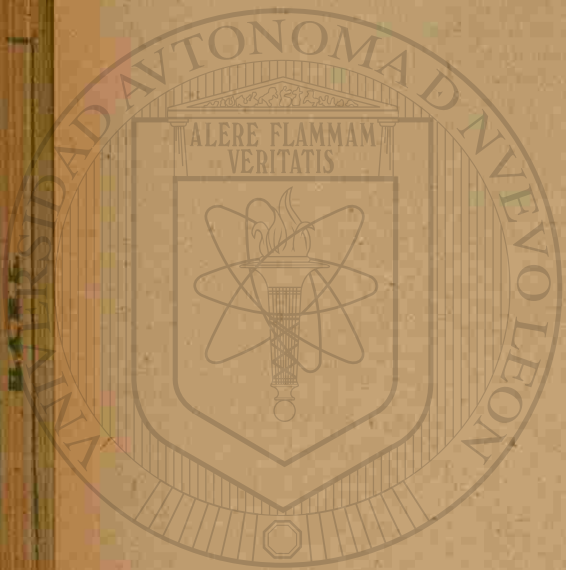
En la historia romana se cuenta la abnegación de Scévola como un suceso de gran mérito; mas el de Serrano, que tiene casi el mismo tinte, lo será también en la mexicana, si este humilde relato tuviese alguno ante los ojos del historiador.

MANUEL M. ESCOBAR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIPLOMA DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



ITURBIDE EN PADILLA.

I

Por los años de gracia del Señor 1808 y 1809, estaba en plena y pacífica posesión S. M. el rey de España, de Canarias y de Jerusalén, de sus largos y dilatados dominios de América. En cuanto á México, lo gobernaba como visorey el bueno y pacífico don José de Iturrigaray, como recordarán los que tengan una regular memoria; pero no obstante su popularidad y genio pacífico, los mexicanos que trascendieron que el gobierno de la metrópoli no andaba de lo más bien parado á consecuencia de la invasión de Napoleón, procuraron también alborotarse por su parte, no sé si con miras de hacer la independencia de la Nueva-España. En este tiempo y guardando las cosas tal estado, se invitó á un capitán, nacido en Valladolid, para un movimiento contra el gobierno. El capitán era un muchacho que tenía los cascos á la ginetá; pero valiente, bien plantado y mejor vestido, que causaba celos á más de cuatro maridos, y traía con los cerebros vueltos á más de cuatro muchachas.

—Estoy corriente en entrar en la revolución, dijo nuestro capitán; pero, "yo he de mandar."

Los conjurados no quisieron, y entonces el capitán les dijo:

—Está bien; no me mezclaré; pero les pronostico que "jamás harán nada sin mí."

Esta fué una profecía que se cumplió, por-

que el capitán era nada menos que don Agustín de Iturbide.

El año de 1810 se pronunció por la libertad el cura Hidalgo, y pereció. Después el cura Morelos, y pereció. Después otros, y perecieron también ó se indultaron. ¡Qué de mantanzas, qué de sangre, qué de batallas perdidas y ganadas, qué de inocentes sacrificados, y qué de culpables y asesinos ensalzados! Fué ésta una guerra horrible, cruel y bárbara por ambas partes, que duró once años; al cabo de los cuales, como al gobierno español le importaba cuidar su plata, su oro, su riqueza, su perla, en fin, más querida, que era México, mandó batallones tras de batallones, cédulas tras de cédulas; y merced á esto y á la actividad y energía de los virreyes, el movimiento de independencia se apagó casi del todo, y la sangre y esfuerzos de los patriotas se creyeron perdidos para siempre.

El capitán Vallisolitano durante estos diez años de lucha, había hecho prodigios de valor por la causa de su rey. Tan pronto estaba en una parte como en otra, combatía en los puntos de más peligro, caminaba muchas noches sin dormir y muchos días sin comer, dormía en los barrancos, vivía en los montes, destrozaba de repente las gavillas de insurgentes, tomaba pueblos, se paseaba por las ciudades; en fin, era un hombre con un cuerpo y una alma de fierro, que parecía tener además el don de multiplicarse.

Por estos señalados y distinguidos servicios, le concedió el gobierno de su rey, el empleo de teniente coronel, y después el de coronel.

Aconteció, pues, que en el año de 1820 vino el coronel á México, y como entonces todavía los guerreros tenían gran piedad y devoción por nuestro Señor Jesucristo y la Santa Virgen, se resolvió á tomar los ejercicios de nuestro padre San Ignacio, en la casa de la Profesa.

Entró en efecto el coronel, y viéndose sólo en un cuarto, silencioso y oscuro, con las "Verdades Eternas, Tomás de Kempis y las Postrimerias del hombre," reflexionó acaso por primera vez, después de once

años, en su vida aventurera y turbulenta, en sus acciones y victorias en sus crueldades é injusticias, en sus pasiones y desórdenes. Halló, en efecto, que había cumplido como un buen soldado con su rey; pero que como mexicano, había combatido contra su madre la patria. Ocho días de ayuno, ocho días de disciplina, ocho días de cilicio, una confesión general y una comunión, no bastaban para satisfacer á Dios y á su patria. Hay pecados por los cuales se necesita ir como peregrino hasta Roma, para que sean perdonados; pero los del coronel eran mayores que éstos. ¡Qué hacer, pues? No lo acertaba, hasta que concibió una acción grande, muy grande, que lo reconciliara con Dios y con el mundo (*).

El coronel trabajó en la casa de ejercicios el plan de Iguala.

A pocos días salió para el Sur con una división destinada á combatir á Guerrero, ese patriota esclarecido que mantenía entre las montañas una leve chispa de libertad. En el Sur, muy lejos de atacar á Guerrero, le dió un estrecho abrazo y proclamó la independencia con sólo ochocientos hombres, mientras el gobierno español contaba con once regimientos expedicionarios llegados de Europa, siete de veteranos, diez y siete de provinciales, y ochenta mil realistas. Las fuerzas eran desiguales; pero era precisamente una grande obra que había meditado, y nada de extraño había en ésto.

Era un día, el 27 de Septiembre de 1821, puro y diáfano en que brillaba el sol en todo su esplendor, y los árboles, las praderas y campiñas de México, aun no habían perdido su esmaltado verdor. En este día todas las gentes salían de sus casas, y el pueblo estaba apiñado en las calles, en las azoteas, en las torres, en las plazuelas. Era un hermoso día por cierto, el primero después de trescientos y pico de años, en que se respiraba á la vez el perfume de las flores y el aura de la libertad.

Entró por la garita de Chapultepec, primero un inmenso número de mujeres y palanaje, después un cuerpo de caballería, des-

(*) Véase una nota al fin del artículo.

pués el generalísimo, en un arrogante caballo, rodeado de su estado mayor, después regimientos de caballería y de infantería, cañones, carros y mulas de carga. El ejército trigarante se componía de cerca de veinte y cinco mil hombres. Ese día las madres abrazaron á sus hijos, los hermanos á las hermanas, los esposos á sus esposas, porque el espíritu de independencia se había difundido desde las chozas del ignorante hasta las cátedras de la filosofía, desde la casa del artesano hasta los palacios de los ricos; así que, había en las filas del ejército trigarante, colegiales, licenciados, médicos, artesanos, plebeyos, nobles, ricos y pobres. Los vencedores fueron saludados por la voz de las campanas de las iglesias, por los vivas del pueblo, por los pañuelos de las hermosas, por las lágrimas de los viejos mexicanos; en una palabra, por el regocijo general. Después de esa época México no ha vuelto á tener otro día de tan completo gozo.

El capitán de 1809, el coronel realista de 1820, era también el generalísimo de 1821, que acabó en menos de un año la obra comenzada por Hidalgo en 1810. No sé si se acordaría el generalísimo de la profecía que había hecho el capitán doce años antes.

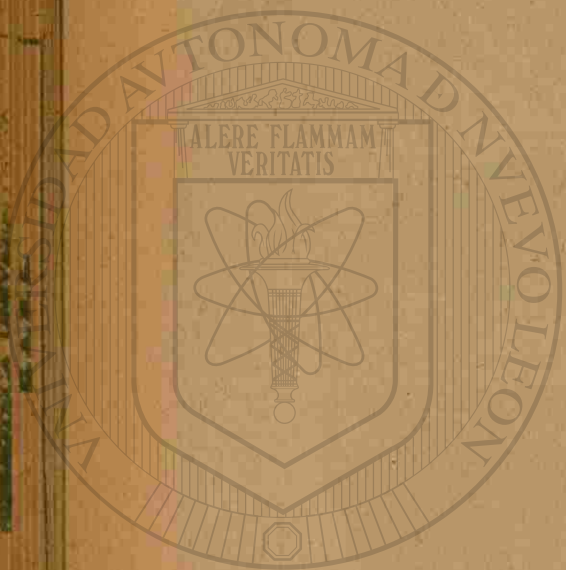
Si los soldados reflexionaran que la fuerza se nulifica ante el talento, y que las obras que comienzan los hombres de "armas," las concluyen ó trastornan "los hombres de ideas," jamás se mezclarían en otra cosa que en conservar la paz. Esto no es una profecía, es un hecho que hemos visto repetido en estos últimos días. Pero, no hablando de éstos, sino de aquellos tiempos, vuelvo á mi cuento.

Terminadas las fatigas de los "hombres de armas," comenzaron las "fatigas de los hombres de ideas." Se instaló la asamblea constituyente, y comenzó sus tareas "el pensamiento".....

Muchas cosas pasaron hasta las nueve y tres cuartos de la noche del 18 de Mayo. A las diez, cierta parte del pueblo seducida por unos cuantos salió de sus barrios, tomó unas hachas de brea y unas cañaveras, y se



Don Agustín de Iturbide.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

embocó hasta las calles donde vivían los diputados de la asamblea constituyente, gritando: "¡Viva el emperador, viva Agustín I, mueran los traidores." Ese mismo pueblo quería también hacer algo por su parte, y efectivamente en la noche corrió por las calles, tiró cohetes, encendió luminarias, bebió aguardiente, y concluyó con irse a dormir en tranquilidad, después de haber proclamado un rey.

Bien haremos en notar ahora una cosa. Los "hombres del pensamiento" no son a veces los más valientes, así es que cuando los "hombres de armas" se atufan, los primeros suelen plegar las alas y esconderse. Esta no es tampoco una profecía sino un hecho, y tan cierto, cuanto que en la época de que hablo, como el ejército aun amaba al que lo había conducido por enmedio del triunfo y de la gloria, apoyó la festiva idea del pueblo; los opositores callaron, y el generalísimo fué nombrado emperador al día siguiente.

En esta vez también sonaron alegres las campanas; también se iluminó la ciudad, y el órgano y los músicos de la catedral, los sacristanes, los bedeles y los canónigos, que es buen decir, estuvieron en perpetuo movimiento y actividad, y era muy en razón, puesto que se consagraba S. M. imperial Agustín I.

El pueblo, á quien le gusta divertirse con espectáculos nuevos, se agolpó en la catedral. Algunos chicuelos se sofocaron, algunas embarazadas mal-parieron, á algunas viejas les dió dolor de costado; pero esto nada importa, el pueblo empujado por los centinelas, azotado por el perrero, desdeñado por los grandes de esa corte improvisada, se retiró contentísimo, con su rey valiente, con su rey rubio y bien parecido, con su rey libertador, con su rey humano y popular. En el momento de la coronación, puede afirmarse que había una simpatía sincera, íntima, profunda, entre el emperador y el pueblo. Desgraciadamente ambas simpatías duran menos que una mariposa, menos que una flor.

No había trascurrido un año, cuando el emperador, que no podía saciar tantas grandes y pequeñas ambiciones; que no podía acallar las murmuraciones ni curar las fiebres de cerebros, llenos más de orgullo y presunción que de saber, abdicó la corona, y el capitán de 1809, el coronel de 1820, el generalísimo de 1821, y el emperador de 1822, era el 19 de Abril de 1823 un preso infeliz á quien habían perseguido los españoles, engañado sus amigos, traicionado sus adictos, y olvidado sus soldados y su pueblo. La nación que él hizo libre lo arrojaba de su seno, porque su conducta había dejado de ser justa. ¡Lección enérgica para los ambiciosos! ¡Tan cierto es que la adulación cambia los mejores sentimientos!

El pueblo, dicen los historiadores, sintió algo á su rey; pero el hecho es que por la noche se retiró á descansar tranquilo y satisfecho como el día en que lo proclamó.

En cuanto al emperador, como hizo juramento de no derramar en lo sucesivo una sola gota de sangre, se dejó insultar y arrojar de México. Muchos lo acusan de debilidad; yo creo que el no haber quebrantado su juramento y preferido su sacrificio al de sus conciudadanos, es un mérito que dió cima y lustre á la grande obra que comenzó á meditar el plan de Iguala.

Véamos ahora las cuestiones que se caen de su peso. ¿Subió Iturbide al trono porque así lo deseaba, ó por contentar al pueblo y á sus amigos? ¿Creyó Iturbide que efectivamente el pueblo lo proclama rey, ó que sólo era obra de las maquinaciones de sus adictos? ¿Pensó Iturbide en lo poco que dura el favor del pueblo, y lo mucho que puede la envidia de los que no siendo héroes tampoco son pueblo? ¿Fue malo ó bueno su corto gobierno? Si hubiera durado en el poder todo el tiempo de su vida, ¿cuál hubiera sido su carácter? A ninguna de éstas cuestiones me atrevería yo á responder, y simple narrador de lo que me han contado, me limito á decir que el día 11 de Mayo de 1823, en que se embarcó Iturbide en Veracruz, no era ya ni capitán, ni

coronel, ni generalísimo, ni emperador, sino sólo un hombre desgraciado. Bajo este aspecto es digno de tanta veneración, como cuando se le considera libertador de México; porque me avanzo á creer que la desgracia debe ser más respetada que el poder y que la gloria.

Pero nos habríamos muerto de dolor si hubiéramos podido seguir los pensamientos del desterrado, durante esos días eternos y silenciosos que se pasan en el Océano; silenciosos porque no se percibe ese raquítico y loco bullicio del mundo. En el Océano sólo habla Dios, sólo escucha Dios, y sólo protege Dios; ni la amistad, ni las riquezas, ni la sabiduría tienen poder en medio del Océano. ¡Quién sabe si cada bordada del barco sería para el desterrado una emoción de alegría, puesto que se alejaba de una patria ingrata que no lo había sabido conocer, y que lo premiaba con el ostracismo! ¡Quién sabe si en las oleadas que se deshacen y se pierden, veía la semejanza de una turba de aduladores, que con la miel en los labios y el veneno en el corazón, cercan los palacios, las casas y hasta las cocinas de los grandes! Bien desgraciados y bien "pequeños" son esos "grandes," que nunca oyen una sola palabra de verdad, que tienen cerrados los ojos con una nube de cortesanos que les impide ver la miseria de su pueblo, que tienen los oídos de sobra, puesto que los centinelas y magnates, no dejan acercarse al desvalido que pide justicia! Y no nos cansemos, esta es una ley del mundo, aunque bien fatal, que no ha tenido sino muy pocas excepciones en ninguna época ni en ningún país.

El desterrado atravesó, pues, el Océano y llegó á Italia, otra tierra como México, de cielo azul y de verdes campiñas; pero ¿por ventura vió allí las madonas de Rafael y Leonardo de Vinci, las estatuas de Miguel Angelo y Donatello, la arquitectura de Brunellesco y de Giotto? Probablemente estaba tan ocupado de sí propio, tan agobiado con su historia, que veía la tierra de Italia, los edificios y las pinturas, como apariciones mentirosas y fantásticas de un pesado sueño. En efecto, su triunfo, su reinado

y su destierro, fueron sólo una fatigosa transición y un ensueño de gloria y de dolor.

En 20 de Noviembre de 1823 se embarcó en Liorna, con dirección á Londres; pero una fuerte tempestad lo hizo regresar al puerto. Si Dios se digna dar á los mortales algún aviso para que eviten su desgracia, fué éste sin duda el caso en que Iturbide debió haber permanecido quieto en Italia; pero lejos de eso emprendió su camino por tierra, atravesó rápidamente el Piamonte; en lugar de tomar por Francia se dirigió á Ginebra y siguiendo por la orilla derecha del Rhin, entró por los Países-Bajos; y embarcándose en Ostende, llegó á Londres el 31 del mismo mes."

Los hombres que de alguna manera han figurado y recibido consideraciones en su patria, aunque ésta se componga de pueblo inculto, de aristocracia ignorante y de mezquinas chozas, no pueden avenirse á vivir errantes, aislados y confundidos entre la multitud, en un país extranjero, aunque este país se componga de pueblo ilustrado, de sabia aristocracia, y de palacios de mármol. Hé aquí la razón por qué todos nuestros hombres públicos lanzados al extranjero por las revoluciones, han vuelto á México, y por qué Iturbide se dispuso á regresar, entrando también en su cuenta que podía aún servir de algo, á fin de que el país inquieto y mal constituido no fuera á perder su independencia.

III

En una mañana calorosa del mes de Julio de 1824, estaba el señor general don Felipe de la Garza en una pieza de su casa de Soto-la-Marina, recostado en una hamaca que pendía de los extremos de las paredes; con un pie hacía empuje en el suelo para mecerse, y con la mano contraria intentaba, unas veces asirse de una tosca mesa de madera, y otras espantaba los mosquitos que se paraban por sus romás narices y abultados mofletes. Esta diversión duró hasta que abrió la puerta un personaje alto, flaco, vestido con unas calzoneras de gamuza, unos vaquerillos negros y un

sombrero tendido, que con voz áspera dijo:

—Compadre, buenos días.

—Hola, compadre Juan. ¿qué negocios te traen por aquí á estas horas, que está el sol como una áscua ardiendo?

—Cierto que sí, compadre Felipe; pero venía á decirte que las gentes del pueblo aseguran que en el puerto está un buque de donde han desembarcado unos oficiales que se fueron desterrados con don Agustín.

—¿Qué, don Agustín?—interrumpió Garza.

—Estamos frescos, compadre; don Agustín Iturbide, el emperador.

Garza se levantó bruscamente y dió unos cuantos paseos por la pieza; entretanto el compadre Juan puso una pierna sobre la otra y comenzó á despellejar sus toscos zapatos.

—¿Con que eso dicen, compadre?

—No sólo lo dicen, sino que todas esas viejas verdes están ansiosas de ver al emperador, porque es muy buen mozo.

Los ojos del compadre Felipe brillaron con indecible alegría, y continuó diciendo:

—Bueno, muy bueno; tendremos cerca de nosotros al emperador.

—Pero si no viene, compadre.

—Maldita sea tu lengua. Eres más bruto que una mula mesteña.

—Conozco que soy bruto, contestó el compadre Juan; pero también creo que de pocos días á esta parte te has vuelto muy sordo, pues solamente te he dicho que unos oficiales han desembarcado.

—¿Y dónde están esos oficiales?

—Sépalos el diablo.

—Con todo, yo debía haberlo sabido primero que nadie. Vuela, compadre; recorre todo el pueblo hasta que encuentres el alojamiento de esos oficiales, y traeme noticias más ciertas.

—Te diré, Felipe, que hace mucho sol, y será mejor dejarlo para la tarde.

—No, no; importa mucho que yo sepa ahora mismo si es verdad lo que me dices. Corre; y si traes buenas noticias, bebemos un buen vaso de vino.

El compadre Juan seguía sin embargo

despellejando muy tranquilo el cuero de sus zapatos, cuando un criado entró á decir que un extranjero buscaba al señor general Garza, el cual arregló su camisa y pantalones, que estaban en el mayor desorden, y mandó al criado que introdujera al recién venido. En efecto, á poco momento se volvió á abrir la puerta, y se dejó ver un hombre de buenas facciones y gallarda presencia, que se dirigió con los brazos abiertos hacia Garza, con muestras de una vivísima alegría, exclamando:

—¡¡¡General!!!..... Qué famoso y qué robusto encuentro á Ud.

Garza lo abrazó también con señales de placer y ternura, contestándole:

—¡¡¡Coronel!!! Bien venido sea Ud. á esta casa, puesto que también llega con salud. Siéntese Ud., que tenemos mucho que hablar.—Arrimó una silla para el coronel mientras él se sentó en la hamaca, y continuó:—Con que, dígame Ud. ¿qué santo ha hecho el milagro de traer á Ud. tan pronto por su patria adoptiva?

—Que quiere Ud., general, el pedazo de tierra donde ha hecho uno sus campañas, tiene recuerdos que no sé pueden borrar; y una patria adoptiva se ama á veces con más ardor que la tierra natal.

—La verdad, yo me figuré cuando Ud. se embarcó, que jamás volvería á México.

—Pues ya me ve Ud., general, y con verdad le digo, que á pesar de lo triste y melancólico de las playas de México, las he vuelto á ver con cierta alegría.

—¿De veras, coronel? Y á propósito, ¿cómo ha dejado Ud. al emperador?

—Está..... está triste y deseando....

—¡Ah! ¿con que lo dejó Ud. en Europa?

—Oh, sí, en Europa, por supuesto—contestó con vivacidad el coronel.

—¿Y piensa venir?

—Es natural que tenga siempre en su pensamiento á México. Creo que Ud. en su caso no se conformaría con morir en una tierra extraña.

—Ciertamente que no,—interrumpió Garza con una voz compungida,—y mucho más si pudiera aún servir de algo á mi país, como el señor Iturbide.

—¿Con que Ud. cree,—observó el coronel,—que el emperador podría servir todavía á México?

—Por supuesto. Desde que se fué todo se ha vuelto desunión, discordia y desorden; y yo juzgo que su presencia sola, bastaría para reunir la opinión, consolidar el gobierno, y afianzar para siempre la independencia.

—Así se lo han escrito á Londres muchos de sus amigos; pero ha temido que el partido de los borbonistas y republicanos se subleve en su contra y.....

—¡Tontería! ¿Qué podrán unos cuantos miserables contra todo un pueblo?

—Si Ud. viera, general, lo abatido, lo melancólico que está continuamente el emperador. ¡Oh! es un hombre que ama de veras á su país, y que le duele en el alma que sea desgraciado.

—Lo creo así, coronel, y ya digo á Ud. que no tenemos más remedio, sino que viniera, para que confundiera también á tanto ingrato.—Garza se limpió los ojos con su pañuelo, y el coronel que lo observó, acercó su silla, y le dijo:

—Pues bien, general; veo que es Ud. uno de los amigos sinceros del emperador, y deseo confiarle un secreto.—Garza hizo una señal al compadre Juan y éste salió de puntillas y cerró con tiento la puerta. Garza contestó:

—Estamos ya solos, y puede Ud. decirme su secreto, en el concepto que mi influjo, mi espada, mis bienes, todo está á disposición del emperador, de ese hombre desgraciado á quien desterraron tan injustamente unos cuantos ambiciosos.

El coronel se aseguró de que nadie los escuchaba, y acercándose al oído de Garza, le dijo:

—El emperador está á bordo del bergantín en que yo vine, que permanece anclado frente de la barra.

Garza dió un salto, y desencajó los ojos; pero reponiéndose al instante, continuó:

—Coronel, es Ud. muy indiscreto en darme tan de golpe una noticia tan plausible. Bueno, muy bueno; el emperador tiene muchos enemigos, pero aquí lo defenderemos....

vamos, estoy loco de alegría, y ésta noticia merece que bebamos un vaso de vino.

Esto diciendo, sacó de una alacena dos grandes vasos, los cuales llenó de vino, y tomando uno, y dando el otro al coronel, bebieron ambos por el feliz arribo á México de S. M. I., el emperador don Agustín I.

IV

Los ríos parece que no sólo tienen la facultad de abonar las tierras vecinas y hacer crecer lozanos y bellos los árboles y plantas de sus orillas, sino también de crear, por decirlo así, bajo el influjo benéfico de sus aguas, ciudades ó pueblos alegres, fértiles, poblados y abundantes. Por una anomalía inexplicable no sucede así con Padilla, que á pesar de tener en sus orillas un río cristalino, acariciado por las flexibles ramas de los sauces y álamos, siempre ha sido un pueblo tristísimo, cenicento y melancólico. Padilla, pues, no viene á ser más que un reptil inmundo, que vive y vejeta entre la humedad y los matorrales de su transparente y poético río. Esto no obsta para que en la época de que vamos hablando, fuera capital del Estado libre y soberano de Tamaulipas, y tuviera por consecuencia su congreso, su palacio, sus guardias cívicas, sus casas consistoriales; creo, y es natural, que hasta su tribunal superior de justicia, etc., etc. Todo era por supuesto una miserable parodia de gobierno y de ciudad; pero dejemos esto á un lado, y sigamos con nuestra narración.

Un día, creo que el 16 de Julio de 1824, los pocos habitantes de Padilla estaban agrupados en la puerta de una casa baja de piedra que llamaban el palacio, donde acababa de entrar un hombre de buen parecer, pelo rubio y ojos azules, acompañado del coronel y del general á quienes hemos visto platicando en Soto-la-Marina. El reducido número de gentes que permanecían agrupadas en el dicho palacio y en la plaza, estaban por demás alegres y gozosas con la llegada del nuevo personaje, y ya se debe suponer que las viejas lo bendecían, las muchachas tenían ganas de verlo muy de cerca,

y los chicuelos importunaban á sus madres con preguntas. Pero dejemos también á éstas buenas gentes con su regocijo y con su curiosidad, y entremos un momento á un cuarto reducido, é iluminado por la escasa luz de una claraboya donde estaban los personajes de que se trata. El de pelo rubio estaba sentado al lado de una mesa, en un grande y tosco sillón antiguo; el coronel permanecía detrás, apoyado un brazo en el respaldo de la misma silla, y el compadre Felipe en pie con una cara entre halagüeña y respetuosa. Fué este último el que habló:

—Desearía saber si S. M. no tiene algo que ordenar á su antiguo amigo y servidor.

—Ya dije á Ud., general, que lo único que quería era repetirle mis agradecimientos por sus finezas, y particularmente por haberme otorgado la confianza de que mandara yo la escolta que nos condujo del puerto á esta ciudad.

—En cuanto á eso no cumplí más que con un deber. Cuando estaba á mi lado un emperador, yo, simple brigadier, no tenía más que obedecer.

Iturbide sonrió ligeramente, y dijo:

—De las palabras que acaba Ud. de decir, la mitad son mentira y la otra mitad verdad.

Garza se puso pálido.

—No hay que asustarse,—prosiguió Iturbide.—Voy á explicarme. Ha dicho Ud. que soy emperador. Esto es mentira, pues no soy más que un pobre hombre que deseo servir á mi patria, y nada más. Ha dicho Ud. que es brigadier. Esto es verdad, pues que hasta ahora no ha tenido Ud. la desgracia de que lo destierren ni le priven de los honores que ha adquirido con su espada.

Garza se tranquilizó y contestó:

—Es S. M. bastante ingenioso y no se le acaba ese humor alegre que siempre ha tenido.

—Vea Ud., amigo mío, siguió Iturbide embutiéndose en la enorme silla; si yo estuviera realmente persuadido de que mis paisanos me aman, agradecen y aún quieren mis servicios, sería una recompensa más espléndida para mí que la corona. Esto me volvería mi buen humor, haría olvidar absolu-

tamente algunas épocas, que por más cortas que hayan sido, han pesado sobre mis hombros como una eternidad entera.

—¿Y quién duda que los mexicanos aman á su libertador? Y sobre todo si algunos enemigos obstinados é ingratos se atreven á oponerse, ya tengo dicho al coronel Beneski, que está delante, que mi espada, mis bienes, mi vida, todo está á disposición de...

Iturbide no lo dejó acabar, sino que se puso en pie, le estrechó suavemente la mano, y le dijo:

—Gracias, gracias, general, es Ud. muy generoso; pero yo no quiero aparecer en México con la tea de la discordia, sino con la oliva de la paz. Hablaremos sobre esto más despacio, y Dios mediante, todo se puede arreglar con calma.

Garza se inclinó profundamente y se despidió del emperador. Al salir dijo al oficial de guardia: "El emperador no deberá salir de ese cuarto, y hago á Ud. responsable de su persona. Es menester tomar éstas precauciones para evitar un atentado de parte de los enemigos de S. M." El oficial se tocó el sombrero, y Garza se retiró lentamente.

Al día siguiente Iturbide quiso salir de la puerta de su cuarto; pero el centinela le dijo sin duda, lo que el recluta á Napoleón: "On ne passe pas qu'oiqu'on soit le petit caporal."—Tres días pasaron así. Iturbide no sabía qué pensar de ésto.

V

El día 19 entró Garza al cuarto de Iturbide con un semblante sereno, tranquilo, indiferente, saludó con una leve genuflexión, tomó asiento, y se puso á jugar con una orilla de la carpeta de la mesa.

Iturbide correspondió el saludo, y le dijo:

—Muchas ocupaciones habrán rodeado á Ud. cuando no ha venido para que tratemos de tantos y tan delicados asuntos.

—Un sólo asunto tenía yo; lo he concluido, y ya me tiene S. M. para anunciarle el resultado.

—Veamos, qué asunto es ese.

—En México han declarado al emperador fuera de la ley, y el congreso de Tamaulipas en sesión plena ha decretado que esa disposición se debe cumplir. En consecuencia, dentro de tres días deberá S. M. subir al patíbulo.

Iturbide se puso pálido; pero pasado un momento respondió:

—General, la amistad, no autoriza á Ud. para usar esas chanzas, y yo mando á Ud. que deje ese lenguaje y se disponga á tratar seriamente sobre los asuntos que conciernen al bien de la patria.

—Emperador, yo respondo á Ud. que nunca he usado chanzas con nadie, y que lo que digo á Ud. no es más que la verdad. Así, pues, todos los asuntos que restan á Ud. es disponer su alma, que en cuanto á la patria no desea quien se interese por ella, ni quien la defienda.

Iturbide se mordió los puños de rabia, y con el semblante encendido y una voz de trueno exclamó:

—¿Con que eso han hecho los traidores? ¿Con que el congreso de Tamaulipas se erige en juez? ¿Con que el amigo que hace poco me ofrecía su espada, es ahora mi verdugo? Por todos los santos del cielo dígame Ud. la verdad, general, porque lo que acaba Ud. de decir ó es una impostura, ó es una obra infame de Lucifer.

Garza tembló; pero echando la vista á los centinelas, recobró su sangre fría y respondió:

—He dicho la verdad, y creo que el emperador me ahorrará el trabajo de repetirle que está condenado á muerte.

—¿Emperador!--exclamó Iturbide.--¿Y por qué añade Ud. al crimen la burla? ¿Por qué combina Ud. estas dos palabras de emperador y de muerte? Pero yo apelo al mundo entero de esta sentencia, porque yo ignoraba la ley, y porque los legisladores no pueden ser jueces.

—Como está Ud. reducido á este cuarto y custodiado por centinelas fieles, el mundo no oír la apelación de Ud., y la ley se cumplirá.

Iturbide inclinó la cabeza con profundo

desconsuelo, y prosiguió con una voz persuasiva:

—General, es verdad que el mundo no oirá mi apelación; pero Ud., que es mexicano evitará una mancha á su patria, porque no lo dude Ud., cuando á un hombre que ha hecho servicios se le mata tan bárbaramente, es una infamia.

—La ley lo manda.

—Yo no soy un traidor, general. ¿Imagina Ud. que yo destruyera la obra de mis manos? ¿Que yo hiciera esclavo á un pueblo á quien le quité las cadenas? ¡Oh! no debo morir!

—La ley lo manda.

—Cuando conocí que la paz peligraba, que la sangre mexicana iba á correr por mi causa, me acordé que en la santa casa de ejercicios había jurado ante el Dios Crucificado, no derramar ya una sola gota de sangre. Por cumplir mi juramento, arrojé el manto, el cetro y la corona, y me lancé sólo y aislado en medio del Océano, llevando por único tesoro, mis servicios y mi buena fe. Un hombre que da estas pruebas no debe ser asesinado como un bandido.

—La ley lo manda.

—Llegué á Europa. Encontré en esas cortes bulliciosas y alegres sólo fastidio y melancolía, porque el recuerdo de mis compatriotas envueltos en las discordias, destrozaba mi alma y pesaba sobre mi corazón. Fui en estas circunstancias invitado por mis amigos para calmar los ánimos, para ver si conseguía darles otro tesoro que les faltaba, que era la paz, y me encuentro con un patíbulo que reclama mi cabeza. ¿Es justo esto?

—La ley lo manda.

—General, Ud. podía salvar á mi pobre familia concediéndole la vida de su padre. Esta acción estoy seguro que el cielo la recompensaría.

—No puede ser. La ley manda que sea Ud. fusilado.

—He dicho á Ud. que yo ignoraba tal ley. Disponga Ud. que me reembarque, y prometeré no volver jamás al país. Haga Ud. una obra de piedad con un desgraciado, ó ¿es preciso que muera?

—La ley lo manda.

—General, gritó Iturbide frenético. Maldito sea Ud. y la tierra en que vió la luz. Es Ud. una hiena, y no un hombre. Suplico á Ud. que olvide que he implorado su compasión. Bien, muy bien, puesto que no hay remedio, moriré con valor, con orgullo, y conservando hasta el último momento la enorme distancia que hay entre Ud. y yo; es decir, entre el inocente y el verdugo; entre el libertador y el asesino. Vamos, general, levante Ud. los ojos, no tiemble, míreme de frente sin temor.

Garza tembló y bajó la vista; entonces Iturbide le apretó la mano fuertemente, y le dijo:

—Gracias, gracias, general; es Ud. muy infame y muy vil.

Garza salió desconcertado; pero pasadas unas cuantas horas Iturbide le mandó suplicar que le concediese una entrevista de diez minutos. Garza tuvo valor de ponerse en presencia del emperador. Este con voz dulce le dijo:

—General, he llamado á Ud. para pedirle perdón. Hace un momento tenía, según creo, una especie de delirio, y he proferido palabras injuriosas. Veo que mi suerte está trazada por la mano del que es dueño de las coronas y de los imperios, y que los hombres no son más que instrumentos de su justicia. Muchas faltas he cometido en mi vida, y Dios tiene infinita misericordia de mí, castigándome en el mundo para perdonarme en la eternidad. En cuanto á Ud., general, no hace más que cumplir con la ley, y lo perdono.

Garza salió sin proferir una palabra, é Iturbide se puso á escribir y á implorar el perdón del Altísimo.

Como el pueblo amaba á Iturbide, se temió un levantamiento, y se apresuró la ejecución; así es que al día siguiente salió del llamado palacio para la esquina de la plaza, donde estaba el suplicio. Allí dió sus disposiciones para el regreso de su familia, y la encomendó á la piedad de su patria. Exhortó en seguida á los mexicanos á la unión y á la concordia; perdonó á todos sus enemigos, y les deseó acierto y prosperidad. Hizo al Señor su última oración, y aguardó la

muerte con tranquilidad. Los soldados que lo fusilaron lloraron de dolor y despecho. ¡Dios haya recibido su alma!

La familia del héroe de Iguala vive en los Estados Unidos. Su hijo mayor lleva al pecho la cruz de Ayacucho, que ganó combatiendo por la independencia de Colombia á las órdenes de Simón Bolívar, y es actualmente secretario de la legación mexicana en Inglaterra. Beneski se suicidó.

En cuanto al general Garza, como llegó su hora final, habrá reunirse en la eternidad con su víctima. El héroe y el verdugo han dado cuenta de sus obras á un tribunal más justo y más severo que el de los hombres. Lloremos sobre la tumba del desgraciado, y roguemos al cielo por el criminal.

VI

Un día llegué á Padilla. El pueblo estaba casi desierto, y me pareció que la maldición del cielo lo agobiaba. Busqué al alcalde y tuve la fortuna de encontrar un hombre de buenos modales y algún talento. Como fué testigo presencial de la muerte de Iturbide, me contó algunas particularidades que unidas á los apuntes históricos que existen impresos, me han servido para formar este artículo. Me enseñó los sitios donde se desenlazó este drama histórico, que comenzó por un alegre grito de libertad, y concluyó con un lúgubre lamento de muerte. La sala donde se reunió el congreso para sentenciar al supuesto reo, es una galera de veinte varas de largo, sucia y lóbrega, y que entonces, lo mismo que ahora, estaba ocupada con algunos costales de mafz. El sitio es muy digno de los representantes que legislaban y juzgaban en él.

La pieza donde estuvo preso Iturbide es un cuarto estrecho con una alta claraboya por donde recibe escasa y triste luz. Las paredes están llenas de letreros y rúbricas pintadas con carbón; pero entre esas líneas mal formadas se encuentra un barquito pintado. El alcalde me aseguró que este barco lo pintó el mismo Iturbide.

Del palacio nos dirigimos á una iglesia de adobe, que está amagando ruina. A un lado

de la puerta estaban dos palos que sostenían una pequeña campana, y frente á la puerta de la iglesia una gran lápida sin inscripción, debajo de la cual reposaban los restos del mártir de la independencia. En la esquina, que forma un jacal situado frente de la iglesia, se halla una cruz de madera clavada en un montón de piedras. En este sitio fué fusilado Iturbide. La cruz estaba cayéndose, por lo cual me entretuve en amontonar más piedras y ponerla derecha, cavilando mientras en el destino que arrastra á los hombres desde un lecho de púrpura, hasta el camaranchón de un calabozo; desde el esplendor de un trono hasta la obscuridad de una sepultura.

MANUEL PAYNO.

México, 1843.

NOTA

(Correspondiente á la página 273.)

El señor Pedraza en el manifiesto que publicó en Nueva Orleans en 1831, refiere de este modo los planes que proyectó Iturbide para realizar la independencia. "Yo lo conocí, dice, en 1812 y frecuenté su casa los años 18 y 19; varias veces por accidente, hablamos acreca del estado del país; él no gustaba de la democracia, y nuestras opiniones discordaban: el año de 20, sea disgustado re la conducta que se había tenido con él; sea convencido de la justicia de la independencia, pensó en ella y se propuso declararse; entonces por qué sé yo que boberas ridículas, nuestra amistad estaba interrumpida, y el rompimiento había sido muy serio; por aquel tiempo fui nombrado por la provincia de México para las cortes de Madrid, y cuando iba á partir me encontré con él en la calle del Angel; iba yo con el Dr. Licéaga, cuando se me acercó y me dijo:—Tendrá Ud. embarazo en esperarme á las ocho de la noche de hoy en esta esquina?—Le respondí que ocurriría sin fal-

"ta, y nos separamos; á la hora convenida me dirigí al sitio señalado, él había llegado primero, me cumplimentó por mi puntualidad, con la gracia que le era genial, invitándome á que le acompañase; anduvimos un buen espacio en silencio, cuando me preguntó:—¿Qué juicio se forma Ud. del estado político de nuestra patria?—Se prepara, le contesté, un movimiento general, que importaría rectificar y conducir.—¿Ud. cree que yo sería capaz de hacer eso?—Mejor que nadie.—¿Y Ud. me ayudaría?—En cuanto Ud. me juzgue útil.—En esto remató nuestra conversación, y quedamos emplazados para vernos al siguiente día."

"En efecto, á las nueve de la mañana nos reunimos en mi casa, y entonces me comunicó el siguiente plan que tenía meditado. El Inspector Liñán iba á ser nombrado gobernador de México y debía elegir ayudantes generales á Concha é Iturbide, quienes alternarían por semanas á ejercer sus funciones; en una de las que Iturbide estuviera de servicio, pensaba colocar alguna tropa de su confianza en la Ciudadela, depósito entonces de la artillería y parque, y pronunciarse por la independencia; más para esto necesitaba una fuerza exterior, que correspondiendo á su plan, se acercara á la capital y secundase el movimiento; y á este fin había puesto los ojos en el coronel Armijo, general después de la primera división del rumbo de Acapulco; yo debía pasar á Chilpancingo, en donde Armijo residía, para determinarlo á adoptar el plan y hacerle acercar á Cuernavaca. Tal fué el primer proyecto de independencia de México, que no tuvo efecto por mi obstinada oposición; le hice ver á Iturbide lo indigesto del plan, la ligereza de confiarlo á Armijo, que estando mal con el virrey, aprovecharía la ocasión de acreditarse á nuestra costa, y concluí diciéndole, que en mi opinión el movimiento debería de comenzarse de la circunferencia al centro, y que la ocupación de la capital sería el último paso de la empresa: conformóse con mi dictamen, y desde ese momento se pensó en que saliera á ponerse al frente de alguna fuerza armada, y en relacionarlo con los

"jefes que yo conocía, y de quienes se podía tener confianza: para lo primero, pasó á los dos días á presentarse al virrey, quien siempre que lo veía le manifestaba el deseo de que saliese de la obscuridad en que estaba; así fué que en aquella vez el bendito Apodaca le hizo la insinuación de estilo; Iturbide se le ofreció, y el virrey que deseaba un jefe que reemplazase á Armijo, en el acto le confirió el mando de la división de Acapulco; Iturbide aceptó y por mi consejo le pidió el batallón de Celaya de que era coronel: dado este paso importante, le formé una noticia de las personas influentes del territorio que iba á mandar; combinamos una clave de inteligencia para escribirnos, y le dí unas pequeñas esquelas para Parres, Echávarri, Bustamante, Anastasio Roman de Teloloapan, y Arce de los Llanos de Apam.

"Ya entonces el plan había cambiado de hecho, y estaba reducido á que los diputados que marchaban á España, se reunieran en Veracruz, y que allí se constituyesen en congreso nacional, bajo la protección de Iturbide, que debía pronunciarse en el Sur simultáneamente con los diputados en Veracruz: convenidos en esto, él marchó para Cuernavaca y yo para Puebla; en el camino comuniqué el proyecto á Molinos del Campo y González Angulo, mis compañeros de viaje; en Puebla trabajamos con poco éxito; casi fué lo mismo en Jalapa; en Veracruz nos vimos altamente comprometidos; los diputados deseaban la independencia, pero querían que cayera del cielo; hubo hombre que al oír el proyecto de emancipación, se embarcó al día siguiente, creyendo que la tierra se hundía bajo de sus pies; de todo informaba yo á Iturbide, y él apresuraba sus preparativos para acertar el golpe: los pasos que dábamos Molinos del Campo y yo, no pudieron estar ocultos al gobierno; cada día nuestra situación se volvía más difícil: pensamos una mañana marcharnos á unir con Iturbide; pero nos detuvo la reflexión de que nuestra fuga de Veracruz, podría tal vez alarmar al virrey y frustrar los proyectos de aquél; nos resolvimos, pues, á embar-

"carnos para la Habana, en donde esperá-
"mos que nuestras ideas fuesen bien recibi-
"das, y nuestras personas disfrutasen de
"seguridad; tal era el concepto que teníamos
"de la buena disposición de los habaneros
"hacia la independencia; pero fuimos des-
"engañados á nuestro pesar, y tuvimos que
"pasar á Europa, más bien para librarnos
"de la persecución, que para negociar en Ma-
"dríd en favor de nuestra causa."

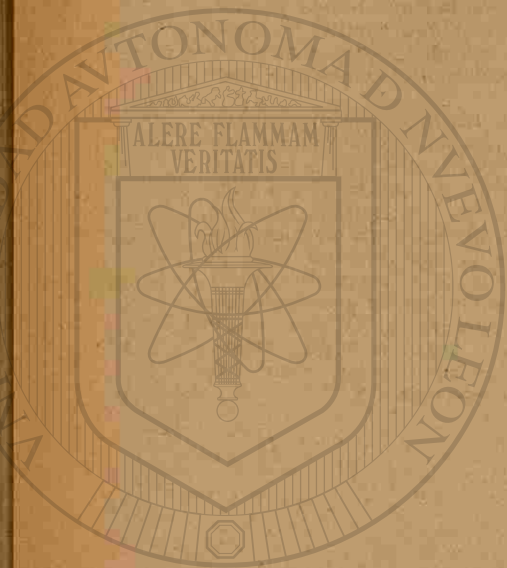
"Iturbide al despedirse de mí para ir al
"Sur, me ofreció de la manera más solem-
"ne, que tan luego como lograse la Indepen-
"dencia, haría un manifiesto á los pueblos
"exponiéndoles que el haber llamado á los
"Borbones al gobierno de México, había si-
"do una medida de política para que cier-
"tamente no estaba facultado; pues el dere-
"cho de constituirse residía en la nación y
"sólo en ella; que excitaría la convocación
"de un congreso y se retiraría á su casa, pe-
"ro la victoria lo sedujo, Iturbide que en
"la adversidad habría sido otro Régulo, no
"pudo resistir los ataques de la prosperi-
"dad; y aquél hombre que en la campaña
"imitó á los héroes, en México cayó en las
"flaquezas más vulgares.

"Yo llegué á la capital en vísperas de la
"coronación; un amigo me llevó á ver al
"emperador; éste me recibió con la mejor
"cordialidad, hablamos dos horas ó por me-
"jor decir, dos horas duró la historia que
"me hizo de los sucesos desde nuestra se-
"paración; yo le informé de las cosas de
"Europa, del concepto que había ganado en
"Francia como libertador, y de España en
"particular; y aunque respetuosamente le
"recordé su promesa solemne y la infrac-
"ción, Iturbide mudó de color, balbució las
"disueltas de rutina, hizo mérito de la nece-
"sidad, no olvidó la razón de Estado, y nues-
"tra conversación terminó con embarazo de
"ambos, quizá me excedí en afearle su con-
"ducta; sin embargo es menester confesar
"en honor suyo, que mis reconvenções no
"le irritaron, y que su alma aún estaba exen-
"ta de la susceptibilidad propia de los po-
"derosos".....

"El señor Iturbide salió desterrado de la
"patria, y al año de su salida volvió á ella

"y fué fusilado. México perdió un buen ge-
"neral á quien le debió su sér político y su
"independencia; Iturbide cometió errores á
"que lo impulsaron los que se llamaban sus
"amigos; cuando fui comisionado por él pa-
"ra proponer las capitulaciones, me dijo con
"el acento de la verdad que nunca engaña:
"diga Ud. á Negrete que cuanto he hecho
"ha sido por su consejo; ó con su aproba-
"ción;" jamás olvidaré éste remarcable men-
"saje.

"La muerte de Iturbide se quiso apoyar
"en una ley que no pudo comprenderle, por-
"que no había tiempo para que la supiera;
"ley de proscripción de que se abusó enor-
"memente: su vuelta de Europa para mí,
"hasta hoy es un misterio; sin que fuese lla-
"mado no es creíble que hubiera dado un
"paso tan impertinente y avanzado. Iturbi-
"de tuvo todas las cualidades que distinguen
"á los hombres grandes; si hubiera amado
"la libertad habría sido un héroe. México
"algún día honrará sus cenizas. "Sum cui-
"que decus posteritas rependit."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS RESTOS DE ITURBIDE.

Catorce años después de los acontecimientos relatados en el artículo anterior, por disposición del gobierno de don Anastasio Bustamante, se trasladaron de San Antonio Padilla á esta capital, los restos de don Agustín de Iturbide, exhumados el 23 de Agosto de 1838 en el referido pueblo de Padilla, habiéndose dispuesto sus funerales después de su llegada á esta capital, para el 27 de Octubre de 1838, aniversario del juramento del Acta de Independencia de 1821.

Sus cenizas recibidas con solemnes honras en Ciudad Victoria y San Luis, llegaron á México el 25 de Septiembre y fueron depositadas en la capilla del noviciado de San Francisco, entretanto la comisión nombrada al efecto, concluía los preparativos para su traslación á la Catedral, para la construcción del catafalco y urna donde debían depositarse, y para el arreglo de las exequias.

No habiéndose podido terminar esos trabajos para el 27 del mismo mes, aniversario de la entrada del ejército trigarante en la capital, se designó para los funerales el 27 de Octubre, y así tuvieron lugar con desusada pompa en los días 24, 25, 26 y 27.

A las cinco y veinticinco minutos de la tarde del martes 25 de Septiembre de 1838, se anunció con tres cañonazos en la Garita de Peralvillo, la llegada de los restos. Inmediatamente empezó el doble de campanas en todas las iglesias, comenzando por la Catedral.

Habíanse hecho ya honores fúnebres en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, á su tránsito, pues se cantó una solemne vigilia, y se iluminó profusamente toda la iglesia. Su cabildo salió á recibir la urna hasta el Cementerio, la condujo y colocó en una decente pira, y terminó con un solemne responso.

Los huesos venían en una caja forrada de terciopelo negro galoneada de oro y mezclados con afrecho. Colocáronse en un coche cubierto, que llaman hoy landó, tirado por cuatro hermosos caballos con gualdrapas y penachos negros de plumas muy arosas. Venían en dicho coche, el Prefecto, el Mayor de Plaza y dos Ayudantes del Presidente Bustamante, y en seguida el coche de éste de respeto.

Abrió la marcha un piquete de lanceros de Iguala, al lado marchaban los gastadores de los batallones de infantería, é inmediatos y á caballo los Ayudantes del Presidente. Desde la Garita formaron valla, los cuerpos numerosos de la guarnición con banderas enrolladas y armas á la funerala. Seguían cuatro cañones de Artillería montada. En la Plazuela de Santo Domingo se situaron dos culebrinas y un obús y la música de artillería. Esta batería no se incorporó á la comitiva, sino que se destacó por la calle de Medinas á situarse en la Plazuela de San Francisco. En la mitad de la carrera, se dispararon tres cañonazos y se hizo una descarga á la llegada á la iglesia. Allí aguardaban las comunidades religiosas.

Los restos se colocaron en una tumba rodeada de grandes hacheros de plata y cirios imperiales en todo el crucero de la iglesia.

En derredor del túmulo, hicieron guardia los gastadores del batallón Jiménez, y después del solemne responso se retiró la tropa. El Gobernador, Prefecto y Ayuntamiento, condujeron la urna á la capilla interior del Noviciado, donde se la entregaron al guardián después de sellada. La llave quedó en poder del Prefecto. Un pabellón negro adornado con galón de oro, cubría la urna.

Las calles del tránsito tuvieron vestidos sus balcones con cortinas blancas ó negras. Al tocar el alba de la mañana del 24 de Octubre, sonó la campana mayor de la Catedral, y en seguida un cañonazo que se repitió cada cuarto de hora en las baterías de la Plaza, Ciudadela y Chapultepec, respondiéndose dicho toque en todas las iglesias y Parroquias. En la iglesia de San Francisco se presentó la urna en la pira, siendo aquella de cristal, y se colocó en el extremo, de una pirámide truncada, colgando de un extremo de la caja, un velo negro tras del cual se percibían los huesos y la calavera, dejando visible la oquedad de la bala que la atravesó. La pira estaba rodeada de blandones de plata, y en cada esquina tenía una columna enlutada sosteniendo un pebetero de plata.

A las dos de la tarde de dicho día rompieron las iglesias en un doble general, y á las diez y media del siguiente, salió la comitiva de San Francisco bajo el toldo ó "vela" del Córpus.

La guarnición inclusive una división de mil hombres acantonada en Tacubaya, al mando del General Arista, formó valla. Abrieron la marcha, gastadores de á caballo. Seguían las Cofradías, Santa Escuela del Espíritu Santo, las cruces de las Parroquias, comunidades religiosas, clero secular, y los canónigos presbídos por su vicario Capitular, don Manuel Posada, después Arzobispo de México. La urna venía colocada en un carro de exquisita construcción tirado por seis caballos frisonos, haciendo de cocheró el Coronel Chavero y de postillón el Teniente Coronel Mejía. De la caja del carro pendían sendas borlas de seda que llevaban de sus extremos dos generales. Cerca de la urna y á sus lados marchaba el Colegio Militar, formado de jóvenes bizarros y muy apuestos. Delante de la comitiva iban los niños del Hospicio con velas encendidas. Precedían la urna 4 mulas enlutadas con sus respectivos palafreneros; en las gualdrapas iban bordadas en oro y plata, las armas de nobleza del difunto. Seguía de acompañamiento el estado militar con multitud de oficiales y personas afectas

á Iturbide; entre ellas se colocó el famoso y leal sargento Pío Marcha, que fué el primero en proclamarle Emperador. Seguía el duelo con todos los Tribunales, inclusive la antigua Audiencia de México, con una diputación compuesta de ocho diputados y los Presidentes de ambas Cámaras. Presidió el duelo, el Lic. don Juan Gómez Navarrete, confidente que había sido de Iturbide. Seguía la Universidad de Doctores. Bajo las mazas del Ayuntamiento, iban todos los Colegios de jóvenes, y muchas personas principales. Seguía la tropa de la Guarnición marchando en columna. A la vanguardia de la comitiva marchó la artillería de á caballo, con seis cañones de á ocho tirados por mulas enlutadas. Detrás de la infantería, marchó la caballería, sobresaliendo los lanceros. En seguida multitud de coches de ministros y particulares y el del Presidente Bustamante perfectamente enlutados. La concurrencia de público fué inmensa. Los balcones del Palacio se veían cubiertos de cortinas negras y cerrados. En los balcones de la Diputación bajo un dosel negro, se veía el retrato del Héroe de Iguala, alumbrándose seis candiles de bronce con velas encendidas. La pira ó túmulo que se puso en la Catedral, fué la misma que en un tiempo servía para los funerales de los Reyes de España, y en la parte superior, se colocó la urna ó sarcófago. El servicio fúnebre fue verdaderamente magnífico, acompañándole una orquesta de cien músicos. El bloqueo que á Veracruz tenían puesto los franceses, impidió que llegase en esos días el hijo segundo del señor Iturbide. El sepulcro del primer Emperador mexicano, levantado después de la Independencia, se colocó en la Catedral, en la Capilla de San Felipe de Jesús, á la mano derecha, en donde todavía existe, y en donde un grupo de admiradores de su memoria, cada año mandan celebrar Misas por el descanso del alma del Libertador.

En el cajón de madera en que fué depositada la urna que contiene sus huesos, y cuya llave fué entregada á don Manuel Barrera, se lee la inscripción siguiente:

AGUSTIN ITURBIDE

Autor de la Independencia Mexicana.

COMPATRIOTA, LLORALO

Pasajero, Admiralo.

Este monumento guarda las cenizas de un héroe.

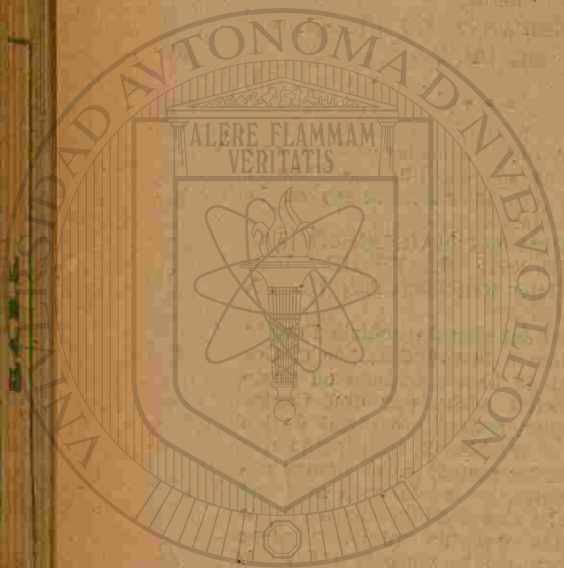
SU ALMA DESCANSA EN EL SENO DE DIOS.

* * *

Para concluir repetiremos las palabras con que el autor de un pequeño libro de Historia Patria, termina el doloroso relato de la muerte de Iturbide:

"UNA GENERACION MAGNANIMA DECLARARA QUE ESE DIA ES DE LUTO NACIONAL, COMO REPARACION DE UN CRIMEN."

Este relato fiel del acto de justicia llevado en aquél entonces á la práctica, por el Gobierno Nacional, lo hemos tomado en parte de una descripción hecha por don Carlos María Bustamante, testigo presencial de los hechos. De él es también la inscripción que tiene la caja de los restos, y que hemos copiado textualmente, leyéndola cada año que nos reunimos allí varios amigos para oír las Misas celebradas por su alma. ¡Quiera Dios que la hora de la verdadera justicia suene, y don Agustín de Iturbide ocupe el lugar que le corresponde como al "AUTOR DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



ENTRADA DEL EJERCITO TRIGARANTE A MEXICO.

(Narración de un viejo asistente).

I

Me acuerdo de todo como si lo viera—dijo el viejo soldado, masticando la colilla de un puro recortado que amenazaba quemarle las blancas y gruesas hebras del bigote,—me parece que está sucediendo todavía lo que sucedió entonces.

Ya se sabía en México que iba á entrar por las calles el ejército de las tres garantías, y las gentes estaban ansiosas de ver por la primera vez tremolando libre en las manos de los guerreros el pabellón verde, blanco y encarnado.

Se hacían grandes preparativos para recibir al ejército, y como el Ayuntamiento no tenía dinero, un español que era alcalde don Juan José de Acha, facilitó 20,000 pesos, sin ningún rédito, á fin de dar brillo á la fiesta.

No ha vuelto á haber regocijo más grande en esta tierra, ni he visto entrar un cuerpo de ejército más numeroso que aquél por estas calles de Dios.

—¿Tú eras de Iturbide?—le pregunté interrumpiéndole.

—No, nunca fui de Iturbide; yo—agregó el inválido cuadrándose, dejando correr dos lágrimas y suspirando—fui soldado del gran Morelos y luego me incorporé á las fuerzas del Sur con mi General Guerrero, y con

esas fuerzas, que formaron parte del ejército trigarante, entré en México el 27 de Septiembre de 1821.

Desde la víspera, obedeciendo la orden dada el día 25, nos habían reunido á todos los cuerpos en Chapultepec para venir en columna mandados por D. Agustín de Iturbide.

Como veníamos muchos, sobre todo los verdaderos insurgentes, desnudos y descalzos, nos vistieron con unos uniformes que habían servido al Regimiento del Comercio, y que nos parecieron flaqueantes, aunque en realidad estaban muy usados.

Por cierto que nos consolábamos repitiendo de memoria las palabras de la proclama del día 20, en que se nos recomendaba el orden y la compostura para entrar á la capital.

“Soldados: no os aflija vuestra pobreza y desnudez; la ropa no da virtud ni esfuerzos, antes bien, así sois más apreciables, porque tuvisteis más calamidades que vencer para conseguir la libertad de la patria.”

—Háblame de la entrada del ejército trigarante, dime cómo fué, cómo desfiló, cómo lo recibieron.

II

—Hacia un sol muy hermoso, era un día claro, brillante, limpio; parecía que los cielos y la tierra estaban tan alegres como nuestros corazones. Y era natural, todos teníamos fe en Iturbide y en el porvenir. No había todavía desengaños, ni tristezas, ni odios; ¡ah! ¡qué hermoso, qué hermoso día 27!...

Al frente de la columna marchaba Iturbide, sin distintivo, montado en un gran caballo negro, rodeado de su Estado Mayor, y arrogante como una estatua.

—¿Era muy querido Iturbide?

—El día 27 era idolatrado por todos, hasta por los soldados de Hidalgo y de Morelos, y la verdad es que en el plan de Iguala, en su proclama, nos había dicho:

“Esta misma voz que resonó en el pueblo de Dolores el año de 1810... fijó también la opinión pública de que la unión ge-



Entrega á Iturbide de las llaves de la ciudad de México, el 27 de Septiembre de 1821.

neral entre europeos y americanos, indios y criollos, es la única base sólida en que puede descansar nuestra felicidad." Decir esto, y solicitar el concurso del General Guerrero, nos hizo á todos obedecerlo, y ¿por qué no he de decirlo?... ¡Venerarlo!

Montaba muy bien á caballo y tenía distinción y garbo en sus movimientos. Entramos por la calzada de Chapultepec á la garita de la Piedad, tomando luego el paseo de Bucareli, la avenida de Corpus Christi hasta la calle de San Francisco, donde frente al convento se levantó un arco de triunfo, debajo del cual esperaba el Ayuntamiento. Al llegar allí, el General Iturbide descendió del caballo y recibió en un azafate de plata y de manos del Coronel Don José Ignacio Ormaechea, alcalde de primera elección, unas llaves de oro, que simbolizaban ser las llaves de la ciudad.

Un momento las tuvo entre sus manos Iturbide, y luego se las devolvió al Coronel Ormaechea, diciéndole con voz robusta y clara:

—“Estas llaves, que lo son de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligión, la desunión y el despotismo, como abiertas á todo lo que puede hacer la felicidad común, las devuelvo á vuestra excelencia, fiando de su celo que procurará el bien público, al cual representa.”

Montó de nuevo á caballo, marchando seguido del Ayuntamiento á pié, y de las parcialidades de indios de Santiago y San Juan, hasta el palacio sobre el cual ondeaba ya nuestra bandera.

No puedo describir el entusiasmo, la alegría, la locura, el vértigo de placer que dominaba á todos los mexicanos, sin distinción de sexos, de edad, de rangos, ni de bienes ó fortuna.

Todas las casas estaban literalmente cubiertas de flores y colgaduras con los colores trigarantes. En los balcones despedían vivísimos rayos los platos y jarrones de oro, de plata y de porcelana de China, pues las mejores piezas de cada vajilla se ostentaban como adornos distinguidos.

Las señoras lucían en sus trajes y en sus peinados los colores verde, blanco y rojo, y por donde pasaba el primer jefe atrona-

ban el aire los vivas, los aplausos y las exclamaciones de la más intensa alegría.

Iturbide sonreía satisfecho; saludaba con afabilidad y con aristocrática atención á todos, hasta que se perdió de vista al entrar á palacio.

Apareció á pocos instantes en el balcón principal, y entonces desfiló en su presencia todo el ejército.

O'Donoghú, que le recibió en el palacio donde debió haber gobernado como virrey, le acompañó á presenciar el desfile en unión de distinguidos personajes, principalmente los miembros de la Diputación provincial, que allí lo agasajaron al saludarle.

No había en aquellos momentos un rostro triste, ni un corazón desesperanzado, ni una boca maldiciente, ni una mano pérfida. Abrazábanse unos á otros los desconocidos, en las calles, como si fueran hermanos ó amigos íntimos; los soldados no sentíamos el ardor del sol, ni las fatigas de la marcha; no teníamos sed, ni nos incomodaba el polvo. Cada batallón, cada regimiento, cada grupo era saludado con vivas y aplausos nutridos desde las calles hasta las azoteas, y cuando pasábamos los soldados del Sur, los que habíamos peleado sin tregua once años en las montañas, los que formábamos la legión indomable del General Vicente Guerrero... ¡ah!, entonces el entusiasmo rayaba en delirio; nos arrojaban flores, nos decían miles de ternuras, y nosotros, llenos de gratitud, nos sentíamos orgullosos de nuestro pobre aspecto, de nuestros harapos, de nuestras viejas armas y hasta de nuestra piel ennegrecida, tostada por la lumbre del cielo del Sur, y por la pólvora de los combates.

Eramos allí lo más grande ante los ojos del pueblo; éramos los "insurgentes;" descendíamos en línea recta de Hidalgo, de Morelos, de Abasolo, de Galeana, de Aldama, de Allende, de todos aquellos que fueron excomulgados, odiados, atonmentados y asesinados al fin por nuestros enemigos.

Por esto el pueblo pobre, el pueblo humilde, el que sienta muy á lo vivo las desgracias, los duelos, las tristezas y los sacrificios de sus hermanos que lo comprenden, lo aman y lo defienden, se conmovía y gri-

taba con júbilo y la gratitud que escondía en su pecho desbordaba al vernos desfilar delante de sus ojos.

Yo no era soldado de los virreyes, yo había surgido con Hidalgo, y la mejor oración que brotó de mi alma, la recé en la misa que el gran Padre de la patria celebró sobre el Monte de las Cruces....

III

El viejo inválido dejó rodar de sus ojos otras dos lágrimas, y recobrando su serenidad militar, prosiguió entusiasmado:

—Entramos en México más de dieciséis mil hombres.

Y no se equivocaba el buen viejo. Fueron dieciséis mil ciento cuarenta y nueve hombres los que entraron en México aquel día en columna de honor, dividida en doce secciones de infantería, dieciséis de caballería, y la artillería, compuesta de sesenta y ocho piezas de todos calibres, y custodiadas por setecientos setenta y ocho artilleros.

En la infantería se contaban los regimientos de la Corona, de Celaya, Granaderos, Imperiales, Tres Villas, Guadalajara, "Santo Domingo," Cazadores de San Luis, de Fernando VII, Ligeró del Imperio, Ligeró de Querétaro, 20 de la Libertad, Fijo de Puebla, Cazadores de la Patria, Comercio de Puebla, Tlaxcala, batallón de la Lealtad, Guanajuato, Zacualtipán, Comercio de México, batallón 10. Americano, regimiento Fijo de México, Constancia, Valladolid, batallón del Potosí, 10. de la Unión, 20. de México y la infantería del Padre Izquierdo, haciendo un total de siete mil cuatrocientos diez y seis hombres.

La caballería la componían: escolta de Iturbide, al mando del Coronel D. Epitacio Sánchez, Dragones de México, Caballería de Echavarrí, Dragones de Santander, Fieles del Potosí, Dragones del Rey, Sierra Gorda, San Carlos, provinciales de México, Dragones de Valladolid, Moncada, regimiento de Toluca; Caballería del Padre Izquierdo, regimiento de Querétaro y del Príncipe, Dragones de Puebla, de Tulancingo.

go, Apam, de la Libertad, de Atlixco y de la Unión, Voluntarios del Valle, Voluntarios Nacionales, Dragones de América, de Guajuato, de la Sierra, de San Miguel, Chilpancingo, Dragones del Sur, Dragones de los Campeones, Santa Rita, compañías del Sur, escolta del General Guerrero, (146 surianos), Flanqueadores, compañía de Monte Alto, Tehuacán y Temascaltepec, Dragones de Atzacapotzalco, de Xilotepec y de San Luis Potosí, haciendo un total de siete mil novecientas cincuenta y cinco plazas.

Después del desfile, asistió el General Iturbide á un "Te Deum" en la Catedral, y en seguida escuchó el discurso que pronunció el doctor Gúridi y Alcocer, orador de fácil palabra, que había sido Diputado á las Cortes de Cádiz.

Terminado todo esto, dirigióse el primer jefe del ejército Trigarante al palacio, donde se efectuó un banquete de doscientos cubiertos.

El regidor D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, miembro de la Junta provisional, leyó una oda que le fué varias veces interrumpida por los aplausos, y que terminaba así:

"Hossanna, pues, hossanna, mexicanos,
Repitamos cien veces y otras ciento,
En inmortal contento;
Y digamos ufanos
¡Vivan por dón de celestial clemencia
La Religión, la Unión, la Independencia!

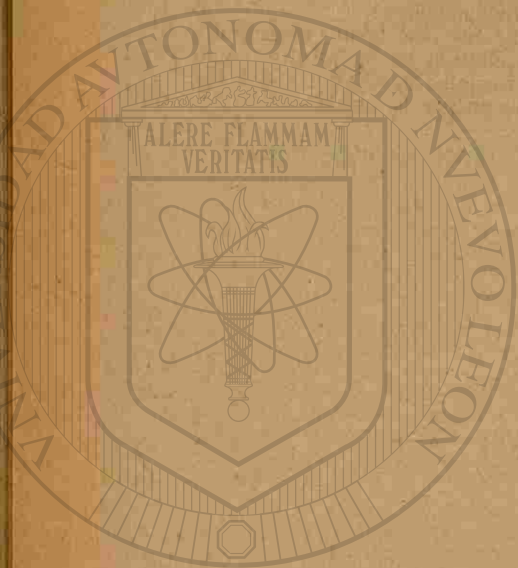
Después del banquete, fué Iturbide al paseo, donde le saludaron con nuevos vivas; volvió al palacio, y allí el Ayuntamiento le obsequió con un refresco. En la noche asistió al teatro. Toda la ciudad estaba profusamente iluminada: en cada corazón se abrigan las más hermosas ilusiones para lo porvenir, y los verdaderos "insurgentes," los que volviamos de una lucha larga y terrible, pensando en la desgraciada pero gloriosa muerte de nuestros caudillos, nos consolábamos exclamando:

—"Si se ve desde el cielo lo que pasa en la tierra, estarán ya tranquilos y satisfe-

chos todos los mártires de la causa de 1810; ellos, sin más elementos que sus esfuerzos propios, sin más baluarte que sus convicciones, sin otra fuerza que la del derecho y la de la justicia, derramaron su sangre generosa, y hoy el pueblo los bendice al consumir su independencia."

El viejo asistente se quedó meditando, y con la vista clavada en el infinito, como si delante de sus ojos desfilaran todos los que habían muerto por la patria.

JUAN DE DIOS PEZA.



LA JURA DE LA INDEPENDENCIA.

I

Inmenso júbilo é inusitado regocijo descubriase á la simple vista, en todos los rostros y en todos los corazones de los habitantes de la ciudad de México, en los días que siguieron á la entrada triunfal del Ejército de las Tres Garantías.

Los ideales realizados después de una lucha gigantesca por su heroicidad, sangrienta por el número de sus mártires, habían hecho olvidar antiguos odios y rencores, y los insurgentes del año de 1810, y los realistas que los habían combatido, se unían entonces comulgando con las mismas opiniones y acariciando las más halagüeñas esperanzas.

El patriotismo era desbordante, sincero, entusiasta. Los valientes y sufridos soldados de la división del Mariscal Don Vicente Guerrero entraron en la ciudad victoriosos, pero desnudos, y para vestirlos se abrió en Tacubaya una subscripción á la que acudieron muchos sin distinción de clases; contribuyendo con su óbolo desde los ricos propietarios que cedieron una casa, hasta las humildes costureras que á porfía daban uno, dos, tres días de su haber para comprar los uniformes.

¡Con cuánta alegría y solemnidad se publicó por bando el "Acta de la Independencia!" Los vecinos de la antigua México vieron desfilar el 13 de Octubre de 1821 las tropas del bando. Delante iban arrogantes y fieros los jinetes de un escuadrón de caballería; después, las bandás de tambores y

pifanos, con las músicas de los regimientos: luego, el Sargento Mayor de la Plaza con sus ayudantes, el Escribano Mayor y el Alguacil de Guerra, cerrando el acompañamiento piquetes de cuerpos de infantes, que á la sazón había en la Plaza, y dos escuadrones de caballería. En medio del hermoso "toque de bando," el primer cartel que contenía el "Acta" fué fijado al lado de la puerta principal del Palacio, y en seguida desfiló la comitiva frente á las Casas Capitulares, el Portal de Mercaderes y las calles de Plateros, San Francisco, Vergara, Tacuba y Escalerillas, para rematar en la esquina N.E. del Palacio, llamada desde antaño, "esquina de Provincia." Los papelonés del bando se fijaron también en los otros lugares acostumbrados, y la gente se apiñaba para leer aquél elocuente documento, encabezado con letras grandes y gruesas, que así principiaba:

"Don Ramón Gutiérrez del Mazo, Gefe Político de esta Capital, Intendente de ella y su Provincia y Superintendente de Hacienda Pública, etc."

El bando para la "Jura de la Independencia," que había de verificarse el 27 de Octubre del citado año, se publicó con las mismas ceremonias é igual pompa, fiestas y "Paseo del Pendón," que se acostumbraba en las antiguas juras de los reyes españoles.

La Junta Soberana había señalado aquél día para tan solemne acto, y en los que le precedieron no se observó en toda la ciudad de México más que los preparativos para solemnizar "tan augusta función;" resonando el golpe de martillos de los artesanos que levantaban el tablado: estorbando el paso de los transeúntes los andamios levantados por los pintores que aseaban las fachadas de las casas: saliendo y entrando, en los talleres de sastres y modistas, los buenos habitantes, que con el adorno de sus personas y las colgaduras en sus hogares, querían demostrar la dulce satisfacción que les causaba jurar la independencia de su Patria.

El adorno de la Plaza Mayor fué especial para aquellas fiestas. Dentro de la elipse,

en que se hallaba entonces la estatua ecuestre de Carlos IV, se levantó un templete de dos cuerpos y forma circular, recibido por columnas de orden corintio. El centro lo constituía el pedestal del monumento, cubierto con diez y seis grandes lienzos alegóricos, lo mismo que la estatua que desapareció bajo el remate en forma de cono en cuya extremidad podía verse un nopal donde se posaba el águila, simbolizando la libertad de la Nación.

Las Casas Consistoriales, la Aduana, la Dirección de Tabacos, la Universidad y las de algunos particulares, sobresalieron en su adorno, unas por su sencillez y elegancia, otras por sus riquezas, pues en medio de flámulas y colgaduras, hallábanse candelios de maciza plata y finísimo cristal.

II

Amaneció el día 27. Las calles se henchían de gente y el regocijo y alegría rebosaba en los semblantes. Las felicitaciones, los abrazos, los vivas á los héroes; las aclamaciones á las personas que en los balcones se asomaban y que habían tomado alguna participación en la gloriosa lucha; el lujo de los trajes en los ricos; la limpieza de los vestidos en los pobres; la decoración de las fachadas de los edificios públicos; las músicas, los cohetes, los repiques de las campanas de todos los templos: todo daba á la ciudad un aspecto grandioso, y no parecía sino que una eterna felicidad iba á reinar para siempre en la joven México, que había sacudido la tutela de la vieja España.

Conforme al ceremonial publicado de antemano, á las diez de la mañana, reunidos en las Casas Consistoriales, el Ayuntamiento y dos individuos de cada una de las corporaciones; autorizando el acto el Jefe Político, y después de leída el "Acta de Independencia," el "Plan de Iguala" y los "Tratados de Córdoba," todos prestaron el solemne juramento.

A la una de la tarde se publicó el bando amplísimo concediendo indulto á todo reo condenado á la pena de muerte, como para significar que los hijos de la Nación nacían

á una nueva vida, aunque en la pasada hubieran sido seres nocivos á la sociedad. Las tropas que marcharon en el bando anunciaban con sus tambores y músicas la clemencia del precepto, y lo hermoso del vestuario de los cuerpos, su aseo, su noble marcha y su crecido número, dieron al espectáculo un tono de respeto por lo solemne y de placer por el fin de libartar de horrenda muerte á seres desgraciados.

A las cuatro de la tarde, los miembros de la Regencia, cuyo Presidente era el Libertador don Agustín de Iturbide, y los individuos de la Junta Soberana Gubernativa, en el Palacio Imperial, así llamado porque la Nación había adoptado la forma monárquica, recibieron á la Excelentísima Diputación Provincial y á una comisión del Ayuntamiento de la Ciudad, que bajo mazas y precedida de cuatro Reyes de Armas, iban á participar á las Supremas Autoridades del Imperio, que ese día era el señalado para jurar solemnemente la Independencia, y á pedirles su venia para proceder públicamente á ella; presentando en aquel acto el Primer Alcalde Constitucional á cada uno de los Vocales de la Junta, una moneda de oro y otra de plata de las que había mandado acuñar exprofesamente el Ayuntamiento á fin de perpetuar el recuerdo de día tan memorable, y entregándoles también las que se habían de arrojar al pueblo; medallas que conducían en ricos azafates dos de los cuatro Reyes de Armas. La Diputación Provincial salió luego del Palacio saludada por los sonoros repiques de la Catedral, precedida de un piquete de tropa que les abría paso por entre la inmensa multitud que llenaba la gran Plaza, llevando á la retaguardia un piquete de dragones; continuó en dirección del tablado, que dentro de la elipse del monumento á Carlos IV se había allí erigido; prosiguió por el frente del Portal de las Flores, de los cajones de fierro del Parián, y penetró por la puerta Norte de la elipse; sentándose los individuos de la Diputación en los asientos que estaban al oriente.

El "Paso del Pendón" se organizó al instante saliendo de las Casas Consistoriales. Ese paseo, que durante tres centurias se ha-

cía en las juras de los reyes y en los aniversarios de la toma de la Capital, el 13 de Agosto de cada año, ya no recordaba á los buenos habitantes de la ciudad de México ni el principio de la dominación hispánica ni la exaltación al trono de un monarca castellano. El paseo de aquel día simbolizaba ideas contrarias. El principio de una vida independiente y el pleito homenaje no á un ser que podría ser un padre ó un tirano, sino el juramento de un ideal acariciado por luengos años, defendido á costa de bregar heroico y realizado felizmente por las tres garantías del hermoso pabellón que iba á ser paseado triunfalmente por muchas de las calles por donde antaño había sido conducido el viejo Pendón de la Conquista.

Delante de la comitiva de aquel nuevo paseo, abría la marcha una de las más bizarras compañías del Regimiento de Infantería de línea del Comercio, seguida de una música marcial. Después marchaban los cuatro Reyes de armas costosamente vestidos. En seguida caminaban respetuosamente los Regidores del Ayuntamiento en unión de los más respetables vecinos de la ciudad, y unidos también, en abrazo fraternal, unos al lado de los otros, los clérigos con sus capas y sotanas, los doctores de la Universidad con sus borlas, los frailes con sus hábitos ya blancos y negros, ya azules ó pardos; unos descubiertas las cabezas, y otros con sombreros de ancha; alas ó con las capillas de sus hábitos, los pies calzados con sandalias. Proseguían los individuos de los tribunales y oficinas públicas con sus insignias ó sin ellas, y la oficialidad del Ejército con vistosos uniformes, en los que predominaban las casacas y los pantalones rojos, azules, blancos, y entorchados y presillas de plata ú oro. Concluía la procesión cívica con el Alcalde Constitucional que llevaba el Pendón tricolor, y á la retaguardia marchaban la 2a. Compañía de Granaderos del Comercio, otra de fusileros y un escuadrón de dragones.

El pabellón recorrió admirado por una infinidad de espectadores las calles del Portal de Mercaderes, Plateros, 3a. y 2a. de San Francisco, Vergara, Santa Clara, Tacuba,

Escalerillas y Seminario, entrando á la elipse del monumento de Carlos IV por la puerta Oriental.

Los miembros de la Regencia y los Vocales de la Junta Soberana presenciaron el desfile desde seis balcones del Palacio, y se pusieron en pie al ser colocado el Pendón en el tablado del templete, lo mismo que en los momentos de la jura que iba á verificarse.

III

Leídos de orden del Alcalde Constitucional, por un Rey de Armas el "Plan de Iguala," y el "Acta de Independencia," y por otro los Tratados de Córdoba; acto continuo los mismos Reyes de Armas impusieron silencio, y el mencionado Alcalde, tomando el Pendón nacional, y dirigiéndose primero al rumbo del Oriente, hizo la proclamación en estos términos: "México, México, México jura la Independencia del Imperio Mexicano bajo las bases fundamentales de Iguala y Tratados de Córdoba." Todo el pueblo como si fuera un solo individuo y tuviese una sola voz, prorrumpió en un grito solemne: "Así lo juramos." Las Autoridades arrojaron las medallas de la proclamación, la artillería comenzó á disparar los cañones, y las campanas á todo vuelo anunciaron á la Ciudad, que hacia el Oriente, quedaba hecha la proclamación; y en el mismo instante se procedió á la misma ceremonia por los rumbos Sur, Poniente y Norte de la Imperial Metrópoli.

Organizado de nuevo "el paseo," regresó á las Casas Consistoriales. El Ayuntamiento fué al Palacio á participar á la Junta Soberana que la solemne proclamación había concluido. Vuelto en seguida el ilustre Cuerpo, á las citadas Casas Consistoriales, se sirvió allí un refresco delicado y abundante en obsequio de las distinguidas personas que formaban la concurrencia.

Durante la noche del día de la jura y las de los siguientes en que continuaron las fiestas, hubo iluminación general, presentando un aspecto brillante las fachadas de los edificios públicos, el tablado donde se había

hecho el juramento, la Catedral y las calles de Plateros, que desde aquella época se distinguían en estas solemnidades.

En esos tres días, hubo corridas de toros, representaciones en el Coliseo, que fué iluminado tanto en la parte exterior como en la interior, de una manera inusitada; función religiosa en la Catedral en que cantó la Misa el Arzobispo, estrenándose una música nueva y ostentando el Altar Mayor todo el riquísimo juego de candeleros, blasones, palabreros y atriles de brillante oro, y en fin, el día 29 hubo "besamanos" en el Palacio para felicitar á la Junta Soberana Gubernativa, ante la cual desfilaron desde los altos miembros de la Regencia hasta los humildes escribientes de las oficinas, pronunciando don Agustín de Iturbide un elocuente discurso como Presidente de la Regencia, que fué contestado por el de la Junta Soberana que era el Obispo don Antonio de Pérez.

Pocas ocasiones la antigua Tenochtitlán se ha visto regocijada y ataviada como lo estuvo en esos días, en que sus buenos vecinos demostraron el más ingenuo patriotismo; entusiastas por haber dado cima á la más grandiosa de las ideas que puede conquistar un pueblo, su libertad é independencia. Las calles y las plazas, los paseos y los jardines, los cafés y el Coliseo, las azoteas de los edificios, los balcones y las puertas, se hallaron como nunca henchidos de gente ávida de presenciar aquellos espectáculos y feliz al poder vitorear á los esforzados caudillos de la emancipación, siendo entonces el blanco é imán de sus afectos don Agustín de Iturbide.

Pasadas las fiestas, todavía impreso el entusiasmo en todos los semblantes y colgados los restos de los atavíos en las altas torres ó en las cornisas monumentales, una parvada de chícuelos, desarrapados, una bulliciosa, corrían por las calles voceando los periódicos y anunciando con chillonas voces:

—¡La "Gaceta Imperial!" "¡El Noticioso!" "¡Con las fiestas de la Jura de la Independencia!"

LUIS GONZALEZ OBREGON.



INDICE

	Págs.
1 El 15 y 16 de Septiembre de 1810, por D. Lucas Alamán.	1
2 Comienzo de la lucha, por D. José María Lafragua.	7
3 Granaditas, por Domingo Revilla.	11
4 Morelos, por Vicente Riva Pala- cio.	23
5 Morelos ante el Océano, por Eze- quiel A. Chávez.	31
6 El Tesoro de Pedro Asencio, por Alejandro Villaseñor.	37
7 El General Manuel Mier y Terán, por Manuel Payno.	49
8 Treinta contra cuatrocientos, por Domingo Revilla.	79
9 La Batalla de Atzacotalco, por el mismo.	87
10 El 27 de Septiembre de 1821, por el mismo.	107
11 El Giro, por Fulgencio Vargas.	123
12 El Camarista Alvarado, por el mis- mo.	131
13 Rita Pérez de Moreno, por Anto- nio de P. Moreno.	139
14 La Esposa de Abasolo, por el mis- mo.	147
15 Tomasa Esteves y Salas.	155
16 La Magnanimidad de Bravo, por Antonio de P. Moreno.	159
17 ¡Filicida!.	165
18 Alegría heroica, por F. Zariñana.	167
19 El Indio de Noyoó, por Adalberto Carriedo.	179

20	El Barrigón, por Eduardo E. Zárate.	187
21	¡Todo un amor! por el mismo.	189
22	El Cuasimodo de Morelos, por Joaquín Trejo.	193
23	Dos Episodios del Sitio de Cuautla, por Demetrio Mejía.	199
24	Por su Patria y por su Dama (Villalongín).	207
25	Leona Vicario, por Genaro García.	213
26	Moreno y Mina en el Fuerte del Sombrero, por Luis Pérez Verdía.	231
27	La Heroína de Pátzcuaro, por Victoriano Agüeros.	253
28	Preciado Serrano, por Manuel M. Escobar.	261
29	Iturbide en Padilla, por Manuel Payno.	271
30	Los Restos de Iturbide.	295
31	Entrada del Ejército Trigarante a México, por Juan de Dios Peza.	301
32	La Jura de la Independencia, por Luis González Obregón.	309

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA